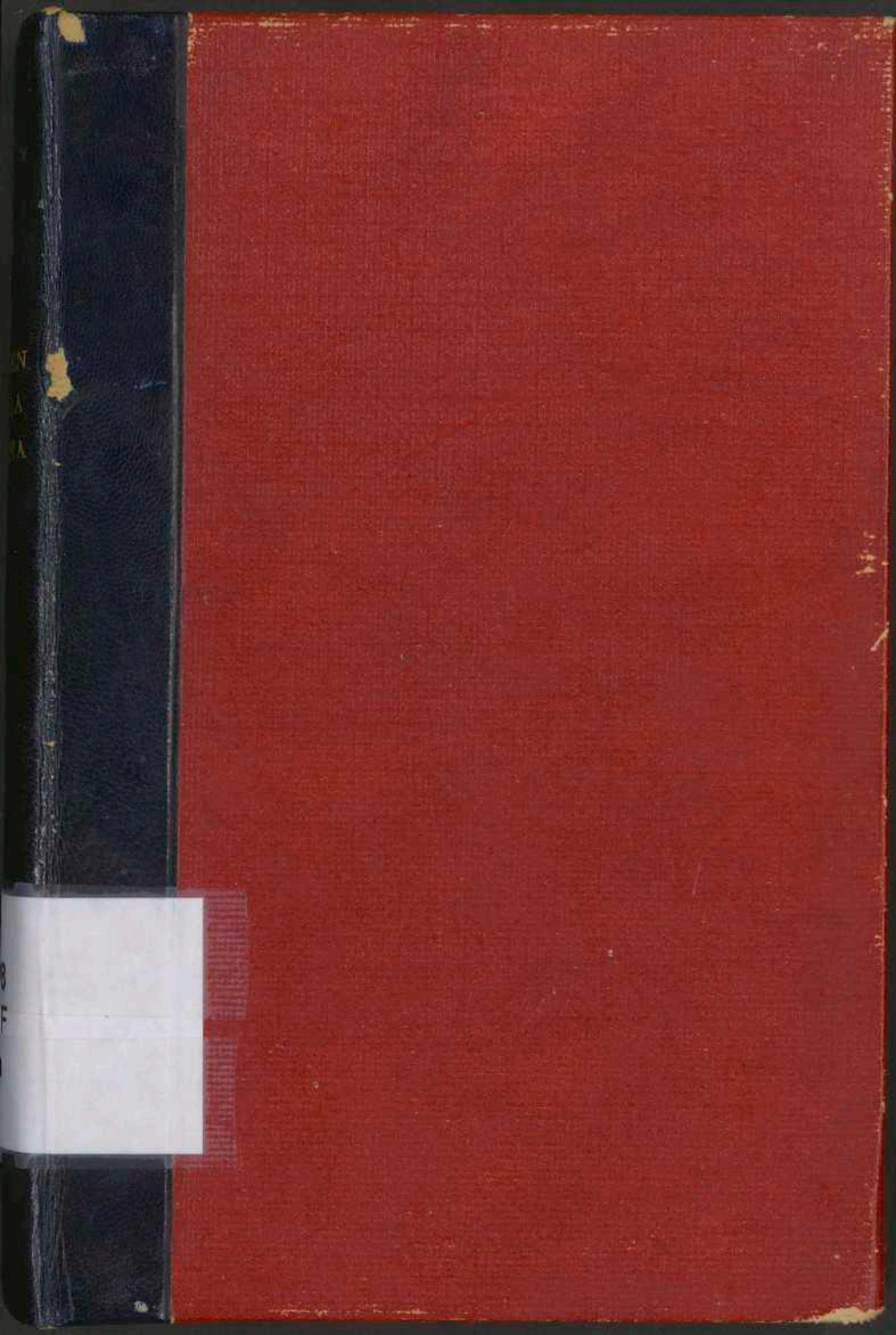






Biblioteca Instituto de Estudios

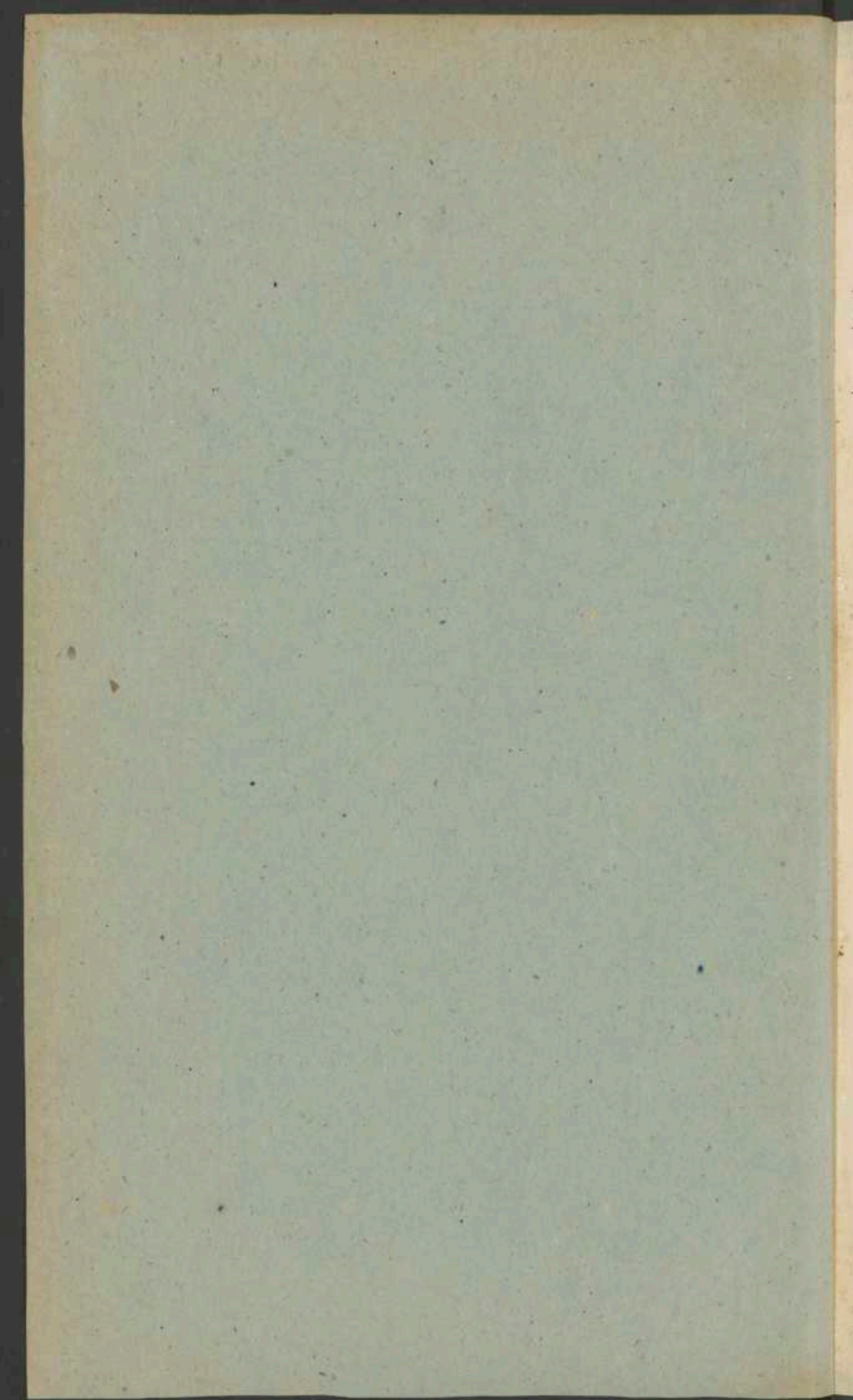


10015041992

398

SLF

16



MANUEL IBO ALFARO

LA VIRGEN DE LA LLANA Y EL CAUTIVO DE PERONIEL

(LEYENDA NOVELADA)

EDICION Y PROLOGO CON NOTAS
BIO-BIBLIOGRAFICAS DE SU AUTOR

POR

FLORENTINO ZAMORA LUCAS

Presbítero, Archivero Bibliotecario

M A D R I D
G R A F I C A S G O N Z A L E Z

I 9 4 4



INSTITUTO DE ESTUDIOS HISPANICOS

BIBLIOTECA

MANUEL DEL AGUIRRE

LA VIRGEN DE LA LLANA

Y EL CAUTIVO DE PERONNE

NOVELA

CON UN PROLOGO DEL AUTOR
Y UN APENDICE DE NOTAS

FLORINDO CAMARA LUCAS

MADRID
GRACIAS MONASTER

Dedicatoria

*A mis padres, Martín (q. s. g. b.)
y Bienvenida, con gran cariño y fervor;
a mis ilustres tíos, el Canónigo D. Pedro
Lucas Delso, en el quincuagésimo aniver-
sario de su primera misa, y D. Celes-
tino Zamora, infatigable y paternal
párroco de Soria, en retorno de inmensos
beneficios espirituales e intelectuales.*

Nihil obstat

DR. ANDRÉS DE LUCAS

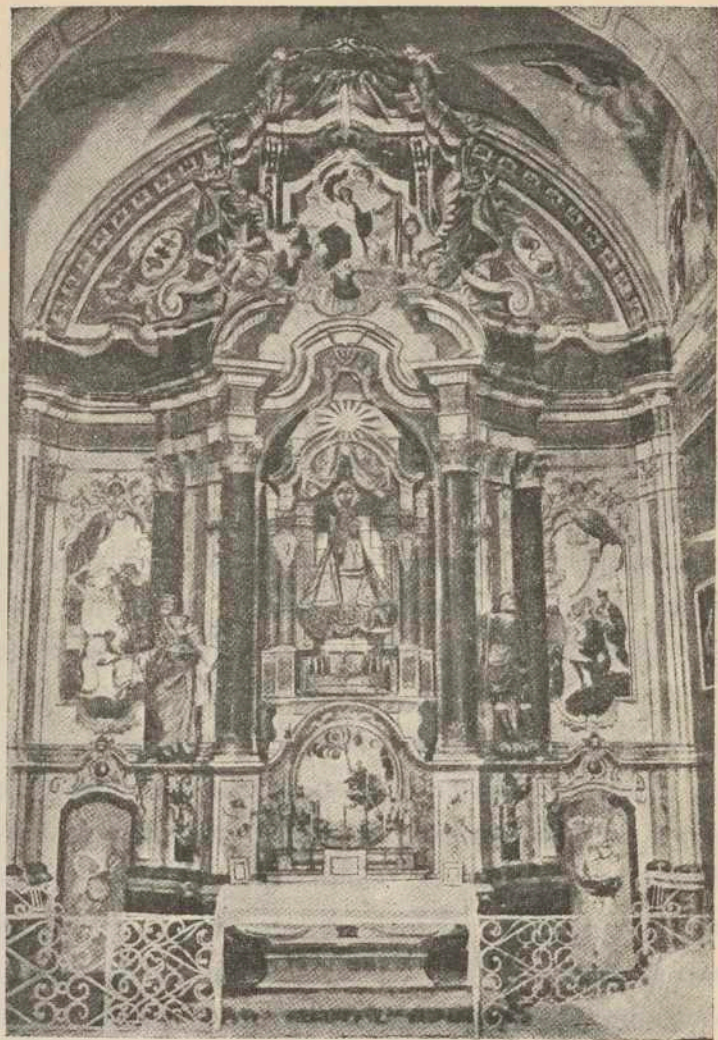
Censor

Imprimase

DR. CASIMIRO MORCILLO

Obispo auxiliar y Vicario general

Madrid, 7 de junio de 1944



Altar de Nuestra Señora de la Llana



Figure de l'édifice de la ville

O F R E N D A

¡Excelsa Virgen de la Llana! A Ti, Señora de Almenar y su Concordia, que en unión de la Milagrosa de Agreda y su tierra, siembras y derramas, a manos llenas, tus gracias y dones por montes y collados sorianos, por villas y aldeas agredanas, por vegas y trigales del campo de Gómara, ofrezco sumiso y devoto este volumen literario.

A Ti, dueña de corazones, reina de honrados labriegos, madre de tantos pueblos, consuelo de muchas penas y alegría y gozo de días felices; a Ti, Virgen legendaria y prodigiosa, que con tu fiel cautivo, por talismán, como la de los Milagros con su converso y rebelde zapatero, enciendes y excitas la devoción en las almas; a Ti van dirigidas estas páginas amenas y entretenidas del novelista devoto, como las mías de sencillo anotador y cronista, a fin de que la fama de tus glorias y favores publique en acentos claros, por

los pelados picachos del nevado Moncayo y por las agres-
tes y yermas sierras del Madero y La Pica, la inmensidad
de tu misericordia y la omnipotencia de tu poder, a fin de
que, previa la oración de tus devotos, rompas las cadenas del
pecado y les saques del arca de la ignorancia y oscuridad
de las cosas santas, llevándoles, como al cautivo, por los pu-
rísimos aires de la gracia al inmortal seguro, a su verdadera
y eterna patria celestial, donde vives y reinas.

F. Z. L.

PROLOGO

En uno de esos atardeceres suaves, serenos y callados de primavera, en que ni siquiera la sutil gasa de una nube empañaba el espejo diáfano y azul de la atmósfera, surcado únicamente por raudas, veloces y chirriantes golondrinas, en ese momento, al declinar del día, en que los postreros rayos de un sol de junio daban las últimas pinceladas de luz y color a las erguidas cumbres de Moncayo, contemplaba yo ensimismado y absorto la amplia lejanía, desde el excelso y elevado pórtico de la iglesia de Valdegeña (Soria) cuna de mi existencia, bajo las copudas ramas de su viejo, carcomido y centenario olmo, en agradable y amena compañía de algunos amigos y parientes.

Extendíase ante nuestra vista la dilatada y ancha vega por donde Rituerto, recién nacido, comienza a dar sus primeros pasos, sembrando de verdura sus orillas.

Surgían, como en un artístico mapa en relieve, en medio de la llanada, pueblos y caseríos, aldeas y despoblados, oteros y atalayas, para mí entonces ignotos, que motivaban cierta curiosidad geográfica y estudiantil. Adivinando mi padre mis inquietos deseos tomó la palabra, como sabio Mentor y sirviéndome de «Cicerone», extendió su robusto

brazo de aldeano y me fué indicando, punto por punto, los lugares y parajes que pudieran interesarme.

Aquella sierra, me dijo, que disfrazada de yunque de fragua, corta el lejano horizonte, es la de la Bigornia, que sirve de límite entre Castilla y Aragón.

Aquellas altas torres, que se destacan sobre el terreno, son las de la populosa villa de Noviercas, rica en ganados y cereales; más acá se desliza sediento y a veces exhausto el río Araviana, que da nombre a sus campos heroicos, sembrados de leyenda y de gestas medievales.

Esas humildes aldeas, que parece han hecho un alto en la llanada, huérfana de árboles, junto a la fuente fresca y cristalina, a la que contados chopos y mimbreras hacen centinela, semejan y recuerdan aquellos alegres oasis africanos, que rompen la monotonía de los extensos arenales.

Allá enfrente, me decía, tienes la risueña y señorial villa de Hinojosa del Campo, cuna y solar de nobles Finojosas; y detrás de aquel otero se oculta el no menos importante y crecido pueblo de Pozalmuro.

Y aquí, junto a la carretera de Soria a Tarazona, verás la diminuta aldea de Villar del Campo, heredera forzosa y aventajada de haciendas y labores de los derruídos villorrios de Maseboso y Castellanos.

A nuestra derecha, camino de Aldealpozo y pasada la carretera, se yergue blanca y pelada la magna muralla de la sierra de la Pica, y allá a un extremo, escalando la pedregosa falda, asoma Tajahuerce, vigilando las vegas del Rituerto y guardando el acceso y paso a otros campos mejores, de Almenar y Peroniel.

Esas torres albarranas de los despoblados de Castellanos y Maseboso, centenarios soldados de tiempos medios, atalayas vigilantes de la frontera con Aragón, guardan entre

sus muros jirones de leyenda que la tradición popular se encarga de unir y tejer para formar el cañamazo y urdimbre de viejas historias.

El torreón, la fuente y la iglesia son ya los únicos testigos seculares que pueden recitar melancólicos: «Estos, Fabio, ay dolor!», y grabar en sus añejos muros el epitafio de: «Aquí fué Castellanos, y allí estuvo Maseboso».

Mi padre, honrado y culto labriego, que sabía de historias como de sementeras, que recitaba, con gusto, versos y leyendas, iba refiriendo, a su manera, las gestas de los siete Infantes de Lara por estas tierras, su paso y desayuno en la Sierra del Almuerzo, su desastrado fin en los Campos de Araviana, y se entusiasmaba y crecía al hablarme del Fantasma de Maseboso, de El Cautivo de Peroniel, que él había leído en «letras de molde» y había comentado con sus amigos y paisanos.

Era entonces cuando yo escuchaba por primera vez, y aprendía con interés y curiosidad, estas bellas noticias de mi tierra, tomadas a viva voz de labios de mi padre, quien me daba a conocer también el nombre de Ibo Alfaro, redactor y autor de las leyendas noveladas del Cautivo y del Fantasma.

Años más tarde, en mi afán insaciable de recoger datos, noticias e impresos sorianos, recordando aquella charla amena, buscaba, solícito e incansable por bibliotecas y librerías, ejemplares de El Fantasma de Maseboso y El Cautivo de Peroniel, pero quedaba defraudado y no podía dar con ningún volumen impreso de Ibo Alfaro. O no existían o estaban agotados; no en balde había pasado más de medio siglo de su publicación. Unicamente en las humildes aldeas me ofrecían copias a mano, más o menos fieles, y plagadas de errores y equivocaciones.

Así no era posible ni enterarse del asunto con precisión, ni formar juicio sereno y claro de la obra.

Al fin llegué a saber, que en Almenar, unos de mis parientes, apellidados Mazas, guardaban con todo cariño y reserva un ejemplar impreso de la obra de Ibo Alfaro titulada *La Virgen de la Llana* o *El Cautivo de Peroniél*, quienes se apresuraron solícitos a ofrecérmela con el fin de que la leyese y pudiera sacar copia de ella, si lo tenía por conveniente.

Efectivamente, así lo hice con fruición, sumo cuidado, diligencia e interés, devolviéndola de nuevo a sus dueños, a quienes, desde estas primeras páginas, rindo alto y fiel homenaje de gratitud, en especial a Faustina Maza, guardadora del codiciado libro de Ibo Alfaro.

Y aquí está el libro, lectoras y lectores sorianos, nuevamente devuelto a la vida, renacido del polvo reseco del olvido, como el ave «Fénix» de sus cenizas calcinadas. Aquí tenéis otra vez la novela que leyeron con deleite nuestros abuelos, la leyenda que copiaron cuidadosos nuestros padres, la célebre «historia del Cautivo», que vosotros y yo oíamos relatar con emoción, en nuestras acogedoras cocinas durante las entretenidas veladas del largo invierno, y en los ásperos y animados caminos y veredas, en días de fructífero mercado, arrieros y feriantes, jinetes o peatones, romeros y peregrinos en las resonantes y concurridas fiestas del Cautivo y de la Llana.

Pero su autor, el ameno y fácil novelista D. Manuel Ibo Alfaro, murió hace ya media centuria; por eso, justo es que dediquemos todos, al leer y saborear de nuevo sus libros, un grato recuerdo, un minuto de oración al que, huésped de nuestras aldeas, supo recoger cariñoso, con los delicados puntos de su pluma, el hilo de nuestras leyendas; muy na-

tural y propio es que al visitar la Virgen de la Llana, ofrezcamos por él una sentida Avemaria, ya que hizo volar, con su estilo, por los espacios y regiones, la fama imperecedera de nuestra Virgen y de nuestros pueblos.

Y aquí está mi homenaje; en esto consiste mi ofrenda y pleitesía: en dar a la estampa nuevamente la Historia de la Virgen de la Llana, precedida de la biografía del autor, acompañada de una amplia nota bibliográfica de sus obras, a fin de que mis paisanos y lectores tuviesen noticia del ilustre novelista y conociesen su ingente labor como escritor y sus entusiastas desvelos por nuestra tierra.

Véamoslo.

BOSQUEJO BIO-BIBLIOGRAFICO

ACERCA DE

MANUEL IBO ALFARO

* * *

CAPITULO DE HOMENAJES

La castellana provincia de Soria, mejor dicho, la montuosa tierra de Agreda, así como los trigueros campos de Araviana y Almenar, riberas del Rituerto, tienen una deuda que cumplir.

Los arcaicos y oscuros nombres de sus pueblos y aldeas, sus montes y robledales, sus desmoronados castillos y atalayas han sido poetizados y eternizados en el bronce perenne de la imprenta, gracias a la pluma amena y feliz de un entusiasta paisano, de un cerverano ilustre, pero tan soriano, si cabe, como los habitantes de estos lugares de leyenda, pues su pueblo de origen, no ha muchos años, pertenecía a la citada provincia.

Llamóse don MANUEL IBO ALFARO. Su apellido, originario, sin duda, de la ciudad de Alfaro, encuéntrase difundido por tierra de Yanguas, y nos consta que su tío Mariano Alfaro, catedrático de Literatura en varios Institutos, fué nacido en Villar del Río. ¿A qué buscar más sorionismos, si el fecundo y feraz Alhama, nacido en Suellacabras (Soria), corre presuroso a besar los muros de Cervera y darle generoso su apellido?

Deuda de agradecimiento, óbolo de gratitud, expresión de cariño perenne es lo que este rincón soriano tiene que dar al escritor don Ibo.

Es necesario recordar a esos pueblos y aldeas, que sus nombres vuelan por las páginas de los libros, gracias a un admirador de las tradiciones populares, que recogió con su pluma trozos de leyenda, mientras recorría sus cazaderos y disfrutaba del aire y flora de nuestros humildes y yermos campos.

El fué quien tejió a maravilla la encantadora historia de *El cautivo de Peroniel*, dándole vida y movimiento en su novela; él también quien, pasando por este pueblo, recogió de labios de un anciano, compañero de cacería, los datos para su sencilla e idílica novela titulada *La cruz de los dos amantes*, en la que dos jóvenes inocentes y enamorados son víctimas de un ramo de flores envenenado; el mismo autor fué quien, informado de un acontecimiento sucedido a finales del siglo pasado en la aldea de Cortos, «uno de los pueblos menos miserables de la provincia de Soria», dió a la estampa otra novelita encantadora, llena de dramatismo y sentimiento, titulada *La hermana de la Caridad*, en la que otros dos amantes son engañados por unas cartas apócrifas, enviadas a cada uno de ellos por malvado pretendiente, anunciando la muerte de su rival, hasta que, pasados los años, vuelven a encontrarse los jóvenes en un campo de batalla, deshaciéndose aquel pretérito error.

Ibo Alfaro fué quien puso en letras de molde la leyenda terrorífica y apasionante de *El fantasma de Maseboso*, que leíamos, ávidos y curiosos, en nuestra niñez, y que copiábamos con el posible esmero y atención en los ratos de «dictado» en la escuela del lugar y en las caldeadas cocinas, a la luz de soñoliento candil o alumbrados por la llamarada humeante y resinosa de las teas de oloroso pino.

La noble y señorial *Aldea del Señor*, figura también en las páginas de otra novelita de don Ibo, titulada *El tulipán florido*, *El jardín del bello sexo*.

Su pluma ágil y fecunda tenía que rendir un homenaje a la heroica ciudad calcinada, «terror de Roma», ofreciéndole, romántico, *Una lágrima sobre las ruinas de Numancia*, sin duda impresionado por su visita a las eternas ruinas.

Otras dos novelitas habían de tener por escenario hechos históricos referentes a su pueblo natal; una de ellas recogía los ecos lejanos de

morisca leyenda bajo el sugestivo título de *La Bandera de la Virgen del Monte o la Mora encantada*, y la otra, más sentimental y romántica, correría con el nombre de *Flora y Sofía o el Cementerio de mi pueblo*.

¿Cómo pudo Ibo Alfaro conocer aquellas consejas y estos bellos relatos sorianos?

El mismo nos lo dice, a veces, a través de sus amenas páginas:

«La afición imperiosa que me ha dominado siempre hacia la soledad me ha hecho, por una consecuencia muy lógica, aficionado a la caza... y fuí a cazar liebres a Peroniel» (1), escribe en una de sus novelas.

«En vuestra compañía he recorrido los montes y los valles», advierte en otra al recordar los ratos pasados «en aquellas noches melancólicas de noviembre, que me brindásteis con hospitalaria acogida»...

No es de extrañar que al hacer estos recorridos y excursiones por las sierras y vegas sorianas, así como al pasar, viajero con dirección a Madrid, se detuviese días y días, vagando de castillo en castillo, de aldea en aldea, charlando «curioso y observador» con los viejos de sus alquerías, con pastores y zagales de sus oteros y majadas que le darían, sin duda, el ingenioso y sutil hilo de «Ariadna» para tejer después aquellas novelas románticas, llenas de sentimentalismo y fervor religioso.

Así puede explicarse la estrecha amistad que don Ibo tuvo con mi bisabuelo Juan Lucas, vecino de Valdegeña, pueblo de paso entre Cervera y la capital de la provincia, donde seguramente más de una vez tendría que ser huésped del famoso «abuelo Juanillo», nombre por el que se le conocía en aquellos contornos.

Hombre influyente, mi bisabuelo, en la comarca, conocedor de pueblos y personas, hospitalario, acogedor y afable como pocos, fácilmente se compenetraría con Ibo Alfaro y sería su fiel acompañante y «Mentor» en sus excursiones y cacerías por *Maseboso*, *Cortos*, *Almenar* y *La Pica*.

Aun recuerdan mi madre y mis tíos, allá en sus tiernos años, aquella amistad de don Ibo con los abuelos, y «de un libro titulado *Jerusalén*» que ellos han leído y andaba bien guardado entre las ropas domingue-

(1) *La Cruz de los dos amantes*, pág. 5.

ras de los antiguos baúles de la casa. Aquel libro, me dicen, aprisionaba, entre sus páginas, un ramito de olivo, traído, como devoto recuerdo, del Huerto de Getsemaní.

* * *

Conozcamos ahora, a grandes rasgos, la silueta breve y admirable de su vida; sepamos de sus aficiones y trabajos literarios, y admiremos su copiosa producción bibliográfica, constante acupación de su existencia.

Pero no quiero pasar adelante, sin grabar aquí, con letras de gratitud, los nombres de mis paisanos y amigos que con sus noticias y orientaciones, con sus fotografías y grabados, así como con su amistad y entusiasmo, han cooperado a la redacción y publicación de este libro.

Sea el primero el del simpático joven cerverano Jesús L. Sáenz Ruiz, que tanto empeño ha puesto en relacionarme con los deudos de Ibo Alfaro y en buscarme datos para tejer su biografía, no menos que el inteligente fotógrafo, también cerverano, Antonio Jiménez, mago y artista de luces y de sombras, quienes, en unión de mi excelente amigo Antonio Moñux, párroco de Torlengua, han traído a mis manos fotos y siluetas de castillos y recuerdos sorianos.

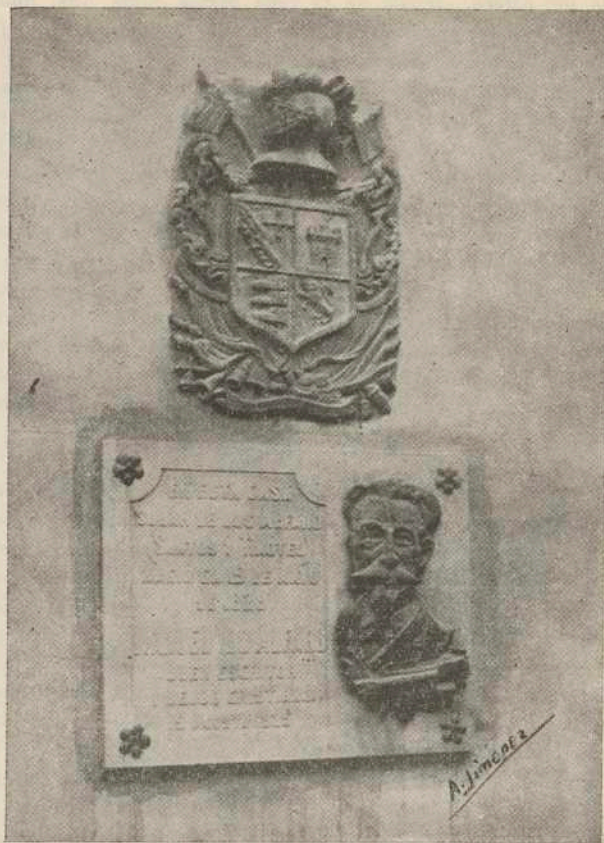
A todos mi más cordial y sincero reconocimiento.

IBO ALFARO

En la antigua y romana *Cervaria prope Cluniam*, en ese rincón de la feraz Rioja, enclavado en el límite de tres provincias, Soria, Logroño y Navarra, y arrullado por las linfas suaves del río Alhama, vino al mundo con muy poquitas señales de vida, el 19 de mayo de 1828, aquel insigne y fecundo escritor don *Manuel Ibo Alfaro*, viéndose precisado el cirujano don José Navas a bautizarle con toda urgencia.

A los pocos días suplió las ceremonias solemnes de la iglesia el beneficiado, cura de Santa Ana, don Sebastián Martínez, «delante de los padrinos don Juan Manuel Lafuente, abuelo materno, abogado de los Reales consejos de S. M., y doña Dominica Remón, abuela paterna».

Fueron sus padres el licenciado en Derecho don Manuel Alfaro y



Lápida colocada por el pueblo de Cervera: «En esta casa solar de los Alfaro (Santos y Timoteo), nació el 19 de mayo de 1828, Manuel Ibo Alfaro, buen escritor y mejor cristiano. 15 agosto 1925»

doña Saturnina Lafuente, que vivían plácidamente en Cervera en la casa solar de los Alfaro, situada en la calle Mayor Santa Ana, núm. 110, donde nació nuestro escritor, como lo atestigua la lápida de la fachada de la finca colocada en su recuerdo el 15 de agosto de 1925.

Dos hermanos y una hermana tuvo don Ibo, siendo curioso notar que solamente casó éste, si bien no dejó sucesión, quedando solteros los demás.

Los dos varones, Santos y Timoteo, lograron alcanzar por sus estudios y aplicación altos puestos en el foro y en la cátedra, llegando a ser el primero Vicesecretario del Tribunal Supremo, con la prerrogativa de tener coche de caballos a su servicio, que acudía a recogerlo al domicilio de don Ibo, en Madrid, calle Ancha de San Bernardo, núm. 29 en cuya misma casa, si bien en distinto piso, vivía don Santos en compañía de su hermana; gozaba don Santos de una inteligencia y prestigio privilegiados, y a pesar de su poco agraciada figura, pues era un tanto cheposo, su simpatía y amabilidad cautivaba a las gentes y a sus numerosas amistades.

Falleció don Santos en 9 de abril de 1901.

Contrastaba, en cambio, con estas cualidades, su hermana Wenceslada, solterona poco amable y un tanto arisca de carácter y condición.

El otro hermano, don Timoteo, aficionado a las lenguas, logró una cátedra de hebreo en la Universidad de Sevilla, donde vivió bastantes años, falleciendo en 1887, dos años después de don Ibo. Aficionado también a la literatura, dejó escritas algunas comedias y unas poesías, reunidas bajo el título de *Lira riojana*.

Había casado nuestro escritor con una dama aragonesa, doña Adela Cano y Lacalle, a quien sin duda trató y conoció en las concurridas y amenas tertulias de su casa paterna de Cervera.

Mujer de extraordinaria belleza y adornada de valiosas prendas morales y religiosas, constituyó con su esposo un hogar feliz, lleno de paz y de cariño, pues así se deduce de los escritos de don Ibo, en especial de las páginas amenas de su librito *«Jerusalén»*, donde le dedica líneas de sentida recordación.

No tuvo que echar de menos el matrimonio aquellas entretenidas charlas de Cervera, pues en su casita de San Bernardo, en Madrid, donde vivían, viéronse muy visitados y honrados, formándose una numerosa y variada tertulia de amigos y familiares que entretenían alegremente sus ocios.



Doña Adela Cano, esposa de Ibo Alfaro

Al fallecer su esposo, aquella casa, invadida por la tristeza y el olvido de los amigos, vió doña Adela cómo disminuían las tertulias y se apagaban los ecos de días felices y bulliciosos, y al cabo de catorce años de viuda, al verse sola y sin amistades, decidió ingresar en el *Instituto de Religiosas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico*, profesando en Madrid, el 15 de mayo de 1899, con el nombre de *María del Sagrario*, en la casa de las citadas Religiosas de la calle de Fuencarral, número 113.

En este «Nazaret», segundo paraíso de su viudedad, pasó doña Adela los treinta y un años del siglo presente, dedicada a la educación de infelices jóvenes, y al servicio cotidiano del Corazón de Jesús.

¡Quién habría de decir a Sor Sagrario, el día de su profesión religiosa, en mayo de 1899, que llegaría un día de luto para España, un 11 de mayo de 1936, borrón de las logias, en que tendría que disfrazarse de mundana y ocultar las tocas para huir por la puerta trasera del convento!

Así sucedió. Dios Nuestro Señor la tenía reservado el acíbar de sus últimos años, y tuvo que sufrir los azares de la persecución religiosa, regalo de una república laica, saliendo violentamente de su amado Asilo para no volver más.

Gracias al cariño y caridad de su sobrina y salvadora doña Petra Lalliga, hoy viuda de Meana, pasó varios meses en su domicilio de Almagro, núm. 12, y algún verano en El Escorial, hasta que, reclamada por sus superiores, se trasladó a Burgos, donde vivió un par de años, ya llena de achaques, pues contaba ochenta de edad, y padecía últimamente cierta tartamudez en la lengua, y su cabeza ya no regía a consecuencia de aquellas terribles impresiones del 11 de mayo, falleciendo en 1934.

ACTIVIDADES LITERARIAS

Apenas había logrado imponerse con vivacidad despierta en las primeras letras y latinidad, cursó Filosofía don Ibo, con aprovechamiento, en el Colegio que su padre tenía abierto en Cervera, terminando con brillantez esta facultad en Tudela, donde se graduó de Bachiller.

A fin de continuar sus estudios pasó en 1849 a Zaragoza, en cuya

Universidad obtuvo el título de regente en Psicología y Lógica, con la nota de sobresaliente, así como en todos sus estudios, si bien no logró licenciarse en Letras por impedírselo desgracias familiares.

Dióse a conocer muy pronto como escritor, publicando en Tarazona, en 1848, la traducción de un bello cuento de Marmontel titulado *La Zagala de los Alpes*.

Cuando apenas frisaba los veintiséis abríles se trasladó a Madrid, en 1854, donde comenzó a dar rienda suelta a sus aficiones literarias, publicando poesías en *El Círculo Científico y Literario*, mientras colaboraba en varios periódicos y revistas, algunos de la importancia y relieve del *Semanario Pintoresco*, y se distinguía ya por sus gustos y conocimientos arqueológicos.

Apareció después su firma como folletinista sugestivo y atrayente en el periódico *El Tribuno*, donde publicó su novela *El orgullo y el amor*, en cuyas páginas dice al autor de sus días: «Padre: esta novela es el producto de los días más bellos de mi juventud. Está concebida en las orillas del placentero Albama; desarrollada entre las flores de mi jardín; escrita en el mismo gabinete donde se meció mi cuna. Hoy que por buscar la gloria abandoné el lecho de mi infancia; hoy que me encuentro lejos de mi padre y de mi pueblo, siento estremecerse mi pecho cuando paso la vista por sus páginas.»

Figuró asimismo como redactor de *El Debate*, *El Industrial Ibérico*, *El Porvenir*, *Las Cortes* y otros, y fué colaborador de la famosa obra *Las Cortes Constituyentes*.

El año fatídico del cólera morbo, 1855, debió ejercer en don Ibo un cambio de su vida, pues así se desprende al leer las bellas páginas de su obrita ¡*Jerusalén!*: «Abandoné mi pueblo; murieron mis padres; ¡los dos en un mismo día! Luché con las contrariedades del mundo. Me casé» (1).

En varios pasajes de sus obras dedica a veces un recuerdo a la memoria de sus queridos padres, y rememora los años felices de su niñez, «cuando siendo aún niño leía con respeto la *Biblia* en mi pueblo en compañía de mis padres»; y al visitar los Santos Lugares de Jerusalén estampaba en su diario: «¡Cómo recordé, madre querida, los días que contigo iba al templo a orar de rodillas ante la imagen de la Doloro-

(1) ¡*Jerusalén!*, 1879, pág. 6.

sa!», y aquellos otros en que «mi padre me enseñó, entre las flores de mi jardín, las primeras nociones de Historia Sagrada», sin olvidar «los días tranquilos que en mi humilde pueblo veía las procesiones de Semana Santa».

Grande y profundo debió ser su sentimiento por la muerte de sus padres, pues, al año siguiente de su fallecimiento, publicaba una de sus primeras novelas (en 1856), titulada *La bandera de la Virgen del Monte*, que llevaba una lámina en la cual figuraba un ángel junto a dos lápidas funerarias y la dedicatoria siguiente: «A la memoria de mis queridos padres, que sucumbieron en un mismo día, víctimas del terrible cólera. ¡El ángel de los justos velará sus tumbas!».

Con el fin de publicar algunas novelas reunió fondos, liquidó parte de sus bienes y debió instalarse en Madrid definitivamente en 1856, y para procurarse ingresos se dedicó a dar lecciones de Matemáticas, Historia y Geografía, especializándose en la preparación de alumnos para ingreso en el Colegio de Estado Mayor.

Así se explica que diese a luz un *Compendio de Historia de España*, el cual fué declarado por el Gobierno como obra de texto «para ingreso en la carrera de Estado Mayor, Artillería y Escuelas Normales».

El cariño y amor a su esposa se revela también en las páginas de sus escritos, sobre todo al referir aquellas santas jornadas de su viaje a Jerusalén y a Egipto, pues le dice al lector que al partir de Madrid «me arranqué de los brazos de mi esposa», y al recorrer las ardientes arenas del desierto escribe: «yo subí a la cumbre de la gran Pirámide y en su cumbre dejé escritos algunos nombres queridos»; sin duda el de doña Adela, pues en esa fecha no existían sus padres.

Varios días llevaba recorriendo con interés y emoción la Palestina, cuando el 11 de marzo de 1877 «el Vicecónsul español me entregó una carta de mi mujer, recibida en Jaffa, que yo leí con *encanto* porque era la primera suya que llegaba a mis manos desde que pisaba la Tierra Santa».

Pocos días antes, miércoles 7 de marzo, había escrito don Ibo a su esposa este párrafo:

«Ya estoy en Jerusalén; ya he orado en el Santo Sepulcro y lo he besado; ya he orado en el Calvario y lo he besado; adjunto te remito una flor de narciso, nacida en el huerto de Getsemaní, y que yo mismo he cogido de los buques que adornan el Santo Sepulcro.»

¿CATEDRÁTICO?

He dudado bastante tiempo en considerar a don Ibo como catedrático, al repasar tantos libros de estudio suyos, las numerosas ediciones de los mismos, y ver eran declarados oficialmente de texto en Centros del Estado, despistado además al leer su breve biografía en la *Enciclopedia Espasa*, que, además de darnos equivocado el año de su nacimiento (1822, en vez de 1828), afirma fué catedrático y profesor de Geografía e Historia en varios Institutos, confundiéndolo, tal vez, con su hermano Timoteo, catedrático de Sevilla, o con su tío don Mariano Alfaro, profesor de Literatura en Orense y *Toledo*, quien al morir le nombró su testamentario y donó algunos libros.

Aumentaba además mis vacilaciones, inclinándome ya a dar la razón a *Espasa*, aquella frase, única tal vez en sus múltiples escritos, estampada en su libro *Jerusalén* al referirse a «aquel temible viento que abrasa, que levanta la piel, del que tantas veces yo he hablado en mi cátedra de Geografía».

Pero no: esta cátedra no era oficial, no la tenía en ningún Instituto, sino privadamente, acaso en su mismo domicilio de la calle Ancha de San Bernardo, 29.

Ninguno de los que citan su nombre y sus producciones le consideran como catedrático oficial; ni el *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*; ni Ovilo y Otero en sus *Escenas contemporáneas*; ni sus paisanos Zapatero y Pedro Marín, en *Efémerides cerveranas*; ni tampoco figura su nombre en los ficheros oficiales del Archivo del Ministerio de Instrucción Pública, sacando la consecuencia de que únicamente fué un profesor particular dedicado a la enseñanza privada y a sus aficiones literarias; no podía ser de otra manera, puesto que en sus años de estudiante sólo alcanzó los títulos de regente y bachiller en Filosofía, sin llegar a licenciarse.

Si así hubiera sido, el codiciado título de catedrático aparecería pomposamente impreso entre tantos honores y dignidades como estampaba en las portadas de algunos de sus libros, como: «regente y bachiller en Filosofía, miembro de las Academias de los Quirites y de los Arcades de Roma, de la de Montreal en Francia (que le premió una

novela con diploma de honor de primera clase), de la Sociedad Geográfica de Madrid, del Consejo Supremo de los Caballeros Hospitalarios; caballero, además, de la Real y Militar y Pontificia Orden del Santo Sepulcro, etc., etc.»

VIAJE A JERUSALEN

Uno de sus libros más leído, mejor escrito y más atrayente y encantador es el titulado *Jerusalén*, en que Ibo Alfaro narra su viaje y hace la «Descripción exacta y detallada de los Santos Lugares», con motivo de haberle dado el Gobierno español en 1877 la honrosa, pero comprometida comisión de registrar los archivos de Tierra Santa y Constantinopla, con objeto de buscar en ellos documentos que acrediten los derechos que España tiene a muchas de las fundaciones de aquellos países, cuyos derechos disputan hoy o ponen en duda la Francia y la Italia».

Realizaba así «una ilusión que nació en mi espíritu al dulce calor del regazo materno; un deseo alimentado y nutrido por un profundo sentimiento religioso..., el ardiente deseo de besar con mis propios labios los Santos Lugares», visitando y estudiando detenidamente cuantos monumentos religiosos y profanos tuvo ocasión de ver en Africa y en Asia, teniendo la satisfacción inmensa de subir a la gran Pirámide, de visitar el Jordán, el Santo Sepulcro, la Cueva de Belén, el Calvario, Monte de Olivete», etc., etc., dando motivo este viaje a la publicación de su amena y sugestiva obra: *¡Jerusalén! Descripción de los Santos Lugares* (Madrid, 1879).

Salió de Madrid el 11 de febrero de 1877, domingo de Carnaval; el 12 estaba en Barcelona; el 15, en Marsella, donde embarcó; el 21 llegó a Alejandría, recorriendo Egipto unos días, para llegar a Jaffa el martes 6 de marzo.

Pensaba realizar el viaje con el Conde de Casa-Sarria, cónsul de España en Jerusalén durante muchos años, trasladado a Beyruth; pero no pudo ser, si bien le dió buenas cartas de presentación para Palestina, donde fué agasajado y bien atendido. A 20 de marzo emprendía su regreso en Jaffa para España; volviendo por Italia, «surqué, nos dice,

las blandas olas del Adriático y desembarqué en Brindis; crucé Italia. Me detuve en Nápoles, vergel de Europa», Herculano, Pompeya, el Vesubio, Roma, etc.

El 2 de abril, a las dos de la tarde, salía de Roma; el 5 estaba en Barcelona; el 6, en Zaragoza; el día 7, en Cervera, a la una de la tarde, donde hizo noche, «durmiendo en mi pueblo, en mi casa», regresando a Madrid el martes 9 de abril, «donde tuve el inmenso placer de encontrar sin novedad a mi esposa».

De aquel viaje triunfal, además del pletórico bagaje de impresiones y noticias de aquellos países, trajo infinidad de objetos y recuerdos de los Santos Lugares: olivas del Huerto santo, manzanas de Sodoma, agua, en botellas lacradas, del Mar Muerto y del Jordán, flores, plantas, etc., y dos velas que alumbraron durante la misa en Roma; todo ello para repartir entre amigos y familiares, y con el fin de enriquecer y aumentar su *pequeño museo doméstico*.

Pero, entre tantos objetos y reliquias traídos de los lugares santos, ninguno tan original, ni tan admirable, como una *casulla* conseguida de la Iglesia del Santo Sepulcro, y que se conserva todavía en la ermita de la Virgen, en Cervera.

Dejemos que nos relate el mismo autor cómo surgió en él aquel deseo de obsequiar a su pueblo y a su Virgen, pues el encanto y fluidez de su pluma agrada a sus paisanos y lectores.

Véamoslo.

«Domingo 11 de marzo.—Virgen del Monte.—En mi pueblo nativo. Cervera del Río Alhama, provincia de Logroño, gallardea sobre la cumbre de un monte, frente a un castillo musulmán, que corona majestuoso la cumbre de otro monte, una ermita dedicada a la *Asunción de María*, y conocida en el país con el nombre de la Virgen del Monte; en el tejado de la *Virgen del Monte* tremola siempre una bandera, que el día de la Asunción se renueva con gran pompa religiosa, siendo precisamente una doncella la que ha de prenderla en el asta clavada en el tejado.

»Ermita y bandera pierden su origen en la oscuridad de los tiempos, y, por lo tanto, piadosas y gratas consejas se refieren a una y otra; gran devoción tuvieron mis abuelos y mis padres a esa ermita: en ella me enseñaron a orar; fundado en sus tradiciones escribí yo una de mis primeras novelas, con el título de *La bandera de la Virgen del Monte* o la *Mora encantada*, y poco antes de entrar en Bethlem, cuando marchaba por aquel camino lleno de recuerdos bíblicos, involuntaria-

mente se fijó mi penasmiento en aquella ermita, dulce sagrario de las primeras oraciones de mi vida, y al pensar en ella sentí el deseo de hacerle un regalo, de llevarle de Tierra Santa algo que no fuera común en España. Entonces, dirigiéndome a mi querido amigo fray Manuel Yubero, le dije: «Que costara lo que costara, tenía empeño en que me cedieran una casulla con la que hubieran celebrado misa mucho tiempo en el Santísimo Sepulcro». Fray Yubero me contestó: «Que era muy difícil conseguir lo que pretendía, porque nunca había salido nada para ninguna parte de la basílica del Santísimo Sepulcro».

»Sin embargo, al día siguiente habló fray Manuel con el reverendísimo Padre Custodio, y el reverendísimo Padre Custodio contestó al pie de la letra lo que me dijo fray Manuel Yubero: «Que jamás había salido casulla alguna, ni ningún otro ornamento, de aquel templo; pero que, atendidas ciertas razones, me regalaba una a mí en nombre del Santísimo Sepulcro».

Llevé a mi pueblo esta casulla, con la que se ha celebrado misa durante diez años en el sepulcro de Cristo; en mi pueblo se recibió con entusiasmo ese regalo; se levantó acta de él, y la casulla se conserva en la ermita de la *Virgen del Monte* con respeto y veneración. Dispénsame el lector si me he distraído de mi objeto principal; pero hoy, en que enfermo aún, escribo este libro, me es muy grato recordar con sus detalles los instantes que, lleno de salud, transcurrieron para mí en Tierra Santa, y cuanto a Tierra Santa liga con el pueblo donde se deslizaron los primeros años de mi vida» (1).

Al final de su interesantísimo libro y como colofón escribía: «Ya he cumplido mi cometido, ya he realizado la más bella ilusión de mi vida, ya he hecho mi viaje a Oriente; solo, sin compañía de nadie...»; y hablaba de su enfermedad, acaso originada por el ajetreo del largo viaje y variedad de climas, diciendo: «Permitidme que después de la gravísima enfermedad que al regresar de los Santos Lugares he sufrido...». «He concluido, añadía. Regresé a mi patria; dura enfermedad me colocó a las puertas de la muerte, y enfermo todavía, enfermo y abatido he escrito este libro...»; tal vez le dañase «aquel terrible viento que abrasa, que levanta la piel, del que tantas veces yo he hablado en mi cátedra de *Geografía*».

(1) Ibo Alfaro: *¡Jerusalén! Descripción exacta y detallada de los Santos Lugares*. Madrid, 1879. pág. 247-249.



Casulla traída por don Manuel Ibo de la Iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén, y que regaló a Cervera, donde se halla.

Nada sabemos respecto a sus gestiones y misión oficial encargada por el Gobierno español, pues el mismo autor consigna en su *¡Jerusalén!*: «reservo estas importantes cuestiones para tocarlas en la otra obra, más extensa y más pensada, que estoy resuelto a escribir», y que no publicó, que sepamos, tal vez por motivos de su resentida salud.

No habían transcurrido tres años de su regreso de Palestina y Oriente, cuando marchó nuevamente a Italia en 1880, recorriendo las principales capitales: Roma, Florencia, Bolonia, Venecia, Milán, Génova, etcétera, visitando con interés y detenimiento los monumentos y templos más importantes de dichas ciudades.

Presentóse como candidato a diputado a Cortes, en las elecciones de 1883, por el distrito de Arnedo, al que pertenece su pueblo natal, y si bien no obtuvo mayoría de votos, puesto que era de la oposición, logró no obstante una prueba de afecto y consideración dado por sus paisanos al depositar su voluntad en la urna.

El largo y agitado viaje a Oriente, y lo debilitado y cansado que tenía el cerebro a causa de tantas obras como había publicado, le produjeron una grave enfermedad, que si bien pudo vencerla en un principio, agravóse después, tomando el carácter de hemiplejía, y concluyó con sus días y su fecunda vida en 24 de noviembre de 1885, en la Corte.

SU RELIGIOSIDAD

Aunque don Ibo estaba tocado de aquel liberalismo romántico, muy en boga en el siglo pasado, no era el liberalismo iconoclasta y cerril de los tiempos modernos, pues sus ideas y sentimientos estaban saturados de un fervor religioso, que salta de los puntos de su pluma a cada paso.

Así brotaban aquellas frases felices en las páginas de su *¡Jerusalén!*: «La estrella de la fe que brilla en el firmamento de la conciencia...» me guió como a los Reyes Magos; y al recordar con cariño la ermita de la *Virgen del Monte* de su pueblo la llama: «dulce sagrario de las primeras oraciones de mi vida»... «en ella me enseñaron a orar».

Y al hablar de la Virgen escribe: «Yo que de niño te adoré, inmaculada Concepción, en los humildes templos de mi pueblo».

En las primeras páginas de su *¡Jerusalén!* justifica su obra diciendo: «¡El libro que hoy escribo... es un tributo que rindo a mis creencias religiosas, es un suspiro de mi alma, es una flor que planto en la sepultura de mis padres!». Y en las últimas páginas del mismo libro repite: «Este libro... lo declaro con valor, es una prueba que me doy a mí mismo de que no se han extinguido en mí los sentimientos religiosos que en mí despertaron los autores de mi existencia...; es una flor que, lleno de cariño y de respeto, coloco sobre las tumbas de mis queridos padres».

Como si fueran pocas estas manifestaciones de fervor y religiosidad, aun escribe una bella frase llena de emoción: «Desde que besé la cumbre del Calvario y desde que besé el sepulcro de Cristo, o yo me parezco más grande que antes o me parecen más pequeñas las cosas de la vida».

MANUEL IBO, PUBLICISTA

El relieve literario de nuestro novelista no es de los que destacan en el siglo XIX, a pesar de su fecundidad, pero puede muy bien codearse con las figuras de aquel romanticismo decadente.

Cejador y Frauca le califica de «novelista sentimental», pero don Ibo tiene en su haber aquella apasionada inquietud por la leyenda que rebusca en las aldeas oscuras de Castilla, y tomando el hilo y la trama de labios de rústicos labriegos trenza y teje en las páginas de sus novelas, a estilo de los Fernández y González de su tiempo, aquellos relatos más o menos históricos.

El culto historiador de nuestra literatura del pasado siglo, el ilustre P. Blanco García (1), escribía, al tratar del período literario de 1850 a 1860: «Otra serie no menos feliz de novelistas, en que siendo y todo muy visible la influencia transpirenaica, no lo es la de un autor determinado y único... cultivadores del género histórico y del de costumbres, sin ideal fijo, sin carácter y sin fisonomía, fueron Francisco J. de Orellana y el riojano o cerverano Alfaro».

«No fueron tan conocidas como las de Orellana las novelas de don

(1) *La Literatura Española en el siglo XIX*. Madrid, 1891, vol. I, página 382,

Manuel Ibo y Alfaro, a pesar del dulce *sentimentalismo* que rebosa en algunas».

No obstante, dió a la estampa cerca de sesenta libritos apreciables.

He aquí reseñadas las obras que el eximio escritor de Cervera dejó impresas, las cuales van agrupadas por materias afines:

OBRAS DE IBO ALFARO

BIOGRÁFICAS

Apuntes para la Historia de D. Leopoldo O'Donnell. Madrid, 1867, 986 páginas con 15 láminas.

Biografía del Sr. D. Francisco Javier de Moya. Madrid, 1869, 42 páginas.

Biografía del Excmo. Sr. D. Juan Zavala. Madrid, 1861.

Biografía del Excmo. Sr. D. Rafael Izquierdo. Madrid, 1869, 43 páginas.

La corona de laurel.—Colección de biografías de los generales que han tomado parte en la campaña de Africa. Obra dedicada al Ejército español. Madrid, 1860. Establecimiento literario y tipográfico de don Manuel Ibo Alfaro (Ancha de San Bernardo, 29 y en la Travesía de la Parada, 8). 3 vols. de 612, 448 y 771 páginas, con láminas.

DIDÁCTICAS

El amante de los niños. Elementos de Aritmética.—Dedicado a los niños estudiosos. Madrid, 1876, 111 páginas.

Compendio de Geografía. Escrito para uso de los Institutos y Escuelas Normales del Reino. Dos ediciones. Madrid, 1873, 264 págs.

Compendio de la Historia de España.—Declarado de texto para ingreso en la carrera de Estado Mayor, Artillería y Escuelas Normales. 2.^a edición. Madrid, 1863, 416 págs., 3.^a edición (Madrid, 1865). y posteriormente, en 1876, 1882 y 1884 (10.^a edición).

Compendio de Historia universal y de la general de España.—Obra declarada de texto para Institutos por Real orden de 9 de agosto de 1868. Madrid, 1872, 1876 (3.^a edición), 1881 (4.^a edición), 1885 (5.^a edición) y 1912 (7.^a edición).

Jerusalén.—Libro de lectura para las escuelas de primera enseñanza. Fué declarado oficialmente de texto para la Península por Real orden de 3 de junio de 1881, y para las escuelas de Cuba y Puerto Rico por Real orden de 15 de noviembre de 1881. Obra muy leída por los niños, de la que llegaron a publicarse once ediciones hasta 1914. En vez de capítulos los titula *Alboradas*, y habla de Tierra Santa en forma de diálogo entre el Marqués de Flora y su hijo

- Alfredo*. Tiene grabaditos buenos, 112 págs. (13 × 10), 16.º Salió a luz por primera vez en 1880 en Madrid, y después en 1885 (6.ª edición), 1898 (9.ª edición), 1904 (10.ª edición) y 1914 (11.ª edición).
Programa de Historia de España, para ingreso en el Colegio de Artillería de Segovia. Madrid, 1865, 72 págs.
Resúmen de Geografía para uso de las Escuelas de primera enseñanza. Madrid, 1880, 127 págs.
Resumen de la Historia de España. Debieron salir varias ediciones pues he visto la 14.ª (Madrid, 1899) y la 15.ª (Madrid, 1908).

HISTÓRICO-POLÍTICAS

- Crítica de la Historia de España*.—Así citan Zapatero y Marín una obra de Ibo Alfaro, que seguramente no han visto, pues no figura con ese título en Catálogos ni en la *Historia* de Cejador. Tal vez fuese equivocada con el *Compendio de Historia de España* o con las dos siguientes:
Fisonomía de las Cortes Constituyentes de 1869.
Historia de la interinidad española, dedicada al pueblo español. Madrid, 1871-1872. 2 vols. de 850 y 892 págs., con 23 retratos de políticos y un grabado de la iglesia de la Almudena, antes del derribo. Ibo Alfaro muestra en esta obra espíritu liberal castelarino; ataca a veces a Isabel II y habla continuamente de democracia.

. NOVELAS

- Adolfo, el de los negros cabellos*. Madrid, 1848. (Citada por Cejador.)
Arte de buscar marido. (Citada por Cejador.)
La bandera de la Virgen del Monte o La mora encantada.—Novela histórico-fantástica de la Edad Media. Madrid, 1856. Travesía de la Parada, núm. 8. 314 págs., con láminas. Zapatero (J. M.) y Marín (Pedro) dan, equivocadamente, el título, y dicen: *La mora encantada o la bandera del amor*.
El boticario Leoncio.
Carmen la española.—Segunda parte.
El corazón de una mujer.—Novelita premiada en concurso por la Academia de Montreal, de Francia, con diploma de honor de primera clase. Madrid, 1881, 23 págs. La escena en Madrid, en la calle de Leganitos; el protagonista, Rodolfo, se suicida en el cementerio, entre las tumbas de su madre y de su novia.
La cruz de los dos amantes.—Cuento tradicional, dedicado a su querido amigo don Baldomero González del Campillo. La acción tiene lugar en el pueblo de Peroniel y en el castillo de la Pica; los dos amantes mueren por aspirar el olor de un ramo de flores, envenenado previamente por un rival. Madrid, 1858, 40 págs.

- La cruz y la golondrina.* 1877. (Citada por Cejador.)
- El fantasma de Maseboso.* Madrid, 1854-1855. Refiere la leyenda o consejo acerca de la desaparición de este pueblo, a causa de la venganza de la vieja Avedícula, que envenenó la fuente de la aldea por no haber sido invitada a una boda, cuya novia destinaba ella para su nieto, sargento del Ejército. (Citada por Cejador; y Ovilo y Otero en *Escenas contemporáneas*, pág. 63.)
- La flor de Marruecos.* (Sin datos.)
- Flora y Sofía o el cementerio de mi pueblo.* (Sin datos.)
- La Hermana de la Caridad.* Barcelona, 1885, 8 págs. Los protagonistas son dos jóvenes de Cortos (Soria) que son víctimas de unas cartas apócrifas dándoles por muertos en su ausencia, encontrándose salvos en un hospital de sangre de la guerra carlista.
- Historia de una violeta.* 1857. El asunto es de ambiente madrileño.
- Horas de recreo.*—Colección de novelas, con láminas. Madrid. (Citada por Palau y Cejador.)
- Malditas sean las mujeres.* Barcelona. Madrid. Méjico. 223 páginas. Obtuvo resonante éxito esta novela aquí y en América, y se hicieron multitud de reimpresiones por los años de 1859, 1862, 1865, 1902, etcétera.
- La niña en el jardín.*
- La odalisca de los laureles.* (Citada por Cejador.)
- El orgullo y el amor.* Madrid, 1856.
- Ricardo y Felisa.* Episodio de las fiestas de Zaragoza. Madrid, 1860, 54 páginas. Publicada en el mismo volumen que *El cautivo de Peroniel*.
- La sepultura de las flores.*
- El tulipán florido.* *El jardín del bello sexo.* Madrid, 1860. Impr. de M. Ibo Alfaro. Ovilo y Otero, en *Escenas montañosas contemporáneas* (1859), da el título así: *El tulipán florido o la joven misteriosa*. Comienza la acción en Aldea del Señor (Soria) y se desarrolla en Madrid. En este mismo volumen están a continuación *La Virgen de la Llana o el cautivo de Peroniel*, *Ricardo y Felisa* y *Una lágrima sobre las ruinas de Numancia*.
- Vivir es amar.*
- La Virgen de la Llana o el cautivo de Peroniel.* Madrid, 1860, 174 páginas, con láminas (21 x 14), 8.º
- La zagala de los Alpes*, traducción de la novelita de Marmontel. Tarragona, 1848.

L I T E R A R I A S

- Cuatro días brillantes de Castilla.*
- ¡Jerusalén! Descripción exacta y detallada de los Santos Lugares.* Madrid, 1879, 413 págs. (18 x 12), 8.º
- Una lágrima sobre las ruinas de Numancia.* Madrid, 1860. Imp. de M. Ibo Alfaro. Publicada al final del volumen de *El tulipán florido*.

LIBROS DEDICADOS

Gustaba don Manuel Ibo Alfaro de ofrecer sus obritas a literatos y amigos, y a veces así lo consignaba en las portadas. He aquí algunas dedicatorias:

El ejemplar de la *Historia de la interinidad española* (Madrid, 1871-1872), existente en la Biblioteca Nacional lleva en el volumen I un autógrafo de Ibo Alfaro, que dice: «Al eminente poeta, Excmo. Sr. D. Adelardo López de Ayala, en testimonio de consideración, el autor».

Dedicatoria y autógrafo que repite con las mismas palabras en el titulado *¡Jerusalén! Descripción exacta y detallada de los Santos Lugares*. Madrid, 1879; también en la Biblioteca Nacional.

Al mismo célebre escritor ofrece su *Compendio de Geografía* (Madrid, 1873), como puede leerse en el ejemplar del mismo Centro nacional, que dice en la anteportada, de letra de don Ibo: «Al excelentísimo Sr. D. Adelardo López de Ayala, su reconocido y s. s., q. b. s. m., el autor».

Asimismo hay otro volumen del mismo año y título que el anterior, con autógrafo de su autor, que dice: «Al Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, en testimonio de amistad, el autor».

El *Compendio de la Historia de España* (2.^a edición, Madrid, 1863), lleva dedicatoria impresa: «Al Mosén D. Ramón Durán de Corps, camarero de Honor de Su Santidad, Arcipreste de la Catedral de Toledo», y el *Compendio de Historia Universal* (3.^a edición, Madrid, 1876), también impresa, dice: «A la memoria del Excmo. D. Modesto de La fuente».

La cruz de los dos amantes (Madrid, 1858). Cuento tradicional, dedicado «a su querido amigo don Baldomero González del Campillo»; bien pudiera ser este sujeto el compañero de caza que él dice le relató el asunto para esta novelita.

Otra novelita de ambiente madrileño, titulada *Una violeta*, va dedicada «a su querido amigo don Bienvenido V. Cano», que, por el apellido, tal vez fuese próximo pariente de su esposa doña Adela Cano, y, por último:

«El autor dedica este libro a los niños estudiosos», dice en la portada de *El amante de los niños. Elementos de Aritmética* (Madrid, 1876).

IMPRENTA DE ALFARO

De su continuo trato, como publicista, con impresores y regentes, debió aficionarse a esta industria y arte maravilloso, e intentó, sin duda, probar fortuna con aquellos ahorrillos recogidos de su patrimonio de Cervera. Así vemos que en 1856, recién vuelto a Madrid, después de la muerte de sus padres, publicó, dedicándola a éstos, *La bandera de la Virgen del Monte*, en la imprenta de la Travesía de la Parada, número 8, a cargo, entonces, de Joaquín René.

Cuatro años más tarde era dueño de esta imprenta, y así lo hacía constar en los varios libros que dió a luz en 1860: «Imprenta de don Manuel Ibo Alfaro, a cargo de Manuel Gómez Vera, Travesía de la Parada, núm. 8».

Es de advertir que ese célebre año de nuestra guerra de Africa, 1860, es el único en que vemos el nombre de Ibo Alfaro como propietario de la imprenta y el en que más libros publicó.

Famosa y voluminosa fué la obra titulada *La Corona de Laurel*. Colección de biografías de los generales que tomaron parte en la campaña de Africa y que dedicó al ejército español.

Sacó tres gruesos volúmenes de 612, 448 y 771 páginas, con varias láminas, y aparecen dos imprentas, una de ellas (primer volumen) dice así: «Establecimiento literario y Tipográfico de don Manuel Ibo Alfaro. Ancha de S. Bernardo, núm. 29», y otra, en los restantes, así: «Impr. de Manuel Ibo Alfaro a cargo de Manuel Gómez Vera. Travesía de la Parada, número 8».

Estos datos dan que sospechar si tendría dos imprentas a la vez en ese año, o fué la primera en su casa de San Bernardo, núm. 29 para el primer volumen, cerrando ésta para tomar en propiedad la de la Travesía de la Parada, núm. 8.

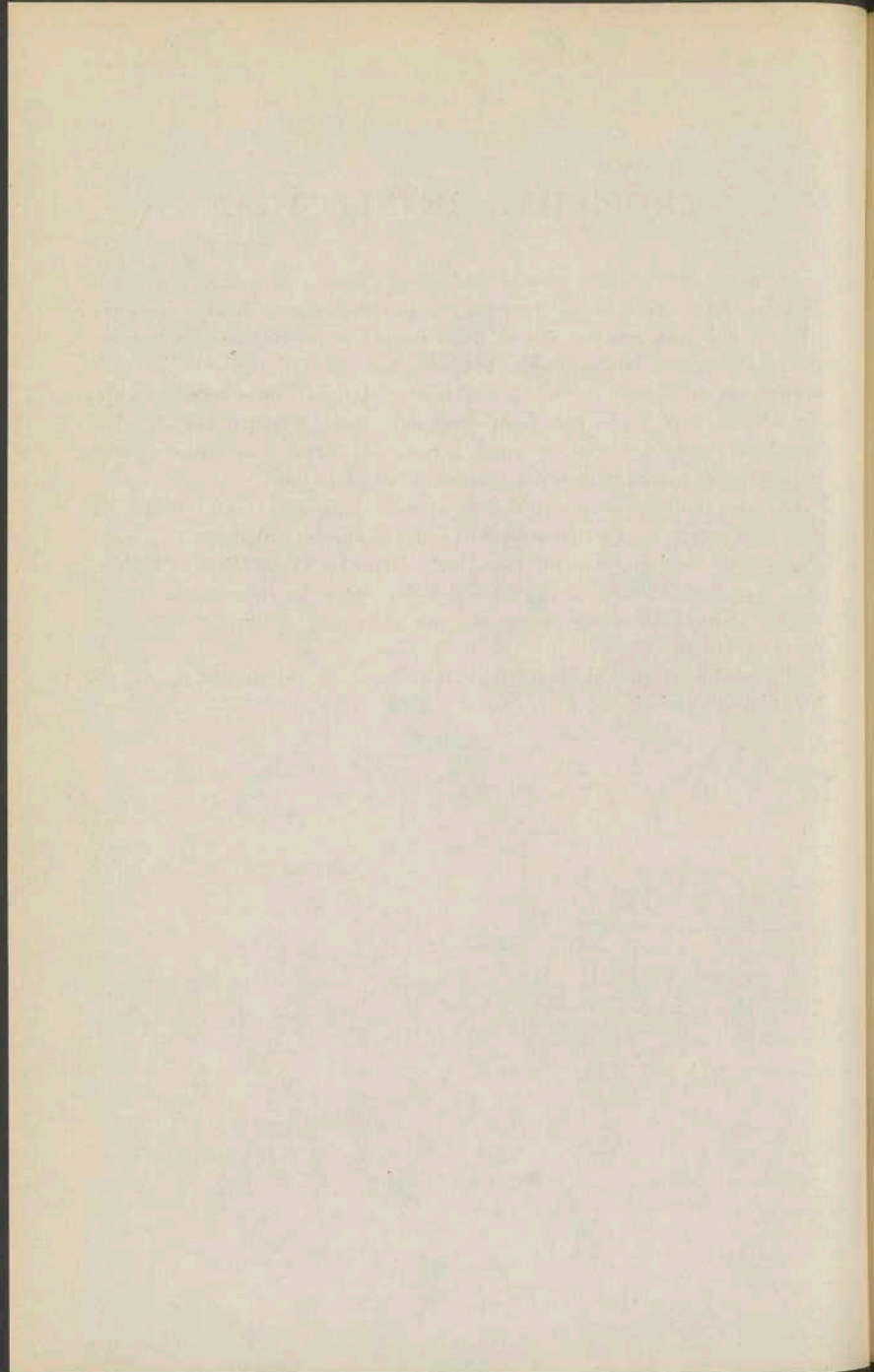
Lo cierto es que en ese mismo año 1860 publicó: *El tulipán florido*, *El jardín del bello sexo*, *La Virgen de la Llana o el Cautivo de Peroniel*, *Ricardo y Felisa*, *Una lágrima sobre las ruinas de Numancia* y *La Corona de laurel* en su imprenta de Parada, núm. 8, a cargo de Manuel Gómez Vera.

PROPIEDAD INTELECTUAL

A pesar del crecido número de libros dados a la stampa por don Ibo, no se preocupó lo más mínimo en registrar su propiedad y derechos, pues ni uno solo aparece con su firma propia en el *Boletín del Registro de la Propiedad intelectual*; pero ocurrido su fallecimiento en 1885, apresuróse su viuda doña Adela a ejercer su derecho como heredera única de Alfaro, y presentó en las oficinas del citado Registro las obras de más fácil venta y libros de texto, a pesar de llevar casi todos pies de imprenta de años anteriores a la muerte de don Ibo.

Así he podido comprobarlo con algunos existentes en la Biblioteca Nacional, tales los tres *Compendios*: de *Geografía* (Madrid, S. a.), de *Historia de España* (Madrid, 1884, 10.^a edición) y el de *Historia Universal* (5.^a edic., Madrid, 1885) y las dos *Jerusalén*, la *Descripción de los Santos Lugares* (Madrid, 1879) y la que era *Libro de lectura en las escuelas* (Madrid, 1885).

Los demás libros, ni siquiera una novela, están registrados por su autor, ni por su viuda.



NOTAS PRELIMINARES

A LA

NOVELA

Una vez presentado el autor de la novela, y dadas a conocer sus actividades y cualidades literarias, antes de adentrarse en su ameno y sentimental librito hemos de conocer el escenario y palenque donde se desarrollan los hechos más o menos verídicos de la leyenda; por eso es necesario hablar de Almenar y Peroniel, decir lo que se pueda acerca del cautivo y su familia; describir con brevedad la imagen de la Llana y su linda ermita, y citar al menos el arca del milagro, ex votos y ofrendas de fieles agradecidos.

ALMENAR

Como a una «rica hembra» y gran señora de tiempos medios encontramos a la villa de Almenar sentada a la vera de su recio y almenado castillo, ceñido su airoso talle de aldeana por la blanca cinta de la anchurosa carretera de Soria, que, festoneada de copudos álamos y de verdes chopos, sigue adelante en prolongada e infinita recta, camino de tierras aragonesas, para cortar en dos mitades los épicos campos de Arabiana, palestra y sepultura de los heroicos infantes de Lara.

Enjoyada y alhajada por las ricas preesas de sus campos y praderas, entoldada por el inmenso manto azul de su cielo límpido y sereno, ostenta orgullosa sobre su amplio pecho la esmeralda divina de su *Virgen de la Llana*, como en un relicario colgado al cuello, mientras pasa, besando humilde sus pies, como rindiéndole pleitesía, el pajecillo fresco y lozano del Rituerto.

Tendida la vista y dirigida su frente al Mediodía, contempla, soñadora, allá en lontananza, otra rival, pletórica de vida y de recuerdos, que dominadora y señorial dió nombre a su contorno con el de *Campo de Gómarra*, y diseminados aquí y acullá vense a su alrededor, como doncellas y damas de honor, aldeas y pueblecillos que rinden homenaje a porfía a su Señora la villa de Almenar.

A sus espaldas defiéndenla del frío Norte la parda y pelada capa de calizas y pizarras de la Sierra de la Pica o el verde y perenne manto de los montes de Tajahuerce, poblados de encinas y robles.

Detallada, minuciosa y poética es la descripción que hace Martínez Liso en su librito *La Virgen de la Llana*, cuyo comienzo es así :

Almenar es una villa
llana, de buena apariencia,
de tierra fértil cercada,
de suelo feraz cubierta,
con cielo tan despejado
que siempre azul se presenta,
y un horizonte tan amplio
que abraza la Vega entera,
llena de verdes simienzas
que abundantes aguas riegan.

LA LLANA DE ALMENAR

Acertadamente lleva por título la Virgen el de la *Llana*, como la Patrona de Albacete, el de *los Llanos*, pues amplia, dilatada e inconmensurable es aquella fértil llanada, semejante a un anchuroso mar, sin lindes, ni riberas, en el que parece navegar airosa y sutil la linda barquilla de la Ermita de María, entre verdes y ondulantes trigales en primavera, o sobre pardas y rojizas besanas otoñales.

Admirado y sorprendido quedó, no ha muchos años, un peregrino cazador madrileño al asomarse anhelante, cierto verano, a sus ricas vegas, y así lo consignó en su diario de caza.

He aquí sus palabras :

«La carretera que de Soria avanza para Calatayud fué la de nuestra primera exploración, dando parada y fonda muy aceptable y cómoda en Almenar.

»No quiero volver a mis devaneos históricos, pero tiene este pueblo algo curioso que ver.

»Sobre todo, armando las escopetas y soltando los perros, lo que tiene mi sorpresa inaudita es la vega que se pierde de vista, que no se le ven los límites, y donde el agua fresca y las caceras profundas, tupidas de maraña y de carderas, son el elemento seguro de la residencia codornicera.

»Todo el campo de Almenar, váyase hacia Ojuel y Tajahuerce o se tome por Cabrejas y Albocabe, es el campo de Gómara, el solar caballresco de la Edad Media en Soria.

»No hay allí el temor de que un otro escopetero se pueda adelantar y coger el mejor sitio; todos son excelentes, y hay anchura para cien personas. Unas vegas enlazan con otras, y los cazaderos pueden más que la resistencia de los hombres y los perros. El suelo es blando y suave.» (1).

Sus habitantes, en número de medio millar, dedícanse a las faenas agrícolas, al cultivo de cereales, especialmente trigo y cebada, produciendo también el terreno hortalizas, cáñamo y linos, beneficiados por las aguas de sus fuentes y del río Rituerto.

Ni sombra de lo que fué es hoy la ganadería, que en tiempos llegó a contar más de 20.000 cabezas de ganado lanar, pues la tala de sus montes asestó rudo golpe a esta llorada riqueza.

Sus lanas apreciadas y buscadas por su finura y solidez, daban vida y trabajo a multitud de hogares de sus contornos, como hace notar Ibo Alfaro en su novela.

Por eso hoy, en Almenar y su campo, es donde más hiere y molesta la monotonía y desnudez del terreno y donde con más necesidad se siente la falta de arbolado. Ni montes, ni alamedas, ni bosques, ni sotos, ni frutales en su llanada, pues fuera de algún trozo de carretera, el árbol ya no existe.

Era Almenar, hasta hace poco, villa de señorío, perteneciente al condado de Gómara, situada al borde de la dilatada llanura parda y pelada conocida con el nombre de *Campo de Gómara*, linde por linde con los apacibles e históricos campos de Arabiana, ricos ambos por la feraz producción triguera, que forman, con creces, el granero soriano.

(1) Ortiz de Pinedo: *Cuarenta años de cazador*, pág. 166-167.

Tan sólo dista 23 kilómetros de Soria, su capital de partido y de provincia, a la que está unida por una recta carretera de primer orden que, atravesando sus campos y llanuras, pasa a tierra aragonesa por la ciudad histórica de Calatayud.

Su airoso, bien conservado y aun habitable castillo, su sólida y grandiosa iglesia parroquial, así como la simbólica *Picota* clavada en medio de la plaza del pueblo, frente a la iglesia, con su argolla, signos de señorío y de su título de Villa, son documentos fehacientes de su importancia y poderío en tiempos medios.

Asentada en una pequeña elevación del terreno y aireada por los vientos N. y S., su clima es bastante frío, pero esta posición le proporciona un amplio y límpido cielo, dosel azul que contrasta fuertemente con el manto pardo de su llanura o con el sayal verdoso de sus trigales, que en primavera semejan inmenso mar donde la mirada del hombre no puede alcanzar más horizonte.

Infinidad de pueblos y aldeas diseminados a Sur, Este y Oeste de la villa forman el acompañamiento y cortejo de esta reina de la llanura.

Unicamente al Norte se ocultan tras de la sierra, en parte desnuda y en parte poblada de encinas y robles, los pueblos de Peroniel y Esteras, Hinojosa y Tajahuerce.

Almenar tuvo no ha mucho su mercado semanal los miércoles, bastante concurrido, pero la facilidad y rapidez de las comunicaciones modernas, así como la corta proximidad a su capital, a Gómara, Agreda, Calatayud y Noviercas, inutilizaron su comercio semanero.

PERONIEL

Cuando apenas hemos recorrido 20 kilómetros desde Soria, en dirección levante, y parece que en línea recta tocamos ya la villa de Almenar, surge de súbito, a la izquierda de nuestro camino, y detrás de un montículo, como para darnos el alto y la bienvenida, la esbelta torre de un pueblecito, oscurecido por el sombrío fondo de los montes de robles y pizarras que descuellan a su espalda, tan negruzcos como solitarios.

Es el simpático e histórico Peroniel, «donde es fama secular que fué de cien nobles cuna», y sobre todo notable por haber sido patria, según la tradición, del cautivo Miguel o Manuel Martínez, y cuna en

1604 del glorioso jesuíta P. Diego Morales de Contreras, que murió mártir en el Japón.

Acertada y llena de encanto es la descripción que hace Martínez Liso de su pueblo, cuando escribe:

En Peroniel fué mi cuna
y allí vi la luz del sol ;
mi corazón español
lo tiene a mucha fortuna,

Que aunque otros mundos corrí
y otros placeres busqué,
nunca a mi madre olvidé
ni al lugar en que nací.

Efectivamente, si por algún tiempo hubo de abandonar sus lares y marchar lejos de España, nos cuenta que:

Aunque a México pasé
y el Nuevo Mundo corrí,

no pudo olvidar nunca, en los azares de su vida,

la escuela donde aprendí
y la iglesia en que recé,
la plaza donde jugué
y la casa en que nací.

Tiene Peroniel fortuna
para alzar alto su nombre...,
pues son duros como piedra
estos hijos de Castilla...
testigos de sus proezas
son los Morales nombrados,
los Barnuevos afamados
en valor como en riquezas ;
los Martínez, que valientes
con Alonsos y Garcías,
ganaron en cien porfías
laureles para sus frentes ;
y a tantos hidalgos más
Peroniel cuna les dió,
que si les citara yo
no acabaría jamás.

Pueblo de hidalgos y señores, que todavía en su semblante y apuesta presencia, así como en su gallardo andar, delatan al caballero de tiempos pretéritos, que añora su disminuída grandeza, mientras saborea el acíbar de la hiriente frase popular:

Los hidalgos de Peroniel
que llevan espuela y van a pie;

glosada también por Liso al decir:

llevan espuelas calzadas
aunque caballo no tienen...

Ligada tiene su fama y renombre el pueblo de Peroniel al de su vecina villa de Almenar, pues por las páginas de los libros y entre los pliegues de la leyenda vuelan sus nombres unidos al de la Virgen Santa de la Llana y al del infortunado cautivo de Argel.

Me atrevo a afirmar, no obstante, que gana en antigüedad y nobleza la cuna del cautivo a la villa de la Llana, pues comparando castillo con castillo, situación con situación, deduzco que la derruida fortaleza de Peroniel, clavada a la falda de la Pica como vigía militar de un paso estratégico, denota mayor y más antigua utilidad que el relativamente moderno castillo de Almenar, morada más bien y residencia del señor feudal, con amplias posesiones a sus pies.

Tampoco le iguala Almenar en varones famosos, ni en sujetos notables, dignos de memoria, pues sólo hay noticias confusas y escasas de un *Ximeno de Almenar* que firma en un documento de deslinde de términos entre Tarazona y Torrellas (1), y yo sólo conozco impresos unos «*Disparates graciosos*, por Diego de la Llana, de la villa de Almenar», que son dos hojas publicadas en el siglo XVI, existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Situado el pueblecito a tres kilómetros de Almenar, en una corta planicie, no lejos de la Pica, disfruta de un clima saludable, aunque bastante frío, y sus productos son los agrícolas de la región y algunos de regadío y huerta, siendo notables los pastos de su sierra la Pica y de

(1) Sanz Artibucilla : *Historia de la ciudad de Tarazona*, vol. I, pág. 480.

sus montes, por la finura y abundancia de sus hierbas, que sirven de alimento a crecido número de ganado lanar, resto aún de aquellos grandes rebaños, ya desaparecidos.

La iglesia parroquial, dedicada a San Martín, es espaciosa y su torre domina los contornos. Dos ermitas, en las que se rinde culto y devoción a la Virgen del Socorro y de la Soledad, son los santuarios del pueblecito famoso.

Curiosa e interesante es la costumbre, de tiempo inmemorial observada, de repartir el Ayuntamiento a los pobres el día de la fiesta de la Santísima Trinidad el «pan de la caridad», en cumplimiento de la condición puesta al Concejo por los señores ilustres don Pascual Muñoz de Barnuevo y su mujer doña Cislós, al hacerles la donación de dos dehesas y un prado en el término de dicho pueblo.

Cuatro cruces había, no hace medio siglo, a cada salida del lugar, origen y término de otros tantos caminos, que servían para recibir el homenaje de la oración de sus vecinos al regresar de sus labores.

El nombre de una de ellas sirvió también a Ibo Alfaro para escribir una sencilla novelita titulada *La cruz de los dos amantes*, en la que recoge otra leyenda de Peroniel, aprendida al final de un día de caza de liebres en el citado pueblo, donde dos jóvenes, criados desde niños en el castillo del mismo, son víctimas al aspirar un ramo de flores envenenado por un rival del joven al regresar del castillo de la Pica.

No puedo menos de citar aquí a un ilustre hijo de Peroniel, famoso en santidad y letras, al venerable Padre jesuita Diego Morales de Contreras, martirizado en Nangasaqui (Japón) en 1643, hace justamente tres centurias, cuyo suplicio y tormentos están representados y explicados en dos cuadros existentes en la iglesia del citado pueblo de Peroniel.

Hállase en esta parroquia la partida de bautismo del mártir, fechada en 24 de octubre de 1604, precisamente un siglo antes del que supone Ibo Alfaro para su novela.

Esto demuestra que los deslices anacrónicos de este escritor, propios de su novela, se esfuman si se consulta el archivo de la parroquia de Peroniel, pues de haber nacido el Cautivo a finales del siglo XVII, como supone, existiría la fe de bautismo, así como las demás partidas de casamiento y defunción de sus padres, ya que el venerable Contreras le aventaja en edad en ochenta y tantos y años y puede leerse su partida.

PADRES DEL CAUTIVO

Que los padres del Cautivo famoso de Peroniel se llamasen Juan Martínez Marrón e Isabel de Contreras no podemos afirmarlo con certeza por falta de datos y documentos, pues a pesar de que Martínez Liso da esos nombres en su librito, calla la fuente de donde los tomó, y enumera al hidalgo de Peroniel entre los guerreros, «cual muchos de Peroniel», que iban conquistando tierras y ciudades a los musulimes andaluces bajo las banderas gloriosas de aquel Santo Rey Fernando III.

Entre ellos está don Juan
Martínez Marrón, el fuerte

nos dice Liso al hablar de aquel caballero que:

Escaló en Córdoba el muro [1236]
y en el peligro seguro
sus guardianes arrojó;
y aprovechando certero
la noche y la obscuridad,
las puertas de la ciudad
a los cristianos abrió...

Había tomado parte este aguerrido y valiente soriano en otras muchas batallas, contribuyendo con su arrojo y decisión a la toma de Ubeda y Jaén, pues

expuso a diario su vida
en Córdoba y en Jaén...

así como a las conquistas gloriosas de Carmona y Sevilla (1252), en aquel victorioso reinado del Santo Rey Guerrero.

No en vano figuraba en aquellos ejércitos otro soriano ilustre, el Obispo de Osma, don Juan Domínguez, canciller de Fernando III, el que consagró y purificó la gran mezquita de Córdoba, celebrando en ella la primera misa.

Con motivo de estas nobles hazañas, y a raíz de aquellas memorables campañas, el rey concedió a nuestro hidalgo don Juan tierras, nobleza y distinción.

Volvió a Peroniel don Juan
cuando terminó la guerra
y al encontrarse en su tierra
más rico y noble que fué...

dedicóse por completo a formar un tranquilo hogar viviendo retirado en su aldea, entregado a sus devociones y labores campesinas.

Fundó en su pueblo la casa y solar, dotándola con la nobleza y distinción adquiridas por un hidalgo y caballero, lleno de honores y de gloria en los campos de batalla.

No tardó mucho en casarse con:

Doña Isabel de Contreras,
rica dama toledana,

que

con don Juan una mañana
a Peroniel asomó;
y allí los tiernos esposos,
amantes, y en la opulencia
tuvieron la descendencia
que el cielo les concedió...

Es difícil probar, por las razones dichas, que la madre del Cautivo se llamase así y que fuese natural de Toledo, aunque no parece ir descaminado Martínez Liso, estando más en lo cierto que don Anastasio González, puesto que dice éste de Isabel Contreras que era «del inmediato pueblo de Esteras de Lubia».

Más me inclino a creer que los parientes y padrinos del mártir Diego de Contreras, jesuita nacido en Peroniel en 1604, vecinos de Esteras, eran seguramente descendientes de los de Peroniel.

EL CAUTIVO

La misma incertidumbre que para sus padres, nos asalta respecto al verdadero nombre del cautivo. Miguel o Manuel, le dicen unos y otros escritores. Miguel le llama Martínez Liso, a quien sigue Anastasio González; pero nuestro novelista Ibo Alfaro, Tomás del Oso y Vicente Núñez, danle el nombre de Manuel. Manuel o

Miguel, fruto de este enlace
fué de don Juan un retrato...
llegó a ser cuando ya mozo
Miguel Martínez Contreras,
un caballero de veras,
valiente y de corazón...

Educóle su padre para la guerra,

pues era un empleo santo
el luchar contra el infiel...

formando de él un aguerrido soldado, para lo cual lo llevaba a sus campañas, peleando ambos juntos en muchos hechos de armas, a fin de

que fuera diestro guerrero
cual cumplía a su nobleza...

Su mismo padre le infiltró aquella fe y fervor religioso cuando a diario iban a visitar y orar a la ermita de la Virgen de la Llana, convencido sin duda de

que no quita el ser guerrero,
y militar y valiente,
para que humille la frente
a Dios, al pie del altar...

Dedicado de lleno al ejercicio de las armas, distinguióse siempre por su intrepidez en las batallas, pues

peleó como un valiente
y se batió como un bravo...

con don Lope Díaz de Haro
formó en varias ocasiones...

hasta que tuvo la desgracia de caer prisionero en aquel desventurado cerco de Algeciras, ordenado por el sabio Rey Alfonso.

La historia de su cautiverio, así como su liberación milagrosa por intercesión de la Virgen de la Llana, es de todos conocida, gracias a la pluma gallarda de Ibo Alfaro, quien, a mediados del siglo pasado, recogió la leyenda de labios campesinos para dárnosla renovada y novelada.

Apártase, no obstante, Alfaro de la tradición y de la historia, para tejer a maravilla unos amores que enlacen a Blanca y Manuel, al castillo y la ermita de la Llana y a un Marqués de Almenar, echando a volar su fantasía para enmarcar los hechos en los primeros cinco años del siglo XVIII en que la dinastía borbónica fija su asiento en nuestra España, no sin antes sofocar rebeliones y motines de los partidarios del austriaco en Cataluña, Italia y Nápoles.

Más ajustada a la verdad y a la certeza es la opinión de que el cautivo fué hecho prisionero en el siglo XIII, tal vez en el cerco de Algeciras, pues la historia nos dice que en ese siglo las mazmorras de Argel, Túnez y Orán se hallaban más repletas de cristianos que en los posteriores.

Contribuyen a dar más fuerza a esta razón la antigüedad que delata la bella escultura de la Virgen de la Llana, pues su talla, según pensó don Aureliano Fernández Guerra, es obra del siglo XII, aproximadamente.

ERMITA

A cien pasos del castillo, y a unos cincuenta metros a la derecha de la carretera de Soria a Calatayud, antes de entrar en la villa, «sobre una dilatada pradera de hierba y margaritas, se eleva, alegre y risueña como la sencilla aldeana que ciñe a sus sienes coronas de jazmín, la linda ermita de la Virgen de la Llana».

Así nos presenta el devoto novelista el Santuario donde se verificó el milagro maravilloso del infeliz cautivo; y años más tarde Martínez Liso, con su estro poético dedicado a la Virgen, escribía:

Cubierta de finísima esmeralda
se ostenta la pradera,
donde la Virgen de la Llana tiene
el santuario en que el pueblo la venera...

La Llana es el faro alzado
de aquella comarca entera,
el imán que más atrae,
la luz que más reverbera...

Realmente que la situación de la ermita en las afueras de Almenar, al borde de la recta carretera y asentada en la inmensa llanura, parece

torre de marfil alzada
de Almenar en la pradera...

«Este edificio es sólido, airoso y elegante, lo mismo visto por fuera que por dentro», nos dice don Vicente Núñez, cura párroco que fué de Almenar, en su documentado folleto dedicado devotamente a la Virgen de la Llana (1).

Construído de mampostería y sillería, mide 108 pies de largo, 27 de ancho y 54 en el crucero, y su altura, «en proporción sexquilateral», comprende airosa media naranja y bella linterna rasgada por amplios ventanales, por donde se filtra la luz a raudales en el templo.

(1) Núñez Marqués (Vicente): *Novena a la Santísima Virgen de la Llana...* seguida de una breve historia y milagros de la misma. Logroño, 1938.

Cúpula, pilastras principales y presbiterio están pintados al fresco, representando escenas de la vida de la Virgen, alegorías en las nervaduras, y virtudes cardinales en las pechinas.

Grandes cortinones pintados en los muros del presbiterio y algunos pasajes bíblicos adornan la capilla mayor, figurando representadas las virtudes teologales en el techo de la bóveda.

Todo este decorado es bien moderno, pues se ejecutó durante los años de 1904 a 1905.

Escasamente dos siglos cuenta la ermita actual, puesto que en la segunda mitad del XVIII se acordó agrandarla, y así la antigua «se demolió porque no cabía el gran número de gente que acudía», con el fin de que se hiciese la nueva y se terminase «para el mes de mayo del 1763», aprovechándose «la pared que está al poniente que ahora está la espadaña, porque ésta puede servir».

Mudóse entonces la puerta y la espadaña a los pies de la iglesia (mirando al lugar), y se hizo la sacristía detrás del presbiterio, con su ventana y vidriera colocadas enfrente del nicho de la Virgen, para que formase transparente...

Era entonces párroco de Almenar don Antonio García, y alcalde don Saturnino Borovio. El arquitecto fué don José Oñaederra, y ejecutó las obras el contratista Agustín Serrano, natural de Borovia.

El camarín, con su artística cúpula, elegante, amplio y con abundante luz, tamizada por el ventanal de colores, se halla en la sacristía, dando acceso a él una doble escalera, por donde suben y bajan los devotos a besar y adorar su Virgen, haciéndola girar sobre la peana. Concluyóse su fábrica en 1796.

RETABLO PRINCIPAL

El actual retablo del altar mayor es magnífico ejemplar de un barroco limpio y sencillo, pero bello, comprado en 1792 al maestro escultor don Gabriel Navarro, vecino de Calatayud.

En su centro principal se halla la Santísima Virgen de la Llana sobre peana de nubes, adornada con ángeles dorados.

Debajo de la imagen y en medio de la mesa de altar hay un gran



Medallón del altar donde está representado en relieve el
transporte milagroso del cautivo

medallón ovalado, en el que está representado en relieve el transporte milagroso del cautivo.

A los dos lados del crucero hay otros dos sencillos altares dedicados a San Ramón Nonato y a San Antonio de Padua.

El retablo antiguo, sustituido en 1792 por el moderno, fué vendido a la parroquia de Cidones en 1796.

LA IMAGEN

Con minucioso y delicado detalle, el culto párroco que fué de Almenar y hoy lo es de Burgo de Osma, nos da noticias acerca de la imagen de la Llana, así como de su probable origen, también legendario, pues recoge la creencia de que perteneció, en tiempos, a la desaparecida aldea de Andaba, situada a dos o tres kilómetros de la villa, cuya aldea era del priorato de San Benito de Soria y del Condado de Gómara, y posteriormente de don Joaquín Núñez de Prado.

Se dice que al despoblarse el pueblecito fué traída a Almenar la Virgen de la Llana, puesto que ya solamente quedaban el terreno, la fuente y las ruinas de la iglesia.

Esta imagen es una bella escultura en madera policromada; hállese sentada, con el niño a su izquierda, y parece ser de finales del siglo XII, según opinión de don Aureliano Fernández Guerra.

REGALOS Y LIMOSNAS

«Si fuera a contar éstos me haría interminable», escribe don Vicente Núñez en su *Novena a la Santísima Virgen de la Llana*, donde refiere algunos y muchas noticias interesantes y curiosas.

Innumerables, variadísimos y valiosos fueron todos, capaces de llenar su relato un gran volumen. En los inventarios se mencionan: joyeles y cadenas, relicarios y piedras preciosas, lámparas y arañas de plata y de cristal, mantos y vestidos de diversos colores litúrgicos, tapices, alfombras y cortinas preciosas.

Junto a esta riqueza y esplendor de los devotos de la Virgen hallanse, pendientes de las paredes de la ermita, multitud de *ex votos*, cuadritos, retratos, cabezas, pies, manos de cera, muletas, trenzas variadas de pelo, etc., que si bien son a veces, en alguien, signos de mezquindad, indican en todos una ferviente fe en su Virgen.

ARCA DEL CAUTIVO

Pero entre los *ex votos* que más llaman la atención y curiosidad del visitante está la célebre «Arca del Cautivo», fabricada toscamente de roble pintado de negro, con los grillos y cepos de remota edad, pendiente de la pared del crucero en la capilla de San Antonio, lado de la epístola, a unos cinco metros del suelo, y cerca de la escalera del púlpito.

En el inventario de 1704 aparece por primera vez anotado lo siguiente: «El arca de roble del milagro, que está en la Sacristía», y «unos grillos, cadenas, esposas y colleras de hierro, que son los del milagro».

Menciónala también Martínez Liso en sus versos al hablar de la ermita, diciendo:

Se ve el arcón colgado
con grillos y cadenas
donde en prisión y penas
pasó su esclavitud,
aquel que siendo un día
de moros prisionero...

Extraño es que al redactar el inventario en 1704, precisamente el mismo año de la liberación y milagro del Cautivo, fecha supuesta por Ibo Alfaro, no se haga mención del hijo de Peroniel, ni se cite para nada a Blanca, ni se den más detalles de milagro tan resonante: prueba todo ello que el hecho famoso de la liberación del Cautivo no fué en ese siglo, sino dos o tres centurias anteriores, por lo menos.

CASA DEL SANTERO

Data de tiempos remotos la existencia de la casa-santería, junto a la ermita; en el archivo parroquial hay escritos de 1631 donde se habla ya de camas para los peregrinos que venían a cumplir algún voto o promesa y se hospedaban en la *casa de la Virgen*.

Amplia y hermosa es la actual, con salones para cabildos y reuniones. Habita en ella el santero, que tiene el cuidado de la ermita y de la lámpara, a quien, entre otros emolumentos, se le entregan quince gallinas y un gallo, para que con sus productos pueda sostener el alumbrado de la lámpara, y atienda a los visitantes y devotos.

Muchas más noticias pudiera yo dar acerca de la ermita de la Llana, de sus fiestas y peregrinaciones, de los numerosos milagros, infinidad de regalos y limosnas, devociones, ofrecimientos y promesas, pero todo puede leerlo el lector en el librito del citado don Vicente Núñez, que, a continuación de la Novena a la Virgen, inserta una documentada y minuciosa «Historia y milagros de la Virgen de la Llana». Bien merece el que fué párroco de Almenar y capellán entusiasta de su Virgen el agradecimiento y el aplauso de nuestros paisanos y devotos.

LA CONCORDIA DE PUEBLOS

Antiquísima es la costumbre en nuestra provincia de Soria, como en otras regiones españolas, la creación de *Concordias* o *Cofradías de pueblos*, formadas para dar culto solemne en épocas determinadas a imágenes milagrosas de la comarca; así conocemos la de la Virgen del Rivero, en San Esteban de Gormaz; la del *Espino*, en Burgo de Osma; la de *Hinodejo*, en las Fraguas; la de los *Milagros*, en Agreda, etcétera, etcétera, que da lugar a la reunión imponente de crecido número de pueblos y aldeas, presididos por sus autoridades eclesiásticas y civiles, y acompañados de sus insignias, pendones, estandartes y músicas, donde pasan la romería alegres y devotos, ensalzando y vitoreando a su Virgen.

La Concordia de la Virgen de la Llana actualmente consta de 66 pueblos, a los que casi siempre se agregan otros por devoción o promesa, no solamente de Castilla, sino de los confines de Aragón,

Rioja y Navarra, llegando a veces a reunirse junto a la ermita hasta 16.000 o más personas.

Como homenaje a la Virgen bendita y para timbre de honor de esos pueblos consigno aquí sus nombres :

- | | |
|-------------------------|----------------------------|
| 1. Abión. | 34. Ledesma. |
| 2. Alconaba. | 35. Martialay. |
| 3. Aldealafuente. | 36. Mazalvete. |
| 4. Aldealpozo. | 37. Miranda. |
| 5. Aliud. | 38. Nieva. |
| 6. Almarail. | 39. Nomparedes. |
| 7. Almazul. | 40. Ojuel. |
| 8. Almenar. | 41. Omeñaca. |
| 9. Alparrache. | 42. Ontalvilla. |
| 10. Alvocabe. | 43. Paredes Royas. |
| 11. Arancón. | 44. Peroniel. |
| 12. Bliccos. | 45. Pinilla del Campo. |
| 13. Boñices. | 46. Portillo. |
| 14. Buberos. | 47. Pozalmuro. |
| 15. Cabrejas del Campo. | 48. Rabanera. |
| 16. Calderuela. | 49. Rituerto. |
| 17. Candilichera. | 50. Rivarroya. |
| 18. Carazuelo. | 51. Sauquillo de Alcázar. |
| 19. Cardejón. | 52. Sauquillo de Boñices. |
| 20. Castejón. | 53. Tajahuerce. |
| 21. Castellanos. | 54. Tapiela. |
| 22. Castil de Tierra. | 55. Tardajos. |
| 23. Cortos. | 56. Tejado. |
| 24. Cubo de Hogueras. | 57. Tordesalas. |
| 25. Cubo de la Solana. | 58. Torralvilla. |
| 26. Duáñez. | 59. Torrubia. |
| 27. Esteras. | 60. Tozalmoro. |
| 28. Fuensaúco. | 61. Valdegeña. |
| 29. Fuentetecha. | 62. Villanueva de Zamajón. |
| 30. Gómara. | 63. Villar del Campo. |
| 31. Hinojosa del Campo. | 64. Villaseca. |
| 32. Ituero. | 65. Zamajón. |
| 33. Jaray. | 66. Záraves. |

EPOCA DEL MILAGRO

Un siglo antes de las escenas noveladas por Ibo Alfaro la devoción a María de la Llana estaba en su apogeo y se hallaba ya muy extendida por la región, como consta en el archivo parroquial de Almenar, por los documentos, inventarios y noticias de milagros y regalos constantemente ofrecidos por sus devotos en la XVII centuria.

Los datos escritos más antiguos son de 1609, que hablan de la ermita antigua, rica y espaciosa.

En 1631 se trata del dorado y pintura del retablo, de dos campanas, de una lámpara de plata, de arañas, vinajeras, de tapices traídos de Madrid, etcétera.

Todo viene a demostrar que el milagro y liberación del Cautivo no pudo ser, históricamente hablando, a principios del siglo XVIII, pues constaría el hecho en el archivo, puesto que se consignan los regalos y datos minúsculos referentes a la Virgen de la Llana.

Ibo Alfaro, huyendo de las neblinas de las crónicas, quiso modernizar los hechos demasiado para darles más visos de verosimilitud, inventando ciertos pergaminos. Con ello solamente consiguió sembrar confusión entre los lectores devotos de la Virgen. El milagro, por tanto, del Cautivo, así hubiese sido abundarían las noticias a granel en una época en que de ninguna manera pudo verificarse en el siglo XVIII, puesto que si eran tan frecuentes y abundantes (por motivos minúsculos, a veces ridículos) las *Relaciones*, gérmenes del periodismo actual.

Hemos de creer y opinar, con Martínez Liso, que la prisión, liberación y milagro del Cautivo tuvo que ser en tiempos medios, con bastante probabilidad durante el asedio de la plaza de Algeciras por los ejércitos de Alfonso X el Sabio, en los que figuraban innumerables y aguerridos caballeros sorianos.

El ilustre poeta soriano, natural de Peroniel, don Juan Martínez Liso, escribió en verso en sus ratos de ocio, y a veces de inspiración, un librito titulado *La Virgen de la Llana y el Cautivo de Peroniel*, leyenda religiosa tradicional e histórica descriptiva de Soria y su tierra, dedicada al señor Obispo de Osma don José María Escudero, y que

publicó al tener noticia de que «S. S. Ilma. tenía el propósito de promover y realizar en el presente año (1901) una solemne y extraordinaria romería» al santuario de Nuestra Señora de la Llana «con motivo del nuevo siglo en que hemos entrado».

Desde muy niño nació en Martínez Liso la devoción a esta reina y patrona de la llanura soriana «al calor de los dulces afectos de la familia y de los santos y cariñosos consejos de mi madre».

En continua comunicación y correspondencia con su «caro amigo de la infancia el párroco de Almenar don Carlos Redondo y Palacios», seguramente le animó a publicar ese año el librito de versos con el fausto motivo ya dicho.

Nada tendría de extraño (y yo así opino) que el párroco don Carlos Redondo fuese el autor de la anónima *Salve a la Milagrosa Virgen de la Llana*, escrita en fáciles y encantadoras redondillas y publicada precisamente el mismo año 1901, en Soria, pues por lo que dice se deduce que conoce y ha rebuscado en el archivo parroquial. Describe rápida y sencillamente la fiesta del Cautivo y da su parecer de que el famoso milagro debió ocurrir en el siglo XIII.

HISTORIAS DE CAUTIVOS

Antes de abrir las páginas amenas y encantadoras de la novelesca leyenda de la Llana, relatada y dada a la estampa por el eximio escritor cerverano Ibo Alfaro, quiero dar noticia a mis paisanos y lectores de otros cautivos también famosos y notables para señalar los puntos de coincidencia y parecido entre sus leyendas.

No me detendré aquí a relatar los sucesos y aventuras del cautivo infortunado de que habla Cervantes en el *Quijote*, de aquel soldado (probablemente el mismo Miguel de Cervantes) que, prisionero en Lepanto, sólo fué «el triste entre tantos alegres y el cautivo entre tantos libres», pues si bien tiene cierto fondo y parecido con los de otras leyendas, respecto a las torturas y sufrimientos del cautiverio, quedan excluidos en ésta el elemento maravilloso para dar lugar a lo novelesco y amatorio, sin que aparezca para nada la intervención de la Virgen, a no ser aquella remota invocación y aquellos incesantes anhelos de la mora Zoraida de abandonar su tierra y huir a España para conocer a Lela Marien, y cambiar su nombre y religión por María.

Tampoco hace al caso referir la emocionante historia de la célebre *Cautiva de Martos*, que prisionera de los árabes, al ser conquistada su villa, el rey moro, prendado de su distinguida belleza y gracia, quiso reservarla para sí; pero su libertador, moro también enamorado, con miras más altas y pensamientos más nobles, hízose cristiano, y después de matar al rey y arrebatarle la prisionera, huyó con ella a tierras de Gibraltar con el laudable fin de hacerla su esposa.

Más sugestivo, interesante y encantador nos parece hacer desfilar en estas primeras páginas la figura de tres cautivos libertados por la Virgen Santísima en premio de su invocación y de sus oraciones.

Tres cautivos y tres Vírgenes que parecen ser una sola leyenda, si bien cambiados sus nombres y lugares. El cautivo de Huelva, cuyo nom-

bre se ignora; uno francés llamado Francisco de la Palud y el nuestro: el de la hidalga villa de Peroniel.

Tres Vírgenes milagrosas que salvan las vidas de sus devotos prisioneros, transportándolos por los aires a su país natal: la famosa Virgen de la Cinta, patrona de Huelva; Nuestra Señora de la Consolación del Castillo de la Brest, en Francia, y la Excelsa Señora de Almenar, la popular y renombrada Virgen de la Llana.

Los tres cautivos fueron prisioneros y esclavos de crueles y despiadados musulmanes; los tres arrastraron gruesas cadenas, hirientes grillos y esposas, y los tres depositaron sus instrumentos de tortura en las iglesias y ermitas salvadoras como *perenne* y *parlante ex voto*.

Los tres son transportados por las regiones etéreas a su añorada patria, si bien dos de ellos, los españoles, llevan consigo el arcón que les servía de camastro y de prisión y encima el moro cruel que vigilaba su libertad sin descanso.

Dos arcones y dos moros infieles, convertidos posteriormente éstos, mediante el milagro, en nuevos cristianos, y depositados aquéllos en las ermitas como rica presea de su liberación.

A los tres, en fin, los salva la oración, el fervor religioso, la devoción constante y confiada en su Virgen milagrosa y protectora.

Detengámonos un tanto, pues lo merecen, en referir cada una de estas tres atrayentes y simpáticas leyendas, y ampliaremos detalles con el fin de conocerlas y confrontar las semejanzas y variantes entre ellas.

Vaya por delante la francesa, poética y bella, al par que sencilla y encantadora.

UN CAUTIVO FRANCES

Tiene por escenario esta leyenda el agreste valle del Dessoubre, poblado de abetos y de pinos, salvaje y profundo, socavado por las torrenteras y turbiones del río del mismo nombre, el cual, en la época de las lluvias, aumenta su cauce y corre precipitándose fiero y espumante en el río Doubs, que da nombre al departamento lindante con la frontera Suiza, junto a la villa de Saint Hipolyte, después de un breve curso de 35 kilómetros, suministrando fuerza y movimiento a varias fábricas de hilaturas, forjas y serrerías.

En uno de los recodos del frondoso y ameno valle se levanta hoy el pequeño Seminario de la Consolación, no lejos de la villa de Maisonne, cantón de Pierre Fontaine.

Refieren las crónicas del país vecino que en la primera mitad del siglo XV, por los años de 1426, reinaba en la isla de Chipre un Lusignan, Janus o Juan el II, hijo y sucesor de Jacobo I de Lusignan.

Hervíale la sangre a este infortunado monarca con el afán de nuevas conquistas y empresas guerreras, no tanto por ensanchar su pequeño reino, como por asegurarle de nuevas invasiones de sus terribles vecinos los turcos; pero la suerte le volvía la espalda, y no tuvo éxito en ninguno de sus intentos, ni siquiera para rescatar de los genoveses la plaza de Famagusta, cuyo asedio se vió obligado a levantar, bien a pesar suyo.

Mayor desastre cosechó en 1426, como voy a referir a grandes rasgos.

Un año antes de la fecha indicada habían devastado los musulmanes y aterrorizado su isla y reino de Chipre, en una de sus audaces incursiones, y el intrépido y decidido Lusignan, temiendo un nuevo ataque de los infieles, y con el fin de adelantarse al enemigo, acudió al Papa Martín V y a toda la cristiandad en demanda de auxilio para dirigirse a Alejandría y atacar al Imperio turco en su sede y refugio principal.

Fueron escuchados sus ruegos y atendidas sus peticiones en tal manera que, al punto, guerreros valerosos y cristianos fervientes, reunidos en la Corte del Conde Amadeo VIII de Saboya, el Pacífico, se apresuraron a socorrerle y aprestaron sus naves y sus armas.

Encontrábase entre ellos un caballero distinguido «bressan» (del valle de La Bresse), llamado Francisco de la Palud, nombre que había de pasar a la posteridad, en alas de la leyenda, gracias a su fervor religioso.

Señor de Varemboń se titulaba, quien, al oír las quejas y conocer la empresa guerrera del rey de Chipre, se alistó solícito, con el ardiente celo de llevar la bandera de la Virgen contra los soldados de Mahoma, de aquella Virgen querida que, en compañía de su esposa e hijos, quedaba allá en su castillo roquero pintada en bella tabla con el Niño Jesús en sus brazos.

Pero aquella intrépida y noble expedición cristiana, a pesar de su excelente espíritu batallador, iba a estrellarse ante la roca inexpugnable de un enemigo potente, fanático y ambicioso, a cuya cabeza estaba el

terrible Sultán de Egipto, a quien Alá brindó los laureles de la victoria.

Los cristianos fueron arrollados y desbaratados sin piedad. Muy pocos señores escaparon a la matanza que siguió al triunfo musulmán, contándose entre éstos el desgraciado rey de Chipre Janus de Lusignan, quien, prisionero del Sultán, tuvo que pagar 12.000 besantes por su rescate y firmar un compromiso de abonar al rey de Egipto un tributo anual.

Encadenados aquellos infortunados guerreros fueron llevados como cautivos a Egipto y Siria, donde les esperaba dura y larga esclavitud, sin otra esperanza de libertad que la muerte de los mártires. Iba entre ellos, triste y abatido, Francisco de la Palud, el devoto señor de Varemón.

Y aquí precisamente comienza la leyenda. Pasaron los años eternos de cautiverio cruel, y sus compañeros de desgracia, uno tras otro, iban abandonándole por un mundo mejor.

Miserias y privaciones, hambres y desesperación, dolores y enfermedades diezmaron las vidas de aquellos soldados cristianos, cuando no eran los suplicios y tormentos los que les arrancaban el último suspiro de la vida.

Quedaba el señor de Varemón, solo y abandonado, a merced de los infieles, que a todas horas ponían a prueba su fe religiosa con palabras, insultos y proposiciones halagüeñas, al par que con amenazas terribles de martirio.

Pero podía salvar aún su vida. ¿Cómo? Renegando de su fe y dejando la religión en la que había visto la primera luz y por la que había combatido con tanto entusiasmo.

¿Apostasía? ¿Claudicación? ¡No! ¡Jamás! Antes la muerte del mártir. Invocaría a su Virgen de la Consolación y se arrojaría en sus brazos. Moriría cristiano. Ofrendaría su vida a la Madre del Consuelo.

* * *

Se acercaba, por fin, la fecha terrible. La sentencia había sido pronunciada; al día siguiente su cabeza rodaría por el suelo.

Vino la noche, con su oscuro manto de presagios y tormentos, y esperando, por tanto, la hora del suplicio, pasóla en oración. Invocaba

a la Madre de Dios como si la contemplara pintada, allá en su castillo de la Bresse, con su dulce hijo en los brazos.

Elevaba hacia Ella sus manos y brazos cargados de cadenas y levantaba trabajosamente su cabeza dolorida, en una imploración suprema, cuanto se lo permitía el peso de la argolla puesta a su cuello.

Así pasó las tristes horas de aquella noche, hasta que dulcemente, insensiblemente, por una especie de favor celestial, de última piedad infinita, el sueño le rindió. Al cabo de un gran rato, adormecido todavía, se despertó, pues un viento fresco y suave acariciaba su rostro demacrado. Entreabrió temerosamente sus párpados, cerrólos al punto, e inclinó, horrorizado, la frente. ¡Por fin había llegado su hora; ¡Ah! ¡Oh! Encima de su cabeza, ¡espantosa visión!, había visto, nítida, brillante y amenazadora, la curvatura afilada de un alfange sarraceno.

Cerrados fuerte y nerviosamente sus ojos, esperaba con impaciencia y terror el golpe fatal; mas el arma terrible no caía aún sobre su nuca.

Algunos momentos después abrió de nuevo lentamente los ojos. A su alrededor reinaba un extraño y profundo silencio. Ni ruido de pasos, ni siquiera un murmullo. Daba la impresión, y así lo creyó, de que el verdugo hubiese terminado su cometido.

Entonces Mr. de la Palud, haciendo un esfuerzo supremo, se levantó, miró a su alrededor, todavía tembloroso, y al fin respiró sorprendido.

Lo que él había creído una espada no era sino la luna menguante que, allá en lo alto del cielo, palidecía ante la claridad del alba mañanera.

Pero ¿y aquellos árboles negros, aquellos pinos?

No, no eran los fúnebres cipreses de la tierra musulmana; eran frondosos y elevados abetos del país de sus abuelos; eran robles y encinas de su país.

Las avecillas del bosque ensayaban sus trinos, las esquilas de los ganados tintineaban alegres, y allá en la lejanía una campana desgranaba las devotas notas del ángelus.

Los hombres que encontraba a su paso hablaban un lenguaje dulce y conocido para él. No era la oscura y enrevesada vocalización semita.

¿Qué había sucedido? ¿Soñaba, deliraba? ¡Oh, no! El milagro estaba hecho. Su oración había sido oída y atendida con creces.

Aquella Virgen de la Consolación, a quien él había suplicado con tanto fervor durante su cautiverio, acababa de transportarle milagrosa-

mente, sano y salvo, a las puertas de Châtelneuf, que pertenecía entonces a Humberto de Villersexel, en el Franco Condado.

La Virgen quiso dejarle en este sitio ameno en vez de llevarle a su castillo de la Bresse, tal vez con el fin de santificar el valle del Dessoubre, como se verificó después, poblándose de ermitaños y de monjes.

El señor de Varemboń estaba salvado. Los pinos y abetos del Franco Condado habían merecido el fastuoso honor de recibirle.

En la capilla de Chatelneuf, edificado en la cima de lo que hoy se llama la Roche du Preste, dejó Francisco de la Palud, como en eterno *ex voto*, su túnica parda de esclavo, la cual posteriormente, hecha jirones, se convirtió en polvo; y allí quedaron también aquellas duras y pesadas cadenas que fueron su tormento tantos años, y que un loco, muchos años después, arrojó al río, como si el tiempo y el hombre no quisiesen dejar de esta historia más que un bello recuerdo etéreo.

Actualmente —decía M. Gabriel Volland en 1926 (1)— existe un Seminario en aquel paisaje de áspera vegetación y de agua helada; las olas, ya rápidas, ya lentas, le rodean por todas partes, pues el Dessoubre se precipita en un parque salvaje, engrosándose con el Langot. En el lugar que ocupa el Seminario existió en tiempos un convento de PP. Mínimos, que fué destruído en 1791. Los monjes habían sucedido a piadosos ermitaños instalados allí para glorificar y honrar a Nuestra Señora de la Leyenda, cuyo Santuario había sido asolado en 1639 por las tropas de Bernardo de Saxe-Weimar.

Monjes y ermitaños habían elegido acertadamente aquel agreste y solitario valle para rezar y meditar en medio de una paz y silencio inefables.

Su hábito humilde y tosco rozaba el follaje sombrío y sus sandalias de penitentes no hacían el menor ruido sobre la hierba.

Pensamientos de eternidad y muerte, de santidad y resurrección, volaban suavemente hacia el cielo puro y azul, entre las copudas ramas de los árboles, cuando aquellos santos huéspedes de la selva caminaban silenciosos al val de la Fuente Negra o por el *alléc du Gouffre*.

(1) *Agenda P. L. M.*, 1926, págs. 41-44. Gracias a mi excelente amigo don Eugenio Sarrablo, cultísimo Archivero, he podido consultar esta *Agenda*; él ha sido también quien me dió noticia de la *leyenda francesa*. Por todo le quedo siempre muy reconocido.

EL CAUTIVO DE HUELVA

Nada más semejante y parecida, como si fuese repetición del mismo hecho, es la leyenda del cautivo de Huelva, si se la compara y contrasta en el fondo y en los detalles, con la del cautivo de la Llana, salvados ambos por mediación de su Virgen.

A media legua escasa de Huelva, saliendo en dirección Norte, y a la derecha del camino que va a Gibraleón se halla el Santuario de mayor devoción de la ciudad y de toda su comarca; es el famoso de la Virgen de la Cinta, venerada desde hace siglos por patrona de la ciudad y sus pueblos, quienes en el día de su Natividad, 8 de septiembre, le hacen una solemne y espléndida fiesta, con gran concurso de los pueblos vecinos, que en pintoresca y numerosa romería acuden desde la ciudad y distintos lugares a visitar la ermita y su Virgen, derramándose después por aquellas feraces huertas en alegres y regocijados grupos y familias.

«Oy (año de 1762, nos dice Juan Agustín de Mora) está establecida la Hermandad de Nuestra Señora de la Cinta, compuesta de los Patrones de barcos viajeros, los que alternan siendo mayordomos y hacen una sumptuosa y costosa fiesta, con procesión por la tarde en la Hermita». Al cabo de cerca de dos siglos, a través de los tiempos y desafiando tantas revoluciones, persecuciones y devastaciones, la Hermandad subsiste floreciente y fervorosa, habiéndose publicado en 1922 por la misma Cofradía la *Novena en honor de su amantísima titular, Patrona de Huelva* (1), con algunos apuntes históricos recopilados por don Francisco García Morales, Hermano mayor.

La fama y devoción de esta santa imagen se debe a los innumerables y pasmosos milagros con que ha favorecido desde tiempo inmemorial a sus devotos. Buena prueba de su agradecimiento y fervor nos la dan las muletas de cojos, las mortajas de muertos, las cadenas de cautivos, los cables de naos, las armas de fuego reventadas, los cuerpos, brazos, piernas y pechos de cera o de plata pendientes del techo y pa-

(1) Este interesante y útil librito me lo ha proporcionado el ilustre señor Arcipreste de Huelva, D. Julio Guzmán.

redes de la ermita, con muchas tablas votivas o lienzos pintados con que el pueblo ha reconocido y publicado los favores y beneficios recibidos.

La ermita estaba muy bien alhajada a expensas de las muchas limosnas que allí ofrecían sus devotos agradecidos.

Si se hubiesen escrito los milagros de esta devotísima imagen, nos dice Juan Agustín de Mora, podrían llenar un libro de buen volumen. De muchos hay tradición, pero no por escrito.

«Buena prueba el caso assombroso que voy a referir, y que de no constar de quatro capaces antiguos lienzos, que con la explicación debaxo de lo que contiene la pintura, se conservan en dicha Hermita, no pudiera saberse ni referirse, por no constar de Documento alguno».

Acerca del cautivo de Huelva, ya se lamentaba J. Agustín de Mora, ne 1752, de que no había nada escrito, y no existía más que la tradición oral y las resumidas e incompletas noticias grabadas al pie de los cuatro cuadros «que ya empiezan a experimentar las injurias de los tiempos».

Lástima que Mora no sacase copia o grabado de los históricos cuadros, aunque estuviesen ya deteriorados, pues nos hubiesen dado alguna remota idea del milagro. Menos mal que en la *Novena en honor de la Patrona de Huelva*, publicada en 1922 por la Hermandad de Nuestra Señora de la Cinta, se dió a la estampa la fotografía de dos únicos cuadros que quedaban, y que tengo el gusto de volver a publicar aquí. En ese año, sin duda, ya no existían más que dos, o serían los más visibles y menos estropeados.

Gráficamente, referían los lienzos «el estupendo milagro que obró la Virgen con un captivo en poder de los moros, vecino de esta villa», y la letra, puesta al pie de cada uno, explicaba con más detalles la leyenda.

Dejemos la palabra a las inscripciones de los cuadros, que ellas solas informarán, en su candorosa sencillez, acerca del cautivo, de la Virgen, del moro y de la ermita.

El primer lienzo representaba y decía lo siguiente:

Estando este Christiano en vn lugar de Berbería, afligido por la mala vida que su Amo le daba, se encomendó a Nuestra Señora de la Cinta, y milagrosamente se le apareció y le dixo que le sacaría de allí. Su Amo el Moro oyó hablar al Christiano con Nuestra Señora y le dixo: ¿Qué muger es essa que habla contigo?, y respondió que

era Nuestra Señora de la Cinta, que lo había de sacar de allí. Y respondió el Moro: yo te pondré donde no te saque.»

El segundo lienzo narraba lo que dice la letra:

«Aquí es donde este Moro mandó hacer vn Arca y metió al Christiano dentro y tomando vn Gallo le cortó el pescuezo y le dixo al Christiano: Quando este Gallo cantare, tendrás tu libertad; y cerró el Arca y le echó dos mármoles (1) encima y él se tendió encima del Arca y milagrosamente vino a parar a el Humilladero» (2).

En el tercer cuadro se leía:

«Aquí es donde despertó el Moro y le dixo al Christiano: En tu tierra estamos; y respondió el Christiano: ¿No te lo dixe yo, que esta Señora era poderosa? Abrió el Arca y embió al Christiano al Lugar a que dicesse cuenta del milagro que avía obrado con él la Virgen. El Christiano vino entre el Cabildo Eclesiástico y Secular, y hallaron al Moro humillado delante de la Virgen.»

La inscripción del cuarto lienzo decía:

«Aquí es donde quisieron fabricar Hermita y por el peligro del mar, que daba donde estaba nuestra Señora, cortaron el paredón y colocaron, donde oy se conserva la imagen de Nuestra Señora, trayéndola en procesión y el Moro acompañándola: y el Moro recibió el Agua del Baptismo, sirviéndole el Christiano de Padrino, donde quedaron sirviendo a Nuestra Señora hasta la muerte.» Esta es la noticia que allí se halla de este prodigio.

Escasas y diminutas son estas noticias, pues no consignan ni señalan el lugar de Berbería de donde salieron moro y cautivo, ni dan a conocer los nombres de éstos, ni la fecha o siglo del suceso; pero por lo que interesa a nuestro propósito, comparando esta historia con la de

(1) Estos mármoles, robustísimos como las columnas que usaban los romanos, se conservaban en la ermita, aunque socabados en parte por raer de ellos las gentes para reliquias, según hizo notar J. Agustín de Mora en su obra citada. Véanse en el grabado.

(2) Era este un antiguo morabito, destinado después a capillita de la Virgen y existe hoy reformado, «a un tiro de arcabuz de la Hermita principal, a el pie de una larga y penosa cuesta que se sube para ella». Su fotografía de antes y después de la reforma figura en la Novena de Nuestra Señora de la Cinta.

Mora (Juan Agustín), 1762, *Huelva ilustrada*, págs. 170, 171, 172, 173.



Cuadro que existió en el Santuario de Nuestra Señora de la Cinta (Huelva),
destruido en 1936

la Virgen de la Llana, vemos la identidad del fondo de la leyenda: un moro y un cautivo, un arca y sus cadenas, un cristiano salvado por su oración a la Virgen y la conversión del mahometano.

Única variante, el gallo y los mármoles que se citan en la de Huelva.

El santuario, amplio y capaz, se halla en paraje pintoresco, cercado de frondosas huertas y pinares; fué descrito por Amador de los Ríos en su libro titulado *Huelva*, así como el *Humilladero* (antiguo marabuto o morabito), enclavado a medio kilómetro antes de llegar a la ermita.

Encuéntanse en ésta, adosados a cada lado del presbiterio, dos magníficos azulejos, obra del insigne ceramista don Daniel Zuloaga, que representan escenas alusivas a la Virgen de la Cinta, ante cuya imagen cumplió Colón la promesa que hizo durante una tempestad en el mar, a la vuelta del primer viaje, de ir a visitarla en paños menores y descalzo, pues así le tocó en suerte.

Ignoro si aún existen estos azulejos, pues me consta que los dos cuadros que quedaban en 1922 han desaparecido en 1936, en los breves días de la barbarie marxista.

Me haría interminable si fuese a relatar los infinitos e innumerables milagros obrados por la Virgen en favor de sus devotos prisioneros. La historia de la Orden de la Merced tiene páginas y gestas bellísimas que es imposible encerrar en breves líneas.

Y como si fuera poco, sirva de testigo el gran Santuario de Guadalupe, adonde acudían caravanas de cautivos liberados, cargados con sus trofeos de tortura, cadenas y maderos, argollas y grilletes, contentos y gozosos, a rendir gracias a la Virgen extremeña y cumplir sus votos y ofrendas hechas en los días tristes de cautiverio.

El Claustro de los Milagros del citado Monasterio es buena prueba de lo que voy diciendo, pues toma su nombre del gran número de cuadros donde, gráficamente, se relatan algunos milagros.

«Uno de los más característicos favores otorgados por la Madre de Guadalupe en el género de rendición de cautivos, escribe Medina Gata (1), es el pintado en el cuadro número 17 del Claustro de los Milagros, en el cual se lee:

«Eran tantos los cautivos que Nuestra Señora sacaba del poder de infieles que ya no había prisiones ni guardas para tenerlos seguros.

(1) *Glorias de María de Guadalupe. Visitas y milagros*, 1936, pág. 102

Parecióle a un moro que aseguraba un cristiano cautivo que tenía con una diligencia extraordinaria, encerrándole en *un arca*; púsose a dormir con un perro al lado, y cuando despertó se hallaron a la vista de esta Santa Casa; el cautivo libre, él espantado y el perro y el arca por testimonio de milagro.»

Vemos, por esta leyenda del cuadro, el parecido y semejanza que tiene este milagro con el del cautivo de Huelva y el de Peroniel; todos tres, en el fondo, vienen a ser uno mismo, si bien separadamente son variantes curiosas que dan nuevo encanto a la leyenda. En uno figura el gallo vigilante; en otro es el buey que cae degollado; en este de Guadalupe es un perro fiel el que acompaña al cautivo junto al arca.

IBO ALFARO Y MARTINEZ LISO

Los dos libritos que se han ocupado y han tratado de la Virgen y su cautivo merecen, ciertamente, además de elogios y parabienes, una rápida ojeada por sus páginas amenas, y sobre todo un sencillo y breve parangón, un fiel contraste, para que, a manera de dos espejos combinados o de dos líneas rectas y paralelas, podamos apreciar sus analogías y diferencias.

Tenemos, pues, frente a frente, un poeta y un novelista; un soriano de Peroniel y un riojano de Cervera; la musa feliz de Martínez Liso y la fantasía cautivadora de Alfaro; la poesía de don Juan y la novelita de don Ibo.

Los dos autores han viajado a lejanas tierras: Liso, a Méjico y Madrid; Alfaro, a Jerusalén y Madrid; uno a Oriente, otro a Occidente.

El título del libro viene a ser el mismo: *La Virgen de la Llana y el Cautivo de Peroniel* es el de Martínez Liso, publicado en Madrid en 1901; *La Virgen de la Llana o el Cautivo de Peroniel* rotuló Manuel Ibo Alfaro al suyo, y lo dió a la estampa en Madrid, en 1860, en su propia imprenta de la Travesía de la Parada, número 8.

Como se ve, una y o una o es la pequeña variación en cuarenta años.

Veamos ahora el fondo de la obra. Efectivamente. Mientras Martínez

Liso toma su inspiración en las Crónicas oscuras y confusas del siglo XIII, tiempos gloriosos del Rey Santo y de su hijo, el Sabio, como más próximas y ajustadas a la verdad histórica, sitúa don Ibo el argumento de su novela en los primeros años del siglo XVIII, cinco siglos después, para dejar volar su fantasía, puesto que «las musas llenarían con sus encantos los vacíos de la tradición», como él mismo nos dice.

Acude Alfaro al ya gastado recurso de «los viejos pergaminos, hallados «casualmente» por él, citándolos varias veces a través de su obra, al estilo de los románticos de su tiempo, lanzando el anaeronismo de que constan en pergaminos hechos (según él y ellos) realizados en el siglo XVIII, cuando ya el papel abundaba en todas partes y el pergamino se reservaba únicamente para copiar lujosas y artísticas ejecutorias y títulos de nobleza. En cambio, Martínez Liso, que pudiera haberlos citado, más en consonancia con la época a que él se refiere, no los nombra ni una sola vez.

No están de acuerdo estos autores en el nombre que tenía el joven héroe de Peroniél, y nos dejan la duda de si se llamaba Miguel o Manuel. Manuel es el nombre del cautivo, según el novelista, y «Miguel Martínez Contreras», fué, para el poeta, «un caballero de veras».

Solamente de pasada cita Alfaro el nombre de *Juan Martínez*, como padre del cautivo, sin nombrar a la madre; mientras Liso dedica un inspirado y bello capítulo a don Juan Martínez Marrón «el fuerte», y a doña Isabel de Contreras, «rica dama toledana», que «con don Juan una mañana, a Peroniél asomó».

«Y allí los tiernos esposos
amantes y en la opulencia
tuvieron la descendencia
que el cielo les concedió.»

A estos nobles y dichosos padres Martínez Liso los cita como presentes en la ermita de la Llana el día del milagro y liberación de su hijo prisionero.

Los dos autores describen el castillo de Almenar con minuciosa y detallada exactitud, con belleza de colores y emoción histórica, puesto que los dos visitaron y recorrieron sus estancias. No olvidan ambos de

citar la bandera, ondeando al viento, en lo más alto de sus almenas, y le dedican frases y versos emocionantes.

Ibo Alfaro, para la urdimbre de su bella novela tuvo que crear el título de un Marqués de Almenar, cuyo nombre calla, dueño del castillo, dándonos, en cambio, el de su esposa doña Luz, ya difunta, dama de palacio, emparentándola, a capricho, con los Austrias en decadencia, mientras el poeta Liso, de mano de la Historia, pone como señor del castillo a don Lope Díaz de Haro, en cuya hueste el cautivo «formó en varias ocasiones, militando en sus pendones», cuya fértil y extensa vega de Almenar,

«fué ayer del noble Lope
propiedad sin competencia.»

Describen ambos la partida de Martínez, al abandonar tierra sorianá, saliendo triste y abatido, Manuel de Almenar, según Alfaro, por haberse roto su idilio con Blanca; y según el poeta Liso:

«En un soberbio corcel
con lujoso enjaezado
salió de Peroniel
el joven noble Miguel,
por otros acompañado»...

Los rumbos que toman son también distintos: el Manuel de Alfaro marchó a Madrid, alistóse como soldado y asistió a las campañas de Cataluña, Nápoles y Cremona; el de Liso, en cambio:

«Llegó a Toledo Miguel
y sus criados volvieron
otra vez a Peroniel
con gratas noticias de él...»

Manuel o Miguel, saliese de Almenar o de Peroniel, a gusto de cada escritor, tienen distinta despedida, pues mientras el de Liso «ora y pide con fervor a su Virgen soberana» y «cien veces volvió a mirar la Virgen de Almenar», el de Ibo Alfaro, «solo en los campos de Almenar, expulsado del palacio que veló su infancia..., comienza a andar sin dirección fija, como el meteoro que surca los aires».

La batalla en que el famoso Martínez cae prisionero es, para Alfa-

ro, la de Cremona, a doce leguas de Milán, en el siglo XVIII (1702), bajo las banderas de Felipe V; y, para Martínez Liso, fué la de Algeciras, en la décimotercera centuria, en tiempos del incauto Alfonso X.

«En medio del desastre
infausto de Algeciras.»

Después, los dos escritores describen Argel; hablan de sus mazmorras, de sus crueles moros, de su mercado de prisioneros, etcétera.

Los dos citan el recio arcón; los dos nombran al moro, cruel carcelero del cautivo; pero si Alfaro le llama *Mahamud*, le hace ir a Almenar y le convierte, Liso, en cambio, le dice *Alí*, pero no le transporta por los aires, ni le lleva a la ermita.

Un solo arcón y un solo cautivo puesto a la venta nos da Ibo en su novela; varias arcas y varios cautivos cita Liso en sus versos.

Hace girar Alfaro Lafuente la leyenda sobre los tiernos y castos amores de Blanca con Manuel, mientras Martínez Liso no cita para nada los amores del cautivo.

Blanca, la enamorada protagonista de la novela de Ibo Alfaro, hija del pretendido Marqués de Almenar, la de la *dulce sonrisa*, que acompañada de la fiel Jimena pasa los tristes días de su desgracia y orfandad en la casuca miserable de Almenar, no figura en el librito de Martínez Liso sino con el nombre de Violante, hija de don Lope, mas ninguna relación tiene con el hijo del hidalgo de Peroniel.

A Blanca, Tomás del Oso, apartándose de su modelo Ibo Alfaro, la lleva al castillo de La Coruña para que asista a la liberación de su llorado padre.

Recuerda Martínez, en sus ratos tristes de cautiverio, Almenar, la Virgen y su dulce Blanca, según Alfaro; piensa en la Llana, Peroniel y Almenar el cautivo de Liso.

Y, cuando llega el momento sublime de la liberación y del maravilloso milagro, ambos autores infunden un sueño místico e infantil, una brisa fresca y suave que alegran el corazón del sufrido cautivo, presagio feliz del gran acontecimiento; pero Manuel Ibo finge y trama una horrorosa tormenta, viento, relámpagos y truenos en Almenar a media noche, mientras Liso hace aparecer en el cielo azul de la llanada una nube llena de arboles, suave, grácil y sutil que trae victorioso a Martínez, con el arca y sus cadenas, por los aires castellanos.

INTRODUCCION

LA VIRGEN DE LA LLANA

Y

EL CAUTIVO DE PERONIEL

NOVELA

LA VIRGEN
DE LA LLANA

EL CAUTIVO
DE PERONIEL

NOVELA



INTRODUCCION

En la provincia de Soria, país en el que por todas partes destacan las más escabrosas sierras, se ofrece también a la vista un dilatado cuadro de llanuras verdes y frondosas, conocidas con el nombre de *los campos de Gómara*.

En el paraje en que toman principio estas llanuras nace un pueblo de cien vecinos, poco más o menos, humilde y tranquilo como todos los del país, llamado *Almenar*.

A cuarenta pasos de Almenar se alza siempre majestuoso, pero ya mustio y taciturno, como el héroe anciano que sólo vive de recuerdos, el gran castillo de los condes de Gómara.

A los cien pasos del castillo, y sobre una dilatada pradera de hierbas y margaritas, se eleva, alegre y risueña como la sencilla aldeana que ciñe a sus sienes coronas de jazmín, la linda ermita de *la Virgen de la Llana*.

Esta ermita es el santuario de la devoción en muchas leguas al contorno.

A depositar en él sus cuitas acuden no sólo los habitantes del país, sino también los moradores de las líneas confinantes de Aragón y Navarra.

A su altar se acercan a verter lágrimas cuando la desgracia los aflige; todos la invocan en el infortunio, aun a larga

distancia de su templo, y todos refieren con fe sincera los portentosos milagros que con ellos o con sus parientes ha operado.

El pueblo, el castillo y la ermita, forman un triángulo pintoresco que recrea la vista.

Una legua de Almenar hay otro pueblo reducido que se conoce con el nombre de Peroniél.

Y entre Almenar y Peroniél, en un punto equidistante de los dos, se levanta una suave colina, promontorio dispuesto sin duda por la Providencia para contemplar el mágico panorama que la naturaleza despliega en aquel lugar.

Bello, bellísimo es el aspecto que ofrecen desde allí Almenar, la Virgen y el castillo, dibujados en el diáfano velo de la atmósfera sutil.

Bello, bellísimo es el aspecto que a la otra parte ofrece Peroniél, oscurecido por el sombrío fondo de los montes de robles y pizarras que descuellan a su espalda, tan negruzcos como solitarios.

Bello, muy bello es el cielo azul, claro y transparente, que surcado de arreboles se mece sobre el templo.

Encantadora es también la armonía que, juntos, producen la zampoña del pastor, el canto de la zagala y el trinar de la alondra que se remonta en cernido vuelo a las regiones del hombre desconocidas.

Bellísimo y seductor es cuanto nos ofrecen aquellos lugares patriarcales, en los cuales el hombre disfruta una vida natural, y en los cuales el alma pura goza una suavísima expansión.

Pero los pueblos pequeños tienen sus fiestas religiosas, y estas fiestas hacen, por lo común, su historia, sus placeres, su existencia.

Almenar tiene también la suya, consignada en el día tercero de Pascua de Pentecostés, día en que Almenar, Peroniel y la Virgen de la Llana se dan la mano y se visten de gala, porque juntos van a celebrar la festividad del cautivo.

Hablaremos con orden.

No bien la aurora de mayo riela plácida en el horizonte dicha mañana, cuando las campanas de Almenar saludan con alegres repiques el nuevo día.

Los esquilones de la Virgen de la Llana responden placenteros a este sonido, y el eco de los de Peroniel viene también, aunque lejano, a formar parte del alegre sonoro que anima aquellos campos.

No decimos que las zagalas abandonan en el pasto sus ganados, ni que los zagales templan sus caramillos, ni que los ancianos cierran sus puertas, porque esto fuera seguramente de más; sólo referiremos que cuando el primer rayo del sol se pinta en el horizonte, los habitantes de Almenar se encuentran ya diseminados en las verdes praderas que se extienden delante de la Virgen de la Llana.

Allí todo es alegría, allí todo es placer.

Los jóvenes tañen instrumentos varios; las niñas bailan, frescas como el rocío de primavera; las madres, o tal vez las abuelas, acomodan en sus respectivos sitios las meriendas, para comerlas después de terminada la función; y este mismo movimiento que vemos en la Virgen, se observa aquella mañana en el pueblo de Peroniel.

Apenas son las ocho cuando se conmueve de repente el gentío diseminado en las praderas.

Las aldeanas se cubren con sus mantillos de franela negra y forro encarnado; los pastores se quitan de la cabeza el ancho sombrero, y replegándose todos hacia la puerta de la

ermita, donde forman en dos filas, se arrodillan e inclinan humildemente la cabeza.

No bien ha tomado el público aspecto tan respetuoso, cuando se descubre a lo lejos la procesión que lo ha motivado, la cual se acerca lentamente cantando la letanía y precedida por el Cura con sobrepelliz.

Esta procesión la componen todos los vecinos de Peroniel, menos los cuatro hombres más ancianos, que se quedan en el campanario guardando el pueblo y repicando todo el día las campanas sin otra razón de lo que hacen sino que así lo hicieron sus padres y que así lo hicieron sus abuelos.

Cuando la procesión, agitando con gallardía los pendones y estandartes a impulsos del aura matinal, se acerca a la muchedumbre que la espera de rodillas, se abren de par en par las puertas de la ermita, y entre las mangas de aromático incienso que de su fondo salen, se presenta en el cancel el capellán del santuario, cubierto con las sagradas vestiduras, y precedido del sacristán con la cruz vestida de gala.

La procesión se para a veinte pasos de la ermita, y todo queda por un instante suspenso.

Pero durante esta escena conmovente y muda siguen repicando a porfía las campanas de Almenar, las campanas de la Virgen y los sonoros esquilonos de Peroniel.

De repente, los monaguillos de ambas partes marchan al centro; se aproximan el uno al otro, e inclinando hacia adelante cada cual su cruz, se saludan ambas, como se saludan al encontrarse las banderas de dos formidables ejércitos que a ajustar las paces fueran.

El capellán de la Virgen se quita entonces la estola, la besa y la coloca en los hombros del cura de Peroniel; se

quita la capa, y hace lo mismo, y con esta ceremonia le cede su jurisdicción por aquel día.

Los dos pueblos, hasta aquel momento separados, se mezclan festivos, se abrazan, se acarician, oyen con devoción la misa por el *cautivo de Peroniel*, y después pasan el día en alegres danzas y pastoriles convites, hasta que una noche tan placentera como el día, y tan pura como sus corazones, viene a poner fin a la fiesta.

...Pero ¿quién es el cautivo de Peroniel? ¿Qué hay de cierto en su historia? ¿Por qué conducto ha llegado hasta nuestros oídos?

El cautivo de Peroniel es la tradición más sagrada del país, porque permanece dormida en el seno del misterio, porque reúne los tres documentos que la crítica exige para dar crédito a un hecho antiguo.

—«¡Ay, señor! —exclama muy grave el anciano del país cuando refiere este cuento—, el cautivo se llamaba Manuel Martínez; era natural de Peroniel; tenía extremada devoción a la Virgen de la Llana, mas le sucedieron en su juventud muchas cosas y muy extrañas que nosotros ignoramos.

»Cayó después prisionero en Argel; un moro le hacía labrar como a una bestia, y como día y noche invocara el infeliz el santo nombre de la Virgen de la Llana, le preguntó en cierta ocasión el moro:

—«¿Quién es esa mujer a quien tanto invocas?

»Y el cautivo le respondió con mucha fe:

—«Esa mujer a quien invoco es la Reina de los cielos, que a ti y a mí puede trasladarnos en un momento a mi país, si así se le antojase.

»Desde entonces el moro, temeroso de que a la Reina de

los cielos se le antojara robarle el cautivo, lo cerraba por las noches en un arca de hierro, y él dormía sobre la cubierta.

»Pero ¡ay, señor!, el hombre nada puede contra las determinaciones del cielo; y una noche en que el cautivo dormía profundamente dentro del arca y el moro encima, sin apercibir ninguno de los dos nada, absolutamente nada, oyeron un continuo repicar de campanas.

—»¿Qué es esto, cristiano? —preguntó el moro—; ¿sueñan chicharras?

—Sí, moro —contestó el cristiano muy contento—; estamos en mi tierra; esta noche he soñado que la Virgen de la Llana me llevaba en una nube por los aires.

—»¡Soy perdido...! —exclamó el moro—; yo soy ahora tu cautivo y tú mi señor.

»Amaneció; alzaron la tapa del arca y se encontraron dentro de la ermita de la Virgen de la Llana.

»Lo que fué después del moro y del cautivo nadie lo sabe, señor.»

Esto dice el aldeano del país al forastero que duerme en su cabaña; hemos usado de sus mismas palabras.

Y, después de referirle el cuento, lo conduce a la ermita, le enseña las citadas escenas esculpidas por una mano maestra en el retablo; le enseña el arca de hierro donde fué trasladado el cautivo, y las gruesas cadenas y los grillos y las esposas que lo amarraban, con mil presentes de otros milagros, que la piedad de aquel país atribuye a la intercesión de la Virgen de la Llana.

...¿Qué contestan ahora los críticos a este suceso?

Nosotros sólo diremos que hemos oído esta narración de

boca de aquellos aldeanos; que hemos asistido a la misa y fiesta del cautivo; que hemos visto el arca y las cadenas colgadas en el templo, y, por consiguiente, que el tal suceso sea verdadero o fabuloso, reúne los tres documentos que la crítica exige para dar crédito a un hecho antiguo: la tradición, los monumentos y las fiestas públicas.

Sobre este suceso está escrita la presente novela.

Las musas llenarán con sus encantos los vacíos de la tradición.

... Yo os saludo, habitantes de Peroniel y Almenar; yo, que en vuestras tranquilas aldeas he visto deslizarse los instantes más placenteros de mi vida; yo que en vuestra compañía he corrido los montes y los valles, donde vuestra existencia se desliza colmada de delicias; yo que de vuestros labios mismos he oído referir la historia del cautivo, en aquellas noches melancólicas de noviembre que me brindasteis con hospitalaria acogida; hoy que me encuentro lejos de vosotros, voy a daros una prueba de gratitud abriendo a vuestra vista el profundo seno de esa tradición.

Condenado desde niño a husmear por escondidos rincones en busca de antiguos pergaminos que oscuras verdades atesoran, he dado por fin con uno maltratado, pero precioso a la par, porque encierra importantes noticias que vosotros anhelais saber.

Yo os diré, pues, quién fué el cautivo de Peroniel; los detalles que ofreció su azarosa vida; en qué manera se obró el portentoso milagro, con otras mil circunstancias que embellecen aquel cuadro y que el velo de los tiempos ha separado de nosotros.

Sí, felices aldeanos; mi pluma cantará las gracias divinas de la Virgen de la Llana, y mi pluma no cesará de invocar

su santo nombre, que tan singulares beneficios dispensa a vuestro país.

Acudid, pues, a ella; acudid noche y día; presentadle guirnaldas de las flores que los campos producen, y ella las recibirá sonriendo desde el cielo.

Acudid a ella en vuestras necesidades, y vuestras lágrimas serán enjugadas, porque aquel santuario plantado en las frondosas praderas de Almenar es el faro que alumbra vuestros corazones en el mar proceloso de la vida; es para vosotros rico dosel en cuyos pliegues se esconde un bálsamo celeste que trocará en contento vuestras penas.

CUADRO PRIMERO

EL AMOR Y EL BLASÓN

I

El hombre tiene su época de apogeo y de decadencia.

También las naciones, también los pueblos, también los edificios tienen su período de ostentación y de abatimiento.

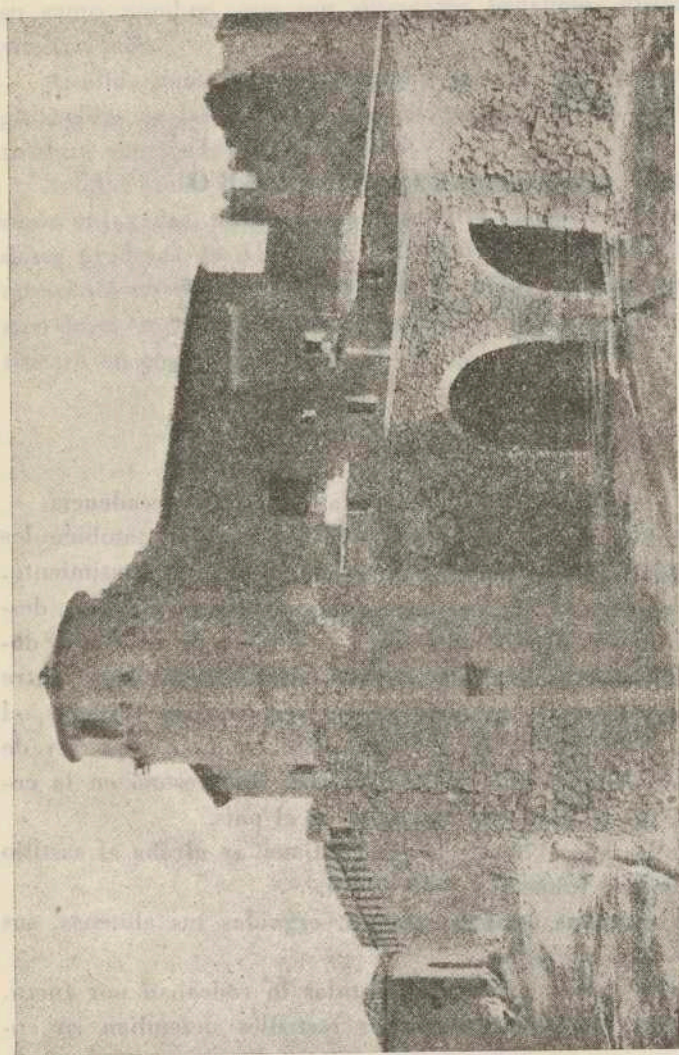
El castillo de Almenar que hemos visto en esqueleto, despojado de sus grandezas y como la sombra de un Genio dominante en otro día, que hoy se adormece silencioso entre las flores frescas y aromáticas que brotan a sus costados, el pueblo y la ermita de la Virgen, fué en un tiempo rey de aquellos campos, fué el eco soberano que resonó en la comarca, fué el titán que mandaba en el país.

Por los años 1700 de la era cristiana, se alzaba el castillo de Almenar robusto y majestuoso.

Sus murallas estaban intactas, erguidas sus almenas, sus relieves sin quebrarse.

Ancho foso y profundas bástulas lo rodeaban por fuera.

Puentes levadizos con altos rastrillos defendían su entrada.



El castillo feudal de Almenar, de los señores de Almenar y Gómara, ascendientes de los condes de Gómara

Y este castillo, que aspecto tan severo ofrecía al exterior, ocultaba en su interior todas las comodidades y caprichoso lujo de aquella época.

No hablaremos de las habitaciones bajas, destinadas a la servidumbre; ni de los ricos manteles de Holanda, guardados en festoneadas alacenas para el festejo de algún magnate hidalgo; ni de los servicios de plata filigranados en oro; ni del oro con filetes de diamantes, que sólo se presentaba en la mesa cuando emisarios del Rey, o algún arrogante garzón, o fermosa y noble dama, residentes en palacio, pisaban aquellos umbrales.

No hablaremos de estas preciosas alhajas que, a pesar de la miseria de la época, aun obedecían al tiránico, pero suntuoso influjo del feudalismo; y diremos sólo y en pocas palabras que dentro de las murallas sombrías y de piedra oscura que formaban las caras del castillo, había muy cómodas chimeneas, donde ardía abundante fuego de encina, amuebladas con doradas sillas y sofás de Moscovia.

Había grandes cámaras con pavimentos de mármol, con artesonados de cedro y otras maderas preciosas.

Había gabinetes con tapices de terciopelo azul, con pabellones de seda blanca, con taburetes de damasco de mil colores, con pintadas alfombras y otras monerías que los grandes de todos tiempos han buscado, y buscan aún, para distraer el ánimo de sus hijas o de jóvenes damas.

El zaguán era admirable por su esmerado trabajo.

Las escaleras estaban guarnecidas con caladas barandas de mármol.

Y en el terraplén, que separaba las murallas del cuerpo del castillo, crecían árboles, arbustos y mil flores de variadas corolas.

Sobre el dintel de la puerta principal de la muralla se ostentaba un escudo cuartelado con una corona de marqués, labrado todo en piedra cicuña.

Sobre la puerta del palacio o castillo que nace en el terraplén, dentro de la muralla, se veía el mismo escudo con la misma corona, pero hábilmente esculpido en mármol blanco.

El mismo escudo y la misma corona estaba también cincelado en bronce, sobre las puertas de las cámaras de la etiqueta; bordado en oro, sobre las libreas de los lacayos; bordado en seda amarilla, en la bandera encarnada que tremolaba día y noche sobre las almenas del torreón.

Esta bandera, que constante azotaba el viento de las cuatro estaciones, daba a entender que el hombre que habitaba la fortaleza era noble y no plebeyo, y que era además señor con jurisdicción sobre todos los campos desde donde se descubría dicha bandera.

Este castillo, que en tiempos posteriores fué comprado por los condes de Gómara, pertenecía entonces al marqués de Almenar, que hacía largos años lo habitaba.

Era el marqués de Almenar un hombre de sesenta años, alto, seco, calvo, de rostro macilento y de mirada fría.

Tenía el corazón lleno de nobleza y buenos sentimientos; pero su carácter era demasiado rígido, y el apego desmedido a rancios pergaminos, a viejas preocupaciones, a timbres y escudos, le habían vuelto los sesos agua.

Excepto los días en que vestía de gala, porque advertamos que allí, retirado en aquel valle de pastores y aldeanos, satisfacía las fórmulas de la etiqueta con el mismo rigor que si estuviera en la corte de su rey Carlos II; excepto los días de gala, decimos, se cubría la cabeza con un birrete de piel de

castor, y sobre la ropilla negra que ceñía su cuerpo se encajaba un redingot pardo, largo y angosto, con cuello y bocamangas de piel.

Componían la servidumbre del marqués de Almenar cuatro mancebos para conducir en hombros su litera; un lacayo y un cochera para la carretela, que tiraban dos mulas negras; un copero, un cocinero y dos reyes de armas para los días de convite, y un ayuda de cámara para su servicio personal.

Aun había además algunos otros dependientes, de que hablaremos más adelante.

En una palabra: era el marqués de Almenar una exageración de los grandes de España de aquel tiempo.

Pero este caballero se encontraba viudo.

Había estado casado con doña Luz, noble dama de Palacio, parienta, aunque lejana, de los archiduques de Austria; la cual, si bien había muerto pocos años después de casarse, no se fué al otro mundo sin dejarle en éste a su marido una joya de gran valor, que constantemente le reprodujera su memoria y que dulcificara con sus caricias los hastíos de su vejez.

Esto es decir, según comprender se puede, que el marqués tenía una hija; pero no se comprenderá con tanta facilidad, sin haberla visto, la sin igual hermosura de que el cielo había dotado a aquella virgen.

¡Ah!, yo quisiera robar por un instante la inspiración a Milton, si he de pintar las gracias de Blanca, que tal era el nombre de la hija del marqués; mas según dicen los viejos pergaminos, que largo tiempo han guardado escondida esta historia, Blanca era más blanca que la nieve de enero; Blanca era más pura que la luz del Paraíso; era más agradable

que el sol de primavera; era más transparente que las aguas de mayo.

Blanca era, sin duda, una de aquellas diosas de los tiempos fabulosos: alta, flexible, lánguida, de rostro plácido, de cutis diáfano, de ojos negros, de cabello negro y de labios de carmín; de alma de ángel y corazón de fuego.

Blanca tenía veinte años.

Vestía al estilo de las nobles damas de su época: largas faldas de seda negra, ceñidas en mil pliegues a la cintura con cordones de oro o de plata, ricos mantos de tisú o terciopelo, que más y más hermoseaban los brazaletes de coral que ceñían sus muñecas, y las diademas de rica pedrería con que sujetaba a las sienes su espléndida y flotante cabellera.

Blanca era una flor nacida en los campos de Almenar, pero flor purísima, nutrida por los arroyos de la virtud; modesto lirio, frondosa violeta, que rejuvenecía con su aroma la decrepita existencia de su anciano padre.

Esta joven, que tenía a su servicio una aya de treinta años, llamada Gimena, habitaba uno de los mejores gabinetes del castillo, adornado con gasas, con terciopelos, con caprichosos relieves, y cuyas ventanas daban al campo.

Era, por último, tal la amabilidad del corazón de Blanca; era tal su dulzura y tan bella y seductora la sonrisa que adoptaba su semblante cuando hablaba con los aldeanos, o cuando su generosa mano socorría al necesitado, que en toda aquella comarca no se la conocía sino con el honroso renombre de *la de la dulce sonrisa*.

El marqués de Almenar, bien fuera por orgullo o por sentimiento natural de filantropía, acostumbraba a ejercer con frecuencia la caridad; pero la limosna que ponía en manos del necesitado era una limosna estéril, porque nunca

la acompañaba ese deseo evangélico que estimularla debe en el cristiano; ni su corazón se conmovía tampoco cuando, al recibirla el pobre, levantaba al cielo sus ojos para manifestarle su agradecimiento.

Sin embargo, dispensaba protección, y esto es lo que nos interesa saber.

Por los años de 1686 murió en Peroniel un tal Juan Martínez, viudo, labrador honrado y de sano juicio, pero que no tenía otro blasón que su honradez.

Este Juan Martínez había pasado la flor de su juventud sirviendo de mayordomo en el palacio del marqués, y al casarse se retiró a Peroniel, donde poseía algunas haciendas, donde tuvo un niño y donde disfrutó por algún tiempo las delicias de un santo y pacífico matrimonio.

Durante su enfermedad fué varias veces a visitarlo el marqués, y el enfermo no suplicó otra cosa a su principal sino que velara la infancia de su niño, que quedaba en el mundo huérfano, sin apoyo alguno y con muy escasos recursos.

El marqués se lo prometió una y mil veces, y, en efecto, cumplió después su palabra conforme lo había prometido.

Murió Martínez, y su hijo Manuel fué conducido al castillo de Almenar, donde se le buscó un ayo y se le consideró como a vástago de la familia, porque grande era el afecto que el marqués había profesado al difunto Juan, en cambio de los grandes servicios que el fiel Juan había dispensado durante su vida al marqués.

¡Ah..., cuántas veces una buena acción acarrea, en este mundo incompleto, funestos resultados...!

¡Ay, padres!..., ¡y cuántas veces erráis en vuestros juicios...!

Inspiración divina, dime tú: si tantas y tan luminosas es-

trellas pueblan el cielo para alumbrar la noche del presente, ¿por qué no brilla una siquiera para alumbrar la noche del porvenir.

Blanca tenía entonces cuatro años y Manuel seis.

Gimena era el aya de Blanca y Pascual el ayo de Manuel.

Estos dos niños jugueteaban por el castillo, y con sus juegos distraían el mal humor del marqués, que a los dos abrazaba indistintamente y a los dos besaba con igual cariño.

Pero el tiempo corrió veloz y los niños se hicieron jóvenes.

Blanca llegó a ser una hermosa dama de veinte años, como la hemos descrito, y Manuel un apuesto mancebo de veintidós.

Mucho encomian, en verdad, la hermosura de Blanca los rancios pergaminos de donde he sacado esta historia, pero no van en zaga al hablar de Manuel.

Lo pintan alto, gallardo, de ademán noble, de erguida cabeza, de bigote negro, de arrogantes posturas y fogosa mirada.

Cuentan que vestía como los nobles garzones de aquel tiempo, estiradas medias de punto, calzón negro, gracioso bohemio prendido a los hombros, y que las rizadas plumas que por la espalda caían oscilantes de su sombrero, contrastaban a las mil maravillas con su negra y lustrosa cabellera.

¡Ah! Aseguran también los pergaminos que jamás mancebo alguno supo mirar con tanta gracia a una dama, ni que garzón de la casa de Austria tocar pudo el laúd con tan suave melodía, ni ciñó con tanta arrogancia la espada a su cintura.

Arrebatador Martínez y seductora Blanca, ambos vivieron juntos desde su infancia en el castillo de Almenar.

Ambos vieron deslizarse sus infantiles días entre los jar-

dines que brotaban en el terraplén de la muralla, o en las praderas del pueblo, o en las entapizadas cámaras de su palacio.

Tiernos pimpollos, abrieron juntos su corola; juntos recibieron el primer rayo de sol; juntos aspiraron la primera brisa de mayo; juntos, sí, juntos y a un mismo tiempo sintieron la primera ráfaga de amor, y antes de percibir que la sentían, se encontraron ambos ciegamente apasionados.

...Si dos tórtolas se enamoran porque juntas arrullan en la frondosidad de los montes, y dos ruiseñores se enamoran porque juntos cantan en la frondosidad de los bosques y en las orillas de las fuentes, ¿por qué no se han de enamorar también dos hermosos jóvenes, gallardos ambos y ambos arrogantes, que comen juntos, que respiran juntos y juntos viven? ¿Hay objeto en el mundo más bello que el amor?

¿Qué le mandó Dios al hombre al ser criado?

¿Qué cosa más divina puede hacer sobre la tierra la criatura que amar?

Sí; Manuel y Blanca se amaron sin conocerlo, pero en el otoño de 1700 los dos se apercibieron de su situación.

Blanca vertió cierto día una lágrima que abrasó la mano de Martínez; esta lágrima fué el eco del amor que les habló por primera vez, y ante cuya voz dulce, sonora y llena de atractivos, doblaron los dos jóvenes la cabeza.

Blanca y Manuel se amaban tiernamente; pero su amor era más puro y acendrado que el del siglo XIX; era más puro y acendrado también que el de los magnates de la corte de Carlos II.

Gran devoción había tenido siempre el marqués a la Virgen de la Llana, y mayor la habían tenido todavía a aquella imagen los apasionados jóvenes.

Todas las mañanas habían oído misa en su santuario, todas las tardes habían rezado el rosario arrodillados delante de su altar.

El otoño de 1700 fué triste y melancólico más que de costumbre.

Densas nubes cubrían el cielo de España.

Meteoros desconocidos y fatídicos atravesaron fugaces la bóveda del firmamento, como presagiando infaustos acontecimientos en el país, en la nación, tal vez en la Europa entera.

Por primera vez palidieron las mejillas de Blanca, y por primera vez se sintió agitado el corazón de Martínez; pero cada día se amaban con más pasión los inocentes jóvenes.

Por las mañanas salían temprano del castillo y oraban largo rato en la Virgen de la Llana.

Por la tarde rezaban el rosario en la misma ermita.

Por la noche, sentados en el atalaya del castillo, entre las sombrías almenas del torreón y al pie de la bandera, que tremolaba a expensas del céfiro de otoño, tocaba Manuel blandamente su laúd y, adormecida Blanca junto a su amado, cantaba tristes endechas con la seductora voz que en aquel país sólo ella poseía y que un ángel del cielo sólo pudiera igualar.

Los dos cantaban luego; los dos miraban rasgarse densas nubes sobre su cabeza después los dos callaban, y se sonreían los dos, enajenados al columbrar en lontananza el bello porvenir que creaba la pasión más pura.

En esto consistía su amor.

Es verdad que los aldeanos de los contornos ya comenzaban a hablar, aunque a hurtadillas, del enlace que creían estipulado entre Blanca y Manuel; pero, ¡infelices!, no observaban al pensar así que el marqués de Almenar era gran-

de de España, rancio en sus costumbres, idólatra de sus títulos, y que el pecho del pobre Manuel no podía ostentar ni un blasón.

Pasó la dichosa juventud de nuestros jóvenes, porque todo pasa en este mundo; mas pasó suave, como un cristalino arroyo entre bosques de lirios y azucenas.

El marqués de Almenar, indolente por naturaleza, había descuidado la infancia de sus hijos; pero llegó a comprender de repente que Manuel, ¡un plebeyo!, amaba a su hija, y esta idea fué dardo sutil que atravesó su corazón, y trató a toda costa de evitar tan grande peligro.

Aquel hombre se obcecó por completo; aquel hombre desoyó el grito de la humanidad, y puso en ejecución el más cruel de los proyectos.

Era el día 31 de octubre, día opaco y calmoso, cuando el marqués intimó a Manuel Martínez, por medio de un mayordomo, la orden brusca de que al día siguiente al brillar la aurora abandonara el castillo, y mandó también que desde el momento mismo en que se daba la orden, hasta una hora después de haber partido Manuel, permaneciera su hija Blanca cerrada en su cámara, bajo la vigilancia de Gimena.

La voluntad del señor se cumplió, como es de suponer, sin replicar y puntualmente.

... ¡Llora, tierna Blanca, llora en tu prisión!...

Y tú, Manuel, agota con paciencia la hiel que abrasa tus entrañas.

Ya murió vuestra infancia, tiernos jóvenes; ya murieron vuestros placeres y vuestros dorados sueños, porque chocó el amor, don del cielo, con un blasón, quimera de la tierra.

II

Era la noche del 31 de octubre.

Las densas nubes que cubrían el cielo se rasgaban en caprichosas sombras que, oscuras, vagaban por la atmósfera.

Por los claros que estas nubes dejaban al separarse, reñidas, unas de otras, se descubría el celeste velo.

Y entre las nubes y el velo asomaba con pálido brillo una luna grande, nutrida, pero apagada y melancólica.

El castillo de Almenar terminaba en un ancho torreón, cuyo torreón finalizaba en una atalaya cuadrada, hermoso salón, rodeado, a manera de balaustrada, por las robustas almenas, que como llegan al pecho de un hombre, tienen debajo una banqueta de sillería.

En uno de los ángulos de la atalaya, en el que tremola la bandera encarnada, se descubre esta noche un joven abatido, sentado en la banqueta.

¡Compasión! Este joven es el arrogante Martínez, el gallardo mancebo, que desaliñado el traje, despeinada su larga cabellera y con la frente oculta entre las manos, ve deslizarse, entre el dolor más acerbo, deliciosos instantes que en tiempos felices entretuvo en aquel mismo sitio en cantar apasionadas trovas a la reina de su corazón.

Junto al malhadado mancebo se descubre su laúd; pero el laúd calla, y en el melancólico silencio de la noche sólo se escucha el misterioso ruido que el viento produce en lejanos carrascales, el suave crujir de la banderola y los hon-

dos suspiros que, involuntario, exhala el pecho del callado trovador.

En el reloj de Almenar dieron las doce.

Al eco solemne del esquilón se siguió una calma profunda en la naturaleza.

Luego se abrió la puerta del atalaya y se presentó Blanca.

La Virgen, que orlada de arcángeles y serafines, se aparece al justo en mística visión, o la diosa que entre bellos celajes despliega su manto para agitar desde el Edén la inspiración del poeta, no producen una impresión tan mágica en el hombre como Blanca al presentarse, lánguida, en el atalaya del castillo a dar el último adiós a su amor.

—¡Blanca...!

Exclamó Martínez, tendiéndole los brazos y lanzándose hacia ella.

—¡Manuel...!

Murmuró Blanca, recibiendo aquéllos e inclinando la cabeza en el pecho del joven.

Y, abrazados ambos, se dejaron caer en la banqueta que antes ocupaba Manuel.

Así que Blanca entró en el atalaya, cerró por fuera la puerta, con mucho tiento, una mano extraña.

Era, sin duda, la mano de Gimena que velaba el último placer de su joven ama.

Blanca llevaba una bata de seda negra, ceñida a la cintura con desdén.

Un manto de terciopelo, también negro, pendía de sus hombros.

Y como al salir de la cama se desprendieran sus oscilantes cabellos, los ciñó a las sienes con una diadema de perlas que encontró a la casualidad, y de este modo le dejaban libre

el rostro, aunque se deslizaban suaves por la espalda y por los hombros.

—¡Blanca...! —exclamó otra vez Manuel, tomándole la mano y llevándosela a los labios—; ya han concluido para nosotros las delicias.

—Ya ha concluido la vida —respondió Blanca—, porque para mí estar lejos de ti es la muerte.

—Ahora que una fuerza cruel nos separa, es cuando conozco lo mucho que te amaba.

—Ahora conozco yo también, Manuel, que tú eres mi existencia, mi esperanza... que sin ti no puede vivir tu Blanca...

—¡Mi Blanca...! No pronuncies ya tales expresiones, hija mía; ya no eres mi Blanca yo no tengo un escudo que presentar al tuyo; tú, Blanca, vendrás a ser la esposa de algún magnate, más feliz que yo.

—Manuel, si tienes piedad de la que veinte años ha sido tu hermana, de la que tanto te idolatra ahora y te idolatrará siempre, no me asesines con tus palabras antes de marcharte.

—¡Marcharme! Sí, terrible idea. Me marchó, Blanca; y antes de marcharme he querido darte el último adiós; he querido besar por última vez tu mano; he querido tender mi vista, junto a ti, por esos campos que han protegido mi infancia.

—¡Qué dulce es, Manuel! —exclamó Blanca temblando—; ¡qué dulce es para mi corazón estar a tu lado! ¡Qué dulce es respirar tu aliento! ¡Pero cuánto padece mi alma por ti!

—¿Qué quieres decirme, Blanca?

—Que acabes pronto; que si una vez nos hemos de separar, clavemos cuanto antes el dardo en nuestros corazones. Vete a tu cámara; si mi padre se despertara y te encontrara aquí...

—Me asesinaría a tu lado, y la muerte sería para mí mil veces más dulce que este repudio que me das. ¡También tú me desprecias!

—¡Infeliz!, murmuró Blanca, dejándose caer en el pecho de su amante.

—No; no me desprecias, Blanca mía —repitió Manuel estremeciéndose—; son vanos temores del amor que nos devora, son los primeros delirios de la locura que nos amenaza. ¿No está Gimena detrás de la puerta velando nuestra conversación?

—Detrás de la puerta está.

—Pues entonces escúchame sin temor.

Blanca inclinó el codo en una almeha, y Manuel le tomó la mano con suavidad.

Las nubes, que rápidamente cruzaron los aires, descubrieron un momento la luna, y su brillo iluminó los rostros lívidos de aquellos dos jóvenes.

Callaron un instante, gimieron en silencio, y luego dijo Manuel:

—Olvidemos, Blanca, los días felices que para mí han corrido en este castillo; tú eres noble, tú eres rica, y yo soy plebeyo y miserable; vive tú en las delicias que la fortuna te depara, que yo marcharé por esos mundos lejanos a fin de no turbar tu tranquilidad.

—¡Manuel...!

—¡Sí, Blanca!, y cuando yo esté lejos de ti, y cuando haya transcurrido mucho tiempo y yo oiga hablar de la hermosa Blanca del castillo de Almenar, mi corazón derramará una lágrima en memoria de los días felices que con ella pasé.

—¡Por Dios, Manuel!, tú deliras... —exclamó Blanca acercando su rostro al rostro de Manuel.

—No deliro, Blanca mía, es la verdad. ¡Qué existencia tan distinta de la de hoy será para mí la existencia de mañana! ¡Ah...! ¡Que no hubiera yo pensado, cuando comencé a amarte, que tú eras la hija del marqués de Almenar y yo era un plebeyo...! ¡Que no hubiera yo reflexionado un instante en el abismo que de ti me separaba! No te acuerdes, Blanca mía, no te acuerdes ya de Manuel; vive feliz en el fausto que te aguarda, pues yo, en la miseria en que voy a entrar, derramaré más de una lágrima por ti. No temas, Blanca; en silencio será, porque así Dios lo dispone, pero te amaré eternamente; mi vida es tu amor.

—También yo te amaré a ti, Manuel. ¿Qué otra cosa puedo yo hacer en este mundo sino amarte? ¿No he nacido amándote? ¿Cómo puedo vivir ya sin tu amor? ¿Dudas de mí?

—No dudo; perdóname si mis palabras te han ofendido.

—No me han ofendido, ni ofenderme puede nada tuyo, Manuel; si tú deliras, yo también deliro, porque el amor perdido nos hace a los dos delirar; pero la Virgen de la Llaná se compadecerá algún día de nosotros. ¿No llenábamos de flores su altar cuando éramos niños? Ahora debe ella llenar de consuelo nuestros corazones.

Los dos jóvenes fijaron su vista en la ermita, a la que un rayo de luz prestaba cierto aire de solemnidad, y callaron por un momento.

—Marcharé —dijo luego Manuel, absorbido en su dolor y como hablando consigo mismo—; marcharé, y solo, errante por países desconocidos no tendré otro placer que el dulce recuerdo de mi Blanca; me acordaré de ella, adoraré su sombra, y ella también se acordará de mí, porque es muy buena.

—Sí, Manuel, me acordaré de ti —respondió Blanca, des-

cansando la cabeza en su hombro—; me acordaré de ti cuando por los dos ore en la Virgen de la Llana; cuando, sola, pasee en la atalaya donde me das el último abrazo; cuando vea la luna; mírala..., también se despide de ti.

La luna, más hermosa, más grande y más brillante que nunca; melancólica, pero velada por una ancha aureola de violeta y rosa, se iba hundiendo majestuosamente en el horizonte.

Los dos jóvenes la miraron conmovidos, y cuando desapareció del todo y sólo el disco luminoso teñía de aguadas el confín de los cielos:

—¡Adiós! —exclamó Manuel con profunda amargura—; ya me has abandonado, astro que velaste por mi niñez; junto a mi Blanca estoy cuando me despides; ¿dónde estaré cuando otra vez te vea?

Blanca se echó a llorar abiertamente.

—No llores, Blanca —le dijo Manuel enternecido—; no acibares más y más mi situación con tus lágrimas...

—Y ¿qué he de hacer sino llorar al escucharte? —exclamó Blanca—. ¡Infeliz de mí!, sola y de todos abandonada... ¿Qué he de hacer cuando tú te hayas separado? ¡Ay..., yo veré bien pronto terminarse mi vida entre estas silenciosas murallas!

—Y yo, perdido en lejanos países, no tendré otro consuelo que el recuerdo de una virgen.

—Tú eres apuesto mancebo; el mundo sonreirá a tu presencia; nobles damas se rendirán a tus miradas, como la pobre Blanca se rindió también.

—Noble mancebo soy cuando me miras, Blanca; arrogante cuando estoy a tu lado; porque tu aliento me entusiasma, porque bebo la arrogancia en tu semblante; y ¿qué



rostro puede ser agradable a los ojos que una vez se han fijado en el rostro de mi Blanca?

En el reloj de Almenar sonó la una.

Luego se oyó la voz de Gimena, que dijo muy quedo :

—¡Por María Santísima, que hay peligro! Ya sonó la una, cumplid vuestra palabra.

—Llegó la hora —dijo entonces Manuel, levantándose frenético—; Blanca, olvida todo lo pasado; Blanca, olvida a tu Manuel.

—Que te olvide, me dices... —murmuró Blanca reclinándose afanosa en el pecho de su amante—; que te olvide cuando te amo tanto... ¿Y es cierto que te marchas, Manuel...? Si creí que soñaba... ¿Y es cierto que me abandonas...?

Hubo un instante de silencio.

—No; no te separes de mí, porque te adoro.

—También yo te adoro, Blanca —exclamó Manuel vertiendo una lágrima de fuego—; también yo te idolatro; pero el marqués, Dios, Satanás, lo quieren así.

—Pues yo también quiero morirme antes de separarme de ti —murmuró Blanca desprendiéndose lentamente de los brazos de Manuel y reclinándose en las almenas.

—Valor, hija mía —exclamó entonces el afligido mancebo, sentándola en la banqueta.

Y luego volviendo a estrecharla con efusión de cariño entre sus brazos :

—Adiós para siempre —dijo.

Y echó a correr desvanecido.

—Para siempre... —repitió Blanca con la voz de la agonía.

Y quedó sin sentido.

Gimena voló al auxilio de su señorita y la reclinó en su regazo.

Manuel entró en su cámara y, descorazonado, se dejó caer en su lecho de seda.

Gimena estimulaba a Blanca con cuantos medios estaban a su alcance; pero Blanca no volvía.

Blanca estaba privada.

Estaba lánguida como la azucena a quien se la corta de su tallo.

Un cielo encapotado y una noche oscura velaban esta escena.

III

Alumbró la mañana del 2 de noviembre; la mañana, pero no el sol, porque el cielo estaba oscuro, el día triste y los vientos de otoño silbaban con fuerza entre las almenas y los bastiones del castillo.

Eran las diez.

El marqués de Almenar, envuelto en un redingot negro y con un birrete de piel bien encajado en las sienes, de donde nacían algunos cabellos blancos, se paseaba a lo largo de su cámara con los brazos cruzados, con aspecto meditabundo y con un ceño más arrugado que de costumbre.

Era la cámara del marqués un salón muy espacioso, con ventanas a los jardines del terraplén, esterado, con ancha chimenea a la testera y rodeado de cómodos ya que no elegantes muebles.

En el ángulo que formaba la otra testera con la puerta de su alcoba había una caja de armas, atestada de carabi-

nas, escopetas, pistolas de todas clases, dagas, cuchillos de monte y una espada.

Sobre esta caja o panoplia se ostentaban, esculpidas en boj, las armas y la corona de la casa, y sobre esta corona se gallardeaban dos tizonas cruzadas, con las puntas hacia abajo.

En este adorno era donde tenía puesto todo su conato el marqués, triste y adormecido vestigio de su belicosa juventud.

El marqués, después de pasear un rato, se acercó a la chimenea, tomó un martillo de oro y pegó con él un golpe en un muelle de acero.

Tan pronto como en el interior del castillo resonó aquel eco vibrante se presentó en la cámara, con humilde ademán y el ancho gorro de plumas en la mano, un gallardo mozo, de larga cabellera y de ropaje negro.

Este mozo era el ayuda de cámara.

El marqués, cortando su paseo, se paró frente e inmediatamente a él.

—¿Qué manda su excelencia? —dijo el mozo con mesura.

—¿Ha marchado Martínez? —preguntó con adusto ceño el marqués.

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—Al brillar el día.

—¿De quién se ha despedido?

—De nadie.

—Bien. Ve al punto y di al mayordomo que ajuste la cuenta a Pascual y que lo despida hoy mismo.

Y otra vez comenzó a pasear, pero más acelerado.

—Señor, ¿también a Pascual? —se atrevió a preguntar el ayuda de cámara.

—Y a ti con él, si hablas una palabra más.

—Señor...

—Que marche Pascual; no quiero que quede en mi palacio ni el criado ni la ropa del villano que osó levantar los ojos hasta la hija de su señor.

El ayuda de cámara hizo una profunda reverencia y se retiró en silencio.

El marqués, siempre con gesto airado, se dirigió al gabinete de su hija.

La habitación de Blanca era propia jaula de tan cándido pájaro.

Consistía en un gabinete cuadrado y cubierto de flotantes tapices de terciopelo azul.

Pero las graves poltronas de Moscovia, que tan en uso estaban en aquella época, las había sustituido su buen gusto con lindos taburetes de damasco encarnado, sobre los que aparecían aquella mañana, tiradas al descuido, como si tales alhajas fueran ya despreciadas de su dueña, mantos de rico tisú, brazaletes de perlas y otros mil aderezos de la hermosa joven.

Tupidas alfombras cubrían el pavimento, y junto al alféizar de la ventana había dos tibores de plata cincelada, con flores que entonces comenzaban a arrojar las primeras hojas secas.

A la derecha de la puerta del gabinete estaba la puerta de la alcoba.

Dos erguidas columnas de mármol blanco adornaban su entrada.

Ondulantes pabellones de damasco amarillo y largas cortinas de gasa blanca colgaban de una barra de bronce, sostenida en los capiteles de dichas columnas.

Y dentro de la alcoba se descubría un catre de ébano, con colcha de damasco amarillo, y algunas sillas a su alrededor.

En el momento de que hablamos estaban las ventanas entornadas y, por lo tanto, el gabinete a media luz; la alcoba, a oscuras.

Blanca, con el mismo traje que la vimos en la atalaya, esto es, con su bata negra y su manto oscuro, se hallaba tendida sobre la cama.

Gimena, sentada en una silla, la acomañaba con la cabeza reclinada en las mismas almohadas de su señorita.

Aquellas dos cuitadas jóvenes estaban adormecidas, y el silencio que en torno de ellas reinaba aparecía profundo y apacible.

Blanca se mostraba como una tórtola inocente tendida sobre su nido.

Su rostro estaba pálido; sus facciones, aunque dulces, lánguidas y melancólicas; sus párpados, cerrados; sus labios, entreabiertos; su negra cabellera, esparcida por la almohada; sus manos, cruzadas sobre el pecho, y en sus mejillas aun brillaban los surcos cristalinos de las dos últimas lágrimas que el dolor había arrancado de su corazón.

Blanca era un lirio que se estaba marchitando sobre el mismo arroyo que nutrió su tallo.

Blanca era una beldad sacrificada en las mismas aras que ella había cuidado con esmero.

Blanca dormía, y los ángeles, con sus alas de armiño, protegían su sueño.

El marqués abrió la puerta sin ser oído, atravesó el gabinete y, alzando las cortinas de gasa, se presentó en la alcoba.

—¿Quién? —Preguntó Gimena, asustada.

—Yo —contestó el marqués.

Gimena se levantó ligera.

—Abre las ventanas, Gimena —repitió el marqués—, y despeja.

Gimena abrió las ventanas y salió, cerrando tras de sí la puerta.

La luz misteriosa de una mañana nublada alumbró la alcoba.

El marqués se sentó a su cabecera.

—Blanca —dijo por fin con austera voz.

—¡Gimena! —respondió Blanca, haciendo un movimiento de sorpresa y abriendo los ojos.

—No soy Gimena, soy tu padre.

Entonces Blanca se incorporó sobre la cama, en cuya postura dejaba comprender a las claras lo mucho que su espíritu había padecido.

—Me extraña, Blanca, encontrarte vestida sobre la cama —le dijo el marqués con sequedad.

—No os extrañe, padre —respondió Blanca con dulzura—, porque no pudiendo dominar anoche la tristeza me dejé caer sobre la cama, y así me ha cogido el sueño.

—No pudiendo dominar la tristeza...; y ¿por qué estabas triste?

Blanca se estremeció.

—Vos debéis suponerlo, padre.

—¿Porque ha marchado Martínez? ¿Porque ha marchado ese villano?

—Era mi amigo.

—Tu amigo.

—Nos hemos criado juntos, siempre juntos en la vida;

único mancebo a quien he visto a mi lado, ¿qué extraño es que le haya cobrado cariño?

—¡Cariño has dicho!

—El de un hermano, padre; ¿por qué no he de sentir la partida de un hermano?

El furor reprimido en el pecho del marqués se iba pintando más claro en las secas facciones de su rostro, mientras que dos lágrimas puras y diamantinas estaban al brotar de los ojos de Blanca.

—Bien —prosiguió el marqués—; sí, niña incauta, has amado a ese villano mientras con su presencia ha manchado las cámaras de mi castillo, hoy que su sangre vil y plebeya late lejos de aquí, te mando que lo olvides.

—Y yo os suplico, padre querido, que puesto que el infeliz, obediente a vuestras órdenes, ha dejado ya de manchar con su sangre plebeya vuestro castillo, no insultéis, por compasión, su memoria.

—¡Tú lo amas aún! —gritó el marqués, rabioso.

—Lejos de vos tal idea, padre mío; ¿no me habéis mandado que lo olvide? ¿Os ha desobedecido alguna vez vuestra hija?

—¿Y tu padre te ha mandado nunca algo que en provecho de tu estirpe no haya redundado? Blanca mía —prosiguió con más modulación—, olvida sin recelo a Martínez; nobles garzones de la Corte de Carlos II rendirán bien pronto sus escudos a tus pies, y entonces, hija mía, sentirás los instantes que perdiste en escuchar las falsas palabras de un mancebillo de aldea.

Blanca exhaló un suspiro.

Hubo entre padre e hija algunos instantes de silencio, pasado el cual dijo la joven con cierto candor:

—No, padre; no me habléis, por Dios, de nobles garzones de la Corte de Carlos II; dejadme en mi habitación dar libre curso a mis lágrimas.

—A tus lágrimas...

—¿Qué os sorprende? ¿No sabéis que siempre he llorado? Dejadme en mi castillo con mi Gimena, y que vayan muy enhorabuena los garzones a adorar a las damas de la Corte. Padre, ¿no os he complacido ya en separarme para siempre de mi hermano? Pues bien: complaced vos a vuestra hija en dejarla consumir sus días en esta cámara.

Y exhaló un suspiro.

—En vano disimular intentas, Blanca —dijo el marqués, levantándose airado—, porque, rebelde, te vende tu corazón. Todavía aspira tu alma el negro influjo de aquel villano, de aquel atrevido que, habiéndolo levantado mi generosidad del fango en que dormía, quiso manchar con su sangre plebeya la hidalga sangre del marqués de Almenar.

Blanca, la infeliz criatura, no pudo reprimir por más tiempo el dolor, y comenzó a llorar abiertamente.

—¿Lloras, fascinada niña? —prosiguió el marqués, mirándola con sonrisa de desprecio—; ¿lloras porque tu padre te dice la verdad? Yo te perdono, porque eres muy joven... Cuando la sangre haga en ti su oficio, entonces llorarás el tiempo que perdiste con ese villano.

Y, volviéndole la espalda, salió de la cámara.

Blanca tiró del cordón de la campanilla, y anhelosa y con los brazos tendidos se dejó caer sobre la cama.

IV

Las lágrimas, vertidas a torrentes por los ojos de Blanca, desahogaron algún tanto su espíritu agitado y le dieron fuerza para incorporarse cuando entró Gimena y para estrecharla cariñosamente contra su pecho.

—¡Gimena! —exclamó la joven ocultando su rostro en el regazo de su amiga.

—¿Qué es esto? —gritó Gimena, admirada—; ¿ha bajado acaso el marqués a hablaros de Manuel?

—Calla —dijo Blanca, alzando su rostro pálido y mirando con siniestros ojos a su aya—; no pronuncies ese nombre, está prohibido ya en esta casa; sólo puede ya resonar en mi corazón...

—No os entiendo, Blanca.

—Tampoco yo me entiendo a mí misma, ni entendiera a mi padre, a no haber escuchado bien cerca su acento airado.

E incorporada como se hallaba en la cama, se dejó caer sobre el pecho de Gimena.

—¡Lloráis, señorita...! —exclamó el aya apretándola conmovida.

—¿Qué otra cosa puedo hacer ya que llorar en el mundo? —exclamó entre lágrimas y sollozos—; ¿qué otra cosa puedo hacer ya que llorar en tu regazo? De todas las personas que me rodeaban en mi infancia, tú sola me has quedado para mi consuelo.

—¿Sola yo?

—Tú sola; tú, que no me abandonarás nunca; él ha marchado para siempre.. Mi padre, como si fuera poco el sacrificio que en su respeto he hecho, me martiriza con sus imprecaciones.

—¿Pues qué os ha dicho?

—Me ha dicho —repitió Blanca con amargura, separando su frente del pecho de Gimena y mirándola de fijo con una frialdad siniestra— que la presencia de ese mancebo ha manchado con su sangre villana las murallas de este castillo; me ha dicho que estaba irritado conmigo, porque yo lo amaba; y yo, Gimena, yo que no puedo jamás disgustar a mi padre, le he contestado, por aplacar su ira, que lo amaba... sólo como a un hermano.

—¿Y os ha creído?

—No me ha creído, y ha hecho bien, porque lo adoro más que a mi vida, Gimena mía —prosiguió exaltándose por grados y poniéndose encarnada como la púrpura—; a ti nada te callo: yo lo adoro como a mi luz, como a mi ángel, como a mi más delicioso porvenir... ¿Y qué he de hacer sino adorarlo, si mis ojos no han visto otra cosa que él desde que nací, si con él me he criado en estas cámaras, si su vida es mi vida, si su alma es mi alma...? No; que no se empeñe la nobleza del marqués de Almenar, que no se empeñe la saña de un padre airado en que lo aborrezca; yo he obedecido y obedeceré siempre sus mandatos; yo me he separado de él, pero olvidarlo...; no, padre; ni puedo, ni quiero, aunque pudiera arrancar de mi abrasado pecho su imagen consoladora...

—Callad, por Dios, Blanca —dijo Gimena, asustada al ver su semblante demudado—; bastante me cuesta decirlo, pero no puede acordarse más vuestro corazón de ese mancebo.

—¿Por qué? —preguntó Blanca, agitada en extremo.

—Porque para siempre lo habéis perdido.

—Es verdad. ¡Lo he perdido...! —repitió la joven con languidez—; y se dejó caer sobre el regazo de Gimena.

Gimena la estrechó, cariñosa, entre sus brazos.

Y hubo entre ellas algunos instantes de silencio, durante el cual padeció mucho el alma de Gimena y voló, fascinado, el espíritu de Blanca por un mundo seductor de delirios, cuyo mundo vino luego con sus mágicos colores a hundirse precipitado en el mar de hiel hirviendo que abrasaba su pecho.

Después le dijo el aya :

—Ya es tarde; ¿queréis salir un momento de la cama, señorita?

—Sí, saldré —contestó ella—; otros días me levantaba alegre para saludarlo; hoy me levantaré triste para llorar su partida; ¡cómo ha de ser!

—Vamos, ¿no os vestís? —repitió el aya por distraerla.

—Me vestiré —respondió con abatimiento—; haré lo que gustes; de hoy en adelante, tú serás mi único consuelo; sólo contigo encuentro placer...

Blanca saltó con mucha pena de la cama; y en verdad que es difícil describir el abatido aspecto que ofrecía aquella hermosa joven.

Su rostro estaba sumamente pálido; sus párpados, morados; sus labios, sin color; las mejillas, brillantes a fuer de las lágrimas que por ellas habían corrido, y su mirada era dolorosa, si bien resignada.

Aun ceñía sus sienes la diadema de perlas; pero sus cabellos, aunque largos y flotantes, caían sin lustre por la espalda.

Aun vestía la bata negra y el manto de terciopelo; pero la bata iba desaliñada, y el manto, casi desprendido de sus hombros, se arrastraba por las alfombras, como por las flores del campo se arrastran las alas de una paloma que, herida, va a morir junto al arroyo donde en otro tiempo la arrulló su amor.

Blanca fué en silencio y se sentó en el alféizar de la reja.

Gimena se sentó a su lado.

La afligida joven tendió su mirada por la Naturaleza.

Desde aquella reja se veían los miserables tejados y el humilde campanario de Almenar; más allá, vastas praderas cubiertas de hierba; más allá, sombríos carrascales; más allá, el cielo.

El día era uno de esos nublados, tristes y opacos del otoño.

Su aspecto sombrío doblemente abatió el ánimo de la joven.

Y luego de haber corrido su vista por los montes y por las nubes, dijo con moribunda voz:

—Gimena.

—Señorita —respondió Gimena.

—¿Dónde estará ahora?

—¿Quién?

—Manuel.

—Por Dios, señorita, no os acordéis más de él; ¿no estáis resuelta a obedecer a vuestro padre? ¿No lo habéis perdido para siempre? Pues procurad tranquilizaros por vuestra salud. ¿No me habéis dicho vos misma que no nombrara más a ese mancebo? Pues ahora os suplico yo a vos que no lo nombréis vos tampoco.

—¡Que no lo nombre yo tampoco...! ¡Qué poco sabes

cuánto lo amo! ¡Que no me acuerde de él, cuando su imagen está grabada en mi alma! ¡Que no lo nombre... cuando su nombre está fijo en mis labios! No; yo no puedo tener ya otro consuelo que nombrarlo. Dime, Gimena, ¿con quién, si no con él he aprendido a amar? ¿Con quién, si no con él, he visto deslizarse los días más felices de mi infancia?

—¡Pero esa infancia, señorita, ya pasó!

—Es verdad, ya pasó; y tras la infancia vendrá la muerte; detrás de las flores está la soledad: detrás de la sonrisa está la tumba.

Calló Blanca, y Gimena no se atrevió a despegar sus labios.

Luego dijo la primera:

—¡Qué cruel eres conmigo, Gimena! Yo esperaba que tú me hablarías de Manuel; que me recordarías las horas que con él disfruté; que me darías alguna esperanza, aunque incierta, de volver a verlo en alguna ocasión; pero estás haciendo conmigo todo lo contrario. Mira, Gimena, le amo de una manera tal que marcharía peregrina sólo por verlo de lejos; que me consideraría feliz en mirarlo, aunque fuera en los brazos de otra mujer.

—¡Blanca...!

—¡Sí, Gimena! —exclamó Blanca, dejándose caer sobre su aya—: yo lo he perdido para siempre; él me olvidará cuando guste ese mundo que dicen que hay fuera de aquí: mil doncellas se rendirán a su apuesto talante, y él elegirá una entre las mil...

—¡Callad, por Dios! —volvió a exclamar Gimena, conmovida.

—No puedo callar, Gimena —prosiguió Blanca sollozando—; una mujer más feliz que yo recibirá sus caricias; él

gozará de su amor; y yo, sola y de todos olvidada; yo, que soy la que más lo ama en el mundo..., lloraré amargamente mi desdicha entre las almenas de este castillo.

Hubo algunos instantes de silencio que sólo interrumpian los sollozos de aquellas dos jóvenes, abrazadas.

Pasados cuatro minutos Blanca alzó la frente; Gimena se limpió los ojos y, acariciando a su ama, le dijo:

—Vos, Blanca, después de dar libre curso al dolor que os aflige, debéis tratar de distraeros, porque llegado este extremo ha de considerarse como un deber que os impone Dios; juntas saldremos a pasear por las praderas, a visitar los arroyos, a jugar con las aldeanas...

—¡Qué buena eres, Gimena! —murmuró Blanca, sonriéndose con melancolía—; pero tu bondad te engaña; ¡infeliz! Ya pasó el tiempo en que a la pobre Blanca la distraían las praderas, los arroyos y las aldeanas...; hoy todo es para mí triste ya; hoy ya no queda otra cosa en mi corazón que dolor. ¿A qué he de salir a las praderas? Desde ellas veré los campos en que jugué con él...; veré la atalaya en que me dió su último adiós; veré..., por todas partes veré una sombra de la felicidad perdida; no, Gimena, yo no puedo salir de esta cámara.

—¿Pues qué vida pensáis llevar en ella?

—La única que ya mi corazón puede adoptar; aquí, cerrada entre estas cuatro paredes, sola y sin esperanza alguna, recordaré los placeres de mi niñez, invocaré día y noche su nombre; lloraré... ¡porque sólo las lágrimas pueden ser ya compañeras de esta desgraciada!

—¡No por cierto! —contestó Gimena—; no es ése el régimen que observaréis; el amor os hace delirar; las dos

saldremos a respirar el aire libre, las dos iremos a la Virgen de la Llana a orar por vos...

—Y por él —contestó Blanca con anhelo—; dices bien, iré a la Virgen de la Llana; pero iré sola donde tantas veces he ido con él; sola oraré en sus gradas, donde tantas veces he orado con él, y en el mismo altar en que tantas flores hemos esparcido juntos, por los dos verteré amargas lágrimas yo sola.

—Vos sola... —murmuró Gimena—; ¿ya abandonáis a vuestra aya?

—No, Gimena mía —respondió Blanca, abrazándola con frenesí—; yo te amo más que nunca, pero yo sola seré la que riegue con lágrimas el altar de María, porque yo sola soy la cuitada; tú, Gimena, has nacido para gozar; yo, para padecer.

Gimena se llevó el pañuelo a los ojos, y Blanca, bañando de repente sus pálidas mejillas con tibia y fugaz sonrisa, cual si espíritu divino la inspirara, dijo a Gimena, retirándole el pañuelo del rostro.

—No llores, Gimena mía; yo lloraré por todos en la Virgen de la Llana. ¿Quién sabe? Tal vez la conmueva mi llanto; tal vez la Reina de los ángeles no desoiga mis súplicas; tal vez disfrutemos algún día la calma de la felicidad...

Gimena la escuchaba sin apartar los ojos de su rostro encantador.

—Sí; acaso algún día seremos felices; y si aquí no alcanzamos ese día, lo alcanzaremos de seguro en el cielo; ¿qué más nos da? Yo me moriré pronto, Gimena, porque mi vida ha marchado con Manuel; pero las zagalas cubrirán de palmas mi tumba; y ya que no otras, las lágrimas de mi

Gimena correrán sobre mi sepultura; ¿verdad, Gimena? —dijo.

Y las dos jóvenes se abrazaron estrechamente, y fatigadas y sin hablar palabra, inclinaron sus cabezas sobre las jamas de la reja.

El día seguía opaco.

Los pájaros cantaban a lo lejos.

Y algunas gotas de agua comenzaban a desprenderse de las nubes.

Mientras estas escenas dulces, pero tiernas y conmovedoras, tenían lugar en las cámaras del castillo de Almenar, otras ocurrían el mismo día en Madrid, las cuales pronto pusieron en conmoción a la Corte, a España y a la Europa entera.

CUADRO SEGUNDO

LA DESGRACIA

I

Dos meses habían transcurrido desde la noche en que Manuel dió su último adiós a Blanca; y, para no entorpecer la narración, presentaremos los hechos que en este año ocurrieron por orden cronológico, es decir, por orden de fechas.

El día primero de noviembre, a las dos de la tarde, esto es, el mismo día en que Manuel abandonó el castillo de Almenar, dulce morada de sus felices ensueños, y el mismo día también y a la misma hora casi en que la infeliz Blanca llora en brazos de su aya el negro porvenir que imponente se abre a sus ojos; en el mismo día y a la misma hora en que aquellos dos jóvenes, puros como la luz del paraíso, sufrían los rigores del orgullo insuperable del marqués, quiso el cielo dar al marqués una lección de lo quimérica que era su opinión; quiso enseñarle que sus glorias y sus timbres y sus blasones eran un soplo, eran nada, como nada es todo lo que existe sobre la tierra.

El día primero de noviembre expiró el rey Carlos II, y con su muerte cambió radicalmente la faz de Europa, porque en su testamento, lejos de dejar por heredero de la corona de España al archiduque de Austria, a cuya familia él pertenecía, dejó al duque de Anjou, vástago de los Borbones, que después reinó con el nombre de Felipe V.

Esta nueva dinastía produjo grandes placeres, pero también engendró muchos descontentos en España.

Grandes placeres produjo, porque los aliados a la familia de los Borbones veían sonreír un mundo de ambición y de gloria.

Muchos descontentos engendró, porque todos los adictos a la Casa de Austria veían hundirse de un golpe sus timbres, sus laureles y prestigio, contándose entre los últimos el marqués de Almenar.

Como quiera que a la muerte del Rey de las Españas no se encontraba en su nuevo reino el duque de Anjou, se nombró a toda prisa una Junta gobernadora, compuesta de la reina, de varios grandes de España y presidida por el inflexible cardenal Portocarrero, para que entendiera esta Junta en el gobierno y administración del reino, y principalmente para que, con energía, apagara las guerrillas de insurrectos que comenzaban a turbar la tranquilidad de la península.

Volvamos la vista atrás.

¡Qué mañana tan terrible fué para el pobre Martínez aquella en que se despidió de Almenar!

Joven gallardo, joven sensible, joven apasionado, ve en un instante desvanecerse las esperanzas que habían halagado su juventud, y ve abrirse un horroroso caos a sus pies.

Sólo el que haya amado a una mujer con el delirio con que Manuel amaba a Blanca, puede comprender lo que padecería el corazón de este joven al bajar por última vez las escaleras del castillo.

Cada peldaño que pisaba, arrancaba una ilusión de su espíritu; cada paso que daba, lo separaba un punto más de su cariño; pero era necesario..., era forzoso partir.

Manuel salió del castillo a la una y media de una noche oscura y tempestuosa, y al salir se le despedazó el corazón, porque sintió cerrar detrás de sí la puerta de la muralla, que jamás se había de abrir ya para él.

Manuel, solo en los campos de Almenar; expulsado del palacio que veló su infancia; sin lazos que lo ligaran a aquel país, sin lazos que lo ligaran al mundo, comienza a andar sin dirección fija, como el meteoro que surca los aires, como la sombra precita que vaga en las tinieblas de la noche.

Pasada una hora, brotaban de nuevo las lágrimas a los ojos de nuestro joven, que, con los brazos cruzados, se encontraba fijo en la cumbre de un otero.

Aquel otero era el que ponía horizonte a Almenar.

Y como el viento impelía con furia las nubes, el brillo de las estrellas alumbraba la tierra, y Manuel miraba estático el sombrío castillo que, inmóvil, se dibujaba a lo lejos.

Miraba la bandera, que se confundía con los densos vapores.

Miraba el lugar donde una hora antes había abrazado a su Blanca y mientras estas cosas miraba, conmovido, sentía hervir en su pecho la hiel que gota a gota se destilaba de su corazón.

No tenemos palabras para expresar con verdad lo que entonces sentía Manuel; ni palabras para ello poeta alguno

tuviera, porque la lengua y la pluma, por hábiles que sean, nunca alcanzan donde alcanza un corazón que siente.

Desgraciado el lector que comprenda a fondo aquel estado penoso, porque prueba es segura de que hubo un día amargo, en que perdió a sus padres, en que perdió la cuna de su infancia, y en que para siempre tuvo que abandonar el objeto de su amor.

Manuel dió un paso, dobló la colina y ya no vió nada.

Un nuevo mundo se ofreció a sus ojos.

La aurora de un día triste se pintaba en el oriente.

Había concluído su pasado, para comenzar su oscuro porvenir.

Manuel, entonces, como animado por una fuerza extraña, anduvo sin vacilar.

¿Para qué hemos de perder el tiempo en tan minuciosos detalles?

Digamos, en dos palabras, que nuestro joven héroe marchó hacia Madrid y, gracias a su buen talante y a su apuesto ademán logró entrar de soldado distinguido en las tropas que aguardaban al nuevo Rey.

Manuel debía adelantar en su carrera, porque el amor y que atravesó de golpe el pecho del marqués.

La noticia de la muerte del rey Carlos II, que por correo expreso llegó al castillo de Almenar, fué daga emponzoñada que atravesó de galope el pecho del marqués.

Cuanto mayor es la elevación que una persona ocupa en un bando político, tanto mayor es su caída cuando este bando se hunde; y el marqués, privado por largo tiempo de Don Carlos, casado con una dama de la familia misma del Rey,

no podía menos, al cambiar la dinastía, de quedar para siempre sepultado en la abyección.

¡Adiós orgullo...! ¡Adiós blasones...! ¡Adiós banderas...!

Pero no; el marqués de Almenar no es uno de esos hombres vulgares que se amedrentan a la vista del peligro; es un león, que, aunque viejo, ruge cuando se le pisa; por lo tanto, al presenciar aquel cataclismo político, quiso probar fortuna y defender hasta el último trance la causa de su soberano.

El marqués de Almenar arroja su ropa de paño, calza sus espuelas de oro, empuña la tizona y, sin que los ruegos de sus criados ni las lágrimas de su hija basten a disuadirle de su propósito, levanta la bandera de rebelión en los campos de Gómara.

Grande era el prestigio que el marqués ejercía en el país, y, por lo tanto, pronto vió engrosar sus filas con fieles servidores, con valientes y aguerridos soldados.

Se dió el grito de «¡Viva el archiduque de Austria!» y aquella fuerza, con el marqués a la cabeza, se internó en los pinares de Soria, esperando dirigir desde allí con más seguridad sus tiros al intruso Gobierno, según él lo llamaba en sus enérgicas proclamas.

Sucesos tan importantes, ya por su índole, ya por la persona que los motivaba, llegaron bien pronto a noticia de la Junta de Gobierno y, el presidente, Portocarrero, mandó sin tardanza grandes masas de tropa, para que a todo trance desbarataran a aquella facción.

Varias refriegas sostuvieron con desnudo los guerrilleros del marqués, defendidos por la escabrosidad del terreno; pero la fuerza que los atacaba era inmensa; ellos se iban cansando; no recibían ayuda de parte alguna; y cierta mañana

de verano, en que el sol lució en mal hora para ellos, fueron sorprendidos en un descampado, atacados, dispersos, acuchillados la mayor parte y preso el marqués de Almenar.

Aunque eran severas y crueles las órdenes que Portocarrero había dado al jefe de la división contra el cabeza de los insurrectos, este jefe respetó las canas del marqués y, de una manera decorosa, fué conducido a Madrid.

Cuando el noble prisionero llegó a la Corte, hubo varias opiniones en la Junta de Gobierno sobre el castigo que se le había de imponer.

Unos, ciegamente arrastrados por el torrente de la política que todo lo invade, pidieron para el faccioso la pena de muerte; pero otros, más benignos, opinaron condenarlo a prisión perpetua y este dictamen prevaleció al dictar la sentencia contra el marqués de Almenar.

Hay en La Coruña un terrible castillo, conocido con el nombre de castillo de San Antón, cuyas murallas están plantadas sobre una peña escarpada, que nace en medio del mar.

Las olas azotan constantemente sus murallas; los vientos mugen entres sus almenas; pero él, siempre quieto, siempre inmóvil, se burla, inflexible, de los vientos y de las olas, como si fuera un Genio que allí ha asentado el cielo para castigar el crimen, o un martirio que del seno del mar hizo brotar el infierno para sacrificar en él a la virtud.

Dentro de este castillo hay mazmorras imponentes, oscuras, húmedas, rodeadas en sus paredes de cadenas y de grillos; y a morir en una de estas mazmorras, fué a lo que se condenó al infeliz marqués de Almenar.

Una noche oscura de invierno, en que el mar bramaba con furia, se veía cortar la espuma de las olas a una lancha que, con un farolillo en la proa, se dirigía al castillo.

El castillo encendió la farola.

Después de algunas contestaciones entre la lancha y la atalaya, sostenidas a fuer de bocinas, disparó el castillo un cañonazo, señal en aquellos tiempos de que abordaba a él un noble prisionero.

Luego el alcaide, acompañado de la escolta, sepultó en una de las mazmorras más crueles a un anciano, alto, seco y calvo, que se dejó caer, moribundo, en el suelo del calabozo.

El alcaide cerró con llave la puerta de hierro y se retiró, diciendo a los guardias con irónica sonrisa :

—Para poco tiempo tenemos preso.

—Malo está —contestaron los soldados, también sonriendo.

Y ocuparon sus puntos.

Aquel reo, aquel anciano, aquel moribundo, era el marqués de Almenar.

Cuál fuera la amarga situación de la infeliz Blanca, y el estado deplorable de su castillo, al tener noticia del encarcelamiento de su querido padre y sin poder averiguar dónde lo encarcelaron, el lector sensible lo puede comprender; pero ¡ah, maldita condición la del hombre sobre la tierra! Un mal nunca viene solo en este valle de lágrimas.

Blanca, curtida ya por el dolor, se había resignado a vivir llorando con su Gimena en la cámara de su infancia y a desprenderse de sus joyas para distribuir su valor entre los pobres, e implorar de este modo la protección de Dios; pero ni aun este consuelo le permitió la suerte.

Cuando en el mundo existe un ser puro; cuando hay uno de esos seres que por sus virtudes designa la Virgen para su divino regazo, quiere probar, desde el trono de nubajes en que se mece invisible, el alma de esa criatura, para tenderla después su manto de protección y colmarla de felicidad.

¡Mas ay!, son tan duras estas pruebas para la debilidad humana...

No bastaba que Blanca hubiera perdido en poco tiempo su amante y su padre; a Blanca le esperaba todavía el golpe acaso más cruel.

La Junta de Gobierno declaró secuestrados todos los bienes del marqués de Almenar.

Un administrador marchó bien pronto a habitar el castillo y a formar el inventario de todas sus alhajas.

Por lo tanto, Blanca fué bruscamente expulsada de sus cámaras.

«Un día, día terrible, que quisiera borrar del tiempo, porque su recuerdo traspasa mi alma como espada de dos filos», dice el autor de los viejos pergaminos que me sirven de guía: «un día más triste que las noches de invierno, porque densas nieblas tapaban el cielo, y porque la amargura se había apoderado de aquellos aldeanos, salió Blanca por las puertas de su castillo, lánguida, llorosa y con el rostro escondido en el pañuelo con que se enjugaba los ojos».

Salió, en efecto, Blanca de su castillo, triste, afligida, sin esperanza, sin consuelo, como la tierna paloma que un ave de rapiña ahuyenta de su nido.

Apenas nuestra víctima habría andado veinte pasos, y no bien se encontraba en la verde pradera que separa el castillo del pueblo, cuando Gimena, que, afligida, la seguía en silencio, la abrazó con un exceso de cariño y con el acento conmovido exclamó:

—No lloréis señorita, no lloréis, ¡por la Virgen de la Llana! Joven soy; mi mano trabajará para comer las dos.

—Tu mano, Gimena mía, labrará bien pronto mi sepultura —contestó Blanca, abrazada, como estaba, y clavando en el cielo sus ojos arrasados en lágrimas.

La virtud encuentra también su premio en este mundo y Blanca comenzó a recibir el suyo.

Como tantas limosnas había derramado en el pueblo su mano generosa; como siempre había socorrido al afligido de Almenar en los tiempos felices que, convertida en virgen del Edén, agitaba el viento su manto y sus cabellos en la torre del castillo; como para todos los aldeanos había sido su angélico corazón altar donde sus pesadas cuitas se convertían pronto en júbilo, todos los aldeanos, todo el pueblo de Almenar le sale al encuentro cuando aquella nueva desgracia llega a sus oídos.

—¡Nuestra reina sin casa...! —grita uno.

—¡Nuestra diosa abandonada...! —responde otro.

Y esta voz circula por todas partes.

Y los hombres, las mujeres y los niños, todos corren a recibir a su señora.

Todos la vitorean con lágrimas en los ojos.

Todos abren para ella sus puertas.

Y el suelo que va a pisar se cubre de flores y de pañuelos, que a sus pies tiran los niños y las doncellas.

Y, entre tanta aclamación, camina, lánguida y llorosa, la infeliz Blanca, apoyada en el brazo de Gimena, que también llora de entusiasmo, de cariño y de dolor.

Blanca da las gracias con la mano a aquellos infelices aldeanos y entra, con su aya, en una miserable casa que se alza en un extremo del pueblo, no lejos de su antiguo castillo y frente por frente a la Virgen de la Llana.

Estas escenas tenían lugar a mediados de enero del año 1701.

Por aquellos días se presentó ya el nuevo Rey en la frontera de Francia.

Felipe V, príncipe gallardo, lleno de esperanzas y de vida, sentó sus reales en Irún, y allí recibió las primeras embajadas de felicitación que le envió España.

Entre los muchos jóvenes que, emisarios del ejército, llegaron a felicitarle, se distinguió uno por su noble talante, por su apuesto ademán, por la expresiva y acariciadora mirada de sus ojos y por el dulce, seductor acento de su voz. Cuando este joven dió fin a su elocuente discurso, se mostró el Rey altamente satisfecho; puso una charretera en sus hombros y le nombró oficial de su propia escolta.

Este joven era Manuel Martínez.

Conmovido Manuel al recibir tal honra, hincó la rodilla delante del Rey, besó la mano de su soberano y dos lágrimas corrieron por sus mejillas, mientras un recuerdo atravesaba su mente, recuerdo que en seguida fué a abrasar su corazón.

II

Cuando un amor desgraciado aflige el espíritu de una joven, palidece ésta, languidecen sus facciones, se debilita su salud y se marchita su vida, como se marchita la tierna flor que la impía segur ha separado de su tallo, como se marchita el lirio cuando se secan las aguas del arroyo que lo alimentaba.

Cuando el amor desgraciado hiere el corazón de un apuesto mancebo, siente éste inflamarse su pecho, siente arder un volcán en su cabeza y ese volcán lo engrandece y más y más se agita y ansía riquezas, poder, victorias y con la

imagen seductora del mismo amor en su pecho, corre, avanza, se expone y no para hasta que el inmortal laurel viene a coronar sus sienes.

Esto sucedió a Martínez.

Por eso se alista bajo las banderas de un Rey que inaugura su reinado con la guerra; por eso se acerca a rendirle su homenaje en persona y por eso es siempre el primero que se arroja, intrépido, contra el enemigo.

El 23 de enero de 1704 se presentó el duque de Ancourt en Irún, a cumplimentar al Rey.

Después del duque entraron apuestos mancebos, a quienes premió el Rey, porque tal visita en una nación extranjera produjo gran holganza en su ánimo.

Entre aquellos mancebos se distinguió Martínez por su gallardía y elocuencia, y fué honrado, como ya sabemos, con una charretera que la misma mano del soberano puso en su hombro derecho.

Agregado desde entonces Martínez a la escolta de la persona real, siguió las distintas correrías que Felipe V hizo por España; participó de los festejos con que Madrid recibió al nieto de Luis XIV, y allá hacia el otoño tuvieron que dirigirse a Cataluña.

El cambio de dinastía en un reino de carácter tan independiente como España tenía que producir grandes alarmas y así es que en varias provincias de la Península se oía de vez en cuando el débil grito de cuadrillas insurrectas.

Este grito resonaba más fuerte en Portugal y llegó a hacerse temible en Italia y Austria, cuyos ánimos inflamaba de cerca la obstinación del gran archiduque Carlos.

Descansaba durante el mes de octubre la corte de Felipe V en Barcelona, cuando llegó a turbar su reposo una

embajada expresa de Italia, dando conocimiento de que en Nápoles había estallado una nueva sublevación.

El Rey no despreció esta noticia y al día siguiente de recibir tal expreso salieron de Barcelona aguerridas tropas a sofocar la rebelión de Nápoles.

Ninguna ocasión más brillante que ésta podía ofrecerse a un alma abrasada por el amor y ambiciosa de gloria para alcanzar una palma; y el joven Martínez, que en tales circunstancias se encontraba, se echó a los pies del Rey, pidiéndole la gracia de formar parte de aquella expedición.

No pudo el Rey negar tan noble demanda a mancebo de que tantas proezas cantaba la fama; y, por lo tanto, con voz sonora le dijo delante de la grandeza francesa que rodeaba su solio:

—Alza, fiel vasallo, tu súplica está concedida; pero nadie debe levantarse imperfecto de los pies de su soberano; toma.

Y prendió otra charretera en su hombro izquierdo.

—Marcha, capitán —prosiguió después—; Dios dirija tus pasos, que cuando vuelvas a pisar el suelo de tu patria ceñirán los laureles tu cabeza.

Martínez hizo una profunda cortesía y abandonó la cámara real.

En efecto, las tropas españolas sofocaron la rebelión de Nápoles, dejando en aquella ciudad su pabellón tan bien puesto como en todo tiempo y en todo lugar lo dejó siempre el soldado español.

Apaciguado Nápoles y triunfadores los derechos de nuestro rey Felipe V, gracias al denuedo de los valientes adalides que con dicho objeto salieron de Barcelona, se distribuyeron por escuadrones entre aquellas ciudades más sospechosas, for-

mando una guarnición de tal prestigio que su nombre solo hacía temblar dentro de sus hogares al italiano y al austriaco.

Cremona era uno de los puntos que más desconfianza inspiraban y por eso se destacó allí el escuadrón de bravos que mandaba Manuel.

Bueno será que, por algunos momentos, abandonemos la trompa guerrera y escuchemos la lira de los amores, que en dulces sonidos nos cantará detalles tiernos e indispensables para la mejor inteligencia de la historia que vamos refiriendo.

Aunque a Manuel le hemos visto correr desbordado en pos de la victoria y afanarse por conseguir palmas y hacer inmortal su nombre, no, no se crea que aquel joven rendía su homenaje a estas quimeras, que, al fin, creaciones son de la vanidad humana, sin que fuerza alguna tengan para salvar los umbrales de la tumba.

Manuel corría y se afanaba por distraer su ánimo.

Manuel se arrojaba a las batallas porque el enemigo ace-ro le proporcionara una muerte que deseaba y que no quería darse él mismo por no infringir las sagradas leyes que se lo impedían.

Pero Manuel, aunque favorecido por la diosa de la guerra, tenía el corazón atravesado de dolor y, aquel capitán valiente, modelo de soldado, asombro del austriaco, que, sereno en medio del fuego abrasador, encendía con sus voces la sangrienta lid; aquel capitán, que antes acometía que mandaba y que siempre en el peligro era el primero, aquél lloraba amargamente cuando se encontraba solo en su gabinete y, cuando, solo, paseaba por la noche bajo aquel cielo seductor de Italia.

Si; lloraba la pérdida de sus días felices, lloraba al recordar el castillo de Almenar, al recordar la Virgen de la Llana, al recordar a su querida Blanca.

Lloraba..., lloraba al reflexionar que para siempre había perdido aquellos objetos queridos.

Al entrar en las batallas siempre invocaba el nombre de su Blanca y el de la Virgen de la Llana, y, hasta entonces, la primera batalla estaba por perder.

Cada acción había puesto, o un grado en su carrera o una cruz en su pecho; pero Manuel, sensible y enamorado cual nadie, lloraba a solas una pena que no podía desechar del corazón.

Maldecía sus charreteras y arrancaba con amargura las cruces de su pecho.

¡Ay! Manuel hubiera querido vivir en el castillo de Almenar, como en los primeros días de su juventud vivía; vivir sin honores, sin gloria, pero con su Blanca; siempre con su Blanca, gloria la más grande, el mayor de los honores que podía depararle el cielo.

Mas estas venturas se habían hundido ya para Manuel.

El así lo comprendía; él sabía que no le quedaba otro remedio que gozar en la imagen de lo que pasó, y por ello siempre estaba melancólico, siempre paseaba solo y siempre vivía en alguna casa retirada de la población donde se hallaba, porque, olvidando allí el clarín de Marte y entregado a sus dulces, suavísimos recuerdos, contemplaba los bellos jardines, la atmósfera vivífica y el puro celaje de la Italia, aspiraba las embalsamadas brisas y el aroma de las flores, que él convertía en su magnético paroxismo o loco delirio en suspiros de Blanca, amorosos suspiros que le enviaba en alas de los ángeles plañidores de la noche.

Esto parecerá exageración al hombre anciano que sólo conserve un vago recuerdo de las delicias que libó en su juventud; pero el mancebo, la niña que aun sienta en su alma el amor cándido de los dieciocho abriles, conocerán la verdad de los hechos que refiero.

¿No es cierto lo que escribo, hermosas lectoras?

Ese modesto rubor que a vuestro semblantè asoma me dice que lo es.

Sí, cierto es, porque Manuel así lo sentía.

La ciudad, pues, de Cremona, en que entonces se encontraba, y las circunstancias que allí ocurrieron a su llegada, se prestaron muy bien a sus mlancólicos deseos.

Cremona es una espaciosa población, distante doce leguas de Milán y plantada en un suelo fértil, como lo es todo el de Italia.

Tiene buenos alrededores, con algunas casas junto a las murallas, desde cuyas casas se descubren bellos, bellísimos jardines, arroyos, lagos de plata y un cielo mágico y encantador.

Como nuestro objeto, al tomar la pluma, no ha sido fascinar la imaginación del lector con seductoras aunque fingidas pinturas, sino referir una historia importante que largos años ha permanecido sepultada en rancios pergaminos, expondremos los hechos con claridad y precisión, esperando que ellos, por su propia naturaleza y no por el artificio de la poesía, cautiven el ánimo del que se digne escuchar nuestro laúd.

Cremona, pues, era una ciudad que, entera, había reconocido con placer al rey Felipe V; por consiguiente, la guarnición que ocupaba la plaza alzaba la bandera de dicho Rey.

Pero en ningún tiempo ni en ningún paraje ha faltado gente díscola que a todo trance procure alterar la paz de los ciudadanos.

En un extremo de la ciudad, pegada a la muralla, se alzaba una casa muy bonita, baja, pintada, con su elegante miramar o azotea.

Esta casa la habitaba un sacerdote, vicario de aquella parroquia, que en mal hora la sagrada corona se abriera en su cabeza, porque prueba ninguna daba de seguir la humilde senda de los apóstoles de Cristo.

Este sacerdote estaba convenido con un jefe alemán para dar el grito de rebelión y entregar el pueblo a los partidarios del archiduque de Austria.

Como la guarnición que defendía la plaza era numerosa, no se podía tomar por la fuerza y se resolvió hacer sigilosamente una mina que comenzara en el campo y fuera a desembocar en el sótano de la casa del cura.

El plan de la estrategia era que la misma noche que se acabara la mina entrarían por ella doscientos granaderos alemanes y cien moros a las órdenes del tirano Alhageb, gran capitán argelino, que no perdía ocasión de reteñir sus alfanges con la inocente sangre de cristianos, porque mucho odio profesaba a los hijos de María.

Los trabajos avanzaban con primor; gratas ilusiones adulaban al infame sacerdote; y los conspiradores, y sobre todo los moros, anhelaban el instante de dar el grito de degüello, cuando los valientes españoles, al mando de Martínez, reforzaron la guarnición de la plaza.

Grande era ya el nombre que por todas partes disfrutaba el caudillo español, y, por lo tanto, grande fué el desasosiego que su entrada en Cremona produjo en el ánimo reptil de los conspiradores.

Celebraron éstos varias logias a resultas de aquel incidente; bramó el pérfido Alhageb de rabia contra Martínez; pero el sacerdote, más sagaz que nadie, dijo, sonriendo con gazmoñería, que a su cargo quedaba el negocio; más el negocio era arduo, porque cortos eran los días que faltaban para acabar la mina, y, por lo tanto, para lanzar el grito convenido.

Partiendo el taimado sacerdote de aquel principio vulgar que el mejor guarda es el mismo ladrón, se revistió de amabilidad y mansedumbre, pues nadie mejor que el hombre perverso ocultar sabe sus intenciones, y se presentó al capitán Manuel llorando sus desgracias, los contratiempos que sufría por defender la causa del duque, y le dijo, por último, que suponiendo que él, jefe de las tropas, habría de tomar un alojamiento más decente que el cuartel, le brindaba su casa, que era cómoda y retirada.

Manuel, tan noble como sencillo, tan valiente como descuidado, se dejó engañar por las fingidas palabras del sacerdote y pasó a ocupar su nueva habitación.

Vió, en efecto, que la casa del cura era preciosa, retirada del bullicio; que tenía una azotea donde pasar las noches contemplando los bosques, los jardines, las nubes y la luna; que tenía una azotea pintoresca donde derramar una lágrima ardiente en memoria de sus tiempos felices, y, reconocido, abrazó al cura por haberle brindado con aquel alojamiento.

El cura, por su parte, nadaba en júbilo.

Los conspiradores no temían a los nuevos soldados, porque eran pocos; temían al capitán Manuel, cuya fama era muy grande; temían a aquel león español, pero a este león lo había envuelto el cura en sus redes, porque la noche en

que estallara la revolución, cerraría el infernal cura el gabinete de Manuel, cuando éste durmiera, lo asesinarían en su mismo lecho los sublevados, y después... la revolución estallaría sin dificultad.

Tales eran sus proyectos.

Avancemos en la historia.

Llegó, por fin, el día deseado.

A las diez de la mañana desembocó la mina en el sótano de la casa del cura.

Los doscientos granaderos alemanes y los cien moros se apostaron, armados, dentro de la mina, esperando la señal del sacerdote.

El sacerdote no podía ocultar su satisfacción.

Estas escenas ocurrieron el 31 de enero de 1702.

Llegó la noche.

Manuel cenó con el sacerdote, según costumbre.

Ambos estuvieron sumamente amables durante la cena.

Al recogerse se despidieron con muestras de sincero cariño y también, siguiendo su costumbre habitual, Manuel subió ocho escaleras sobre su gabinete, y, en vez de reclinarse en su lecho, se entró en la azotea a dasvanecerse un instante por la bella región de sus locos pensamientos.

Las noches de Italia son las más a propósito para tales quimeras y aquélla a que nos referimos era deliciosísima, porque la luna se ostentaba, majestuosa, en lo alto del cielo; porque una aureola de preciosos colores entornaba su disco; porque nubes mil, flotantes en la atmósfera, con caprichosas formas, dibujaban sus perfiles en los sombríos bosques y en los lagos de nácar y cristal que amenizaban la tierra.

Paseábase nuestro joven por la azotea.

Su corazón ardía en deseos, y su espíritu se perdía en esperanzas más fugaces y lejanas que los sutiles vapores que atravesaban el cielo.

Aun continuaba el gallardo mancebo aspirando la suave brisa de los jardines, fresca como de enero, salubre, como de Italia, cuando otras escenas bien distintas sucedían a sus pies.

Una hora haría que Manuel paseaba en el miramar, cuando el cura, creyéndolo ya dormido, subió de puntillas hasta la puerta de su dormitorio, que encontró entornada y con la llave en la cerradura.

Tomó la llave con mucho sigilo, como el que teme ser descubierto, le dió dos vueltas con tiento y, temblando de alegría, echó a correr escaleras abajo.

Llegó al sótano, entró en la mina y enseñando la llave :

—¡Ya es nuestro! —gritó.

A este grito, grito bronco que lanza Satanás en el silencio de aquel subterráneo, resuena otro formidable, como el de muchas voces que repite el eco, diciendo :

—¡Viva el archiduque de Austria!

Y exhalando imprecaciones los conspiradores alemanes, y dando aullidos de perros los moros, se lanzan corriendo fuera de la mina, cual empujados por el infierno, con puñales, con lanzas, con espadas y con hachas de viento en las manos.

Suben volando las escaleras, y mientras se atropellan, furiosos :

—¡Viva el archiduque! —gritan unos.

—¡Muera Felipe V! —gritan otros.

—¡Muera el capitán de los españoles!... —responden todos.

Y todos suben y todos atropellan la puerta del dormitorio de Manuel.

Manuel oye de repente aquel alboroto confuso, que corta sus gratas ilusiones; se para sorprendido, escucha con claridad los gritos de «¡Viva el Archiduque...!», «¡Muera Felipe V...!», «¡Muera el Capitán de los españoles...!» Escucha el ruido de la puerta de su gabinete, que cae a patadas, y apercibiéndose en un instante de todo lo que ocurre, porque momentos hay en que el cielo inspira al corazón, salva la barandilla de la azotea, se descuelga por las rejas y logra ponerse en la calle, lo que no le fué difícil, porque la casa era baja, como ya sabemos.

Puesto Manuel en la calle marcha corriendo al cuartel; arma su falange, arma el resto de la guarnición y se dirige a la casa del cura.

Los conspiradores ya estaban formados en la plaza con el estandarte alzado.

La ciudad se alborota; la refriega comienza en las calles; pero viéndose atacados con bizarría los sublevados, se lanzan al campo, y allí, a la luz melancólica de la luna, se traba la reñida batalla de que tanto nos hablan las crónicas de aquel tiempo.

Sí; batalla sangrienta, batalla terrible, porque el veneno de la ira se había apoderado de los conspiradores al verse burlados por el Capitán, y porque los españoles más y más se ensañaban al ver el desnudo con que se defendían los enemigos.

Allí nadie había cobarde.

Poca era la gente que peleaba; pero grande el espíritu que dominaba la acción; mucha la sangre que corría por los campos.

El crujido de los sables se confundía con el galopar de los caballos; los gemidos del moribundo con los gritos del soldado que acometía, y el estampido del cañón más y más inflamaba el pecho del guerrero.

¡Jamás batalla tan encarnizada han presenciado los siglos!

Allí no había alas derecha e izquierda; allí no había claros; allí todos acometían; allí ninguno retrocedía, y los dos ejércitos formaban un cuerpo sólido, que giraba por los campos con sordo, profundo ruido, dejando tras de sí una huella de cadáveres, una ría de sangre...

La luna, ninfa hermosa de los cielos, tímida vestal de amores, cual si no quisiera presenciar aquella escena de horror, se oculta entre densas nubes, que velan su faz, y la Naturaleza queda sumergida en espantosas tinieblas.

Estas tinieblas son el arma que Satanás envía contra los dos ejércitos, porque ya no se distinguen los bandos, y enfurecido el soldado, como el león por otro león mordido, hiere sin saber a quién hiere, mata sin saber a quién mata.

El partidario de un bando acomete al partidario del otro bando; el hermano acomete al hermano; y la bandera del Duque y el pendón del Archiduque se arrastrarán hechos jiras por el suelo.

¡Maldición...! ¡Maldición...! ¡Maldición...!, exclaman al llegar aquí los rancios pergaminos donde yo he tomado esta historia. ¡Ojalá que la péñola nuestra callar pudiera lo que a decir se ve forzada!

Después de dos horas de tenaz refriega concluyó la acción.

Las tropas del rey Felipe V fueron las vencedoras, sí; fueron las vencedoras; pero el capitán Manuel, rendido por la

fatiga y por mala estrella gobernado, quedó prisionero en poder de los alemanes y de los moros.

Las tropas de Felipe V regresaron triunfantes a Cremona, y las tropas sublevadas huyeron vencidas, mas alegres con su presa, a una campaña retirada.

Allí se reunieron los dispersos; allí se presentaron los primeros el Cura y el maldito moro Alhageb; formaron círculo entre todos y comenzaron a discutir el martirio que se le había de dar al cristiano, que en medio del círculo habían colocado; al maldito cristiano, usando de su lenguaje, que se había sustraído a su puñal en la refriega y que había descubierto la conspiración en Cremona.

Rasgáronse entonces, a espensas de un suave céfiro, las nubes que oscurecían la atmósfera, y la luna se ostentó clara en un firmamento azul.

Manuel la miró con languidez.

¡Ah!... Aquella luna, que tantas veces había alumbrado las dulces escenas que en su infancia pasó con Blanca sobre el castillo de Almenar, venía entonces a alumbrar el momento más acerbo de su vida.

¿También la luna se burlaba de él? ¿O era acaso el astro de esperanza que brillaba en los cielos?

Manuel fijó su espíritu en Blanca; levantó su corazón a la Virgen de la Llana, y una lágrima ardiente rodó por sus mejillas.

Sus enemigos, entretanto, querían darle diferentes martirios.

Los unos anhelaban sacarle los ojos y echarlo a las fieras; los otros matarlo de hambre.

Pero Manuel los despreciaba a todos.

Noble como siempre y como siempre grande, tenía fijos los ojos en el cielo, que consideraba su última morada.

Alhageb, más cruel que ninguno, se acercó a Manuel, después que hablaron, y tocándole el hombro con mucho modo dijo sonriéndose :

—Si no por este perro, las tropas del Archiduque serían hoy dueñas de Cremona; dejadlo por mi cuenta, que yo lo mandaré a vender en la plaza de Argel, y allí le darán mis compañeros la muerte que merece.

—¡Bravo! —gritaron todos.

Entonces se acercó un moro al cautivo y le quitó la espada.

Se acercó otro y le pegó un bofetón.

Se acercó otro y atándole los brazos con un cordel le hizo andar a puntapiés.

Al llegar a este punto los pergaminos que a retazos contienen esta historia, vuelven a exclamar :

«¡Desaguisado Manuel! ¡Home desventuroso! ¡Más le valiera no haber nacido que cautivo marchar a tierra por moros habitada!»

El 12 de febrero se recibió en España un correo expreso de Nápoles comunicando al Rey el levantamiento de Cremona y el denuedo con que se habían batido los españoles, mandados por el capitán Martínez.

El Rey contestó con una embajada en que remitía premios para todos los soldados, los galones de comandante y una cruz para el capitán; pero como el capitán no regresó a Cremona, ni apareció entre los heridos, ni entre los muertos, cosa no muy extraña en reñidas batallas, se sintió mucho la pérdida de tan valiente caudillo; y su carta de ascenso y el diploma de su cruz quedaron guardados en el archivo correspondiente de Madrid.

III

Hora es ya de que digamos dos palabras de la hermosa Blanca; de aquella joven por cuyos encantos y simpáticas gracias la llamaban «la de la dulce sonrisa», y a quien vimos en el estado más lamentable que imaginarse puede; sola en el mundo, desposeída de sus bienes, expulsada del castillo que veló su infancia y albergada con su aya en una de las casucas más miserables del pueblo, que en tiempos felices perteneció a su padre.

¡Ah! ¡Qué dolor tan acerbo producen en el alma de la criatura estos cambios de fortuna! Especialmente si los objetos que formaron su grandeza se ofrecen a la vista en la miseria.

El alma que resiste a tales situaciones es un alma grande.

El alma de Blanca era grande, porque con asombro de todos, y más que de nadie de Gimena, sobrellevaba con paciencia su desgracia, y con una resignación celeste y una sonrisa de ángel saludaba a su fatal estrella.

El mismo día que Blanca se cerró, como ya vimos, en la casa que había al extremo de Almenar, procuró tender un velo a lo pasado; procuró olvidar que había sido la hija del Marqués, y pensó sólo en que era una simple aldeana que tenía que ganar con el sudor de su rostro un pedazo de pan para vivir.

No podemos negarlo; estas reflexiones se hacía Blanca cerrada en su miserable aposento, y su ánimo se disponía a llevarlas a cabo con valor; pero su corazón, el maldito cora-

zón, que es más rebelde que el espíritu; el corazón, el maldito corazón, arcano de las pasiones, de los recuerdos, de las esperanzas, de los deseos, no podía ahogar su grito, y Blanca lloraba, y lloraba amargamente al contemplar el pasado de delicias que había transcurrido y el porvenir de amargura que tenía que llegar.

Blanca tuvo largos instantes de lucha, largos instantes de crueles penas; mas al fin venció en ella lo más noble, venció la razón; y arrodillada aquella virgen de dolor en medio del aposento, levantó los brazos y los ojos a Dios con fervoroso anhelo; ofreció a Cristo sus penas en expiación de sus culpas, y a la Virgen de la Llana la bata negra que llevaba, el manto de terciopelo y la diadema de perlas.

Se levantó en seguida más tranquila y llamó a Gimena.

Gimena se presentó al instante con una toca en la cabeza, muy empolvado el vestido, y con un paño blanco en la mano, como la persona que está limpiando una casa largo tiempo desalquilada.

—¿Qué manda usted, señorita? —preguntó Gimena.

—Por Dios, Gimena —respondió Blanca—; no me digas señorita; ya no soy tu señora; ya no soy señora de nadie; hoy soy una aldeana desgraciada que tiene que trabajar para comer. Hoy no soy sino tu amiga, y tu amistad me honra tanto más cuanto que no la merezco.

No me habléis así, señorita, si no queréis matarme con vuestras palabras.

—¡Ah! no... —murmuró Blanca con dulce voz; no te mueras antes que yo, Gimena; no teniendo a nadie sino a ti en este mundo, ¿quién me miraría después de tu muerte? Vive, vive aunque no sea más que un mes, para que viertas una lágrima sobre la tumba de tu amiga.

Gimena no respondió; pero su rostro se vió demudado, y sus ojos húmedos por las lágrimas.

—Ven, Gimena, siéntate aquí —prosiguió Blanca señalando una silla.

Y las dos jóvenes se sentaron una frente a otra.

—¿Qué me quiere usted? —preguntó Gimena.

—¿Qué hacías? —dijo Blanca.

—Limpiar la casa.

—No te afanes por la casa y dedica un momento a consolar el alma de tu amiga, Gimena; para mí ya ha concluído la felicidad en esta vida; perdí primero a mi amante; perdí después a mi padre, cuyo estado ignoro. ¡Ay, esto es cruel!... Acaso uno y otro estén padeciendo horribles tormentos en lejanos países; acaso hayan sido ya víctimas del verdugo... Fuí expulsada después de mi castillo; ya no tengo más bienes en este mundo que el amor que abrasa mi pecho, el veneno que devora mis entrañas, y una esperanza de volar pronto al cielo. ¿Quién se acuerda ya en el mundo de la infeliz Blanca?

—Vuestra Gimena —respondió ésta abrazándola con cariño.

—Es verdad —exclamó Blanca, estrechándola entre sus brazos y separándose en seguida—; tú te acuerdas de mí —prosiguió—, tú eres mi amiga, mi única amiga, el único tesoro que me ha quedado de aquellos tiempos felices, y por ello te he llamado para manifestarte mi resolución.

—Hablad, señorita.

—Escúchame, Gimena.

Gimena la miraba enternecida.

—Solas y sin recursos ambas, tenemos que trabajar para comer los cortos días de vida que nos restan.

—¡Lejos de vos tal idea! —contestó Gimena—. Vuestra criada tiene bastante brío para ganar un pedazo de pan para las dos.

—¡Qué buena eres, Gimena! —exclamó Blanca tomándole la mano con suavidad—. ¡Cuándo se borrará de mi memoria este rasgo tan generoso! Pero escúchame, Gimena. Las dos trabajaremos, porque todo es necesario; yo he dejado de ser Marquesa para ser aldeana; no conservo de mis títulos sino este traje que me cubre, este traje que me puse de repente para despedir a Manuel —y exhaló un suspiro—. Desde entonces no me lo he quitado, Gimena; este es el traje que llevaba cuando mi padre me dió su último abrazo; este es el traje que llevaba también cuando los bárbaros partidarios del de Anjou me arrojaron inhumanamente de mi castillo; este traje es la puerta por donde he pasado de una vida a otra vida; es mi manto de dolor, por eso quiero regalárselo a la Virgen de la Llana.

Gimena se conmovía a medida que hablaba su señorita.

—No te aflijas —le dijo Blanca con serenidad—; este manto se lo pondré a la Virgen; nosotras trabajaremos solitarias en nuestra casa, y la Virgen, que vela por los afligidos, nos cubrirá con el manto divino de protección y de consuelo.

Hubo algunos instantes en que abrazadas las dos jóvenes derramaron ardientes lágrimas, y después se separaron, retirándose Gimena a sus quehaceres.

Corrió el tiempo; y Blanca, firme en sus propósitos, cumplió las promesas que le vimos hacer.

Puso a la Virgen su traje de dolor; esto es, le puso su bata de raso negro, con cordón de oro a la cintura, su manto de terciopelo; ciñó a las sienes de la imagen con todo el fer-

vor de un corazón cándido, la corona de perlas que sujetaba su lozana cabellera, y después de ponérsela se arrodilló delante del altar, y en humilde oración dijo a la Virgen :

—Hermosa Señora, ahí os entrega una cuitada los únicos dones que posee en este mundo; si en algo apreciáis mis súplicas, Reina de los ángeles, protegéd desde el cielo al Marqués de Almenar y al infeliz Manuel.

No sabemos si María protegió al Marqués y a Manuel, pero sí sabemos que lo hizo con Blanca, porque hasta cierto punto borró de su corazón las borrascas que agitan esta vida, y sembró en él una fortaleza y una calma que sólo gozan espíritus tan puros como el de aquella joven.

Blanca vestía ya como las aldeanas : un zagalejo de bayeta, un jubón de paño, un pañuelo en los hombros y una toca de algodón en la cabeza.

La vida que Blanca llevaba desde el día que salió de su castillo era ésta :

Al brillar la aurora abandonaba el jergón de paja que le servía de cama, pasaba, en compañía de Gimena, a la Virgen de la Llana, y oían una misa con extremada devoción.

Después Gimena comenzaba a arreglar los enseres de la casa, y Blanca se encerraba en su aposento, se sentaba al torno y principiaba a hilar lana.

De advertir es que en aquel país la única riqueza que se conocía es el comercio en ganado merino, y la única industria hilar la lana de este ganado, que tan apreciable era cuando sólo España, la desgraciada España, que todo lo ha perdido, poseía aquella preciosidad.

En los tiempos felices de Almenar, esto es, antes de la muerte de Carlos II, las quince o veinte mil cabezas de reses que pastaban en los ejidos del pueblo eran propiedad del

Marqués, y todas las aldeanas de la comarca acudían a principios de semana a entregar el trabajo de la anterior y a recibir trabajo para la venidera.

Acudían todas las aldeanas, y Blanca, respirando el apasionado aliento de Manuel en las ventanas de su entapizada cámara, gozaba al ver la satisfacción conque las pobres madres recibían el pago de su industria y los nuevos materiales para ganar otro pago.

Hoy los aldeanos de Almenar iban también los sábados a la puerta del castillo a recibir trabajo; pero ya no era el antiguo dependiente del Marqués el que con la sonrisa en los labios se les entregaba, no; era un mayordomo serio, desconocido, severo, que en la cuenta les escatimaba hasta el último maravedí.

Y los rostros plácidos de Blanca y de Manuel no se descubrían tampoco entre los rosados cortinajes de la ventana.

Manuel había desaparecido, y Blanca asistía con las demás aldenas a la puerta del castillo a implorar trabajo para comer; no, no asistía porque Gimena nunca se lo permitió; pero la aguardaba con avidez sentada junto al torno; y cuando Gimena echaba en el suelo los vellones de lana que le daban, se sonreía de placer Blanca al considerar que por aquella semana tenían seguro un bocado de pan negro que llevarse a la boca.

El castillo de Almenar estaba dirigido por un administrador que nombró el Gobierno, y los administradores ni miran con interés las fincas que administran, ni aquel miraba con humanidad a los aldeanos a quienes proporcionaba trabajo.

Así es que, una cierta semana en que los pobres se reunieron, como de costumbre, en la puerta del palacio a tomar materiales, surgió entre ellos un llanto general, y Blanca, que sen-

tada junto a su torno, como siempre, iba a preguntar a Gimena qué causa motivaba aquel clamor, se alarmó más y más al ver entrar a ésta sollozando y tirar, despechada, contra el suelo, los dos vellones que llevaba, uno en la cabeza y otro debajo del brazo.

—¿Qué tienes? —le preguntó asustada.

—¡Qué he de tener!... —exclamó Gimena dejándose caer sobre la silla—, que nos ha dicho el administrador que esta es la última lana que por ahora puede darnos.

—¡Cómo ha de ser!... —murmuró Blanca exhalando un suspiro, y fijando los ojos en el suelo—; la Virgen de la Llanos nos amparará.

—¡Qué hemos de hacer ahora, Dios mío! —exclamó Gimena cruzando los brazos y levantando los ojos al cielo.

—No te apures, Gimena —dijo Blanca con languidez—; pediremos limosna.

—¡Limosna vos! —gritó Gimena anegándose en lágrimas—; no lo permita el cielo.

—Qué quieres, Gimena —repuso Blanca, mientras dos lágrimas puras como el alentar de un ángel se desprendían de sus ojos—; ¿qué quieres, si así es necesario? Iremos por lugares lejanos implorando la caridad pública en las puertas de gente desconocida. ¿Es este acaso un golpe tan cruel como el que recibí cuando para siempre me separé de Manuel y cuando partió mi padre para no verle más? ¡No hay remedio! —presiguió, mirando al vellón de lana con terrible mirada—; esta es la última lana que nos dan; mañana se concluirá su producto, mañana tendremos que salir por las calles; tal vez tendremos que llamar a la puerta del castillo, en que tantos años hemos sido señores, para pedir por misericordia un pedazo de pan que llevarnos a la boca.

Basta; si, pues, nosotros no estamos en tiempo de remediar a aquellas dos infortunadas jóvenes, dejémoslas que padezcan solas en su aposento; acaso sus desgracias tengan fin algún día; dejémoslas, y, retirando la vista de un cuadro tan desgarrador, anudemos el hilo de la historia que hace algunos instantes hemos cortado.

Blanca dijimos que se levantaba con la aurora; que oía misa en la Virgen de la Llana, y que después se sentaba, muy oficiosa, al torno.

Cierto es; Blanca y Gimena, cada una en el suyo, trabajaban con avidez para ganar entre las dos cuatro reales; y, mientras así trabajaban, sostenían entre las dos una inocente conversación sobre lo perecederas que son las venturas de este mundo, sobre el pronto fin que encuentran las desgracias y sobre el premio que al virtuoso le espera en el cielo.

De esto hablaban las dos jóvenes, en tanto que sus delicadas manos se lastimaban con la espereza de la lana, y ni una vez tan sólo pronunciaron aquellas criaturas el nombre de Manuel; ni una vez trajeron a la memoria al Marqués sino para rogar a Dios por su suerte si vivía o por su alma si había muerto; ni una vez recordaron tampoco la atmósfera feliz de encantos y de delicias que para siempre habían perdido.

¡Ay...! Cuando, cerradas en su habitación, hilaban tan resignadas sin quejarse de nadie y soportando con tal valor su desgracia, el espíritu de la Virgen estaba, invisible, en su compañía.

Así que en el reloj de Almenar daban las doce, rezaban la oración; cubría Gimena con tosco mantel un banco, que había en el mismo aposento de los tornos; ponía en segundía sobre él una jarrita con agua, una tartera de madera con

estofado de patatas y medio pan, negro como todo el del país.

Las dos jóvenes, amigas y risueñas, se arrellanaban en el suelo, tomaba cada una su cubierto de palo y comían con apetito.

Concluído el estofado de patatas, vaciaba Gimena en la misma tartera, porque no había otra, un puchero de alubias, y para postre presentaba algunas bellotas, cogidas por su propia mano en el carrascal.

Estos manjares, aunque en extremo groseros, eran muy agradables al paladar de las dos jóvenes, porque los comían en medio de la indigencia, y porque tenían ese sabor indefinible que lleva consigo el pan ganado con el sudor de nuestro rostro.

Aquellas dos jóvenes comían patatas y alubias; las comían en tarteras de palo y con cubiertos también de palo, y era tal su resignación y tal su grandeza de ánimo, que en la miseria que las rodeaba ni una vez recordaron los días de su grandeza, ni una vez pensaron en los ricos manteles de Holanda, en los pavos rellenos, en los pichones tostados, en los vasos de finísimo cristal, en los servicios de plata filigranados en oro, ni en los de oro con filetes de diamantes, que cubrían las opíparas mesas del marqués de Almenar.

No; aquellas dos vírgenes no recordaban semejante opulencia, y si alguna de las dos la recordaba por acaso, no la nombraba por no herir la sensibilidad de la otra, acibarando con un bello recuerdo de lo pasado, una desgracia presente que ya no podían remediar.

Se manifestaban, al contrario, muy satisfechas, y concluída la comida daban las gracias a la Virgen de la Llana por-

que aquel día les había proporcionado el pan, y le suplicaban, humildes, que se le proporcionara para el siguiente.

Tan pronto como en el reloj de la parroquia sonaba la una, volvían a sentarse cada una en su torno, que estaba el uno frente al otro.

De nuevo comenzaban la labor, y con la labor las inocentes conversaciones que sostenían, fiel reflejo de la pureza de sus almas.

Digamos, de paso, que los primeros días que sucedieron al día fatal en que Blanca fué expulsada del castillo de su padre, todos los aldeanos de Almenar estaban afligidos de semejante suceso, y acudían en tropel a la puerta de la miserable casa donde se albergó dicha joven a ofrecerle sus respectivas habitaciones, y a brindarle con todo lo que poseían, porque todavía estaban muy cercanos los beneficios que de ella y de su padre habían recibido.

Pero el tiempo transcurrió veloz; los beneficios se olvidaron; Blanca no salía de su aposento, y los habitantes de Almenar acabaron por olvidarse también de ella, y todo el entusiasmo que manifestaron en un principio concluyó por decir, cuando la veían con su saya de paño y su toca de algodón:

—¡Jesús...! ¡Quién había de pensar que vendría a parar en esto la de la dulce sonrisa...! ¡Qué diría el marqués si así la viera...!

Al declinar la tarde, cuando en la parroquia tocaban a oraciones, rezaban el Ave María nuestras jóvenes, recogían el trabajo, Gimena se ponía a arreglar los enseres de la cocina, y Blanca, cubierta con un mantillo negro, marchaba a la Virgen de la Llana.

En aquella hora la ermita estaba sola; el silencio era

profundo, y no había otra luz que la luz misteriosa e imponente de una lámpara colgada en el centro de la bóveda.

Blanca penetraba con paso melancólico, entornaba la puerta y se hincaba de rodillas en las gradas del altar.

Todo respetaba su oración, y en medio de aquella calma deponía la cuitada sus amargas penas ante las aras de la Virgen.

Al principio, sus oraciones eran enérgicas; en sus súplicas pedía al cielo que le devolviera a su amante, que le devolviera a su padre; después, sus oraciones fueron humildes; sus preces iban retirándose de los objetos terrenales, porque su espíritu, purificado en el crisol de la desgracia, se iba remontando, en alas de la resignación, a la dulce morada de los arcángeles.

Por fin, en sus oraciones nada pedía ya determinado.

Largo rato continuaba de rodillas en las gradas de mármol, con las manos cruzadas sobre el pecho, con los ojos cerrados, con el alma extasiada, y la frente pálida inclinada hacia el suelo.

Largos instantes permanecía así, inmóvil y recogida; y cuando la esquina de la grada llegaba a herir su delicada rodilla de una manera insufrible, rezaba un Padrenuestro por la bienaventuranza de Manuel, otro por la del marqués; abría en seguida los ojos, levantaba la frente hacia la imagen de la Virgen y, con una melancólica pero dulce y fugaz sonrisa, propia de los ángeles que desde el paraíso velan la infancia de los huérfanos, exclamaba :

—Divina señora: yo soy aquella niña que en otro tiempo cubría vuestro altar con los lirios del valle; hoy, que vengo a regar vuestros pies con lágrimas de amargura, cubrid con vuestro manto a esta desgraciada.

Cuando Blanca regresaba a casa, ya había preparado Gimena una cena más frugal aun que la comida.

Gimena se acostaba después, y Blanca se ponía un momento de pechos en la ventana a respirar el aire de la noche.

Una noche bella es la vida de una alma noble.

Cuando la luna se ostenta dorada sobre un firmamento azul y el mundo calla, y mil nubajes de diáfanos colores surcan los aires, pintando, caprichosas, vaporosos fantasmas en los bosques y en las colinas de la tierra, también el espíritu inflamado hierve en otro mundo; también se pinta en él otra luna más pura, cual antorcha espiritual, en un firmamento de quimeras...

También corre, cual disparada nube, por una atmósfera sin límites; y al correr perdido, también forma vaporosos fantasmas que se sepultan en los profundos pliegues del corazón o en el abismo insondable del misterio.

Absorbe entonces el hombre en el silencio de la noche el sagrado néctar de la inspiración, y en aquel caos de goces, incomprensibles quizá, muere el cuerpo vil para que resucite el alma; muere el cuerpo, para que el alma contemple a Dios.

Blanca era una de esas flores rarísimas, flores sin nombre, que sólo abren su corola en los misteriosos jardines del Edén.

Blanca era una de esas criaturas divinas; tierna mariposa, diáfana crisálida, que se marchita y desvanece al solo contacto de cualquier mano mortal.

Mecida en la opulencia, arrullada por el amor en sus primeros años, la vemos después ahogada por la miseria; sin padres, sin amor, sin esperanzas..., pero siempre grande, por-

que grande, muy grande es la criatura que, humilde, se resigna con su malhadada suerte.

Blanca sabía sentir, y porque sentir sabía, se pone de pechos en la ventana cuando la noche tiende su velo por la Naturaleza; y cual si durante la claridad del sol hubiera tenido aprisionado su espíritu, daba entonces libre curso a sus delirios, y mil creaciones vagas aflúan en tropel a su mente, sonriendo, engañosas, ante un incierto porvenir.

Blanca miraba los lejanos bosques; Blanca miraba la atmósfera limpia, la luna transparente, el firmamento azul, y su ánimo entonces se dilataba un instante y apagaba la hiel que de continuo bullía en su pecho.

Blanca miraba también con singular placer las nubes que en festonadas guirnaldas corrían por los aires; mas si al seguir alguna con los ojos se estrellaba su vista en el torreón del castillo de Almenar, Blanca lanzaba un grito, asustada, y escondía su frente entre las manos.

¡Ah! Aquel torreón era el eco de la desgracia para nuestra niña.

Aquel torreón le recordaba un tiempo de encantos que ya pasó.

Le recordaba a su querido padre, perdido para siempre; le recordaba a su idolatrado Manuel, para siempre perdido.

Entre aquellos árboles, que sobre las almenas del terraplén asomaban sus copas bañadas por el fulgor de la luna, jugueteaba de niña con su amante.

En aquellas almenas, que se dibujaban silenciosas en la atmósfera, le dió el último adiós a su amante.

Hoy todo lo ha perdido, todo: amante, padre, riquezas; y hasta el torreón, que con su presencia, riqueza, padre y amante le recuerda.

A la vista de este monumento eterno de sus hundidos placeres llora Blanca, y sólo rendida por el llanto es como puede retirarse de aquella fatal ventana y dejarse caer en un jergón de paja donde un sueño inquieto viene a fatigar su alma con más pesadas torturas que la vigilia.

Esta es la vida por donde atravesaba la infeliz Blanca, cual frágil góndola que, sin velas ni remos, atraviesa el inmenso piélago del océano.

Si Blanca había estado hermosa cuando túnicas de raso y mantos de terciopelo cubrían sus bellas formas, y diademas de brillantes ceñían sus sienes, no lo estaba menos cuando un zagalejo de paño colgaba de su cintura, un pañuelo abrigaba sus hombros y una toca de algodón recogía sus cabellos.

Pero Blanca se hallaba demudada.

Las desgracias que había padecido, la santa resignación que a fuerza de violencia se había proporcionado y el amor que ardía en su pecho y que como gusano roedor le consumía las entrañas, reunidas todas estas fuerzas se convirtieron en veneno mortífero, que paso a paso consumía la vida de aquella beldad cuitada.

Palideció su rostro, humedeciéronse sus ojos; apagóse el carmín de sus labios; huyó la sonrisa de sus mejillas, y su mirada y sus movimientos tomaron un aire de tal languidez, que Gimena, aunque guardó silencio, llegó a temer que se apagara pronto el espíritu vital de su señorita.

En una palabra: Blanca, albergada como estaba en una miserable choza, junto al suntuoso castillo que albergó su cuna, era imagen del triste ruiseñor que expira en cruda jaula, contemplando las flores, las fuentes, los arroyos, que engalanó con sus melodiosos trinos en mil noches felices del estío.

CUADRO TERCERO

EL CAUTIVO Y EL MILAGRO

I

ARGEL, y nuestros lectores nos dispensarán que nos ocupemos de una plaza tan conocida; Argel es una ciudad de moros, populosa y bella, plantada en las fronteras del Africa.

El Mediterráneo, que dista poco de ella; los vergeles de flores y naranjos y los bosques de palmas que adornan sus alrededores, tienen convertida dicha ciudad en una mansión de placer.

Siempre se ha comerciado en aquella plaza con cautivos cristianos, y siempre la condición de cautivo ha sido una desgracia sin igual; pero en la época a que esta verídica historia se refiere más valiera, ciertamente, no haber salido del vientre de su madre que llegar a verse cautivo, como exclaman los pergaminos que con sobrada razón lamentan este infortunio, porque entonces, los moros que al infeliz cristiano tenían prisionero, cumplían la voluntad de su Profeta,

bien claramente expresada en aquel capítulo del Corán que dice: «Cuando la suerte de las armas ponga en tus manos un cristiano, mátales, despedázale, exterminale, para que en él escarmienten sus secuaces».

Inflamados los moros con este precepto de su Profeta, que tanto agradaba a sus bárbaros instintos, por lo que de tiempo inmemorial se les ha llamado perros, era para ellos un día de fiesta y de algazara el día en que a la plaza de Argel sacaban a vender un cautivo cristiano.

Se apresuraban los más ricos a comprarlo, para hacerle servir de bestia algunos días en su casa y darle después la muerte entre agudos martirios.

Hoy, felizmente, las conquistas que los franceses han obtenido en ese país han corregido costumbres tan salvajes; pero, en el tiempo en que esta historia sucedía, tenía lugar cuanto de inhumano venimos refiriendo.

Comenzaba a brillar la aurora de una mañana de julio; el cielo de Argel estaba azul, transparente, y la atmósfera clara.

En uno de los extremos de la plaza de la ciudad se levantaba un ancho tablado; el suelo aparecía cubierto de gente, y entre las graciosas ojivas que allí daban su vista se descubrían, a través de las flotantes gasas que colgaban de sus turbantes, los rostros hermosos y apasionados de las doncellas argelinas.

Gran fiesta se iba a celebrar sin duda aquel día, porque en la plaza ya no cabía la gente, porque las ventanas se hallaban ocupadas, porque los alrededores estaban también llenos de nobles moros, cuyos sutiles almaizares y blancos alquiceles agitaban las brisas de la mañana.

Sí; grande y solemne fiesta se iba a celebrar para los

musulmanes, porque se iba a vender a pública subasta un cautivo.

Llegó la hora determinada, que era aquella en que el disco solar se descubre en el horizonte.

Subió primero al tablado una orquesta, compuesta de adufes, panderetas, tamboriles y trompas, formadas de cuernos de toro; después de la orquesta subió un moro muy majo, que desempeñaba el papel de albacir, esto es, alguacil; luego otro moro, cargado de olopeles, que conducía al cautivo, tirando de una sogá de esparto que éste llevaba atada al cuello.

El cautivo se presentó en medio del tablado, pálido, con las manos sujetas por gruesas esposas y con la cabeza inclinada al suelo.

Al distinguirlo, aquella muchedumbre grosera prorrumpió, estúpida, en un solo y estrepitoso grito que decía:

— ¡Muera el cristiano...! ¡Muera ese perro...!

Y a este grito infernal contesta desde el tablado un redoble desatinado de los cuernos, de los adufes y de los tamboriles.

Era el cautivo un joven de veinticuatro años, alto, y aunque triste y abatido, de rostro simpático.

Llevaba bigote y perilla, todo negro, y larga cabellera que, lustrosa todavía, se deslizaba oscilante por la espalda.

Su traje consistía en una túnica morada, sujeta a la cintura por una cuerda de esparto, según los moros acostumbraban a vestir a los cautivos.

Ya habrán conocido los lectores en este cautivo al desgraciado Manuel Martínez, que quedó preso en la gloriosa batalla dada por los españoles en los campos de Cremona.

Tan luego como aquella muchedumbre se hubo calmado,

callaron los discordes instrumentos que seguían tocando, se adelantó un paso el albacir y dijo, levantando lo posible su desentonada voz:

—Musulmanes, no hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta.

La inmensa concurrencia dobló la cabeza al oír estas palabras.

—Aquí tenéis un perro cristiano que ha sido hecho prisionero en una batalla contra moros, y se vende al público para que con su trabajo descansen un día vuestro buey, otro día vuestro burro y otro día vuestro camello; porque grato es, en verdad, a los ojos del Profeta, que los fieles labren sus tierras con cristianos cautivos, que son bestias. El que más moneda diere, aquel se lo llevará; y mucha moneda vale, porque es joven mancebo, muy noble en su castillo y muy amado de las damas de su tierra. Musulmanes, el que más moneda diere aquel se lo llevará. ¿Cuánto das tú?, gritó alzando más la voz y mirando a la muchedumbre.

La orquesta contestó con un redoble, y el albacir dió un paso atrás y se colocó junto al cautivo.

El cautivo seguía inmóvil, con las manos atadas y con la cabeza baja.

¡Infeliz! ¿Por dónde vaga ahora tu pensamiento? ¡Ay, qué amargo es el cáliz de hiel que apuras gota a gota!

Cuando concluyó el redoble de la orquesta, salió de la muchedumbre una voz que dijo:

—Un cequí.

—Un cequí dan —exclamó con fuertes gritos el albacir—; más vale y más darán, porque es joven mancebo, muy noble en su castillo y muy amado de las damas de su tierra; más vale y más darán; ¿cuánto das tú?

La orquesta respondió con otro redoble, y el populacho reía y se agitaba por grados, formando un aspecto vistoso con sus alquiceles blancos y sus variados turbantes de colores mil.

Luego se escuchó otra voz que dijo:

—Dos cequíes doy.

—Dos cequíes dan por el cautivo —gritó el albacir en el mismo tono que antes había gritado; más vale y más darán, porque es joven mancebo, muy noble en su castillo y muy amado de las damas de su tierra.

Otra vez redobló la orquesta, otra vez gritaron:

—Tres cequíes.

Otra vez cantó el albacir su perorata, y otra vez y otra vez se repitió la misma operación, hasta que la apuesta llegó a diez cequíes; y a medida que la apuesta crecía, crecía el interés, como suele ocurrir en tales circunstancias, y el murmullo se aumentaba, y el populacho, en medio de las risas y sarcasmos que dirigía al cautivo, esperaba con curiosidad el resultado de la venta.

Aquella plaza estaba ya convertida en un completo barullo, pero este barullo cesó de repente; cesó, y la muchedumbre se retiró a los lados, abriendo calle, por la cual pasó muy grave y silencioso, en dirección al tablado, un anciano de setenta años, alto, con un albornoz pardo, con las mangas a manera de nuestros frailes, con un turbante rancio en la cabeza y blanca barba en su macilento rostro; su paso era tardío y como indeciso por el peso de los años; la calle se iba cerrando a su espalda; el gentío ante quien pasaba lo miraba con respeto y murmuraba a media voz:

—;Mahamud... Mahamud... Mahamud!...

Llegó Mahamud al pie del tablado, levantó su rostro y fijó sus ojos en el semblante del cautivo.

Entonces la muchedumbre no gritaba; entonces callaba, respetuosa, y el cautivo, siempre inmóvil y con la cabeza baja, esperaba, humilde, su cruel sentencia; pero en aquel momento corrían dos ardientes lágrimas por sus descarnadas mejillas.

Cuando Mahamud hubo mirado de pies a cabeza al cristiano, dijo con severa voz:

—Veinte cequíes.

—Veinte cequíes dan por el cautivo —repitió el albacir con su cantilena—; más vale y más darán, porque joven mancebo es, muy noble en su castillo y muy amado de las damas de su tierra; más vale y más darán.

—Ni vale más, ni más darán —respondió con enfado Mahamud.

Entonces, por satisfacer las fórmulas establecidas, repitió el albacir:

—Veinte cequíes dan por el cautivo.

Los tamboriles repitieron su redoble, los adufes pegaron después tres golpes acompasados y el cristiano quedó cautivo de Mahamud.

El albacir lo bajó del tablado, puso la cuerda en manos de Mahamud, que pagó en el acto los veinte cequíes, y arriando un puntapié al cristiano, comenzaron los dos a andar, sin soltar el moro la cuerda de la mano.

Así que estos dos personajes desaparecieron, quedó sola aquella plaza, tan concurrida momentos antes.

II

Era Mahamud un hombre de origen desconcido.

En medio de horrorosa tempestad lo había arrojado una ola en un pedazo de lancha sobre las costas de Argel.

Largos años hacía que habitaba solo una casita rodeada de bosques, en las afueras de la ciudad, cultivando él mismo sus campos y sin tratar absolutamente a nadie.

Supersticiosos, al extremo, los moros repetían de Mahamud mil cosas prodigiosas.

Unos, aseguraban que disponía a su antojo de los huracanes, del calor y de las lluvias; otros, de los acontecimientos domésticos; otros, de las borrascas del mar, y todos convenían en que tenía pacto secreto con Dervis (Satanás) o con Alá (Dios).

Tal es Mahamud, el que ha comprado a nuestro cautivo. ¡Infeliz, más te valiera no haber abierto tus ojos en este mundo!

Cuando desaparecieron de la plaza fué para marchar a su misteriosa cabaña, donde otro pie que el de Mahamud no había pisado jamás, a no ser sus bestias y algún cristiano, que, como éste, a las bestias en su trabajo iba a reemplazar.

En los tiempos a que nos referimos, se alzaba a media legua de Argel, en el suelo más fértil de la comarca, una posesión agrícola espaciosa y rodeada por una valla de árboles, arbustos y parras, que, enlazadas sus ramas entre sí, hacían imposible la entrada. Jamás pie humano había pisado estos contornos.

Los argelinos miraban de lejos aquel lugar.

Dentro de aquella muralla tal vez se escondiera un mundo aterrador; tal vez allí reposara un profundo misterio.

Nadie entraba por ella; y sólo salía, retirando con dificultad el follaje, un anciano moro; pero salía cuando en la plaza de Argel se encontraba de venta algún cristiano.

Esta era la posesión del anciano Mahamud, y pues que en ella ha entrado el infeliz cautivo, justo es que nosotros, deponiendo el terror que sobrecogía a los moros, rompamos también la valla y la examinemos por dentro.

En el ángulo más frondoso se levanta una casita blanca, muy baja de techos; al frente de esta casita se extienden vastas llanuras de rastrojeras, esto es, de trigo segado, al fin de cuyas llanuras se descubren grupos de flores, de naranjos, limoneros, nopales; y más allá de los naranjos, de los limoneros y de los nopales, comienza el grande soto de erguidas palmeras, de papiros y tamariscos que circunvalan las posesiones del moro Mahamud.

El instante a que nos referimos era la primera hora de una noche de julio.

El cielo estaba azul; nubes de plata, con vaporosos perfiles de púrpura y de oro, festoneaban la atmósfera; rielantes estrellas brillaban más arriba de las nubes; el plácido reflejo de la luna proyectaba inciertos fantasmas en la tierra; las brisas de la noche arrancaban melancólico murmurio en el profundo seno de los bosques.

La puerta de la casita permanecía cerrada; sin duda que Mahamud estaba entregado a sus meditaciones o a sus anagramas.

Pero nosotros, que a fe de cristianos ni en anagramas ni en meditaciones morunas creemos, una vez que, atrevidos,

hemos salvado el impenetrable cerco de follaje para examinar su hortal, penetremos también en su choza y observemos en silencio las escenas que allí ocurren.

Esta choza la formaba un solo piso, y este piso tenía tres habitaciones: una, en la puerta principal; otra, a la que se entraba por una puerta abierta en el lienzo izquierdo del portal; la cocina, y otra a la que se entraba por otra puerta abierta en el lienzo derecho: la cuadra.

La cuadra era holgada; en un lado había algunos pesebres, donde comía un buey; sobre los pesebres, colgados en la pared, un arado, una azada, unas layas y otros varios instrumentos agrícolas; frente a los pesebres, un grande arcón forrado de hierro, con abrazaderas y llave del mismo metal; junto al arcón, aun estaba reclinado en el suelo y maniataado el pobre cautivo de Peroniel, el arrogante mancebo en otro tiempo del castillo de Almenar.

Se encontraba muy encogido, las manos apretadas contra el estómago, la cabeza inclinada sobre las rodillas, la desgredada cabellera esparcida sobre el rostro; ahogado por la pena que nacía de su corazón, pero sin fuerzas, sin aliento para exhalar un suspiro, porque el hambre devoraba sus entrañas; el hambre..., pues hacía cuarenta y ocho horas que no se había desayunado.

Continuaba acurrucado, inmóvil, envuelto en su túnica morada, y casi sin distinguirse del montón de cieno en que se recostaba.

La cuadra estaba a oscuras; el silencio era imponente. No se percibía sino el lento rumiar del buey que comía cebada en el pesebre.

Algunos instantes se habían deslizado en esta fatídica

monotonía, cuando se sintió abrir la puerta de la cocina y brilló en la cuadra el melancólico resplandor de una luz.

En seguida se oyeron pasos, y luego se presentó junto al cautivo, el anciano Mahamud, con rostro severo, con un candil en la mano izquierda, con un machete o grueso puñal en la derecha y un ancho cuchillo colgado a la cintura.

El cautivo no se movía, pero el cruel Mahamud le pegó un puntapié tan fuerte en los ijares que el cristiano hizo un movimiento repentino de dolor y levantó su descarnado rostro.

Mahamud entonces colgó el candil en un clavo de la pared, levantó el machete y, tomando una actitud imponente entre el buey y el cautivo, dijo con ronca, atronadora y fatídica voz:

—Oye, cristiano vil; oye, perro maldito, la voz de tu señor.

El cristiano le miraba con rostro lánguido.

El buey seguía rumiando en el pesebre.

El moro continuó:

—Oye, cristiano vil; oye mi historia y tu sentencia. Yo fui en mi juventud un rico musulmán entregado al fausto y a las delicias; yo tuve una hija, hija querida; huí por su hermosura del pueblo de Mahoma, pero yo dejé acercarse a ella un cristiano tan vil como tu raza, que la sedujo, traidor, y la robó a su padre y la robó al Profeta; huyó con él mi engañada hija, y yo, embebido en mi rabia, subí a un monte desde donde se descubría el mar; yo vi a los dos bogar en una lancha, en busca de un buque que se percibía a lo lejos en dirección a España; pero yo invoqué a Satanás contra ellos, y por primera vez me obedeció el espíritu de las tinieblas; pronto se alzó en el mar horrenda tempe-

tad, y yo, riendo a carcajadas, vi desde el monte lundirse para siempre en el abismo a mi hija y a su maldito esposo. ¡Los dos murieron! El ruido de las olas celebró mi venganza, pero yo ofendí al espíritu de Alá.

El cautivo escuchaba, indolente, lo que el moro decía iracundo.

El moro se encendía más y más, y, a medida que hablaba, agitaba el puñal que apretaba con sus descarnados dedos.

Luego prosiguió:

—Un sabio a quien yo consulté mis cuitas, mis dolores, me dijo que en verdad había ofendido a Alá; pero como un cristiano vil, vil y seductor, había sido la causa de ello, que la sangre de mil y mil cristianos podría borrar aquella ofensa.

El moro calló un instante.

—Sí —prosiguió luego—; desde entonces, y según el sabio me ordenó, yo tengo que vivir retirado en este asilo: «Degollarás —añadió después el mismo sabio— en nombre del Profeta; degollarás cada año un cristiano, después de haberte servido doce lunas de bestia; cuando no tengas cristiano degollarás una bestia, a la cual, antes de degollarla, llamarás cristiano; cuando en tu casa duerman bestia y cristiano, echarás pajillas entre cristiano y bestia, y si la suerte de morir a la bestia cupiese, que el cristiano te sirva de bestia otras doce lunas antes de que con el cuchillo hieras su garganta.

El moro se enfurecía por grados, como se enfurece el tigre a medida que juguetea con la víctima que entre sus uñas tiene.

El cristiano, atravesando con paciencia los instantes de

la amargura más cruel, escuchaba con terror los anatemas del anciano Mahamud, que prosiguió con voz más templada:

—Los mandatos del sabio serán debidamente cumplidos; veinte cristianos han sido ya desnucados con este puñal.

Y agitó en el aire el que tenía en la mano.

—Veinte gargantas han sido abiertas con este cuchillo.

Y alzó, con la izquierda, el que le colgaba de la cintura.

—Y la sangre de las víctimas que en esta cuadra han sucumbido, van lavando mi borrón; porque, a cada garganta que atravieso, se ensancha un poco más mi espíritu, respira mi alma con un poco más de libertad.

El cristiano callaba; el candil se iba apagando; la luz era pálida, débil, temblorosa.

—La última víctima que devoré entre mis manos —continuó el moro cada vez más enfurecido—, era una doncella de veintidós años, tan hermosa como mi hija, la cual fué comprada en las costas de España, y para traerla con disimulo se la metió en esta arca, que al efecto fabricó un judío. Cuando la doncella llegó a esta cuadra, se arrodilló a mis pies, asustada; imploro mi compasión..., pero nada le valió; este puñal quebrantó su nuca; este cuchillo atravesó su garganta... Aquella fué la víctima más agradable a Satanás, porque fué una víctima pura; sus gemidos recreaban mi ánimo; su sangre me olía a rosas; otro sabio, que tal suceso supo, me dijo que el sacrificio de aquella doncella había sido muy grato a los espíritus de la noche, y pues que en esta arca de hierro había traído aquel presente, de esta arca nacería mi postrimera ventura; por eso guardo esa arca.

El cautivo, anonadado hasta lo infinito, aguardaba su sentencia, invocando, en su lenta agonía, la protección de la Virgen de la Llana.

—Tú, vil cristiano —prosiguió el moro—; tú, perro, tú tienes que partir tu suerte con ese buey que come en el pesebre.

Bajándose entonces al suelo, tomó dos pajas que apretó entre sus dedos y, enseñándole las puntas al cautivo, añadió:

—Saca una; si sacas la más corta, serás mi víctima; si sacas la más larga, serás mi bestia, hasta que otra bestia u otro cristiano vengan a ocupar tu lugar y tú vayas a lavar mi borrrón con tu sangre traidora.

El cristiano lo miró unos instantes, desfallecido; luego levantó las manos, fuertemente ligadas con una soga de esparto; tocó las pajas con sus dedos temblorosos por la fiebre que se le levantó de repente, tiró de una con la derecha y fué la más larga.

—Te has salvado— le dijo el moro—; de hoy en adelante serás mi bestia.

El cristiano se dejó caer sobre el montón de cieno más abatido que antes, y cerró los ojos, fatigado, sin duda, por las fuertes emociones que en tropel le agitaban.

El moro se dirigió al buey, lo amarró fuertemente contra el pesebre y le dió en la nuca una terrible puñalada.

El buey sufrió un estremecimiento convulsivo.

El moro levantó otra vez el puñal y se lo volvió a clavar con más fuerza.

El buey cayó de bruces en el suelo; el cautivo abrió los ojos a este ruido, y al contemplar al moro que estaba desangrando al buey, y al contemplar por un instante que aquellas crueles escenas debieran haberse ejecutado sobre él, si la suerte no lo libra, ¡ah!, no es posible explicar lo que sintió su alma.

Otra vez cerró los ojos y dejó caer sobre el arca su desfallecida cabeza.

Aquella escena era terrible.

Todo callaba; la luz del candil se iba haciendo más débil por instantes, y en aquel fatídico silencio sólo se oían los últimos resuellos de la víctima que, por grados, se iban confundiendo con la calma de la muerte.

Pasado un momento, cogió Mahamud una taza de la sangre del buey y, presentándosela al cautivo, le dijo:

—Bebe.

Aunque el cautivo ansiaba alimento, porque se moría de hambre, le repugnaba el beber la sangre caliente de un animal, cuyas últimas palpitaciones se dejaban aún sentir, por cuya razón el cristiano se detuvo un poco en tomarla; pero, irritado hasta el extremo, el moro le dijo otra vez:

—Bebe —y le pegó un puntapié en las tripas.

Entonces el cristiano hizo un gesto áspero de dolor y bebió la sangre.

Bien fuera que esta sangre diera valor a sus fuerzas, o que obrara una revolución en su ánimo, el hecho es que el cautivo se incorporó de repente, se hincó de rodillas sobre el estiércol, levantó al cielo sus dos manos atadas y con un fervor inimitable exclamó delante del moro:

—¡Amparadme, Virgen Santísima de la Llana!

—¿Quién es esa Virgen que invoca un cautivo en mi cabaña? —preguntó el moro con ademán amenazador.

—Esta Virgen es la Reina de los ángeles; es la madre del Dios de los cristianos.

A tales palabras le contestó el moro con un hofetón tan fuerte, que el cautivo cayó privado al suelo.

Un silencio y una oscuridad fatídica reinaron desde entonces en la casa.

III

Brilló por fin la aurora de la mañana siguiente a la noche cruel que presenciarnos; pero una de esas mañanas hermosas, plácidas, alborizadas, fecundas en galas tan divinas, que sólo bajo el cielo de Argel pueden verse.

¡Quién lo creyera!

La posesión del bárbaro Mahamud respiraba en aquel instante supremo, en que el día despierta las mágicas delicias de un soñado jardín de amor.

Trinaban los ruisseñores en las copas del naranjo; silbaba la polla de agua en las márgenes del arroyo, y mil pájaros pintados, de esos que habitan las zonas del Africa, cantaban en confuso, entre la espesura de los bosques.

El aura sutil de julio soplaba fresca y embalsamada con la suave fragancia del azahar; la calma era encantadora y el silencio que reinaba, majestuoso.

Bella mansión en tan dulces momentos para dos tiernos amantes, mágico edén para cuitado trovador; su laúd resonaría suave entre los naranjos, entre los arroyos, entre las variadas flores y copudos árboles que allí daban su sombra.

En el tránsito misterioso del alba a la aurora hay un momento de calma; en el tránsito de la aurora al día hay otro momento de solemne calma; este momento llegó; las ráfagas de plata que festoneaban el dilatado horizonte de Argel se convirtieron en rayos purísimos de oro; después en mangas de fuego que inundaron de luz la atmósfera, y luego el disco del sol asomó risueño en el perfil de los lejanos

En este instante un ruido sordo y prolongado resonó en la cabaña de Mahamud, se abrió la puerta y el moro, envuelto en su grosera túnica, salió al portal y dejó sobre un poyo de piedra un pequeño envoltorio. Se arrodilló en seguida sobre la hierba, húmeda por el rocío y con la cabeza baja hizo las abluciones de la mañana; acto continuo se sentó en el poyo que había junto a la puerta, desenvolvió el envoltorio sobre sus rodillas y comenzó a almorzar lo que el dicho envoltorio contenía, que eran dátiles y pan moreno, que todos los viernes cuidaba el buen moro de ir a comprar a una aldea vecina.

Almorzó el anciano musulmán con cachaza, saboreando sus frugales manjares, contemplando las delicias con que su jardín y aquella mañana tan hermosa de julio le brindaban.

Creo digno de advertir que, lejos de arrojar los huesos de los dátiles, los iba recogiendo en un montoncillo sobre el poyo, a cuyo montón echaba también las cortezas de pan mordisqueadas que no podía triturar por falta de dientes.

Concluido el almuerzo, recogió en un pañuelo aquellas miserables sobras y entró en la cabaña.

Antes de entrar el moro, despertó el cautivo de una especie de paroxismo que había embargado su ánimo después del desmayo de la noche anterior; mas, al despertar, no dió otras señales de vida que abrir lánguidamente los ojos; porque abatido por el hambre, abatido por el daño cruel que el bofetón de la noche anterior le había causado y por la pena que en su ánimo producían su deplorable situación y el horroroso porvenir que se abría a su vista, continuaba maniatado, reclinado en el montón de cieno y bañadas las faldas de su túnica en la sangre humeante de la víctima, que había corrido por el suelo.

Así continuaba el cautivo, sin fuerza para pensar en nada, ni de nada acordarse, cuando se presentó el moro en la cuadra, le soltó las ligaduras que martirizaban sus muñecas y, echándole sobre la túnica las miseras sobras de su alunuerdo, le dijo :

—Come.

Y se retiró.

El cautivo, que a favor de un rayo débil de luz descubrió las cortezas de pan que habían caído sobre su túnica, sintió latir su pecho de alegría y se abalanzó a ellas con una avidez difícil de comprender.

Sí; el cautivo devoraba las cortezas de pan con una ansiedad indefinible; roía una y dos veces los huesos de dátiles, los volvía a roer después de sacarlos de la boca, y muchos de ellos los quebrantaba con los dientes, los mascaba y los tragaba con ese placer extraordinario que proporciona el satisfacer un hambre devoradora.

¡Ay, lector!, no creas esto exagerado; antes al contrario, ruega al cielo que nunca te ponga en situación de comprender su verdad.

Concluyó el cautivo con las cortezas y los huesos, y buscaba las migajas que se habían caído sobre la túnica, cuando entró en la cuadra Mahamud.

—Alza —le dijo.

El cautivo se levantó.

El moro tomó uno de los arados que había colgados sobre los pesebres; arado que, como construido para una sola caballería, formaba su lanza una horcacha de dos brazos, pero que a favor del gozne de eje vertical que al comenzar ésta tenía, se ensanchaba y estrechaba convenientemente con una sogá atada a sus dos extremos.

Pues bien; convirtiendo de hecho en bestia al desgraciado cristiano, abrazó su cintura con los brazos de la horcacha, los apretó después el uno al otro por delante hasta oprimir su cuerpo de una manera atroz, y cruzándole, para mayor seguridad, una correa por los hombros, que bajaba al mismo arado, tomó el moro su látigo y le dijo:

—Perro vil, ésta es tu obligación: a labrar.

El cristiano, agobiado por aquel peso, comenzó a andar con dificultad.

Cuando se encontró en la huerta y, de repente, presenció aquel grandioso espectáculo, y vió el sol, y vió las nubes, y respiró las brisas, y oyó los pájaros, se conmovió su ánimo, se desprendió de sus ojos una lágrima, y levantando al cielo sus pupilas exclamó con fervor:

—¡Virgen Santísima de la Llana, amparadme!

Cuando esta exclamación llegó a oídos del moro quedó paralizado un momento, pero arreándole en seguida un latigazo en los hombros, gritó:

—¡A labrar el cautivo! —y dió con rabia una patada en la reja del arado, introduciéndole en la tierra hasta la cuña—. Ande el cautivo —repitió después.

El cautivo hizo un esfuerzo en vano.

—Ande el cautivo —repitió el moro, sacudiéndole otro latigazo—; y entonces el cristiano cruzó los brazos, inclinó el pecho y la cabeza hacia adelante y con gran esfuerzo y gran trabajo comenzó a labrar.

Al llegar a este punto, los antiguos pergaminos que en viejos caracteres contienen esta historia, exclaman con lastimero lenguaje:

«¡Estrellas, sol y luna que alumbrasteis al cautivo en sus días de contento, no le desamparéis en su noche de do-

lor!... ¡Angeles, vírgenes y serafines que velasteis su infancia, compadeceos de él en su juventud!»

Transcurrió la mañana; cuando la sombra del cautivo tomó cierta posición en la tierra, dijo el moro:

—El mediodía.

Condujo entonces al cristiano hasta la pradera que se extendía delante de la cabaña, le soltó las cuerdas y las correas que oprimían su cintura y le quitó el arado.

El cautivo levantó al cielo los ojos y otra vez exclamó:

—¡Virgen de la Llana...!

Mahamud le dirigió una mirada aterradora; pero entonces no hizo otra cosa que apretar los labios.

El cristiano se dejó caer fatigado sobre la hierba; el moro se arrodilló hacia el Oriente e hizo las abluciones del mediodía.

Concluída la oración entró en la cocina, tomó un pan negro, un pedazo de carne que había cortado del huey muerto y que ya tenía asada, y una gran colodra de agua; se sentó en el poyo de la puerta, a la sombra de una palmera que nacía junto al poyo, y comenzó a comer con apetito.

El pobre cristiano, reclinado en la hierba, le miraba con ojos famélicos, sin atreverse a pedirle.

Mahamud, a la manera que la mañana anterior, iba colocando en el poyo las cortezas duras de pan, los huesos de la carne y, aunque contra costumbre, algunos dátiles enteros; levantándose cuando hubo concluído la comida se dirigió a la cabaña, y al entrar le dijo al cautivo:

—Eso es tuyo, come; que para trabajar es necesario comer.

El cautivo se lanzó sobre aquellos restos, se sentó en el poyo y comenzó a comer con avidez; tal era su estado que

al ver los dátiles enteros, al ver las cortezas de pan con algo de miga, reía sin querer y aun se sintió agradecido hacia el moro.

En aquel momento el pobre cautivo se creía feliz porque estaba sentado, porque comía y porque respiraba con libertad.

Apenas hubo concluído de comer, cuando salió el moro y le dijo con imperio:

—A trabajar.

Pero el cautivo contestó con humildad:

—Tengo sed.

—Ve a aquel extremo de los bosques —repitió el moro, señalándole un ángulo de la posesión—; allí hay una fuente; aquella fuente es donde siempre han bebido mis bestias y mis cautivos.

El extremo de los bosques era un erguido cañaveral que nacía en lo más frondoso de la espesura; en un claro de este cañaveral brotaba una fuente cristalina sobre un suelo de arena, y en torno de la fuente nacían abundancia de violetas, de lirios y azucenas silvestres.

Cuando el cautivo llegó a este sitio tan fresco y tan ameno sintió renacer su vida, se echó a pechos sobre la fuente y bebió agua; mas luego se estremeció su ánimo, porque al apoyarse en el suelo para aplicar los labios a la fuente, puso cabalmente sus dos manos sobre las dos huellas que habían dejado las dos pezuñas del buey.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó asustado—; aquí bebió agua el buey; hoy la bebo yo; anoche murió aquél en la cuadra; acaso moriré en ella yo mañana. ¡Dios mío, Dios mío, no saldré jamás de este tormento!

Y, aprovechando la ocasión de hallarse solo, se arrodilló sobre los lirios y las azucenas, cruzó las manos y rezó una

salve a la Virgen de la Llana; pero al momento escuchó la voz del moro que lo llamaba, y corrió hacia la casa.

El moro le ciñó el arado, empuñó el látigo y otra vez el cristiano cruzó los brazos, inclinó la cabeza otra vez hacia adelante y comenzó a labrar.

El sol de la canícula caía como plomo derretido y las angustias de la muerte sofocaban al cristiano; pero el látigo del moro le hacía avivar.

Llegó la noche, una de esas noches magnetizadoras que tantas veces han cantado los vates antiguos entre las palmeras de Argel.

Tornó a resonar la armonía de mil ayes extrañas en la espesura del bosque.

El cielo se ostentó de nuevo tachonado de estrellas, y el naranjo, el limonero, el lirio y la azucena también embalsamaban con sus perfumes la atmósfera.

El moro condujo al cristiano junto a la casa y le quitó el arado, y el cristiano, dejándose caer, reventado, sobre la hierba, exclamó como de costumbre tenía:

—¡Amparadme, Virgen de la Llana!

El moro le pegó una patada en las tripas, y le preguntó irritado:

—¿Quién es esa Virgen a quien todo el día invocas?

—Es la Madre de Dios —respondió el cautivo, llorando—; es la que puede arrancarme de tu lado.

—¿Quién es capaz, miserable perro, de sacarte de estos bosques que el mundo teme?

—La Virgen, para quien estos bosques no son nada.

—¡Infeliz! Y ¿cómo te ha de sacar de aquí esa Virgen a quien tú invocas?

—Me sacará por los aires, y me llevará, si bien le place, en aquella nube que corre por la atmósfera.

Una nubecita de color de fuego, con transparentes perfiles de plata y de coral, surcaba ligera la atmósfera en dirección a España.

El supersticioso Mahamud se quedó mirando a la nube con atención, y luego que desapareció de su vista preguntó al cautivo :

—Y tú, perro, ¿tienes fe en esa Virgen de la Llana a quien invocas?

—Tengo tanta fe —respondió el cristiano conmovido—, que cuando pienso en ella no temo a nadie; ni a ti.

—¡Guay de ti, perro! —exclamó el moro enfurecido—; pero luego, serenándose continuó, pensativo :

—Todo lo alcanza la fe —me dijo el sabio—; yo te cerraré de noche, ¡ah perro!, donde la Virgen no pueda llegar hasta ti, no sea que velada por la oscuridad te quiera quizá robar.

—Para la Virgen no hay oscuridad —dijo el cautivo—, porque la Virgen mora en la región de la luz; su trono está más arriba del sol.

—No blasfemes.

—Más arriba de las estrellas.

—Pues yo dormiré sobre ti —dijo el moro—; si la Virgen te ha de robar tendrá que luchar conmigo.

Y se entró en la cabaña.

Concluída la cena, que se verificó en la misma forma que el almuerzo y la comida, condujo el moro al cristiano a la cuadra, de donde ya había retirado el buey hecho cuarterones, levantó con dificultad la gruesa cubierta del arca, que

reclinó sobre la pared, y metiendo en el arca un tarugo de madera, le dijo al cautivo :

—Esta es tu cama; este arcón se hizo para traerme la más pura doncella, cuya sangre lavó en parte mi borrón; por eso tiene esos dos agujeros, para que respirara la joven; por esto me dijo el sabio que de esta arca me vendría mi felicidad. Entra en ella.

El cristiano se atrevió a pedir al moro permiso para meter un poco de cieno, cuya petición le fué concedida por el moro.

Por fin, el cristiano penetró en ella, se acomodó sobre el estiércol e inclinó la cabeza en el tarugo de madera.

El moro dejó caer de golpe la gruesa tapa del arca, que produjo un fuerte ruido desagradable; la cerró con llave, se metió la llave en el bolsillo, colocó un colchón y una almohada sobre el arca y, apagando la luz, se acostó allí.

Así que se hubo acomodado bien, murmuró en tono de burla :

—Que venga ahora la Virgen de la Llana a sacar de aquí a los perros sus siervos.

Mientras estas palabras pronunciaba el moro con sarcasmo, rezaba con devoción el cautivo el Ave María y la Salve.

Pasada media hora los dos habían quedado dormidos; pero el anciano Mahamud alteraba el silencio de la cuadra con exorbitantes ronquidos.

IV

Un año hacía que el cautivo de Peroniel estaba en poder de Mahamud.

Pasamos este tiempo tan de repente porque nada distinto de lo que hemos visto podemos referir de él; mas para que no quede vacío alguno involuntario en la relación de nuestra historia, expondremos en breves palabras la clase de vida que el infeliz cristiano arrastró durante este año en aquellos solitarios bosques.

Por la mañana, ya lo sabemos, se levantaba con la auro-ra, tomaba por desayuno las sobras del almuerzo del moro y ceñía a la cintura el cruel arado.

Al mediodía, arrellanado en la hierba que hermoseaba la delantera de la casa, aguardaba que comiese el moro, para satisfacer su hambre con lo que le sobraba.

Había no obstante días en que o porque Mahamud estuviere enfadado, o porque el cristiano no hubiera labrado tanto como Mahamud deseaba, cogía éste el sobrante de la comida y, a la vista del cristiano, que la esperaba con ansiedad, la esparcía cruel por el suelo.

Entonces el cristiano levantaba sus ojos húmedos al cielo, mordisqueaba algunas hierbas y se ceñía el arado.

Esto se verificaba pocas veces.

Por la noche, después de cenar, se repetía la operación que ya presenciábamos: se metía el cristiano en el arca, la cerraba el moro con llave y se acostaba él encima.

El cristiano rezaba una Salve a la Virgen de la Llana

cuando se metía en el arca, otra poco antes de salir y otra cuando se quitaba el arado.

De este modo transcurrió el año.

Sin embargo, cierto día en que el tiránico moro estaba más contento que de costumbre, le pidió el cautivo licencia para ir a la fuente a comerse allí su porción de huesos y cortezas de pan, y como el moro se lo otorgase, aquel fué para el cautivo un día en que su corazón recordó cómo se siente la alegría. Desde entonces, tan luego como el moro acababa de comer, y a veces se recostaba sobre las parras a dormir un rato, recogía el cautivo las sobras y marchaba afanoso a la fuente, donde se sentaba a la sombra de los cañaverales y las palmeras, y, mientras saciaba el hambre, gozaba un instante entre los lirios y las azucenas el placer de comer, el placer del descanso, el placer de estar solo y el placer de respirar un momento con libertad; placeres primordiales, los más vehementes, pero que el hombre no aprecia en la sociedad, porque ni una vez tan sólo se ha visto privado de ellos.

¡Ay! Sentimos, en verdad, tener que describir el triste aspecto que ofrecía el cautivo al año de reclusión, pero no podemos menos de hacerlo a fuerza de fieles historiadores.

Borrad de la memoria la imagen placentera que de este joven formásteis en sus días de felicidad, hermosas doncellas; no recordéis aquellos venturosos tiempos en que, gallardo, apuesto y seductor, se le veía pasear por los jardines del castillo de Almenar, o pulsar el laúd desde las almenas del torreón, con sus graciosos ropajes de terciopelo y blondas negras, y sus blancas plumas desdeñosamente prendidas en la delantera del sombrero.

No recordéis, apasionados mancebos, aquellas noches se-

renas de verano, en que sus tiernos suspiros se confundían con los suspiros tiernos de su virgen amada; no; no recordéis aquellos dulces instantes que se perdían en el pasado, no; no recordéis los venturosos días de nuestro arrogante héroe; porque hoy no hay nada podemos apreciar en él sino lástimas y miserias.

El vencedor de Cremona es hoy un espectro vivo; es un modelo de religiosa paciencia; es un hombre alto, descarnado y pálido; el trabajo ha sumido sus carnes, el dolor ha matado la vida de sus ojos.

Desde que lo hicieron cautivo lleva la misma túnica; por eso está raída y rota por mil partes.

Desde que cayó prisionero no se ha arreglado el cabello, ni se ha afeitado la barba; por eso la barba le cae hasta el pecho, y la cabellera, sucia y enredada, hasta los hombros y la espalda.

La túnica azul, atada a la cintura con una cuerda de esparto, y el birrete azul que ceñía sus sienes, daban a aquella figura un aire imponente y respetuoso.

Su frente estaba arrugada; y así como al caballo que labra le hiere el yugo la piel de la nuca; y así como al buey, a fuerza de estar uncido, le queda el vicio de ir siempre con la cerviz inclinada, al infeliz cristiano, a fuerza de tirar de un arado superior a sus fuerzas, le quedó también la costumbre de andar siempre con el pecho y la cabeza algún tanto inclinados adelante.

El cuerpo, las formas del cautivo perdieron gallardía con su prisión, pero su alma ganó heroísmo.

Aquel espíritu, siempre noble, llegó a hacerse grande, y, en alas de un sentimiento sublime, volaba sobre la desgracia,

en busca de un instante feliz, en busca de la última, misteriosa región del hombre.

Otras veces sucumbía por algunos instantes al terrible peso de profunda melancolía. Y ¿qué mucho que así sucediera? El alma también suspende su vuelo, y la arrogancia que le sostiene la abandona, dejando al hombre entregado a la impotencia de su naturaleza.

El cautivo no podía menos de afligirse; no podía menos de rasgar su corazón de pena al contemplarse cerrado en aquel cerco de bosques, solo, sin una persona con quien comunicarse; solo, sin otra compañía que los pájaros que durante el día cantaban en los árboles, pero que, al tender la noche sus alas de crespón, también lo abandonaban, veleidosos; solo, sin tener otros objetos nuevos que contemplar que las vaporosas nubes que surcaban los aires.

El cautivo miraba, extasiado, aquellas nubes, y cuando encontraba alguna que un céfiro sutil empujaba hacia España, exclamaba, mirándola con lágrimas en los ojos:

—¡Corre, corre, blanca nube, y di a mis cristianos los tormentos que en Argel padece un pobre cautivo; corre, corre, blanca nube, y lleva a mi patria el beso que le envía mi corazón.

Otras veces brotaba en su pensamiento una idea seductora, y el infeliz se decía para sí:

Acaso esa nube bella pasará por encima del castillo de Almenar; acaso esa nube bella, que yo veo desde Argel, la verá desde su torre mi querida Blanca... ¡Silencio, corazón! —se interrumpía, tirándose de las barbas y anegándose en lágrimas—; ¡silencio, pobre cautivo!, todo ha concluído para ti en este mundo; tú ya no saldrás de estos bosques sino para subir al cielo, si es que el cielo recibe, benéfico, tu dolor.

Generalmente, solía terminar estas escenas el silbato del moro, que lo llamaba a trabajar.

Entonces el cristiano se levantaba afligido, iba a la cabaña, se ceñía el arado y, abandonando de repente las gratas ilusiones, mágicos recuerdos que un instante encantaron su alimento, inclinaba su pecho hacia adelante, la frente hacia la tierra y comenzaba a labrar.

¡Dios de las misericordias..., exclaman los pergaminos, compadeceos de ese desgraciado!

De esta manera transcurrió el año que indicamos al principio y llegó un día célebre en el mundo cristiano, pero desconocido para el cautivo, que en su mortal encierro había ya perdido hasta el cómputo eclesiástico.

Este día era el primero de la Pascua de Pentecostés.

Los brillantes arrebales de la aurora penetraban apenas por las rendijas de la ventana de la cuadra cuando el moro se despertó, asustado; pegó dos golpes en el arca y dijo sin moverse de la cama:

—Cristiano, ¿estás ahí?

—Aquí estoy —respondió el cristiano.

—Sal pronto y escúchame, cristiano.

El moro se levantó de la cama, tiró al suelo los colchones, levantó la tapa del arca y, agarrando del pecho al cristiano con ademán sobresaltado, lo sacó a la pradera de la huerta.

La mañana estaba hermosa; el sol, pero el sol puro y radiante de Argel, comenzaba a bañar las copas de los árboles.

—Oye, cristiano, oye lo que he visto esta noche; estoy aturdido; no invoques más a esa Virgen de la Llana, porque sin duda alcanza a mucho su poder y se ha empeñado en

atormentarme. Yo estaba dormido, tranquilamente dormido, ¿entiendes?

—Entiendo.

—¿Entiendes bien?, cristiano.

—Bien entiendo.

—Pues escucha: en el silencio de la noche, ¡ay...!, he oído cerca de mí: he vuelto la cabeza y he visto la primera víctima que sacrificó mi mano; la sangre le salía a torrentes del cuello; yo he querido preguntarle por qué se me aparecía, pero ya no ha podido contestarme, porque estaba muerta; mas, ¡ay!, ha resonado otra vez a mi espalda; otra vez he vuelto yo la cabeza, y era otra víctima que también derramaba a torrentes la sangre; pero aquella víctima me miraba con ira, y sus ojos estaban ensangrentados. ¿Qué me quieres decir, si ya te maté? —le he preguntado temblando—, y no me ha respondido, porque ya estaba muerta; pero ¡ay...!, ha resonado en otra parte; y otra víctima derramaba su sangre; y ¡ay!, gritaban por aquí; y ¡ay!, gritaban por allí; y todo eran chillidos, lamentos, gemidos, y todo era sangre..., y todo víctimas a medio morir; y todo ojos agonizantes que me miraban al cerrarse con triste mirada; y yo me sofocaba..., y la sangre que todas las víctimas vertían venía a ahogarme a mí; y yo quería huir, y era en vano, porque aquellos cadáveres se levantaban pálidos, con los ojos fijos, inmóviles, rubicundos; y convertidos luego en sombras..., fatídicas sombras, por todas partes donde yo iba, me iban cortando el paso. No invoques más, cristiano, no invoques más a la Virgen de la Llana, porque esa Virgen tiene poder sobre los muertos.

El cristiano escuchaba, admirado.

—Sí —prosiguió el moro dándole un golpe en el pecho

al cautivo—; y luego vi levantarse a aquella joven que sacrificó gozoso; pero aquélla se levantaba risueña, y se paró sobre el arca y dijo con dulzura: —En esta arca vine yo; esta arca se irá conmigo. Y luego te llamó a ti y te dijo: —Compañero, ¿estás dispuesto? Y tú le contestaste: —Es pronto todavía, Virgen purísima.

—Y convirtiéndose en flores los muertos, en purísimos arroyos la sangre y en nubes el arca, todo, todo marchó por los aires con la joven, las flores, los arroyos y las nubes. ¡Ah..., cristiano! —exclamó de repente el moro, cambiándose en enojo su asombro—; todo ese maleficio es de tu Virgen, que fragua en los aires para robarte; pero es en vano; yo invoqué al Profeta y todo concluyó. Si otra vez invocas tú a la Virgen, si otra vez viene esta noche a turbar mi sueño, mañana, antes de lucir la aurora, te degollaré, como degollé a mi buey.

Y dándole un fuerte empujón en el pecho se entró él en la cabaña.

El cristiano se quedó inmóvil y admirado de la relación del moro, porque también él había tenido aquella noche ensueños; también él había tenido visiones misteriosas, y más misteriosa que nada era la halagüeña esperanza, la profunda alegría que, sin saber por qué, embargaba su alma.

Aquella mañana la pasó el moro bajo una palmera, taciturno y como quien revuelve en su mente profundas meditaciones o concibe planes de difícil y expuesta ejecución.

El moro se cerró después en la cocina, por lo cual el cristiano no labró, y libre, por primera vez desde que cautivo estaba, de la amarga prisión que había sufrido; se escondía como la gacela entre los bosques; trepaba como el pájaro por las ramas, y miraba otras veces el cielo festoneado

de nubes, la fuente orlada de violetas y el suelo duro que había cultivado con el sudor de su rostro.

El cautivo estaba alegre; el cautivo estaba enajenado.

Cándida lectora: ¿no has sentido alguna vez una alegría inconcebible, profunda, sin causa conocida?

En lo más acerbo de tu dolor, ¿no ha caído sobre tu corazón un rocío de consuelo que disipó tus penas, que hizo reír a tu alma?

Esto, ni mas ni menos, le acaecía al cautivo.

Ardía en su interior un foco de placer y una esperanza vaga enajenaba su ánimo.

Corría por los bosques, por los naranjos, por la orilla de las fuentes, y en todo gozaba; gozaba en oír a los pájaros, en mirar el sol; gozaba hasta en lo que otras veces le asustaba, en ver correr las nubes hacia su adorada patria; las miraba extasiado, y si un recuerdo arrancaban de su mente aquellas nubes, aquel recuerdo era también agradable, risueño, seductor.

De este modo transcurrió el día.

Cuando el crepúsculo de la tarde desplegó sus melancólicos tules sobre la atmósfera y los campos de Argel; cuando la luna comenzaba a ostentarse señora del firmamento, y los pájaros callaban para que el risueño lanzara sus melodiosos trinos, sonó el silbato del moro; y, veloz, el cautivo, como el perro que corre al grito imperioso de su amo, se dirigió a la cabaña, mas al cerrar la puerta tendió su mirada por la naturaleza; le pareció encantadora y suspiró porque le arrancaban de aquellos encantos.

—Oye, cristiano vil —le dijo el moro, que le esperaba derecho en la cuadra con arrugado gesto, con un candil en la mano izquierda y en la derecha el cuchillo con que dego-

lló al buey, cuyo cuchillo estaba suspendido a su cintura por medio de una cadena de alambre—; yo he consultado mi ciencia durante el día, y mi ciencia me ha dicho que lo que anoche vi fueron maleficios, con los que tu Virgen quería arrancarte de mis uñas; si esta noche vuelve a quitarme el sueño tu Virgen con maleficios, mañana serás víctima de este cuchillo.

Y, levantándolo con rabia, lo dejó caer y quedó pendiente de la cadena.

Después añadió, señalando el arca:

—Entra.

El cristiano bajó la cabeza amedrentado y se metió en el arca rezando, como de costumbre tenía, una fervorosa salve a la Virgen de la Llana.

El moro cerró el arca con llave y se metió la llave en el bolsillo, colocó el colchón sobre la tapa y se echó sobre el colchón.

A los dos minutos un sueño profundo embargaba a los dos.

Era la noche del día primero de Pascua de Pentecostés.

«¡Oh, sabia Providencia...! ¡Oh, recóndito poder, que desde la alta región del invisible diriges con oculto brazo las cosas de la tierra!» —exclaman al acabar este capítulo los antiguos pergaminos que contienen esta historia—. ¡Oh, fuerza creadora que hiciste y diriges las nubes y las tempestades! ¿Qué hay en el Universo que resista a tu poder? Tú cambias las estaciones y los tiempos, tú obras en la tierra acontecimientos increíbles y milagrosos; pero éstos acontecimientos los obras siempre lejos de la populosa ciudad, los obras en los montes solitarios y en los solitarios valles..., en los montes y en los valles, donde el espíritu de Dios se percibe más claro, donde más claro se ve al Criador en los prodigios de la creación!»

V

Hora es ya que volvamos la vista hacia el pueblo de Almenar, aunque nada podemos ver en él distinto de lo que ya vimos al abandonarlo, pues el tiempo corría monótono y sin novedad, como corre siempre en las miserables aldeas.

Blanca y Gimena continuaban en su humilde casita, trabajando día y noche para ganar el sustento diario, que algunas veces les faltaba; pero nuestras jóvenes eran tan resiguadas, tan sufridas, que el día que no tenían pan callaban, y cerradas en su habitación, se consolaban la una a la otra con cariñosas pláticas, depositando ambas su esperanza en el cielo, que, según ellas decían con candor, no podía abandonarlas, porque, desgraciadas jóvenes, a nadie habían ofendido en este mundo.

Las dos callaban y las dos se animaban mutuamente, pero las dos padecían en su interior y una pena secreta iba corroyendo sus entrañas.

Gimena padecía de ver la miseria que las agobiaba a las dos, de ver a su señorita marchitarse por momentos sin poder remediarla en nada, y Blanca padecía de ver las penas que Gimena sufría por serle fiel.

Y cuando tan amargas reflexiones acibaraban el espíritu de aquellas jóvenes, las abrasaba un mutuo cariño, y, enajenadas, se abrazaban la una a la otra, y en sus recíprocos tiernos regazos derramaban abundantes lágrimas las dos.

Hay en la mujer una época feliz; época de encantos, de

delicias, de ilusiones y esperanzas; época que sonríe con más gracia que los arcángeles, con más atractivo que el sol del Paraíso.

Esta es la época juvenil en que se goza del presente, porque entonces el presente es un jardín de magnetizadas flores.

Hay otra época en la mujer dulce, pero majestuosa y severa; época que no sonríe, época en que las ilusiones se han desvanecido, pero que aun sostiene el alma una lejana esperanza.

Esta es la época en que la mujer goza de recuerdos.

Hay otra época después, en que las ilusiones huyeron, en que las esperanzas se marchitaron, en que los recuerdos corroen como gusanos el corazón.

En esta época se desliza la vida triste, amarga, por un sendero de marchitas flores, sin hermosura, sin fragancia, sin color.

Esta era la época fría en que se encontraba Blanca.

Blanca había perdido sus amores con la marcha de Manuel; había perdido sus esperanzas con la marcha de su padre.

Sin embargo, aun gozaba en recordar aquellos tiempos; pero tales recuerdos habían llegado a serle amargos, los había desterrado de su alma cuando la miseria se apoderó de ella, y entonces entró en la época en que la vida de la mujer se desliza amarga, por un sendero erial, sin arroyos, sin sol, sin flores, sin aromas.

De este modo, es decir, trabajando todo el día; orando en la Virgen de la Llana al despuntar la aurora y al comenzar la noche, y vertiendo amargas lágrimas en el trabajo y en la oración, transcurrió el tiempo y llegó el día primero de Pascua de Pentecostés del año 1703, día en que el cautivo de

Mahamud y el mismo Mahamud, como ya hemos visto, sintieron una agitación particular en su ánimo.

Tan pronto como brillaron en Almenar los primeros rayos de este día, saltó de la cama Blanca, y despeinada aún, y más pálida que de costumbre, pero siempre atractiva como la vestal de amor, llamó a Gimena, y sentándose las dos en la habitación de los tornos, debajo de la ventana por donde penetraba el mágico suspiro de la aurora, le dijo tomándole la mano con cariño :

—¡Ay, Gimena de mi alma, yo no sé lo que pasa por mí; se me estremece el pecho y mi mente delira como si aún estuviese durmiendo!

—¿Estáis enferma, amiga? —preguntó Gimena.

—No estoy enferma, pero se me aproxima el instante de morir.

—Por Dios, señorita, no digáis tales cosas —repitió Gimena, tomándole la mano con suavidad.

—Sí, Gimena —respondió Blanca levantando los ojos al cielo—; sólo el presentimiento de un suceso portentoso o la proximidad de la muerte han podido producir en mi ánimo los síntomas que esta mañana experimenté, y como suceso alguno feliz sobrevenir no puede ya en este mundo a la desgraciada Blanca, esta alegría, y esta ansiedad, y esta agitación secreta, y estas lágrimas que vierto sin sentir, todo me pronostica una temprana muerte.

Y una sonrisa, pura como la sonrisa de los ángeles, contrajo un instante sus pálidas mejillas.

¡Por Dios, Blanca! —exclamó su amiga apretándola contra su regazo—; desechad de vuestro espíritu tales quimeras; no nombréis para nada a la muerte.

—¡La muerte...! —repitió Blanca, mirando a Gimena con

lánguida sonrisa—. ¿Te estremece ese nombre? La muerte es el único bien que puede otorgarme el cielo. Sí; yo siento, Gimena, en mi cabeza un no sé qué, que me dice que pronto va a poner fin la muerte a mis desgracias. ¿Para qué quiero yo vivir en este mundo? ¿Qué puede recrearme en él? ¿A quién le hago yo falta?

—A vuestra Gimena, que os adora —respondió ésta tirándose a sus brazos.

—Tu amor ha sido el único bálsamo que han encontrado mis heridas, pero pronto llorarás mi muerte.

—El verdadero amor va más allá de la tumba; moriremos las dos juntas.

Las dos amigas continuaron algunos instantes apretadas entre sus brazos.

El silencio que reinaba en aquel miserable aposento era tranquilo; los pájaros comenzaban a piar en el campo; el aura vivífica de la mañana embalsamaba la naturaleza.

Las dos jóvenes se apartaron lánguidamente de sus recíprocos brazos, cual dos azucenas enlazadas apartan sus corolas a impulsos del suave céfiro de la madrugada.

Las dos se hincaron de codos en el borde de la ventana, y el primer rayo de sol bañó los rostros de las dos, dorando esplendente, a la vez, las últimas almenas del castillo de Almenar.

—Mira, Gimena, qué brillo se ostenta en el castillo de mi padre —dijo Blanca.

Gimena se le quedó mirando, sorprendida.

—¿Te sorprendes? —le preguntó Blanca con dulzura.

—¿No he de sorprenderme, señorita, al observar la facilidad con que habláis del castillo? ¿No me habéis dicho cien veces que su nombre os aterra y que jamás resuene en

vuestro aposento? ¿No me habéis dicho otras cien que todo aquello concluyó, y que en la triste vida que arrastramos no recordemos nada, nada que tenga relación con aquellos días de felicidad?

—Cierto es que te lo dije cuando vivía, pero en la muerte es todo diferente.

—¿Qué decís, Blanca?

—Que al expirar todo cambia. Ha concluído, Gimena mía, aquel sentimiento de amargura que me abrasaba el pecho, y hoy siento nacer en él una fuerza de inextinguible dicha... Aquellos recuerdos de lo pasado, que tanto me afligían, hoy llenan mi pecho de contento; hoy sonrío, y mi sonrisa es dulce; lloro, y mis lágrimas son de gozo; sí, Gimena, me causa gusto el mirar aquel castillo tan arrogante; me causa gusto pensar que un día fui yo señora de él, que un día anduve por aquellos jardines con batas de seda, con diademas de oro y con mantos de tisú.

—¡Callad, por Dios! —exclamó Gimena, abrazándola cariñosamente—; vos deliráis, sin duda; fiebre voraz os devora el corazón.

—No, Gimena, no te asustes —respondió Blanca con suave sonrisa—; no tengo fiebre; estoy tan tranquila, tan alegre... ¿Y cómo no he de estarlo, si no se aparta de mi vista la imagen de mi padre, que me estrecha entre sus brazos...?

—¡Callad, por piedad! —dijo Gimena, apartándola en vano de la ventana—; no déis crédito a esas visiones.

—No son visiones —respondió Blanca con aspecto asustado y retirando los brazos de Gimena para no apartarse de la ventana—; no son visiones, Gimena; yo veo a mi padre.

—No deliréis...

—Sí lo veo; y veo también a Manuel. ¿Ves tú aquella

nube blanca que surcando la atmósfera viene del mediodía? Mirala bien, Gimena; tiene sus mismas formas; mira su sonrisa, sus contornos. ¡El es, sí; es, que, convertido en nube, me llama, y mi espíritu, desvanecido, vuela tras él!

La joven se puso de repente pálida como un cadáver.

—¡Blanca! —exclamó entonces Gimena, tendiéndole los brazos.

Blanca, casi sin sentido, se dejó caer sobre ellos, sollozando y exclamando a media voz:

—¡Ay, Gimena, que me ahogo...! La pena y la alegría no caben en mi pecho.

Y al decir esto copiosas lágrimas brotaban de sus ojos.

¡Plañid, tiernas doncellas! —dicen los pergaminos al llegar a este punto—; ¡plañid, que el Dios de las alturas convierte, desde su trono de fuego, en lágrimas las sonrisas del malvado y en risa las lágrimas del inocente y del justo!

En Blanca se observó todo el día algo de particular, algo grande, algo misterioso.

Cuando llegó el crepúsculo de la tarde y mientras Gimena arreglaba los enseres de la casa, ella se hincó de codos en la ventana y otra vez se rindió a sus ensueños, o a sus delirios o a sus divinas inspiraciones.

Era el momento sublime en que el sol se despide del día; su último y melancólico rayo doraba las almenas de la torre del castillo, pintaba de mil diáfanos colores las nubes que festoneaban el cielo, y aureolas concéntricas de subido bermellón y de plata y de zafir estampaba en las más altas regiones del firmamento.

Los lejanos carrascales se ostentaban sombríos; el aire caliente; los zagales y las zagalas, los labradores y las labradoras, conforme a la costumbre del país, bailaban en las

praderas al son de las zampoñas y las panderetas de casca-
beles; y Blanca, la tierna Blanca, de codos en la ventana,
miraba al cielo, miraba los nubajes, oía las panderetas, las
zampoñas; oía el ruido confuso de la fiesta, y este ruido le-
jano adormecía su espíritu, y en tan suave magnetismo mil
fantasmas, mil recuerdos, mil visiones seductoras mecían blan-
damente su alma en un mundo nuevo de celestes quimeras.

La noche iba cerrando; la danza seguía en su encantos;
nuestra joven, entregada a sus bellos ideales; cuando la pa-
rroquia de Almenar tocó a oraciones, y aquellos inocentes
habitantes se retiraron a sus casas, quedando el campo en
el mayor silencio.

Entonces Blanca llamó a Gimena y le dijo:

—Gimena, me marchó a la Virgen de la Llana, como to-
das las noches; pero esta noche volveré más tarde, porque
la Virgen me llama, y voy a deponer mi inquietud y mi ale-
gría ante su altar, y de su altar brotará para mí la fuente de
consuelo, si es que consuelo merecen mis cuitas.

Marchó Blanca, y Gimena, alarmada como estaba todo el
día con las aberraciones que en su señorita creía ver, no se
atrevió a acostarse; apagó la luz, porque las infelices tenían
en su estado miserable que atender a semejantes mezquin-
dades, y se sentó junto a la ventana.

Blanca, con su mantillo de estameña en la cabeza, entró
en la ermita, tomó agua bendita y se arrodilló en la primera
grada junto a uno de los escaños de nogal que entonces adorna-
ban los costados del santuario.

En aquel tiempo no se ostentaba la ermita tan galana como
ahora; era más pobre en sus adornos, y la devoción a aque-
lla imagen purísima era más reducida; acaso, acaso, fueran

entonces a orar ante su altar sólo la infortunada Blanca y alguna otra mujer tan infortunada como ella.

No se desplegaba entonces tan rica la ermita de la Virgen de la Llana, pero la noche a que nos referimos estaba majestuosa, porque el silencio era profundo, porque la calma era apacible, la oscuridad solemne, y solemne, apacible y majestuosa la luz de la lámpara, que oscilante y pálida ardía en lo alto de la bóveda.

Blanca se hincó de rodillas junto a un escaño, como la hemos visto, cruzó los brazos y elevó su espíritu en fervorosa oración.

Hacía tiempo que esta joven, marchita por el dolor y las privaciones, se iba desprendiendo de la materia, iba rompiendo los lazos terrenales y divinizándose su alma. Por eso sus deseos eran ya completamente puros y en sus oraciones no se mezclaba una imagen terrenal, una petición mundana.

Mas esta noche sucede todo lo contrario; a su mirada responde la mirada de su padre; su espíritu vaga tras la sombra de Manuel, y de su corazón se desliza furtiva una corriente de amor.

La niña se asusta; más y más comprime sus brazos cruzados; más y más despliega su devoción hacia la Virgen, pero con más claridad ve la mirada de su padre, más conterneada la imagen de Manuel, más abrasadora es la corriente de amor que despide su corazón.

La niña se apoca por grados; quiere levantar la cabeza y no puede, porque una languidez mortal se lo impide; pero ve a su padre, pero ve a Manuel, pero se siente enamorada.

Este amor; no, este flúido del cielo, don sobrenatural que baja del Paraíso, la debilita lentamente, la narcotiza con su oculto poder; y la niña, sin fuerzas ya, sin volun-

tad, sólo descubre una nube vaga, lejana, confusa; pero goza, goza aunque sus goces son desconocidos.

Así continuó algunos momentos.

Luego inclina la cabeza sobre el pecho, y como el ramillete que se doblega sobre el tallo por el peso de sus hermosas flores, se doblega también Blanca por el peso de sus hermosas visiones, y, dejándose caer sobre el escaño, se quedó dormida.

Duerme, joven, duermes; pero ¿es el sueño o es la muerte la que ofusca tu espíritu?

El santero, siguiendo la costumbre ordinaria, asomó la cabeza por la puerta y gritó:

—¿Hay alguien? Que cierro.

Y como nadie respondiera a esta voz, entornó la puerta, pasó el cerrojo y dió dos vueltas a la llave.

Gimena, cansada de esperar, se retiró de la ventana con alguna impaciencia; y el pueblo y el valle quedaron sumergidos en el más profundo silencio.

Eran las diez de la noche.

VI

Dieron las doce de la noche; desaparecieron los blondos nubajes que festoneaban el cielo; la luna se ocultó en el horizonte de lejanos carrascales; se apagó el brillo de las estrellas, y el firmamento quedó oscuro, tranquilo, silencioso.

De repente suena un retumbante trueno; un resplandor vivísimo, cual encendida aurora boreal, inunda la ermita de

la Virgen de la Llana; otro trueno, más espantoso que el primero, vuelve a conmover el orbe; el resplandor se hace más rubicundo, y crece, y se dilata, y toca al cielo por uno y otro lado; y dentro de esta luz misteriosa que todo lo absorbe, luz fascinadora y sobrenatural, se escucha el eco de las campanas de la Virgen, que se repican solas; y al eco sonoro y alegre de estas campanas responde el eco majestuoso de los esquilones de Almenar; y este doble repiquete, esta metálica sinfonía, se oye por intervalos desiguales: ora clara, dulce, vibrante; ora confusa, ora creciente, ora expirando entre el estampido de los truenos, entre el bronco ruido que nace del abismo y entre el ruido aterrador de cien lluvias, de cien tempestades sordas, lejanas, que parecen surgir palpitantes del centro de la tierra o bajar de las incógnitas regiones del firmamento.

Los habitantes de Almenar se levantaron asustados, se asomaron a las ventanas y todos descubrieron sus cabezas, y todos se hincaron humillados de rodillas; porque, como dicen los pergaminos, comprendieron al instante que gran suceso era el suceso que tenían a la vista, que cosa de Dios era aquella cosa, y oraban con fervor y cerraban los ojos por no ver aquella luz que hería sus pupilas, porque era superior a sus fuerzas, como que de Dios bajaba; y entretanto se aumentaban los truenos, volteaban las campanas sobre sus ejes, cual si una fuerza eléctrica las empujara; seguía siempre sordo el ruido de las lluvias y de los vientos, y el resplandor más vivo, y la admiración más grande.

Los moradores de Peroniél, los moradores de Buveros y otras humildes aldeas plantadas en aquel suelo feliz oyeron también el ruido, aunque más lejano; se levantaron también y vieron en el cielo los últimos fulgores, débiles ya, pero tan

diáfanos y puros, que igualmente que sus vecinos los de Almenar se hincaron de rodillas, porque, a la manera de ellos, tomaron aquel portentoso, como cosa, como misterio que tenía su origen en el cielo.

Aquel asombroso fenómeno que de repente había comenzado concluyó de repente.

Calló el pavoroso estruendo de las tempestades, callaron los truenos y el ruido de las lluvias; callaron las campanas; desvaneciéronse las nieblas y los resplandores, como se desvanece la ilusión de un niño bajo la edad; como se desvanecería el mundo al soplo del Criador, si al Criador pluguiera desvanecerlo; la naturaleza quedó en calma, mil guirnaldas de blancas nubes festonaron el cielo y las estrellas bordaron el firmamento.

Entonces aquellos piadosos aldeanos se lanzaron a la calle, entre los cuales iba también Gimena. Precedidos todos por el cura se acercaron a la ermita, y su asombro no fué pequeño, especialmente el del santero, que a nadie había dado las llaves, al encontrar las puertas abiertas de par en par; quisieron entrar, afanosos, mas todos a la vez sintieron en sus corazones un poder oculto que les comprimió, y todos cayeron de rodillas en la pradera donde se levantan las gradas de aquel santuario.

Aun se veía en torno del altar una luz, bella como la luz del sol cuando nace en el horizonte de los maers; aun se oía en confuso una armonía dulce, como la armonía que entonar deben los ángeles; aun se percibía tenue un perfume agradable, como el perfume que los serafines queman en los altares de Dios.

—¡Oh, Providencia! —exclama aquí el autor de los viejos pergaminos—; siempre obras tus prodigiosos portentos en

algún rincón oculto de la tierra... Mucho misterio hay en esto.

Los aldeanos sentían un deseo vivísimo de penetrar en el templo, porque nadie sabía lo que allí se encerraba; y así que se desvanecieron los aromas, los sonidos y los resplandores; así que como señal de calma se vió lucir la melancólica luz de la lámpara, entró el cura en la ermita, detrás del cura todo el pueblo, y entre el pueblo, azorada hasta el extremo, entró también la pobre Gimena.

Avanzar querían ligeros; pero de repente se pararon todos, porque un hecho más grande que el que habían presenciado aquella noche se ofreció a su vista —dice el antiguo cronista que a su cargo tomó esta historia relatar—: en las gradas del altar estaban arrodillados el cautivo con su túnica morada, con su larga barba, con su rostro macilento, con su larga y desgreñada cabellera.

Junto al cautivo estaba arrodillada Blanca, pálida, inmóvil como la virgen pura que despierta de un éxtasis divino.

Detrás del cautivo había un arca de hierro abierta, con grillos y cadenas dentro.

Junto al arca se veía un moro acoquinado en un rincón, mirando con asombro aquella escena, como asustadizo gato mira los objetos de una casa nueva.

Hubo un momento de indecisión, de estupor, en aquella turba; pero de repente, de repente, cual si su ánimo no pudiera contenerse por más tiempo, exclamaron a una voz levantando en alto los brazos:

—¡Milagro, milagro!

—¡Blanca!

—¡Manuel!

—¡Silencio! —gritó Manuel, alzándose con dignidad y dirigiendo a la turba una severa mirada—; de rodillas y orad con devoción; estáis delante de la Virgen María.

Cual si la voz de Manuel fuera imperiosa voz que del cielo bajara, comprimió el entusiasmo de aquellas gentes; todos cayeron de rodillas, todos inclinaron sus cabezas al suelo, todos elevaron sus almas en fervorosa oración.

Nada se oía; sus preces se remontaban al cielo en olor de suavidad, y los ángeles las tomaban en patenas de flores y las esparcían en las nítidas alfombras de María.

Hubo en la ermita largos instantes de silencio, pasados los cuales levantó Blanca por vez primera su lánguida cabeza, miró a Manuel al mismo tiempo que Manuel la miró a ella, y le dijo:

—¡Manuel!

—¡Blanca...! —respondió Manuel.

Y los dos volvieron a inclinar al suelo sus frentes abrasadas en divina pasión.

Después, entrelazando ambos sus amorosos brazos, dijo Manuel a la muchedumbre, señalando la imagen de María:

—Esa es la Virgen, que me ha salvado; yo fuí cautivo de ese moro y María me arrancó de su poder en una densa nube.

Abriendo entonces cariñoso sus brazos, recibió al gentío, que se precipitó en ellos.

Pero..., silencio. ¿Para qué hemos de referir aquellas deliciosas escenas, que el lector por sí mismo comprenderá muy bien?

Marcharon Blanca y Manuel a su casa; tras de Blanca iba Gimena, llorando de gozo, y tras de Blanca, Gimena y Manuel iba el pueblo, enajenado.



La muchedumbre quiso asesinar al moro, pero Manuel se opuso a ello y mandó que se le respetara.

El moro fué conducido a la cárcel.

Blanca y Manuel subieron al aposento de los tornos. Mucha gente subió con ellos, sin hartarse de mirar a Manuel, y la restante quedó en la calle contemplando la ventana de la habitación en que Manuel y Blanca habían entrado.

La aurora del día segundo de Pascua comenzaba a pintarse con bellos arreboles en el horizonte.

CUADRO CUARTO

EL MARQUÉS DE CREMONA

I

«... Ni ha habido en los siglos pasados, ni en los venideros siglos habrá un portento tan inaudito como el milagro del cautivo de Peroniel».

Con esta exclamación se abre en los rancios pergaminos que nos sirven de guía el último cuadro de la interesante historia que venimos refiriendo.

La mañana despuntó hermosa; los habitantes de Almenar y muchos de los habitantes de los pueblos vecinos, que atraídos por la curiosidad se habían acercado a tomar noticias de aquel suceso, se hallaban en las praderas y en las calles de la aldea.

Gimena arreglaba la casa, llena de contento y de asombro, y Blanca y Manuel, cerrados en el aposento de los toros, cerrados en aquel aposento miserable donde tantas y tan amargas lágrimas había vertido nuestra joven, se refe-

rían mutuamente, entre repetidas caricias, las desgracias, las penas y los trabajos que cada uno había padecido desde la noche fatal en que se separaron.

Manuel le contó su vida militar, su prisión, su cautiverio y la fe que siempre había profesado a la Virgen de la Llana.

Blanca le refirió la desaparición de su padre, la confiscación de sus bienes, la horrorosa miseria por la que había atravesado, la paciencia con que la había sufrido y lo mucho que por los dos había orado en la ermita de la Llana.

Tan luego como Blanca acabó de hablar, se quedó un momento pensativo Manuel, y luego le dijo con cariño :

—Blanca : grandes son los favores que hemos recibido del cielo, y justo, muy justo es, por lo tanto, que yo cumpla cuanto antes los votos que le tengo ofrecidos.

—¿Has hecho algún voto? —preguntó Blanca, con dulzura.

—Uno tan sólo; uno que con placer voy a cumplir esta misma mañana. Cuando me encontraba cautivo, Blanca mía, cautivo y lejos de ti; cuando vivía solo y tratado peor que un perro, peor que una bestia, aún me atreví algún día a pensar en tu imagen, y ofrecí al cielo si me concedía volver a pisar el suelo de mi patria querida; si me concedía volver a verte, aunque fuera en los brazos de otro hombre, hacer una larga peregrinación por los templos de España. Dios escuchó mis preces, Blanca; justo es que cuanto antes cumpla mi ofrecimiento.

—Justo es que al cielo pagues lo que al cielo has ofrecido. Pero ¿otra vez vas a separarte de mí? —preguntó aquella joven con ojos suplicantes.

—Otra vez, Blanca —respondió Manuel con alegría—. Pero nuestra actual separación será muy corta, será precursora de la dicha.

El voto de Manuel era un ardid de que se servía para llevar a cabo los planes que había concebido; pues, como el lector recordará, durante los amargos días de su cautiverio no hizo voto alguno, y sólo invocó con fervor a la Virgen de la Llana.

—¿Volverás pronto?— preguntó Blanca, apoyando sus manos en los hombros de Manuel.

—Muy pronto —respondió Manuel entornando con su brazo la cintura de Blanca—; antes de que tú me esperes; y, a mi regreso, querida, seremos felices.

—Sí —contestó Blanca—. Seremos felices, porque para serlo nosotros nos basta con estar juntos, ¿no es cierto?

—Cierto es, Blanca mía.

—¿Qué nos importa ser pobres? ¿Qué nos importa vivir en una miserable casa? El amor llenará todo el vacío que exista en nuestras almas.

—Me encanta el corazón oírte hablar así; pero ¿quién sabe? Acaso el cielo, que tan inmensos favores nos ha dispensado ya, libre nuestras delicias por completo; acaso un día vivamos desahogados; acaso, acaso seamos poderosos.

—No —repuso Blanca con angelical dulzura—. Ni hacerte debes semejantes ilusiones, ni que se realicen mi corazón desea; viviremos los dos en esta choza; los dos trabajaremos para comer, y mi padre bendecirá nuestro matrimonio desde el cielo, porque desde el otro mundo deben verse las cosas de un modo más verdadero que desde este mundo pícaro se ven.

Tiernos, tiernísimos y llenos de inocencia eran los coloquios en que se deshacían Manuel y Blanca; pero dejémoslos solos para tender nosotros una mirada por el pueblo.

Eran las diez de la mañana.

Las praderas y las calles de Almenar estaban llenas de habitantes de los pueblos vecinos, que, asombrados, habían acudido a ver al cautivo.

En la Virgen de la Llana, donde por orden de Manuel se preparaba una solemne misa en acción de gracias, entraban las gentes, y con respetuosa admiración se quedaban extasiados, mirando el arca abierta del cautivo, mirando la paja que durante mucho tiempo le había servido de colchón y el tarugo de madera que había hecho de almohada.

La miraban, pero la miraban a alguna distancia, y sin atreverse a tocarla por no profanar con sus manos aquel venerable monumento.

A las diez y media se echaron a vuelo las campanas de la Virgen.

A este repique contestaron con otro las de Almenar.

También los templos de los pueblecillos inmediatos quisieron contribuir con su algazara a la fiesta común, repicando con sus esquilones; y esta armonía de voces metálicas, que en distintos tonos y parajes inundó los aires, pintaba sus alegres efectos en los risueños semblantes de aquella muchedumbre que nadaba en contento y admiración.

Pero no nos detengamos en descripciones y avancemos en la narración de los sucesos.

La misa comenzó a las diez y media.

Blanca y Manuel la oyeron de rodillas en las gradas del altar.

La iglesia estuvo llena de gente, y más gente que desde la iglesia la oyó desde las praderas.

Concluída la misa, hizo el cautivo al pueblo una breve relación de sus trabajos, de los favores que debía a la Virgen, y acabó con una fervorosa plegaria a aquella divina imagen,

cuya plegaria arrancó abundantes lágrimas a los concurrentes, y acabó en estos términos:

—...Vosotros que formáis esta generación feliz, sois testigos de este milagro; aquí, en esta ermita, quedarán el arca y las cadenas de mi prisión; todos los años, en este mismo día y a esta misma hora, se celebrará una misa en acción de gracias, para que las generaciones venideras tengan noticia del portento que hoy obró María; y ¡ay del impío que en los siglos futuros dude de la historia del cautivo de Peroniel!

Allí mismo se quitó Manuel la raída túnica, que metió en el arca, vistiéndose con un traje que se le proporcionó; se cortó la cabellera; se cortó la barba, que también metió en el arca, y diciendo al público: «Esta arca quedará aquí hasta mi regreso», salió con Blanca y Gimena de la ermita.

El pueblo le siguió conmovido, vertiendo lágrimas de alegría y de devoción.

Digamos de paso que Manuel no era ya aquel joven risueño y seductor que conocimos en los días felices de su infancia; la desgracia había impreso en él su sello, y Manuel era entonces un mancebo gracioso, severo, pero amable y simpático.

Blanca no era ya aquel pimpollo fragante que admiramos entre las sedosas cortinas del palacio de Almenar; no era aquella fresca niña, cuya mirada rebosaba alegría y satisfacción; también la desgracia había estampado su huella en la blanca faz de tan dulce criatura; el dolor le había robado la alegría, y la miseria los colores; pero si estaba más melancólica, estaba también más dulce, más atractiva, más arrebatadora a los ojos del hombre que la mirase.

Cuando nuestros jóvenes salieron del templo, ya esperaba en la puerta de la casa que habitó Blanca un caballo ensi-

llado; al verlo, ésta se entristeció, y en otras ocasiones hubiera vertido amargas lágrimas; pero, curtido su corazón por el infortunio que tanto enseña en el mundo, hizo un gesto de resignación y fijó sus ojos con indecible cariño en los ojos de Manuel.

Un inmenso gentío los rodeaba a ambos.

Manuel tomó el caballo y montó con elegancia.

Blanca se le acercó entonces, y apoyando sus dos manos en el muslo derecho de Manuel y levantando su lánguida cabeza para mirarle al rostro, le dijo con cadencioso acento:

—¿Volverás pronto, Manuel?

—Sí, hija mía —contestó Manuel.

—Si algún amor profesas a tu Blanca, vuelve pronto, porque ya no puedo vivir sin ti.

—Tampoco sin su Blanca puede vivir Manuel, y si de ti me aparto, querida, es porque así lo exigen mi deber y tu felicidad.

—¡Oh!, marcha en pos de tu deber; pero marcha pronto, para que pronto vuelvas. Entre tanto María protegerá tu viaje, porque yo oraré por ti en la Virgen de la Llana.

Entonces Manuel, rebotando contento y amor, le tomó ambas manos con su mano derecha, y dirigiéndole una tierna mirada le dijo:

—¡Adios, Blanca, adiós!

—Adiós Manuel, vuelve pronto —contestó Blanca.

Manuel picó de espuelas al caballo y partió a media rienda.

Al tiempo de romper la marcha:

—¡Adiós! —gritó, tendiendo los brazos hacia la muchedumbre—. Y la muchedumbre le contestó con una voz:

—¡Adiós, llevad buen viaje!

Cuando esta escena ocurría eran las doce de un día sereno. El cielo estaba puro, el sol claro, el campo verde, el soplo de primavera vivificaba la natuarleza.

Ocho días después de marchar Manuel de Almenar, se encontraba en Madrid.

Procuraremos ser breves en la narración.

Llevó al Rey una exposición, anunciándose como el jefe que había mandado la gloriosa batalla de Cremona, y pidiendo a Su Majestad una audiencia.

El Rey se sorprendió no poco al leer aquella exposición; porque recordarán nuestros lectores que el Rey Felipe V, muy reconocido a los valientes españoles que vencieron en aquella sangrienta batalla a los moros y alemanes, envió al duque de ... con la expresa embajada de distribuirles una condecoración especial; recordarán también que el capitán Manuel, querido de sus soldados por su valor y generosidad, no pareció entre los heridos y, por lo tanto, lo supusieron muerto y extraviado su cadáver en la frondosidad de aquel suelo, no muy conocido de los españoles; y, por último, también recordarán que éstos lloraron muy amargamente la pérdida de tan denodado caudillo.

Pues bien; cuando el Rey pasó la vista por la exposición de Manuel experimentó esa sensación sin nombre que nos produce una sorpresa inesperada, y se le presentó a la memoria lo mucho que aquel capitán había trabajado por su causa.

Manuel fué conducido por gentiles-hombres a las regias cámaras de Palacio, y, para identificar su persona, fueron llamados muchos de los oficiales que se encontraron en la batalla que él dirigió, y que a la sazón disfrutaban altos gra-

dos en la guardia del Rey, porque la acción de Cremona fué una acción, aunque pequeña, de gran importancia, de consecuencias trascendentales, y donde los soldados dieron muestra de gran fidelidad a la casa de Borbón.

Al principio, los militares se le quedaron mirando; pero tan luego como él les dirigió la palabra, se arrojaron a sus brazos, locos de regocijo, gritando a una voz:

—¡Este, éste es el valiente capitán que descubrió la conspiración del Cura; éste es el que venció en Cremona!

Entonces el Rey dió muestras de alegría, y le obligó a referir su historia.

Manuel le obedeció gustoso; pero lo hizo con tan elocuente naturalidad, con un lenguaje tan seductor, con tal verdad en los cuadros, que logró conmover al Monarca y enajenar el corazón de sus amigos.

Después que hubo acabado, tomó el Rey la palabra y habló así:

—Grande es mi contento, noble capitán, al encontrarte en mi palacio cuando te creía muerto; mucho es lo que has sufrido en los tres años de cautiverio, y todo por distinguirte en la defensa de Felipe V; pero Felipe V sabrá recompensar tus servicios.

En dos palabras: lo nombraron brigadier, fundándose para ello en que si siempre había tenido un grado más que los otros, y uno de ellos era coronel, decoroso se hacía que a él se le hiciera brigadier.

Se le nombró marqués de Cremona, en premio de los grandes padecimientos que aquel sitio le había ocasionado, y para que la España recordara en este título uno de los días más esplendentes de sus anales; porque en él se distinguieron sus denodados hijos en un pueblo extraño por su valor y por su fidelidad hacia su Rey.

Por último, se le nombró también grande de España.

Esto enloquecía a Manuel de alegría, por el grato presente que con sus títulos iba a hacer a su Blanca.

Estos honores y su interesante historia abrieron a aquel joven las puertas de la alta sociedad; pero Manuel no había salido de Almenar en busca de estas glorias; Manuel había salido en busca de un tesoro que todavía no había encontrado, pero que con su actividad, y ya podemos decir con su fortuna, se proponía encontrar.

Manuel se acercó al Cardenal Portocarrero a informarse de la causa del Marqués de Almenar, y el Cardenal le respondió, con indiferencia, que cuando se sublevó en los pinares de Soria se le mandó preso al castillo de San Antón, en La Coruña, donde debía permanecer aún, pues no recordaba haber recibido parte de su muerte.

Entonces Manuel, en audiencia particular con el Rey, lo que no le fué difícil conseguir, imploró del Menorca la gracia de poner en libertad al Marqués.

El Rey le pidió explicaciones acerca de su demanda, pues no podía comprender, según el mismo Soberano confesó, que un partidario tan fiel de Felipe V intercediera con tal interés por el más obstinado defensor de la casa de Austria.

Manuel, con acento conmovido y tiernas expresiones, le refirió, palabra por palabra, la historia de sus amores, y el Rey, acabando de conocer la nobleza del corazón de aquel mencebo, le dijo, en el acceso de emoción que sus palabras le habían producido:

—Grande es tu alma, como grande es tu valor, vencedor de Cremona; marcha tranquilo, que tú mismo serás el instrumento de tan loable acción.

Con efecto: al día siguiente se encontró Manuel en casa

dos cartas reales; en una se autorizaba al Marqués de Cremona para poner en libertad, sin restricción alguna, al vasallo que fué Marqués de Almenar, y otra, en que se declaraba como vínculo, para la existencia del Marqués de Cremona, el castillo y todas las dependencias que pertenecieron al susodicho Marqués de Almenar, y que por orden del gobernador de la nación, Portocarrero, habían sido secuestrados.

Manuel se presentó en palacio, se echó a los pies del Rey, le besó la mano agradecido, y al día siguiente partió para La Coruña.

Manuel iba en su viaje enajenado de gozo. ¿Y cómo no? ¿Quién podrá comprender su satisfacción a no encontrarse en su mismo estado?

Manuel ve rotas las cadenas del cautiverio; se ve en el suelo de su querida patria; ve remuneradas sus fatigas; ve en su poder los bienes de que despojaron a su amada; al entregarle estos bienes, le entrega también su padre, puesto por él mismo en libertad; y al entregar a la hija el padre, les enseña al padre y a la hija que en un pecho plebeyo cabe una acción grande, muy grande; que no hay necesidad, para ser noble, de ostentar un escudo ni una corona.

Manuel hacía su viaje caminando entre bellas esperanzas, entre gratas quimeras, entre dulces ilusiones; más blandas, más seductoras y encantadas que blando, encantador y seductor es el sueño de la infancia.

¡Oh fortuna! —exclaman los pergaminos al llegar a este punto—. ¡Oh fortuna! ¡Con qué facilidad cambias el aspecto de las cosas! ¡Oh cielo! ¡Nunca la inocencia ni la virtud invocan tu nombre en vano!

II

Eran las diez de la mañana de un día claro de junio.

La Coruña dibujaba sus cúpulas y sus veletas en el azul del cielo, el sol reflejaba sus rayos en las palpitantes olas del Océano y el castillo de San Antón, inmóvil siempre en el mar, como el rey de las tempestades en su agitado elemento, mecía su banderola a expensas de un viento suave de tramontana.

Pero estas escenas son demasiado bellas, y hora es de que acompañemos al infortunado en su desgracia, y que presenciemos cuadros terribles, dulces y misteriosos a la vez.

Atravesemos para ello las férreas puertas del castillo de San Antón, bajemos las angostas escaleras de sillar, crucemos las estrechas y sombrías galerías, y nos encontraremos en la más cruel de las cárceles, en la mazmorra destinada entonces a atormentar a los reos de lesa majestad.

Esta mazmorra es cuadrada, y se entra a ella por una pequeña puerta de hierro, en forma ojival; hasta la altura del pecho de un hombre está abierta dicha mazmorra a pico en la roca viva, por lo que parece una gran pila de baño.

En el borde de esta pila nacen, en los cuatro ángulos, los dos arcos torales, formados de piedra sillar, y que, cortándose uno a otro en la parte más alta, tienen una clave común.

La bóveda es de ladrillo.

Este calabozo no tiene más luz que la ráfaga débil que penetra por una tronera de la puerta, triste fulgor, suspiro

moribundo que envía la opaca claridad de una galería subterránea.

En los cordones de la bóveda había gruesas argollas, gruesas y largas cadenas suspendidas en enmohecidas escarpías.

En las paredes se veían algunos garabatos, abiertos, sin duda, con puntiaguda piedra, obra de paciencia que sólo algún reo condenado a morir allí pudo llevar a cabo.

Uno de estos garabatos pretendía representar el perfil de una figura de mujer; el otro, el de un hombre.

En una parte se leía, en letras grandes, irregulares y desiguales, Blanca; en otra, Manuel; en otra, luz; en otra, florestas; en otra, nubes; palabras misteriosas, anhelados deseos de algún infeliz reo que consumió sus días en aquel calabozo, ansiando nubes, florestas, luz.

En uno de los rincones más oscuros, si es que grados de oscuridad cabían en aquel horrible calabozo, se descubría una peña, y recostado en esta peña un bulto informe, sin movimiento.

No se percibe a primera vista lo que es, porque la penumbra que le rodea lo hace más y más confuso; pero, examinándolo despacio, parece un ser animado, porque aún exhala su pecho algún aliento; parece un hombre, pero un hombre demacrado, débil, sin fuerzas, que se halla muy próximo a exhalar el último suspiro.

¡Oh, lector! Este bulto informe, casi inanimado, es el Marqués de Almenar. El Marqués de Almenar que ha visto transcurrir tres años en la lenta agonía en que ahora lo encontramos, mirémosle y excitará de lleno nuestra compasión.

No es hombre, es un esqueleto; no vive, está en la agonía más triste; sus miembros carecen de fuerzas, su rostro

se ha descarnado; sus ojos se han hundido; sus arrugas se han pronunciado; sus cabellos se han caído; sus dedos se han crispado, y envuelto en un saco pardo con mangas se encuentra tirado en el suelo sobre una peña, cruzados los brazos y escondida la cabeza entre los brazos. ¡Desgraciada criatura! ¡Qué tres años tan crueles han amargado tu existencia! ¡Qué castigo tan terrible ha sufrido tu orgullo! ¡Infeliz! ¡Cuánto ha padecido tu alma...!

Todo calla; la humedad del calabozo es pegajosa e insalubre, y desde allí se oye, como desde un abismo, el ruido sordo de las olas que vienen a estrellarse en la muralla del castillo.

Hemos dicho que eran las diez de la mañana de un día claro de junio; en esta hora llegó Manuel al castillo de San Antón, presentó al gobernador de la fortaleza sus reales títulos, y el gobernador le dió orden al alcaide que pusiera en libertad al reo de la mazmorra negra.

Pero Manuel quiso gozarse en el bien, y se bajó con el alcaide a la mazmorra negra.

El infeliz prisionero continuaba en su oscuro rincón, tirado en el suelo, con los brazos sobre la piedra y la cabeza sobre los brazos, inmóvil y sin pensar en nada, como si él fuera una nada escondido en la vida, como si la vida fuera otra nada que se deslizaba delante de él.

En esto sonó la cerradura de la llave, luego el cerrojo de arriba, después el cerrojo de abajo, luego rechinó la puerta sobre su pesado eje de hierro, y Manuel y el alcaide, con un farol en la mano, entraron en la mazmorra.

Manuel se estremeció al penetrar en aquel lóbrego recinto.

El preso permanecía en la misma postura.

Manuel corrió la vista, sorprendido, por su alrededor y no vió nada.

—Allí está —dijo el Alcaide, que comprendió lo que pasaba por Manuel.

Y señaló al rincón.

Manuel se acercó a él, clavó en él los ojos, y dos ardientes lágrimas subieron de su corazón a sus párpados, y de sus párpados rodaron hasta el suelo.

—Dejadme solo —dijo al Alcaide.

El Alcaide colgó en una escarpia alta el farol, y salió de la cárcel, cerrando tras de sí la puerta.

¡Tal era la costumbre de cerrar!

La luz pálida del farol prestaba el último colorido de melancolía a aquella mansión melancólica y lúgubre de suyo.

El preso continuaba inmóvil. Manuel, derecho a su lado, con los brazos cruzados, mirándolo de hito en hito, conmovido hasta lo íntimo de su alma.

Por fin se resolvió :

—¡Marqués!... —le dijo.

El preso alzó admirado su descarnado rostro.

—¡Infeliz! Levantaos del suelo —repitió Manuel.

—¿Quién sois vos, que se digna dirigir la palabra a este desgraciado? —preguntó el preso, incorporándose con dificultad, sentándose en el suelo y reclinando la espalda y la cabeza en la pared.

—Soy un hombre que vengo a poner fin a vuestras desgracias —respondió Manuel.

—Oh!... Qué dulce suena vuestra voz en mis oídos —exclamó, convulso, el anciano—. Habladme, habladme, por piedad. En el tiempo que llevo encerrado en esta mazmorra, no he oído la voz de mis semejantes.

—Pues y ¿el Alcaide?

—No me respondía.

—¿Y el carcelero?

—Me pegaba un empujón y se marchaba.

—¡Desgraciado!... —murmuró para sí Manuel—. ¿Hace mucho tiempo que estáis aquí?

—Mucho... mucho.

—¿Cuánto?

—¡Ah! No lo sé. Aquí no hay horas, aquí no hay luz, aquí no hay día ni noche para medir el tiempo, aquí... ¿no lo veis? todo es oscuridad, aquí me metieron hace mucho tiempo, mucho, y de aquí no me sacarán jamás.

Manuel se afectaba por grados.

—¿Saldrías de aquí con gusto, pobre Marqués? —le preguntó.

—¡Ah! —exclamó el preso levantándose frenético, y agarrando la mano de Manuel—. Si saldría...; vos no sabéis lo que es estar en esta sepultura un tiempo y otro tiempo... y siempre a oscuras... ¡Ah! Si eso preguntáis no sabéis, no, lo que es vivir aquí sin ver el sol, el campo, el mar, los bosques, las nubes... Por piedad, sacadme de aquí un instante, dejadme ver otro instante, otro..., la claridad del día; dejadme respirar el aire libre, dejadme ver un momento a mis semejantes, un momento no más... y matadme después.

El pobre anciano, en sus convulsos movimientos y en su voz agitada, descubría la fuerza de sus deseos.

Manuel no podía ya retener su ternura.

—¡Ah calláis...! —exclamó con amargo dolor el preso—. Vos sois tan cruel como el otro; vos, después de haberme hecho recordar las nubes, el sol y el día, marcharéis a ver esas bellezas... y a mí me dejaréis aquí. ¡Piedad, Dios mío, piedad!

Y el anciano levantó al cielo sus brazos convulsos y sus ojos arrasados en lágrimas.

—Vos marcharéis y yo me quedaré aquí para siempre...

—¿Quién es ese otro tirano de quien os quejáis? —preguntó Manuel.

—¿Quién? El Alcaide.

—Pues ¿qué os ha hecho el Alcaide?

—Oídmeme y lo sabréis: un día me dijo, como vos me decís ahora, si quería salir, y yo me abracé a su cuello. Me dijo que estaba un día hermoso, que en el cielo había nubes transparentes y de color de rosa; ¡ah! de color de rosa; qué bellas; me dijo que el sol estaba claro; me dijo otras mil cosas tan divinas... y cuando ya nació en mi pecho un deseo de verlas que me abrasaba el corazón; y cuando ya di yo un paso hacia él y me encontraba cerca de la puerta... —Quédate en tu mazmorra —me gritó—. Y me apartó de él en un empujón. —¡Por Dios! —grité yo, arrodillándome y abrazándome a sus pies—: sacadme de aquí un instante; pero el malvado me pegó un puntapié en el pecho y cerró esa puerta con llave. Luego oí un cerrojo, después otro cerrojo. Desde entonces voz humana no ha llegado a mis oídos; el carcelero me pone la comida y se marcha. Yo paso el tiempo sobre esta peña, pero vos no seréis tan cruel como él, vos me dejaréis ver la luz; dejadme un instante, un instante no más mirar el sol, dejadme un instante respirar el aire puro, y cerradme después para siempre en esta mazmorra, y siempre orará en ella este desgraciado para que vos seáis feliz en ese mundo claro y radiante, en el que a mí no me es dado vivir.

—Apaciguaos anciano —dijo Manuel—. Apaciguaos buen hombre, que yo no soy tan cruel como el Alcaide; yo vengo a consolar al desgraciado.

— ¡Ah! ¿Quién sois vos que así alegra mi corazón afligido?

— ¿Qué os importa quién yo sea? Soy un desconocido que viene a ajustar vuestra libertad.

— ¿Mi libertad?...

— Vuestra libertad. En mis manos está el abrir esa puerta y deciros: andad Marqués, andad libre por ese mundo, y mirad el sol, las nubes, el mar que anheláis mirar, porque, sabedlo, el día de hoy es esplendente.

— ¡Piedad! —exclamó el preso cayendo de rodillas a sus pies—. Si en vuestras manos está lo que decís, sed compasivo, dadme la vida, dadme la libertad.

— Alzad —le dijo Manuel, levantándolo—. Yo os daré la libertad si por ella me dais lo que la libertad vale.

— Dádmela y os daré cuanto poseo —exclamó el anciano acercándose a él con anhelo—. Sacadme de aquí y os entregaré ocho millones que tengo en fincas.

— No —respondió Manuel—. No tenéis fincas.

— Sí, ocho millones tenía cuando me encerraron en este calabozo.

— Pero Felipe V se sentó en el trono de España, y vuestras fincas fueron vendidas como pertenecientes a un reo de lesa majestad.

— ¡Ah!... —exclamó el preso—. Y escondió el rostro entre sus manos.

Luego prosiguió con ansiedad:

— Os daré un magnífico castillo, para que viváis cómodamente en él.

— Ese castillo fué entregado a los partidarios de Borbón.

— Os daré el título de Marqués de Almenar —exclamó sofocado.

— Ese título desapareció con baldón de la tierra.

—Entonces... —repitió con amargo despecho—, no tengo nada que daros; idos, idos vos a vivir en la región de la luz, y dejadme a mí morir en esta mazmorra.

Y descorazonado el pobre anciano, se tiró bruscamente sobre la piedra del rincón.

Manuel padecía mucho, pero este padecimiento era muy dulce.

—No os aflijáis, buen anciano —le dijo mirándolo con compasión—. Aun poseéis una alhaja que ofrecermé podéis por la libertad.

—Nada poseo —respondió el anciano desde el rincón donde se había arrojado.

—¿No tenéis un tesoro precioso que un día cuidasteis con esmero?

—No tengo ningún tesoro.

—¿No tenéis una hija que se llama Blanca?

—¡Ah!... Blanca... —exclamó el anciano levantándose ligero y apoyando convulso su mano en el hombro de Manuel—. ¿Conocéis a mi Blanca? ¿Vive mi Blanca?

—Vive vuestra Blanca, y ese es el tesoro que yo reclamo por vuestra libertad.

El anciano se llevó la mano a la frente, y quedó en ademán pensativo.

Después, retirándola con gravedad, dijo:

—Mi Blanca... ¡ah!... mi Blanca... por mi libertad... ¿Vos no sabéis, mancebo, una historia que encierra el nombre de mi Blanca?

—La sé Marqués, y porque la sé vengo a pedir su mano en premio de vuestra libertad...

—¿Vos conocéis a mi Blanca?

—La conozco, y conocí también a Manuel.

El anciano se estremeció al oír este nombre.

—Pues si conocéis a Manuel... —murmuró pensativo...

—No le conozco; le conocí.

—¿Murió?

—Murió.

—¡Ah!...

Y levantó las manos y los ojos al cielo.

—Murió peleando como valiente en las huestes de Felipe V.

El anciano inclinó un momento la cabeza.

Manuel lo miraba con asombro.

El silencio era profundo; la luz del farol, melancólica y fúnebre.

—Murió Manuel —murmuró el anciano.

—¿Vos le amasteis en algún tiempo? —preguntó Manuel.

—Le amé con delirio —contestó el anciano con acento de dolor.

Y fijó los ojos en el suelo.

—¿También amasteis mucho a Blanca?

—¡Ah!... sí la amaba... Blanca... Manuel... Dios, la luz y las nubes han sido las únicas imágenes que han corrido por mi espíritu en esta lóbrega prisión. Venid.

Y tomando de la mano a Manuel lo llevó a una de las sucias paredes del calabozo.

—Mirad: con la punta de esta piedra he ido labrando aquí esas palabras. Leed.

Manuel leyó: BLANCA, MANUEL; en otra parte, DIOS; en otra, SOL; en otra, NUBES.

—Ya que yo no veía —dijo el anciano— el sol ni las nubes que son la expresión más sublime de Dios, quería tener junto a mí los signos que representan esas ideas.

—Venid —prosiguió llevando a Manuel a otra pared, en

la que se descubrían mal dibujadas, las imágenes de un hombre y una mujer—. Esta es mi Blanca, mirad su nombre junto a ella; y éste es Manuel. También tiene cerca su nombre. ¿Lo veis?

—Lo veo —respondió Manuel.

—Ellos han sido los únicos compañeros que he tenido en mi amarga soledad; yo les preguntaba y ellos, los infelices, no podían responderme, porque no me oían, porque lo que yo veía era nada más que sus imágenes; pero yo oía lo que querían responderme; lo que me hubieran respondido si hubieran escuchado mis preguntas; oía que me perdonaban cuando les pedía perdón, porque son muy buenos. Estas imágenes han sido los únicos compañeros que he tenido en mi prisión. Mancebo... ellas serán las únicas que me acompañarán al tiempo de morir.

—No —contestó Manuel—, porque no moriréis aquí.

—¿Qué me decís?

—Pues qué: ¿al que os ofrece vuestra libertad no le daréis en premio vuestra hija?

—Y quién sois vos que bajáis a mi prisión y de tal manera me fascináis? ¿Cómo os llamáis, mancebo?

—¿Qué os importa mi nombre?

—Es verdad; sois mi ángel tutelar.

—Conque decidme, Marqués —prosiguió Manuel acercándose a la puerta y echando mano al cerrojo—. Yo me marcho. ¿Me dais vuestra hija por esposa y os doy la libertad para siempre?

—Deteneos —exclamó sofocado el anciano—. Y agarrándolo con fuerza le preguntó:

—¿Murió Manuel?

—Murió.

—¿Os ama ella?

—Me ama.

—Entonces, bien; puesto que lo deseáis, sed el esposo de mi hija y sacadme de esta mazmorra.

—Salid, noble anciano —contestó Manuel conmovido tendiéndole el brazo derecho por el cuello—. Hora es de que concluya vuestro martirio.

Los dos salieron del calabozo.

Cuando se encontraron en la galería subterránea, le dijo Manuel :

—Esperad.

Y cubriéndole los ojos con un pañuelo, añadió :

—Vamos a salir a la luz, y si la recibierais de golpe os haría daño.

—Haced de mí lo que queráis —contestó el infeliz Marqués.

Manuel le ayudaba a andar, porque estaban sus miembros tan entumecidos que apenas podía moverse.

A los ocho minutos se encontraron en una sala del castillo casi a oscuras, porque con toda precaución había mandado Manuel entornar las ventanas.

Este le quitó el pañuelo del rostro, y el anciano a quien palpitaba el pecho de alegría, comunicando un cierto movimiento convulsivo a sus descarnados brazos, dijo sobremana gozoso :

—¡Ah! Las ventanas están cerradas, pero el aire que aquí se respira es suave, es puro, es un aire vital, no es el aire pestífero de la mazmorra.

Entonces Manuel abrió las ventanas de nogal, y como para prepararlo por grados había corrido las cortinas encarnadas, una luz de color de rosa inundó la habitación; luz transparente, luz cándida y risueña.

—¡Oh, Dios! —gritó el anciano al ver aquel resplandor—. Esta es la aurora, está amaneciendo.

Y fué a precipitarse sobre la ventana. Pero Manuel lo detuvo, diciéndole :

—No amanece ahora. Estamos en la fuerza de un día claro. Pero he querido preveniros así, para que el repentino choque de la luz en vuestros ojos no hiera las pupilas debilitadas por la continua oscuridad.

El anciano se sonreía sin querer, y miraba a Manuel con admiración y agradecimiento.

—Ahora ya podéis acercaros —prosiguió Manuel corriendo la cortina—. Y el anciano se precipitó ansioso sobre la ventana.

El instante en que esto sucedía era el instante más bello para todo aquel que como el desgraciado Marqués ambicionase luz, nubes, variedad; porque todo lo más seductor que la naturaleza ofrecer puede al hombre lo ofrecía con esplendidez en aquel instante supremo.

Eran las doce.

La atmósfera estaba pura; el sol, en todo su esplendor; nubes mil en flotantes guirnaldas oscilaban sobre el castillo, caprichosas nubes de fondos plateados, de contornos divinos, se perdían en el horizonte; el mar rielaba ofreciendo mil colores en sus blandas olas; las aves cantaban alegres, volando rápidas entre el cielo y el mar.

Tal era la escena que la naturaleza presentaba, cuando el anciano se lanzó a la ventana.

Deseara que mi pluma expresar pudiera las dulces emociones que entonces sentía aquél, pero nos contentaremos con mirar su afanosa postura.

Vedlo, vedlo encorvado sobre el alféizar; vedlo con los

ojos abiertos, con la boca abierta, con el rostro suavemente contraído por una sonrisa indefinible, involuntaria; miradlo ávido como el hambriento que se apodera del pan, como el sediento que se apodera del agua; como el moribundo que comienza a beber la vida en el aire nuevo que respira.

Largos instantes se deslizaron en silencio, extasiado el anciano en contemplar las nubes, el céfiro, el mar, el cielo; y en contemplar al anciano Manuel, con los brazos cruzados y con una dulce contracción en el rostro, que bien a las claras revelaba su placer.

—Dios de bondad —exclamó por fin el anciano—. Es necesario para apreciar en su justo valor las bellezas de la naturaleza haber estado, como yo, sepultado en una terrible mazmorra.

Y levantó los brazos y los ojos al cielo.

Después, recordando a quién debía la gran felicidad que en aquel momento disfrutaba, volvió la cabeza con majestad, y dirigió una tierna mirada de gratitud a Manuel.

Manuel contestó con otra no menos tierna, ni menos expresiva.

III

Media hora hacía que reclinados en la ventana Manuel y el anciano hablaban de cosas agradables, respiraban las brisas del mar y miraban el bello panorama de la naturaleza, cuando, volviendo el rostro hacia Manuel dijo el anciano :

—¿Y hace mucho tiempo, noble mancebo, que amáis a mi hija?

—No mucho —respondió Manuel, sonriendo.

—¿Y Manuel? —exclamó el anciano con dolor. ¡Pobre Manuel! Murió en lo más fresco de su juventud.

—Parece —dijo Manuel— que os ha impresionado mucho la muerte de ese joven...

—¡Ah! Mucho. ¿Vos conocéis su historia según me habéis dicho?

—La conozco.

—Pues, entonces..., además del cariño que yo le profesaba, comprenderéis los motivos por que su muerte me asusta, me horroriza; yo lo lloraré eternamente con lágrimas de amargura, y su sombra se presentará noche y día a mi espíritu, acusando mi error.

—No os agitéis por ello —dijo Manuel procurando temprar al anciano. La sombra de ese joven no se os presentará noche y día, ni os acusará vuestro error.

—¿Por qué? —preguntó el anciano, mirando al joven con asombro.

—Porque el alma de los vivos nunca se aparece en sombra.

—¡Mancebo! ¿Qué queréis decir con eso? —exclamó el anciano con el rostro desencajado por la sorpresa y por el temor.

—Quiero decir —respondió el joven— que Manuel vive... y vive más feliz que nunca.

—¡Que vive Manuel! —exclamó el anciano escondiendo su rostro entre las manos— ¡Que vive Manuel y vos me habéis pedido mi hija! ¡Oh, vos me habéis engañado...!

—Calmaos, noble anciano —dijo con dulzura el joven, levantándole la frente con la mano derecha—. Calmaos que yo no os he engañado; si he pedido vuestra hija en premio de vuestra libertad, es porque a vuestra hija la he pedido para él, es porque la libertad se la debéis a él.

—¿A él mi libertad? ¿Para él mi hija? ¡Oh!... esto es un sueño —exclamó el anciano atónito—. ¿Y quién sois vos que tan mágicamente cambiáis mis penas en delicias? ¿Quién sois vos que de la muerte me sacáis a la vida?

—Soy un amigo de Manuel.

—¿Y dónde está Manuel?

—Está lejos de aquí; esperando vuestro perdón y vuestro consentimiento.

—¡Oh! ¡Yo no comprendo este misterio! ¡Habladme con claridad! ¿Qué ha sido de mi hija durante mi prisión? ¿Qué ha sido de Manuel?

—Sentaos, noble anciano —dijo Manuel colocando dos sillas frente a la ventana—, sentaos y escucharéis su historia.

—Sí, sí —respondió el anciano con anhelo—, nos sentiremos, hablad.

Los dos se sentaron el uno junto al otro; y el rayo de sol que penetraba por la ventana doraba el ropaje del anciano; éste se saboreaba en aquel torrente de luz, y escuchaba con sumo interés al joven, que habló así:

—Os enteraré en pocas palabras de todo lo ocurrido desde vuestra prisión, hasta el presente momento.

El anciano hizo un movimiento de ansiedad.

—Murió Carlos II —dijo el joven—. Vos levantasteis bandera en favor de su dinastía, fuisteis apresado y encerrado en este castillo.

El anciano hizo con la cabeza un triste movimiento afirmativo.

—La nación, en su mayor parte, se decidió, entusiasmada, por la causa de Felipe V, y Manuel, que arrojado de vuestro castillo, se encontraba solo en el mundo, sin parientes, sin amigos, sin dinero, sin más patrimonio que su desnudo y

una llama de amor que abrasaba su corazón, se alistó en las banderas del nuevo Rey, y sus virtudes morales y militares bien pronto le hicieron granjearse la voluntad de sus jefes.

El anciano callaba y escuchaba con la cabeza baja.

—El pendón que el Marqués de Almenar levantó en los pinares de Soria irritó en alto grado el ánimo del cardenal Portocarrero, regente del reino entonces, y castigó con todo rigor su osadía. Después que a vos os encadenó cruelmente en las mazmorras de este castillo, hizo que todos vuestros bienes pasaran al patrimonio del Estado; secuestró vuestro castillo, y expulsó de él con inhumanidad a toda vuestra servidumbre.

—¿Y qué fué de mi hija? —gritó el anciano levantando, de repente, la cabeza.

—Vuestra hija salió llorando, abandonada y arrojada de su alcázar, por la misma puerta que quince días antes había salido llorando, abandonado, y arrojado, Manuel, que más delito no tenía para ello que un amor que devoraba su alma.

—¡Oh Providencia! —exclamó el anciano levantando los ojos al cielo.

—¿Y qué fué, después, de mi pobre Blanca?

—Pobre, en efecto... —contestó Manuel—. Pero, escuchadme con paciencia.

El anciano volvió a fijar en él sus ojos, y después Manuel prosiguió:

—Cuando el nuevo Rey se presentó en las fronteras de España, marcharon a recibirlo en Irún multitud de jóvenes, gallardos mancebos que fueron admitidos a hacer su guardia de honor, y entre los cuales se hallaba Manuel. Transcurrido algún tiempo, surgió la insurrección de Nápoles, y fué necesario mandar allí tropas de confianza que la apaciguaran;

ninguna ocasión más halagüeña que ésta podía ofrecerse al hombre que solo en el mundo, valiente y ahogado por el fuego del amor, deseaba, a todo trance, o labrarse con su espada un nombre en la historia o con su espada abrir su propia sepultura. Este hombre era Manuel. Y Manuel marchó a Nápoles, donde hizo prodigios de valor. El era entonces capitán de caballería; yo era subteniente, era su mejor amigo.

—Su mejor amigo... —murmuró para sí el anciano.

—El día de gloria para Manuel no había llegado aún, pero no estaba lejos. Pasamos de guarnición a Cremona, donde, en secreto, se estaba fraguando una conspiración de alemanes y moros, dirigida por un cura. Manuel la descubrió. Manuel le cortó la cabeza al estallar, y, lanzándonos unos y otros fuera de la ciudad, se enredó en medio de la noche la batalla más sangrienta que huestes europeas han presenciado nunca; aquello fué pelear. Cada soldado era un tigre. Nuestro capitán un león, y dirigidos con nuestro valor y su pericia, arrollamos fuerzas triples a las nuestras, dispersamos al enemigo, arrancamos la bandera, y aseguramos con aquella refriega el trono de nuestro Rey en España. Bien conocieron los españoles la importancia de la batalla de Cremona, y, agradecido el Rey a ella, despachó pronto al Duque de . . con premios para los valientes soldados, y altas condecoraciones para el capitán que aquellos valientes había mandado. Pero la felicidad nunca es completa. Manuel no pareció ni entre los vivos ni entre los muertos. Manuel fué el único prisionero que hicieron los vencidos, y para descargar en él la saña que contra todos nosotros abrigaban aquellos pérfidos, se lo llevaron los moros cuatavo a Argel.

—¡Qué horror! —exclamó el anciano haciendo un movimiento de amargura.

—Pero todo tiene su fin en este mundo —contestó el mancebo.

—Durante aquel tiempo, vuestra hija, que se encontraba sobre la tierra, sin más compañera que su fiel aya Gimena y sin otro medio de subsistir que el trabajo de sus delicadas manos, se albergó en una miserable casa de Almenar, y en compañía de su aya, pasaba el día y la noche hilando lana, con objeto de ganar un pedazo de pan para comer al día siguiente.

—¡Pobre hija mía! —exclamó el anciano conmovido.

—Al principio se compadeció el pueblo de ella, pero después se olvidó de ella el pueblo, y Blanca fué desde entonces, una de las miserables aldeanas que allí vivían. Pero Manuel, en las angustias del más cruel cautiverio, y Blanca, en los horrores de la más extremada miseria, ni uno ni otro alzaron, su frente altiva contra Dios. Ambos dirigían sus humildes plegarias a la Virgen de la Llana, ambos le pedían que los sacara de aquella aflicción. La virgen escuchó sus ruegos, porque por medio de un portentoso milagro arrancó a Manuel del cautiverio y lo trasladó al regazo de su Blanca.

—¿Por medio de un portentoso milagro? —preguntó el anciano.

—Sí. Por medio de un portentoso milagro, que ha asombrado al país, Manuel se encontró cuando menos lo esperaba, junto a su Blanca en el templo de la Virgen, a quien tantas plegarias habían ambos dirigido en la miseria. Pero Manuel se arrancó de los brazos de su amante, y corrió a la Corte a presentarse al Rey.

—¿Y qué hizo el rey?

—Llamarnos a todos los oficiales que peleamos en Cremona, para reconocerlo, y luego que lo reconocimos, y cari-

ñosamente estrechamos contra nuestro pecho a nuestro valiente capitán, le dió las gracias en persona, le nombró brigadier, le concedió el título de marqués de Cremona, y a este título de Marqués de Cremona adjudicó el castillo y demás bienes que habían pertenecido al antiguo marquesado de Almenar.

El anciano hizo un movimiento de sorpresa.

—Manuel es hoy marqués de Cremona, y señor de todos vuestros bienes —añadió el joven.

—¿Y después de todo esto, y después de la bajeza que yo cometí con él, se acuerda ese joven de mi hija?

—No para aquí su generosidad. Cuando hubo recibido todos estos honores y riquezas, que a otro hombre hubieran fascinado, se postró a los pies del Monarca y le dijo :

—Señor, cuantas gracias hasta ahora me ha concedido vuestra real munificencia nada son para mí, sino me concede la que le pide mi alma.

—Nunca un valiente soldado —contestó el Rey— pedirá a Felipe V una gracia sin que Felipe V se la conceda. ¿Cuál es la que me pides?

—Que si en algo aprecia mi Soberano los humildes servicios que he prestado, conceda la libertad al marqués de Almenar.

—¡Dios mío! —exclamó el anciano levantando al cielo los brazos y los ojos anegados en lágrimas—. Las desgracias y la experiencia me han enseñado que la nobleza del hombre está en su corazón... no en sus blasones.

—El Rey le autorizó a él mismo para que abriera las puertas de vuestra cárcel, y entonces él me llamó y me dijo : «Tú eres el mejor de mis amigos. Ve a La Coruña, abre en mi nombre al marqués de Almenar las puertas de su prisión, y dile

que cada día amo con más frenesí a su hija, pero que no le alargaré mi mano sin su permiso». Yo le he obedecido y he abierto las puertas en su nombre, y si para ello me he valido de ciertos ardides ha sido porque esta historia, contada de repente, tal vez os hubiera hecho daño. Ya he cumplido mi misión. Ahora os corresponde hablar a vos, Marqués. ¿Qué le contestáis?

—¿Qué he de contestarle yo, pobre náufrago, a quien tendió su generosa mano en el proceloso mar de la desgracia...? —exclamó el anciano abriendo los brazos y llorando de emoción—. ¿Qué han de contestar los ojos al sol, que les envía la luz? ¿Qué ha de contestar el sediento, al arroyo que le presta su agua cristalina? ¿Qué ha de contestar la criatura al Dios que le da la vida...? ¡Oh...! ¡Eso le contesta este pobre anciano a Manuel!... Llevadme, amigo... llevadme pronto a su presencia. Quiero postrarme delante de él... quiero abrazarle los pies... quiero pedirle perdón de rodillas.

—Nunca tal cosa permitirá —contestó el joven no menos conmovido que el anciano—. Pero ese momento que anheláis, ese momento dichoso de la reconciliación no está tan lejos de vos como creéis... Mas acaso aunque vierais a Manuel ahora no le conoceríais...

—Sí le conocería —respondió el anciano con ligereza.

—¡Está tan desfigurado...! Ha sembrado su huella el infortunio de una manera tan cruel en su semblante...

—No importa. Si no reconociera su semblante, reconocería su corazón.

—¿Qué... noble anciano —exclamó Manuel ahogado ya por las emociones que había sentido—; y en mi corazón... no encontráis, por ventura, algo que se parezca al corazón de Manuel...?

El anciano se le quedó mirando pálido, convulso.

—¿Nada os dicen mis lágrimas?

—Esa voz... —gritó el anciano temblando...— esa mirada...

—¡Es la suya! —contestó Manuel, dejándose caer desfallecido en sus brazos.

—¡Manuel! —gritó el anciano.

—¡Marqués! —murmuró Manuel.

Y las lágrimas del uno se confundieron con las lágrimas del otro.

Dejadlos que lloren, dejadlos que se abracen, dejadlos que desahoguen en llanto feliz sus corazones tanto tiempo oprimidos por la desgracia.

Pasado un cuarto de hora de venturoso enajenamiento, levantó su rostro húmedo el Marqués sin dejar de abrazar a Manuel, y le dijo :

—¿Y mi Blanca?

—No sabe nada de esto.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Correr a hacerla pronto participante de nuestra dicha.

—Corramos —dijo el Marqués—, pero déjame llorar un momento más en tu pecho.

Prosiguió tornando a reclinar la cabeza en los hombros del mancebo :

—Llorad, llorad, padre mío, cuanto queráis —exclamó éste apretándolo tiernamente contra su regazo. Vuestras lágrimas desahogan también mi corazón como si de mi corazón nacieran.

Un claro resplandor y un silencio profundo velaban aquella escena.

IV

Diez días hacía que Manuel y el Marqués habían salido del castillo de San Antón, y veinte que Manuel había partido de Almenar con dirección a la corte de Felipe V.

En vano será decir que el pueblo de Almenar, curioso, como toda aldea, no se ocupaba de otra cosa que de tales incidentes.

Había quien profetizaba, en los muchos corrillos que se reunían por la noche, un porvenir delicioso a Blanca; no faltaba quien, más semejante a los reptiles, murmuraba entre dientes, y no con buena intención, que ya tardaba mucho Manuel, y que sólo Dios sabía en lo que vendría a parar aquel viaje.

Por último, los más cavilosos y dados a supersticiones, pensaban en sus adentros, que, acaso, acaso, todo lo ocurrido aquella noche sería una visión del Infierno, y el reo de la cárcel, el demonio, que los acechaba en figura de moro, porque entre moro y demonio no había para aquellas gentes una gran diferencia.

Esta era la cuestión del día en Almenar.

Entre tanto la hermosa Blanca, débil todavía por las fuertes emociones que recibió su corazón, contaba el tiempo por instantes, se abrazaba con frecuencia a Gimena, y no se apartaba un momento de la Virgen de la Llana, orando de rodillas junto al arca del cautivo.

No sabía entonces cómo orar. No sabía si dar las gracias

al cielo por lo pasado, o pedirle para el porvenir; pero oraba y oraba con fervor, y oraba con la pureza que los ángeles deben orar a los pies del trono del Altísimo.

Era una de las noches placenteras del mes de julio. Las gentes estaban tomando el fresco en las calles y praderas.

Blanca y Gimena estaban sentadas en el aposento de los tornos.

Tenían la ventana abierta para respirar el vivífico ambiente que aun en el tiempo más caluroso suele soplar en aquel país.

Las dos jóvenes, a la luz de un candil colgado en la pared, se hallaban muy entretenidas en sus tiernos y apacibles coloquios, cuando en la puerta entornada de la habitación sonaron dos golpecitos.

Las dos amigas se miraron la una a la otra sorprendidas, y levantándose ambas, dijeron:

—Adelante.

Era la primera vez, desde que vivían en aquella miserable casa, que llamaban en su aposento.

Se abrió la puerta, y la sorpresa de las jóvenes fué mayor cuando en ella se presentó, con el gorro en la mano, un esbelto garzón, de noble personal, de grato talante, de larga cabellera y costoso ropaje bordado en oro.

—¿A quién buscáis aquí, mancebo? —dijo Gimena algún tanto alarmada, contestando a su saludo de cabeza.

—Busco a Blanca, a la hija del marqués de Almenar.

La admiración de las jóvenes se aumentaba por grados.

—Podéis mandar cuanto gustéis —contestó Blanca.

—Tengo que hablar con vos —repitió el garzón.

—Podéis hacerlo, pero no comencéis antes de tomar asiento.

—Nunca me sentaré delante de vos —repuso el gallardo mancebo—. Además, las palabras que tengo que deciros son contadas y como la alegría que producirán en vuestro ánimo es grande, traigo orden de prepararos antes para no comprometer con ellas vuestra salud.

Nuevo rasgo de sorpresa se pintó en las facciones de las dos amigas, y Blanca exclamó anhelosa :

—Hablad, garzón, hablad.

El garzón habló de esta manera :

—¿No es cierto que son muchos los días que hace os halláis separada de vuestro padre?

—¡Ah, sí! —respondió Blanca alarmada hasta el corazón. ¿Pero a qué viene ahora esa pregunta?

—¿Y no es cierto también que ignoráis si vuestro padre vive?

—¡Por Dios! —exclamó Blanca levantándose y aproximándose al garzón como seducida por un poderoso imán—. Sacadme de la ansiedad en que me han puesto vuestras palabras. ¿Sabéis algo de él?

—Sé que vive.

—¿Que vive? ¿Es cierto?

—Cierto es, hermosa joven. Tranquilizaos. El es quien me envía aquí.

—¿Y dónde está? —gritó sollozando de alegría—. ¿Dónde está mi padre?

—En aquel castillo —contestó el mancebo tendiendo su brazo en dirección del de Almenar.

—¡Virgen de la Llana...! —gritaron a un tiempo Blanca y Gimena—. Y echaron a correr desbordadas hacia la puerta.

Pero el mancebo las detuvo con apuesto ademán, y dirigiéndose a Blanca le dijo con respetuosa galantería:

—No os precipitéis, señora; os perjudicaría ese exceso. Tened calma, que pronto abrazaréis a vuestro padre, porque con los brazos abiertos aguarda, impaciente, a su hija en los salones del alcázar.

Entonces las tres personas comenzaron a bajar la escalera.

Pero oportuno será que antes de que Blanca llegue al castillo tendamos nosotros una mirada por el interior de aquel edificio.

El puente levadizo está caído; los rastrillos, levantados; el vestíbulo, despidiendo torrentes de luz; las escaleras con alfombras de estambre, y los criados, todos en traje de etiqueta.

La cámara de respeto se encontraba abierta de par en par. Bellos tapices de terciopelo adornaban sus paredes; felpudas alcatifas cubrían el pavimento; blandos sofás alternaban con las sillas de Moscovia; tallados fanales pendientes del artesonado con cordones de oro alumbraban con mágica luz aquel estrado.

En la pared opuesta a la puerta, la cual hacía de testera, había un diván de terciopelo azul; a la derecha del diván, la pared de las rejas; a la izquierda del mismo diván, la otra pared, con una puerta de alcoba y otra de gabinete.

Las cortinas de damasco de las rejas estaban cogidas en pabellón, para que penetrase el céfiro de la noche.

Las cortinas de la alcoba estaban herméticamente corridas.

Algún misterio esconderían cuando con tal ahinco habían juntado sus bordes.

Tal se encontraba aquella noche y en aquel instante la cámara de respeto del marqués de Almenar.

El Marqués se paseaba a lo largo del salón, lleno de gozo, pero vacilante y agitado, cuando sintió ruido en el vestíbulo y salió a la puerta, desde donde reconoció a su hija, y al reconocerla se estremeció su pecho.

Tan luego como Blanca pisó aquel zaguán; tan luego como por vez primera, después de tres años, respiró aquella atmósfera, se sintió otra; se sintió narcotizada e impelida por la idea de abrazar a su padre; subió volando la escalera sin ver nada, sin detenerse nada; pero sintiendo mucho en lo íntimo de su alma, y al terminar la escalera exclamó sofocada y casi sin advertirlo:

—¿Dónde está mi padre?

—En tus brazos —respondió su padre estrechándola contra su regazo.

Blanca lanzó un grito indefinible, y comenzó a llorar.

También el Marqués lloró; también el Marqués inclinó su frente sobre la cabeza de Blanca, y regó con lágrimas su negra cabellera.

¡Qué momento tan divino para aquel padre y para aquella hija!

Dejadlos solos; dejadlos que lloren, dejadlos que desahoguen una vez sus corazones.

Aquel instante supremo sólo pueden comprenderlo un padre cariñoso y una hija desgraciada.

Corrieron los instantes, y los instantes fueron néctar divino que dulcificaron aquellos seres, víctimas por tanto tiempo del dolor y el infortunio.

Pasado un cuarto de hora, se hallaban los tres sentados en el diván de la testera: el Marqués, en medio; a la derecha, Blanca, con el cuello entornado por el brazo de su padre; a la izquierda, Gimena, con las dos manos asidas por la mano de su antiguo señor.

Aquellas tres almas nadaban en gozo, y en sus semblantes brillaba la cristalina huella de las lágrimas; pero de las dulces lágrimas que arranca un placer intenso.

Los fanales derramaban misteriosa luz sobre aquella estancia, el céfiro de la noche meneaba con suave, oscilante murmullo los tapices de las paredes y los pabellones de las rejas.

—Ya ha llegado el día, hijas mías —dijo el Marqués levantando los ojos al cielo con emoción—. Ya ha llegado el día en que nuestras penas encuentren su fin; ya ha llegado el día, Blanca de mi alma, en que tu padre pueda imprimir en tus mejillas el ósculo de reconciliación.

Y la besó con frenesí.

—Ya ha llegado el día, Gimena, en que el marqués de Almenar pague tu fidelidad a su hija; pague lo mucho que por ella has trabajado en los tres años de infortunio, en los tres años de cruel sufrimiento con que el cielo ha querido enseñarme la verdad.

—Cómo, padre... —dijo Blanca—. ¿Vos sabéis...?

—Todo lo sé, Blanca mía. Sé que Gimena, esta noble doncella que tengo junto a mí, no te ha abandonado en tu miseria.

—Señor... No he hecho más que cumplir con mi deber —respondió Gimena, bajando la cabeza.

—¿Y hace poco en este siglo quien cumple con su deber? Alza la frente, Gimena. Un corazón como el tuyo no debe bajarla nunca. Alzala para que el mundo vea la virtud que destella tu semblante.

—Señor... —exclamó Gimena llevándose el pañuelo a los ojos—. Tanto honor y tanta dicha en una noche, son demasiado para una pobre mujer.

Las dos jóvenes ahogaron con sus pañuelos los sollozos que brotaban de sus pechos.

—Si el que yo te dé las gracias es dicha y honor —respondió el Marqués—, tanto honor y tanta dicha merece la mujer que aún conserva en su corazón la preciosa joya de la gratitud. Tanto honor y tanta dicha merece la mujer que en la desgracia no abandona a la señora que ha servido en la opulencia. Tanto honor y tanta dicha merece la mujer que, cual tú, no olvida el pan que ha comido bajo el techo de su señor, la mujer que apaga el hambre de su señorita, la mujer que es su paño de lágrimas. Tanto honor y tanta dicha merece mi Gimena.

Y le entornó el cuello con el brazo izquierdo.

—¡Por Dios! —gritó Gimena retirándose asustada de aquella deferencia.

—No te asustes, Gimena —le dijo el Marqués—, no te asustes. Este abrazo es la bendición del cielo que cae sobre tu cabeza. Sin ti no viviría mi Blanca. Sin ti sería yo hoy el hombre más desgraciado del mundo, porque tú has sido su madre... No; has sido más: has sido el ángel que Dios envió sobre la tierra para guardármela.

—¿Pero vos, padre mío, sabéis acaso...? —dijo Blanca, mirándolo con la inocencia de una paloma.

—Sí, hija mía, tu padre lo sabe todo. Tu padre sabe el hambre que has sufrido, y sabe también que Gimena ha trabajado constantemente sin apartarse de ti, para ganar un pedazo de pan para que te la apagase. Todo esto lo sabe tu padre, Blanca, y porque lo sabe...

—Pero...

—¿Qué?

—¿Por dónde lo habéis sabido?

—¡Ah...! Lo he sabido por un medio superior a los juicios de la criatura. Si hubo en el mundo un hombre orgulloso y ruin, cuyo hombre fui yo, un hombre vil, que escondiendo las mezquindades de su alma debajo de su escudo, labró la ruina de tres familias, otro hombre ha habido grande, que llenando con su corazón el mundo, que oscureciendo con su generosidad mis blasones, ha sabido perdonar. Ese hombre, Gimena, ha velado por nosotros tres. Ese hombre, Blanca mía, es a quien los tres debemos mi felicidad. Yo he contraído con ese hombre un compromiso solemne.

—¿Y quién es ese hombre? —preguntó Blanca agitada y palideciendo.

—No lo conoces tú —respondió el Marqués—. Me extra-
vía mi entusiasmo —prosiguió a media voz.

—¿Dónde lo habéis conocido?

—Escucha, hija mía. Escuchad las dos mi historia, y quedaréis abismadas.

—Sí —dijo Blanca—, contádnosla, padre, que después otra os contaremos nosotras tan interesante, acaso, como la vuestra.

—No será tanto como la mía.

—Sí, padre mío, para mí lo es.

—Te digo Blanca, que no.

Blanca inclinó la cabeza y bajó los ojos.

—Blanca, ¿me amas mucho? —preguntó el Marqués después de un instante de silencio.

—Más que a la juventud, más que al vivir —respondió Blanca mirándolo con languidez y cariño.

—Y tú Gimena, ¿me amas?

—Tanto como Blanca, señor Marqués.

—Pues escuchad mi historia, hijas mías, que en breves palabras a referiros voy.

Y tomando con cada una de sus manos las manos de Blanca y de Gimena, comenzó de este modo :

—Satanás me inspiró un día y despaché a Manuel de mi casa.

—Sí, pero... —dijo Blanca queriendo hablar muy anhelosa.

—Calla, hija mía —le contestó su padre—. Estoy hablando yo; luego hablarás tú.

Blanca calló, resignada.

El Marqués volvió a decir :

—Me inspiró Satanás un día y despaché a Manuel de mi palacio. Satanás me inspiró otro día, y me levanté guerrillero contra el nuevo Rey. Pero Satanás me abandonó en el camino, y fui preso y encerrado en la mazmorra más cruel de un lejano castillo. Mis haciendas se secuestran y vosotras sois expulsadas de mi alcázar, y entregadas a los horrores del hambre. Pero tu padre, Blanca, tu pobre padre, entregado también a los tormentos más atroces, porque fui encerrado en un calabozo húmedo, sin luz, sin ruido, sin variedad, sin nada. Muerto de frío y de hambre... También yo he tenido hambre, porque la bazofia que me daban era mala, y porque el día que al carcelero se le antojaba, no me la daba.

Muerto de hambre y de frío, pasaba por mí un tiempo sin medida, que aborrecía, y en aquel tiempo, triste como la sepultura, monótono como la muerte, más y más me afligía al principio el recuerdo de mi Blanca. Me acordaba de ti, querida, y en aquella lóbrega mazmorra por ti lloraba noche y día... Después... No te ofendas, Blanca : ya no lloraba por ti, ya no me acordaba de ti. Porque ni las lágrimas bro-

taban de mis ojos, ni un débil recuerdo podía posarse en mi abatido espíritu.

No me acordaba de ti, y aunque pinté una cosa en el calabozo que llamaba Blanca, sólo había en mi mente una perdida imagen, no sé si de un ángel o de una ilusión.

Mientras la vida se deslizaba tan negra para tu padre en el fondo de oscuro subterráneo, y mientras tú, Blanca mía, y tú, querida Gimena, privadas de vuestros antiguos amigos y de todas olvidadas, trabajabais afanosas para ganar el amargo pedazo de pan que llevabais a la boca, la suerte, vestida de gala, sonreía a otra persona.

Ha habido en el mundo, y sin que vosotras lo supierais, un noble mancebo que te vió, Blanca mía, una vez, y se enamoró de ti. Este mancebo, tan arrogante como valiente, y fiel partidario de las armas de Borbón, obtuvo prodigiosos triunfos contra los de la causa de Austria, y Felipe V, queriendo premiar sus servicios, lo hizo brigadier de su guardia de honor, lo hizo conde de Cremona, a cuyo condado agregó todos los bienes del marqués de Almenar.

Blanca y Gimena hicieron un movimiento de sorpresa.

—No os alarméis, hijas mías —dijo el Marqués. Este generoso joven, dueño de todas mis haciendas, dueño de mis rentas y señor de este castillo, recordó que Blanca, a quien un día amó en silencio, era hija del infeliz marqués de Almenar, y quiso dar al padre una prueba del amor que profesaba a la hija. Aquel mancebo obtuvo real permiso para sacarme de la cárcel, y él mismo se presentó en mi mazmorra a brindarme con mi libertad.

Los semblantes de Blanca y de Gimena retrataban bien a las claras el misterioso temor y el gozo que de consuno agitaban sus corazones.

—¡Ay! —exclamó el Marqués—. ¡Gran momento aquél para tu padre, Blanca! Sólo yo que lo sufría puedo apreciar lo que a aquel hombre tengo que agradecerle. Escucha, Blanca, escucha. Yo estaba tirado en medio de la lobretez de aquel calabozo, la cabeza reclinada sobre una peña, sin luz, sin sol, sin aire que respirar, sin aliento ya, sin vida. Así habían pasado muchos años. Así iban a pasar muchos años, y así me hallaba yo entonces, cuando se abrió la puerta y apareció en la cárcel el generoso joven.

No te diré, Blanca, lo que con él ocurrió allí, pues sus palabras hacían gozar a mi corazón, su voz era muy grata a mi oído. Sólo te referiré cómo concluyó aquella escena:

Blanca y Gimena escuchaban con extremada atención.

—Marqués —me dijo—, estáis sin títulos, sin bienes, sin castillo y preso. Yo os ofrezco la libertad; la libertad, Blanca; ¡ah...! Se estremeció mi pecho al oír aquella palabra: la libertad, es decir, el sol, la luz, las nubes... La libertad, para el que vive en una mazmorra, es el paraíso, es el cielo para el que vive en el infierno. Yo me arrodillé ante aquel gallardo mancebo y le besé los pies.

—No es hora aún —me contestó— de que agradezcáis mi ofrecimiento. Aún no hemos convenido en su precio.

—¿Qué os he de dar yo —le dije— si nada tengo? Si no tengo bienes, ni rentas, ni títulos, ni castillo.

—Es verdad —me contestó el mancebo—. No tenéis bienes, ni títulos, ni rentas, ni castillo, cosas que a mí me sobran, pero tenéis un tesoro.

Blanca palideció de repente.

Gimena se sofocó de improviso.

El Marqués continuó así:

—Nada tengo, mancebo —le contesté.

—Tenéis una hija —repitió con dulce voz.

—¡Ah...! —exclamó Blanca.

Y se dejó caer sobre Gimena.

—Escucha, Blanca —prosiguió el Marqués conmovido—.

Al oír yo tu nombre en aquel calabozo, murmuré entre dientes: ¿y Manuel?

—Ha muerto —me respondió el mancebo.

—Entonces... —dije yo...

—¿Qué? —preguntó Blanca apretando las manos de su padre, y mirándole al rostro con ansiedad.

—Le ofrecí tu mano por mi libertad.

Blanca lanzó un gemido y dejó caer el rostro sobre el pecho de su padre.

—¿Qué es esto? —gritó el Marqués.

—Que Manuel vive —respondió Blanca entre sollozos— y luego vendrá por mí.

—¿Vive y vendrá por ti...?

—Sí, padre —contestó Blanca levantando su rostro lloroso. Creyendo que vos habríais muerto, o que aunque vivierais ya no os opondríais a nuestro enlace, le di palabra de unirme con él y voló a practicar las diligencias necesarias para llevar a cabo nuestro matrimonio.

—¿Y tú le amas, Blanca? —preguntó el Marqués.

—Si mi respuesta os irrita...

—Más que nada me irrita la mentira. ¿Le amas, Blanca?

—Le amo —contestó Blanca bajando los ojos.

—¿Le amas mucho, hija mía?

—Todo lo que una mujer puede amar a un hombre. Ya no podré vivir sin él.

—Bien —contestó el anciano levantándose del sofá—.

Amalo, hija mía, ámalo y vive feliz con él. Este anciano no debe cortar ni tu vida ni tu felicidad.

—¿Qué decís, padre? —gritó Blanca levantándose y abrazando a su padre.

Gimena se levantó también.

—Nada —repuso el Marqués—. Digo que un anciano, que tan próximo como yo se encuentra de la tumba, no debe ser la sombra que quite la felicidad a dos jóvenes llenos de vida. El marqués de Cremona me dió la libertad con la condición de que mi hija se uniría con él; me la dió con la expresa condición de que si mi hija no le daba su mano, yo volvería otra vez a la terrible mazmorra de donde me sacó; este momento ha llegado desgraciadamente y me vuelvo a la mazmorra. Adiós, hija mía; sé feliz, tu padre lo desea.

—¿Dónde vais? —gritó Blanca, abrazándolo sofocada.

—A cumplir mi destino, Blanca. Voy a aquel calabozo cuya sola imagen me llena de terror; voy a aquella mazmorra sin luz, sin sol, sin nubes; voy a esperar entre tinieblas el fin de mi desgraciada vida.

—¡Por Dios, padre!

—¡Por Dios, hija!

—No os marcharéis —gritó Blanca abrazando a su padre con violencia—. Padre mío, yo me uniré al Marqués, yo me uniré a quien queráis por salvaros.

—¡Jamás! —respondió el Marqués con voz conmovida—. Si una vez labré tu ruina, no quiero labrarla dos. Vosotros sois jóvenes, vivid felices; yo, anciano y desgraciado, moriré pronto, hija mía; mis desgracias pronto alcanzarán su fin.

—¡Padre mío...! —exclamó Blanca, frenética.

—¡Señor...! —exclamó Gimena.

Y como el Marqués se desasiera de las manos de Blanca, que lo agarraba con fuerza, y diera un paso hacia la puerta, cayó Blanca de rodillas, y con los ojos bañados en ardientes lágrimas, y con un acento desgarrador, exclamó tendiendo hacia él sus brazos:

—Padre cruel, ¿queréis asesinar a vuestra hija?

—No, hija mía —respondió el Marqués, volviéndose conmovido hacia ella, y levantándola entre sus brazos—. No quiero asesinarle, pero quiero que por mí no mates tu amor.

—¿Y qué es para mí el amor, si por él he de perder a mi padre? —exclamó Blanca, apoyando entre sollozos su rostro en el rostro del Marqués—. No. Ya no nos separaremos nunca, padre querido. Viviremos juntos hasta la muerte, y con vos será tan feliz vuestra hija...

—¿Y Manuel? —dijo el Marqués.

—Manuel... —exclamó Blanca.

Y levantó los ojos al cielo.

—Manuel maldecirá a tu padre y a su hija.

—No. Manuel es muy noble. Manuel bendecirá a mi padre, a su hija y a mi amor, porque este amor le da la libertad a mi padre.

—¡Oh ángel del cielo bajado a la tierra...! —exclamó el Marqués, besando enajenado la frente de Blanca—. ¿Conque al fin te resuelves a unirme con el Marqués de Cremona?

—Cuanto antes, padre, para asegurar cuanto antes vuestra libertad.

—¿Conque por mí renuncias a tu amor y a tus delicias?

—¿Qué amor hay en el mundo mayor que el de una hija, ni qué delicia mayor que la de salvar a su padre?

Blanca entonces estaba dominada por el magnetismo de aquella situación.

—¡Oh ángel que en el cielo encuentras tu morada...! —exclamó el Marqués mirándola al rostro conmovido—. Basta, hija mía, basta. Vas a salvar a tu padre. Vas pronto a asegurar su libertad cual deseas, porque el Marqués de Cremona se halla en este castillo.

—Que venga cuanto antes, padre, para contemplaros libre.

—Sí, hija mía; y que cuanto antes te vea yo en sus brazos, para contemplarte a ti feliz. Hija bajada del cielo, el cielo se encarga de llenar tu corazón. ¿Cómo tu padre había de labrar tu desgracia?

—Marqués de Cremona —gritó mirando con dignidad a la alcoba—; recibid a vuestra esposa.

Las dos jóvenes, pálidas, temblorosas, fijaron sus ojos en la puerta de la alcoba.

Entonces se abrieron los pabellones de damasco y se presentó Manuel.

—¡Manuel! —gritó Blanca.

Y ahogada por la sorpresa, se dejó caer en los brazos de su padre.

—¡Manuel! —gritó Gimena.

Y se cubrió el rostro con las manos.

—Ese es tu esposo —dijo el Marqués separando a Blanca de su regazo. Ese es el que me ha dado la libertad. Ese es el Marqués de Cremona.

—¡Blanca mía! —exclamó Manuel con amorosa languidez, abrazando a Blanca.

—¡Hijos míos! —exclamó el Marqués abrazando a Blanca y a Manuel.

—¡Dios de bondad, ya soy feliz...! —gritó Gimena cayendo de rodillas y levantando los ojos al cielo.

IV

La mañana siguiente, que despuntó clara y luminosa, espléndida y fresca, se agrupaban en las praderas de la Virgen los habitantes de Almenar, los habitantes de Peroniel y los de los pueblos inmediatos, todos llenos de contento y algazara, porque aquella misma mañana se iban a celebrar con toda pompa las bodas de Blanca y Manuel. Y un día de bodas en aquel país es un día de júbilo completo, aun cuando en ellas no concurren las prodigiosas circunstancias que en las de nuestros tiernos amantes concurrían.

Hemos dicho que el gentío se agrupaba en las praderas. Pero se agrupaba allí porque en vano había intentado penetrar en la ermita, donde se estaba celebrando la misa de los desposorios, y aunque el templo era espacioso, se encontraba extraordinariamente lleno.

Por eso el pueblo, cansado de empujar y afanarse sin fruto, se extendía, gozoso, por las verdes praderas, y presentaba un espectáculo demasiado pintoresco.

El cielo estaba azul; el sol, radiante; la mañana, templada; el castillo, con rojas colgaduras; las campanas, repicando por intervalos, y las zagalas que, vestidas de gala, se esparcían cual mariposas por el campo, y los zagaes que esperaban la hora de la danza con las zampoñas bien afinadas, y los ancianos y las ancianas, y todos los que aquel día de placer se hallaban en los campos de Almenar, llevaban pintado el gozo en su semblante, contribuyendo, con la algazara que brotaba en sus corazones, a la algazara general de la fiesta.

Pero abandonemos un instante estos cuadros de expansión; dejemos a los aldeanos aguardar ávidos el momento de su inocente danza, y presenciemos la majestuosa y sublime escena que en el templo se está representando.

Se encuentra lleno de gente; las cortinas de color de rosa que cubren las elevadas ventanas están corridas, por lo cual un resplandor rojizo, débil, dulce y misterioso, refleja en lo más alto de la media naranja.

Mil velas arden en el altar mayor y en todos los demás altares, y mangas de aromáticos inciensos se elevan lentamente del presbiterio, y se desvanecen luego formando una atmósfera de perfumes que embalsama el corazón.

El cura de Almenar, el cura de Peroniel y el cura de otro pueblo vecino celebran una misa solemne, y al tibio fulgor que la iglesia ilumina se ven arrodillados en las gradas del altar a Blanca y a Manuel que, con la cabeza inclinada al suelo y el espíritu elevado a Dios, esperan que acabe la misa para recibir del sacerdote la bendición que va a perpetuar su dicha.

Junto a ellos estaba también de rodillas, pero inmóvil, con los brazos cruzados y la cabeza baja, el anciano Marqués de Almenar.

El arca del cautivo se hallaba todavía en medio de la iglesia, abierta, con la paja y las cadenas dentro, tal como había aparecido la noche del inaudito portentoso.

Nadie la había tocado, ni nadie tocarla osaba, hasta que de ella dispusiera el mismo cautivo, única persona en el mundo que podía entender en aquel misterioso arcano.

Los dos jóvenes seguían arrodillados en las gradas del presbiterio.

El pueblo los miraba; el pueblo contemplaba en ellos dos flores marchitas por el infortunio.

El pueblo, al mirarlos, repasaba en su memoria las penas que cada uno de ellos había sufrido, y la resignación que en las penas cada uno había manifestado.

Los dos estaban interesantes.

Manuel había perdido el aire jovial de su infancia, pero la desgracia había impreso el sello de la gravedad en su rostro, y la nobleza de su corazón despuntaba en su mirada y daba nueva gallardía a su apuesto ademán.

Ya no vestía los estrechos calzones, los anchos sombreros y largos bohemos, que con su aspecto fúnebre revelaban la abyección en que yacía España en el infausto tiempo de Carlos II, no; desplegaba los graciosos trajes que en Nápoles y en Flandes había visto, y que la galante corte de Felipe V introdujo en nuestra patria.

También Blanca había sido víctima de la desgracia; tal vez de una desgracia más lenta, y por ello más desgarradora; pero si esta desgracia, gusano roedor, apagó las rosas de sus mejillas; si marchitó la plácida sonrisa de su alma, engendró, en cambio, la dulce melancolía que bañaba su rostro, y el aire de languidez que tales atractivos desarrollaba en sus majestuosos movimientos.

También Blanca vestía los costosos trajes de la nueva corte, y el oro y los encajes y las perlas que la adornaban, eran a su hermosura lo que a la flor del jazmín son las brisas, el céfiro y el sol que le dan vida.

Y si Blanca no era ya aquel ángel infantil, juguetón y risueño que con blando ruido batía sus alas de armiño entre los jardines del castillo de Almenar, era la virgen pura, agradable y serena que, postrada ante el altar de María, esperaba la palma y la corona que el cielo le enviaba a su martirio.

Gimena estaba detrás.

El silencio de la ermita era solemne.

Tan luego como concluyó la misa, se levantaron los fieles; todos se esforzaban por ver la escena que tenía lugar en el presbiterio, y todos pintaban en su semblante esa curiosidad mezclada de interés, que contrae nuestro rostro, cuando a presenciar nos disponemos una cosa que anhelamos.

Blanca y Manuel se levantaron también.

Los tres sacerdotes, acompañados de los acólitos con luces encendidas, se colocaron frente a ellos.

El celebrante tomó un libro abierto y leyó en alta voz la epístola de San Pablo.

Aunque todos se hallaban en pie, el anciano Marqués seguía arrodillado, inmóvil, con los brazos pegados al pecho y la arrugada frente inclinada hacia la tierra.

Aunque todos se hallaban en pie, Gimena continuaba arrodillada, con el velo tendido y el pañuelo en los ojos para contener las lágrimas y esconder su agitación.

Concluída la lectura de la epístola, cerró el sacerdote el libro, se lo entregó a un acólito, enlazó las manos de Blanca y Manuel, y después de hacerles con voz solemne las preguntas que nuestra religión prescribe en aquella ceremonia, pronunciaron anhelosos el ¡sí! aquellos dos jóvenes que tanto habían sufrido y que tan profundamente se habían amado.

Blanca se dejó caer sollozando en brazos de Manuel.

—¡Esposa mía...! —le dijo Manuel.

Y la apretó enajenado contra su pecho.

Entonces se levantó convulso el anciano Marqués, y abrazando con frenesí a Blanca y abrazando a Manuel, exclamó agitado:

—¡Perdón, hijos míos, perdón!...

—¡Padre! —gritó Blanca.

—¡Padre! —murmuró Manuel.

La fiel, la cariñosa Gimena, no pudo soportar más tiempo su emoción, y anegada en lágrimas de contento, se dejó caer junto a un banco.

Un murmurio indefinible se oyó entonces en la iglesia, un griterío de algazara resonó en el campo, un repique general de campanas en la Virgen, en Almenar y en los diez o doce pueblecillos inmediatos, celebró con sus alegres sonidos aquel instante supremo.

V

Grande era, a fe de cristiano, a fe de cristiano viejo, la escena que tenía lugar en la Virgen de la Llana, dicen los pergaminos que contienen esta historia, pero más grande era todavía, añadimos nosotros, la que estaba por representarse.

La primera la cantaban los hombres en la tierra; la segunda iban a cantarla las seráficas legiones en el cielo.

Enjugándose Manuel las lágrimas de emoción que corrían por sus mejillas y separándose con suavidad del conmovente grupo de que hacía parte, dijo al sacerdote que le había dado la bendición:

—¿Dónde está el moro que me atormentó?

—En la cárcel, respondió el sacerdote.

—Que lo traigan aquí.

El cura dió la orden, y esta orden fué acogida con grandes aclamaciones por la muchedumbre, que corrió desbordada a la cárcel.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Blanca con dulce voz.

—Lo que debe hacer todo cristiano —respondió Manuel con ternura.

A los pocos minutos se oía desde la ermita un clamoreo extraordinario.

Era el clamoreo del pueblo que arastraba de una cadena al moro, empujándole y gritando a fuertes voces:

—Que muera... que muera pronto, que muera ese perro... Y más gritaban, y más lo empujaban, y más claros y más cercanos se iban escuchando los gritos desde el interior de la ermita.

Cuando medio arrastrado lo entraron en el templo, se colocó Manuel derecho junto al arca.

Blanca se puso a su lado y detrás el Marqués.

Gimena y los sacerdotes frente a él.

El moro se dejó caer de rodillas, atemorizado, iracundo.

Detrás del moro bullía el populacho, que esperaba de boca de Manuel la sentencia para descargar su saña contra aquel perro.

Entonces Manuel tomando un aspecto grave, habló así:

—Alza la cabeza, moro, y mira a quien te habla.

El moro, acurrucado conforme estaba, levantó la cabeza y miró a Manuel con recelo.

—¿Me conoces? —preguntó Manuel.

El moro guardó silencio.

—¿Me conoces? —volvió a preguntar Manuel.

—Yo te conozco —respondió en árabe el moro.

—Yo soy el cautivo que se vendió entre escarnios en la plaza de Argel; yo soy aquel que tú compraste para bestia por veinte cequíes.

—Entonces tú eras mi bestia y yo tu señor. Ahora soy yo tu bestia y tú mi señor.

Muera... muera... —gritaba el pueblo a media voz por no profanar la iglesia.

—Yo soy aquel a quien echaste suertes con tu buey para matarlo —dijo Manuel.

—Ahora yo soy tu buey y tú mi señor —respondió el moro.

—Yo soy aquel —prosiguió Manuel— a quien martirizabas a fuerza de hambre, a quien hacías arar, a quien dabas por alimento los huesos de dátiles, que a no estar yo, hubieras arrojado al suelo.

—Ahora yo soy tu esclavo y tú mi señor —contestó el moro.

—Yo soy aquel —prosiguió Manuel— a quien guardabas para degollar el día en que se cumpliera el año de mi cautiverio.

—Ahora yo soy tu cautivo y tú mi señor.

—Sí —exclamó Manuel llevándose la mano al pecho—. Yo debo vengarme ahora de ti; yo debo matarte, porque tú para matarme me guardabas.

—Que muera... que muera... —gritaban a media voz los de la ermita.

—Que muera... que muera... —gritaban a toda voz los de las praderas.

—Oye esas voces —dijo Manuel dirigiéndose al moro—. Mira ese pueblo que pide tu muerte —continuó señalando a la muchedumbre—. Una señal mía basta para que te despedacen.

—Que muera... que muera... —se escuchaba en sordo murmullo.

—¿Oyes? —repuso Manuel.

—Oigo —respondió el moro, ahogado—. Tuya es mi vida, mátame pronto.

—Eso haría yo si fuera moro —respondió Manuel—. Eso

haría un moro conmigo. Pero para que aprendas la diferencia que existe entre un moro y un cristiano, alza Mahamud, yo te perdono.

—¿Qué? —gritó el moro desaforado.

—Que ya eres libre —contestó Manuel.

El moro lanzó un sordo rugido de sorpresa y cayó boca abajo contra el suelo.

Blanca exhaló un suspiro de placer, y se reclinó conmovida sobre el hombro de Manuel.

El pueblo se quedó suspenso.

Un silencio profundo reinaba en la ermita.

Interpretando Manuel con verdad aquel silencio, y cual si oyera las preguntas que con su penetrante mirada le dirigía aquella muchedumbre :

—¿Qué? —exclamó fijando en ellos su vista con altivez—. ¿Os extraña mi determinación? Esa y no otra debe ser la determinación de un cristiano. Inocentes almas que no habéis aspirado otro aroma que el tenue aroma de vuestras praderas. Vosotros sois buenos sin saber que podéis ser malos. Si el sol de distintos países hubiera tostado vuestra piel y la desgracia hubiera curtido vuestros corazones, entonces veríais que este mundo es una mentira, y que en él no hay otro placer que el placer que ocasionan las virtudes, y entre todas las virtudes, la caridad.

Un sordo, rápido murmurio de aprobación resonó en el templo.

—¿No sois cristianos? Pues la ley de Cristo nos manda amar al amigo, perdonar y amar al enemigo.

La muchedumbre guardaba el más profundo silencio, y no osaba levantar los ojos del suelo.

—Alza, moro —dijo entonces Manuel, tendiendo la mano para que se levantara Mahamud.

Pero el moro permanecía inmóvil, cual si estatua fuera de mármol o alabastro.

—Alza, Mahamud. ¿Qué piensas? —volvió a decirle Manuel.

—Pienso —contestó Mahamud sin cambiar de postura— que la religión que arranca a un cautivo de las manos de su señor; que la religión que cría hombres, que perdonan al que iba a matarlos, es la religión verdadera.

El moro quedó pensativo, meditabundo.

Manuel lo miraba con ansiedad.

—Yo quiero ser cristiano —dijo el moro.

Todos se alarmaron al repetirlo Manuel.

—Cristiano... cristiano... —murmuraba el gentío.

—Silencio —gritó Manuel—. Dad gracias a María. Los ángeles suben al cielo este ofrecimiento en blancas patenas guardadas de gloria.

Todos se arrodillaron, y por largos instantes hubo un fervoroso silencio.

Cuando tan profunda emoción se hubo desahogado en oración vehemente, se levantaron todos, abrazaron al moro, y éste quedó bajo la instrucción del Cura de la Virgen.

En seguida se clavaron en lo alto del templo dos grandes escarpas. Enrolló Manuel su túnica de cautivo, la colocó dentro del arca, sobre la paja que le había servido de cama, y sobre el zócalo de madera que la había servido de almohada; cerró el arca con llave, y metió la llave dentro por los agujeros que tenía para facilitar la respiración.

En seguida colocaron el arca en las escarpas que para el efecto habían clavado en lo alto de una capilla, frente al

altar de la Virgen; colgaron en la misma pared, debajo del arca y en forma de pabellón, las cadenas, los grillos y las esposas, tal como ahora se encuentran, y como se encontrarán hasta la consumación de los siglos.

El sacerdote que había desposado a nuestros amantes la roció con agua bendita y le echó la bendición.

—¡Oh, salvador mío! —dijo entonces el moro a Manuel, llevándose la mano a la frente—. La inspiración baja del cielo a mi cabeza, enseñándome la verdad; ésta era la dicha que a mí había de venirme de esa arca, según predijo el sabio de otros tiempos; la hermosa joven que una tempestad arrojó a las costas de Argel en esa arca, y que yo sacrifiqué en mi choza, era esa Virgen; yo la conozco...

Y señalando la imagen del altar, gritó:

—¡Tened compasión de mí, que para mí no hay perdón!

Y se dejó caer de golpe contra el suelo.

—Alza, moro —le dijo Manuel levantándole la frente—. En la religión de Cristo hay perdón para todo el que tiene fe y se arrepiente de veras.

Ya habrá conocido el lector el paraje a que aludía el moro en su exclamación.

Entonces Manuel, revistiéndose de más grandeza que nunca, separándose de Blanca, del Marqués y de Gimena, levantando la frente y derramando por doquier su mirada de fuego, habló así a la muchedumbre:

—Paisanos: vosotros conocéis mi historia; vosotros conocéis la historia del castillo de Almenar; vosotros conocéis el portentoso milagro que la Virgen de la Llana ha obrado con nosotros; vosotros creéis estas cosas porque sois dóciles y porque las habéis presenciado. Correrán los siglos, y otro

tiempo vendrá tras este tiempo; los hombres serán de más dura cerviz; no creerán sino lo que comprendan, y aun lo que vean claro, si no quieren creerlo, dirán para no creerlo que no lo comprenden; por eso no creerán el milagro grande del cautivo de Peroniél; pero a nosotros ¿qué nos importa de lo que entonces suceda? Nosotros lo hemos visto, y nosotros lo creemos; yo emplearé parte de mis riquezas en adornar con galas esta Iglesia; mi historia será esculpida en el sagrario, y ahí queda esa arca, que en nombre de Dios legamos a las generaciones venideras como documento que atestigüe la verdad de cuanto en nuestro obsequio ha operado la Virgen de la Llana.

—Y tú —prosiguió dirigiéndose al arca—; tú, monumento eterno; tú, que te alzarás imponente sobre nuestra tumba; tú, que vivirás cuando nosotros hayamos dejado de vivir, y a quien alumbrará el sol de venideros siglos, tú serás el eco que desde este momento transmita a aquellos momentos la historia del cautivo de Peroniél.

Gentes de lejanos países vendrán a verte; unos te adorarán, creyéndote verdad; otros se burlarán de ti, creyéndote mentira; yo invoco al cielo bendición para los primeros; yo invoco al cielo, para los segundos, el perdón de Dios misericordioso.

Un murmurio continuado respondió a las últimas exclamaciones de Manuel.

Luego, Blanca, Manuel, el Marqués, Gimena, los sacerdotes y algunas otras personas distinguidas en el país, se dirigían al castillo de Almenar.

El moro pidió permiso para quedarse en la ermita, y se arrodilló en un rincón, cerca del altar.

El pueblo, nadando en contento, se lanzó a las praderas a celebrar las bodas sobre la verde hierba, según costumbre del país.

Aquel día fué un verdadero día de gala; los magnates en el castillo y los plebeyos en el campo, animados con la espléndida comida que les dió Manuel, todos celebraron el deseado enlace de los tiernos amantes, y el portentoso milagro del cautivo de Peroniel.

CONCLUSION

Una vez que hemos acompañado a nuestros héroes en sus padecimientos y en sus placeres, justo es también que no los abandonemos, y que digamos de ellos dos palabras acerca de sus últimos años.

Blanca y Manuel, o sea, los Marqueses de Cremona, vivieron felices en el castillo de Almenar, socorriendo al necesitado, dando muestras de ejemplares esposos, y velando compasivos sobre todas las aldeas de sus dominios.

El Marqués de Almenar, su padre, disfrutó con ellos una dulce vejez, hasta que al comenzar un otoño, después de dar la bendición a sus hijos, que, conmovidos, la recibieron de rodillas junto a su cabecera, entregó su espíritu al Creador, reclinada su frente en el pecho de un digno sacerdote, que tenía un crucifijo en la mano.

Para aquella época Blanca y Manuel abrazaban ya un hermoso niño, fruto de su encendido amor; y como ya no tenían su anciano padre, cuyos padecimientos les obligara a vivir junto a él para dulcificar su senectud con cariñosos desvelos, como hasta entonces habían hecho, marcharon a la Corte de sus Reyes en compañía de Gimena, por labrar en ella la educación del vástago de la casa de Cremona; pero todas las primaveras volvían al castillo, y Almenar y las demás aldeas los aguardaban con fiestas públicas, y los recibían con el placer con que el huérfano recibiría a su madre, que encontrara,

No queremos olvidar nada en nuestra historia, por lo cual diremos que después de bien instruido el moro Mohamud en el plan y misterios de nuestra religión, fué bautizado con solemnidad en la ermita de la Virgen de la Llana, y en seguida comió por primera vez con la misma solemnidad el sagrado pan de la Eucaristía; y no callaremos tampoco que al llegar a este punto hablan los pergaminos que esta crónica contienen, de mil resplandores y aromas y armonías, y otras cosas prodigiosas, que dice ocurrieron en la ermita, cuando el sacerdote levantó la forma para ponerla en la boca del moro convertido.

El mismo día que comulgó el neófito desapareció de Almenar, y nada se supo de él, hasta que algunos años después comenzó a hablarse con alguna vaguedad de un cierto ermitaño que, víctima de austera penitencia, murió en una cueva de lejanos países, ermitaño que según todas las señales, debía ser el moro Mahamud, y que en opinión de los pastores que habitaban aquellos montes y valles vecinos, había muerto en calidad de santo, porque obras muy meritorias hizo en su vida y cosas muy prodigiosas se vieron junto a él en su muerte.

Andando el tiempo, murió Gimena, y murieron también en Madrid Manuel y Blanca; pero sus cuerpos fueron conducidos a Almenar, y enterrados en la Iglesia con gran luto y llanto de aquellos habitantes, que todos los días iban a llorar sobre sus sepulturas.

El hijo de Blanca y Manuel, el nuevo Marqués de Cremona, era ya, cuando murieron sus padres, un gallardo mancebo de veinticinco años, fiel imagen del autor de sus días en la nobleza del corazón y en el buen porte de su persona, pero educado en el brillo de la Corte, acostumbrado al es-

plendor que derrama el trono, no tuvo afición alguna al pueblo de Almenar, que apenas había conocido, y se desprendió del castillo y sus haciendas, que pasaron al dominio de los Condes de Gómara, quienes en el día son sus poseedores.

Esta es la historia fiel y verdadera del cautivo de Peroniel, tal como la contienen los rancios pergaminos encontrados en el rincón de un viejo archivo.

Ya habéis visto, habitantes de Almenar y Peroniel, humildes aldeanos que lejos del bullicio de las Cortes habitáis tranquilos esos solitarios campos; ya habéis visto el origen de la solemne fiesta que con el nombre de *Fiesta del cautivo* celebráis en la Pascua de mayo; ya habéis visto también el origen del arca que cuelga en vuestra ermita, de la historia esculpida en el sagrario, y aclarada la confusa tradición que con tal fe referís al pasajero, a quien benéficos hospedáis en vuestro hogar.

En los primeros años ya acudieron gentes de lejanos países a adorar la Virgen de la Llana, pero después su devoción se ha ido extendiendo de un modo prodigioso.

Felicitaos, pues, mutuamente del tesoro que poseéis; imitad en la resignación al cautivo y a su amante, y no dudéis que la Virgen enjugará vuestras lágrimas, porque esa linda ermita es un altar plantado en las verdes praderas de vuestro campo, para que en él depongáis vuestras súplicas, que en alas de matinal aurora se elevarán invisibles a la mansión de Dios.

FIN

placido por lo mismo, no hay otros signos al pue-
blo de Alhambra, que apenas habia conocido, y se des-
cubrió el castillo, y sus lindes, que pasan al fondo de
los campos de Gomara, guarnidos en el día con sus poseedores.
Esta es la historia del y verdaderamente del castillo de Is-
tambul, tal como la conocen los famosos poetas enon-
ciados en el romance del mismo, que a su vez a su vez
trabaja en el romance de un verso arábigo.
Ya habéis visto, habitantes de Alhambra y Istambul, in-
dulgencia, que en el romance de las Cortes habéis
visto alhambra que los del castillo de las Cortes habéis
visto alhambra que los del castillo de las Cortes habéis
visto alhambra que los del castillo de las Cortes habéis
de la solenne fiesta que con el nombre de Fiesta del castillo
celebráis en la Fiesta de mayo; ya habéis visto también el
origen del arte que en vuestra epopeya de la historia
recopiláis en el romance, y sabéis la historia que
con tal se refiere al romance, a quien poetas poetas en
este romance.
En los primeros años ya acordaron entre los señores na-
ra a adorar la Virgen de la Llanza, pero después su devoción
se iba extendiendo de un modo progresivo, y se
felicitaron, pues, mutuamente del tesoro que poseían; tal
tal en la restauración al castillo y a su amante, y no había
que la Virgen en su historia, porque era linda
y en ella plantado en las verdes praderas de ver-
de campos, que en el romance de la historia
en alas de maternal aurea se elevaban invisibles a la mansión
de Dios.

INDICE

	Págs.
Ofrenda	7
Prólogo	9
BOSQUEJO BIO-BIBLIOGRÁFICO	
Capítulo de homenajes	15
Ibo Alfaro	18
Actividades literarias	22
¿Catedrático?	25
Viaje a Jerusalén	26
Su religiosidad	30
Manuel Ibo, publicista	31
Obras de Ibo Alfaro	32
Libros dedicados	35
Imprenta de Alfaro	36
Propiedad intelectual	37
NOTAS PRELIMINARES	
Almenar	39
La llana de Almenar	40
Peroniel	42
Padres del Cautivo	46
El Cautivo	48
Ermita	50

Retablo principal	51
La imagen.—Regalos y limosnas	53
Arca del Cautivo	54
Casa del Santero	55
La concordia de pueblos	55
Epoca del milagro	57

HISTORIAS DE CAUTIVOS

Un cautivo francés	60
El cautivo de Huelva	65
Ibo Alfaro y Martínez Liso	70

LA NOVELA

LA VIRGEN DE LA LLANA Y EL CAUTIVO DE PERONIEL

Introducción	77
--------------------	----

CUADRO PRIMERO.—*El amor y el blasón*

I. El castillo.—Niñez de Blanca y Manuel	85
II. Última noche.—Despedida de Manuel	96
III. El Marqués de Almenar y Blanca	103
IV. Blanca y Gimena, desconsoladas	110

CUADRO SEGUNDO.—*La desgracia*

I. Prisión del Marqués y secuestro de sus bienes	119
II. Manuel cae cautivo en Cremona	128
III. Blanca y Gimena, en la orfandad	142

CUADRO TERCERO.—*El cautivo y el milagro*

I. Argel.—Venta de Manuel como esclavo	157
II. Mahamud, el moro cruel	163
III. Manuel ara la tierra y pasa hambre	171
IV. Sueños de Mahamud.—Visión de la Virgen	180
V. Blanca y las nubes.—Ora y espera	189
VI. La tormenta terrible.—El milagro	197

CUADRO CUARTO.—*El Marqués de Cremona*

I. Misa en acción de gracias.—Manuel en Madrid.	203
II. En La Coruña.—Castillo de San Antón	213
III. El Marqués y Manuel se reconocen	225
IV. En Almenar.—Blanca y su padre	234
IV (bis). La boda	249
V. Manuel perdona y da por libre al moro Ma- hamud	253
Conclusión	261

LAURET VIRGO MARIA



INSTITUTO DE ESTUDIOS HISPANICOS

BIBLIOTECA

CORRIGENDA

En la pág. 17, línea 23, aparece el apellido de mi bisabuelo "Juanillo" equivocado, pues no era Juan Lucas, sino JUAN DELSO.

Asimismo, he de consignar que la *Fiesta del Cautivo* se celebra en Almenar, actualmente, el día *tercero de Pascua*, no obstante de que el autor de la novela, don M. Ibo Alfaro, la fija en el día *segundo*.

Algunas publicaciones
de F. Zamora Lucas



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO

EL DÍA 24 DE NOVIEMBRE DE 1944

EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE

GRAFICAS GONZALEZ,

DE LA CALLE DE MIGUEL

SERVET, NÚM. 15,

M A D R I D

LAUDETUR VIRGO MARIA

EN PRENSA

LOS VERBOSOS EN LA PROVINCIA DE SORIA.

EL MONASTERIO DE ESPINOSA (SORIA).

Algunas publicaciones de F. Zamora Lucas

LOPE DE VEGA, CENSOR DE LIBROS.—Larache, 1943.

1.500 SEUDÓNIMOS MODERNOS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA (1900-1942).—En colaboración con D. Eduardo Ponce de León. (Obra premiada por el Ministerio de Educación Nacional.) Madrid, 1942.

EL PINTOR JUAN DE ARAGÓN Y LOS LOAISAS GRANADINOS.—Publicado en «Archivo Español de Arte». Núm. 59. Septiembre-octubre, de 1943.

EN PRENSA:

LOS PERIÓDICOS EN LA PROVINCIA DE SORIA.

EL MONASTERIO DE ESPEJA (SORIA).

Algunas publicaciones
de F. Zamora Luna

1. El Valle de los Hornos (Zamora, 1912)

2. Los Hornos de Zamora (Zamora, 1913)

3. El Valle de los Hornos (Zamora, 1914)

4. El Valle de los Hornos (Zamora, 1915)

5. El Valle de los Hornos (Zamora, 1916)

6. El Valle de los Hornos (Zamora, 1917)

7. El Valle de los Hornos (Zamora, 1918)

8. El Valle de los Hornos (Zamora, 1919)

9. El Valle de los Hornos (Zamora, 1920)

10. El Valle de los Hornos (Zamora, 1921)

11. El Valle de los Hornos (Zamora, 1922)

12. El Valle de los Hornos (Zamora, 1923)

13. El Valle de los Hornos (Zamora, 1924)

14. El Valle de los Hornos (Zamora, 1925)

15. El Valle de los Hornos (Zamora, 1926)

16. El Valle de los Hornos (Zamora, 1927)

17. El Valle de los Hornos (Zamora, 1928)

18. El Valle de los Hornos (Zamora, 1929)

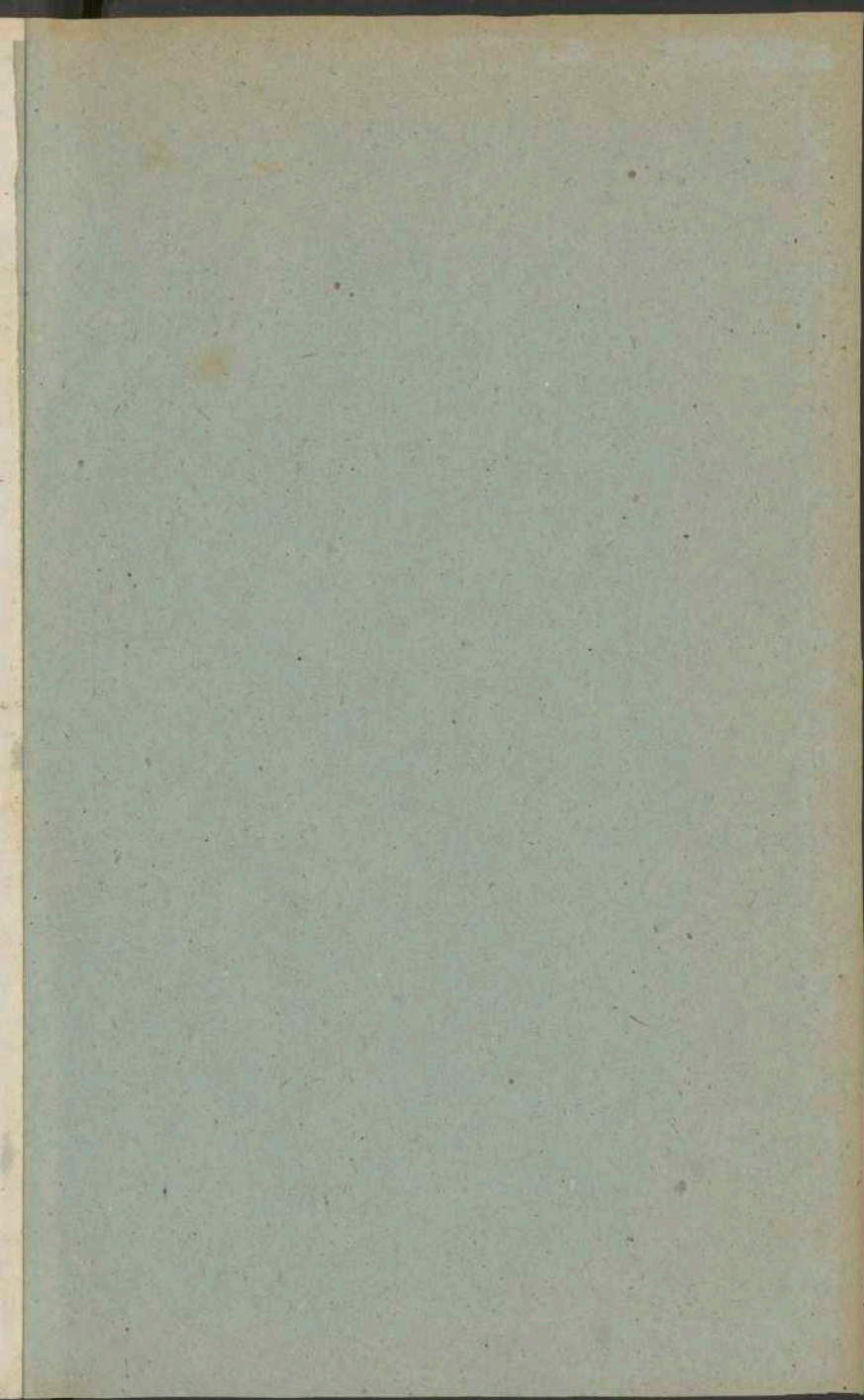
19. El Valle de los Hornos (Zamora, 1930)

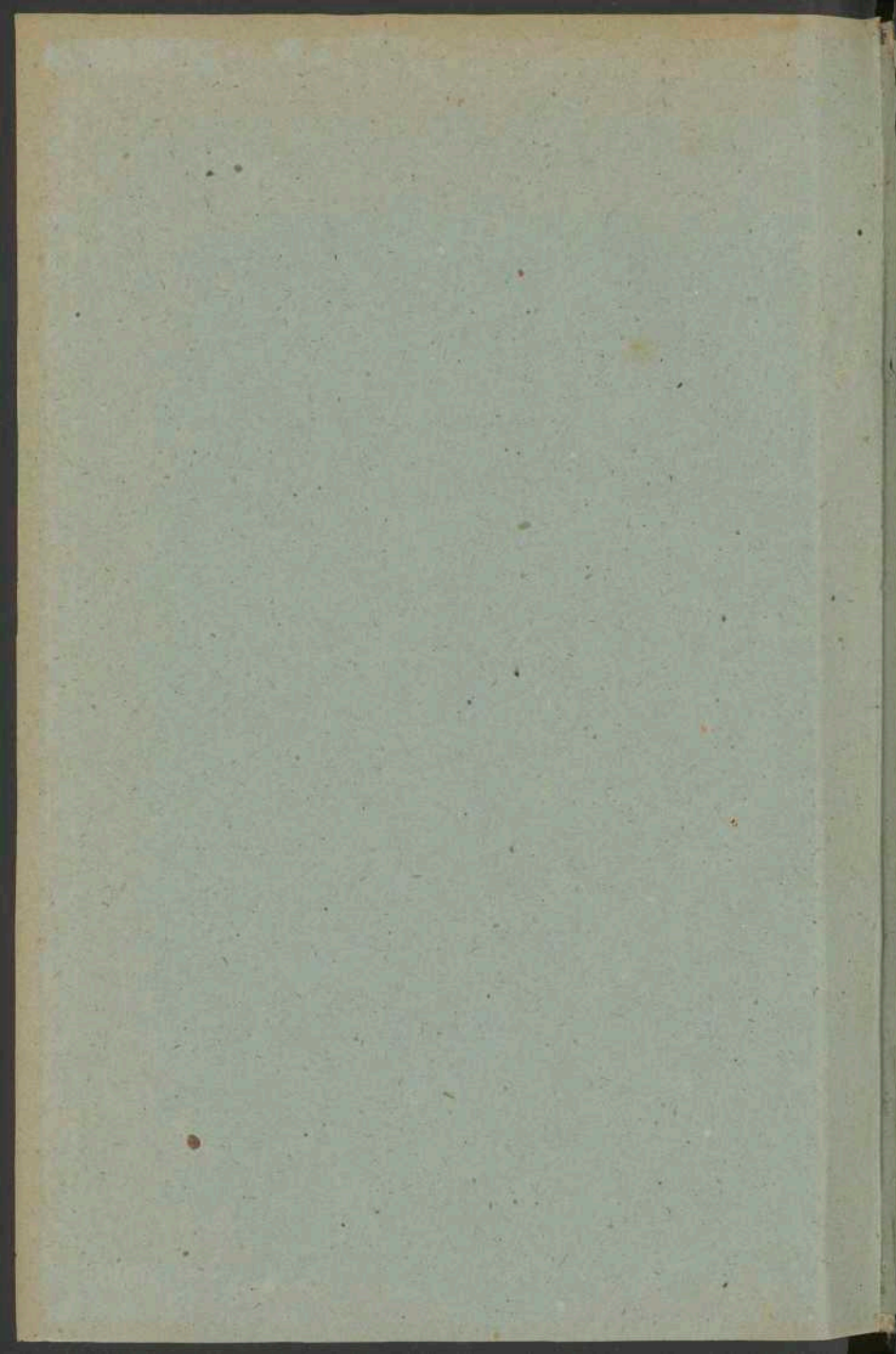
20. El Valle de los Hornos (Zamora, 1931)

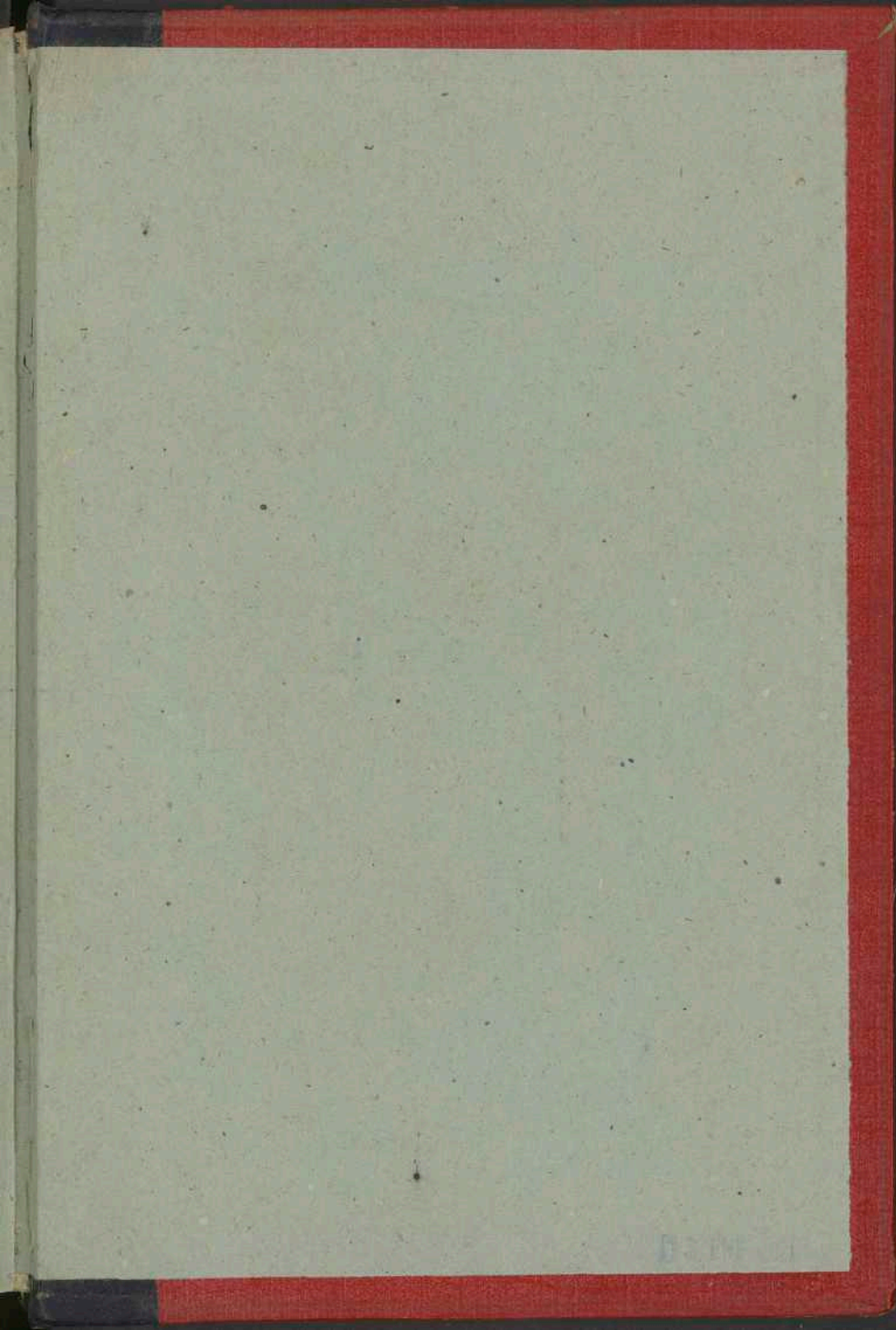
21. El Valle de los Hornos (Zamora, 1932)

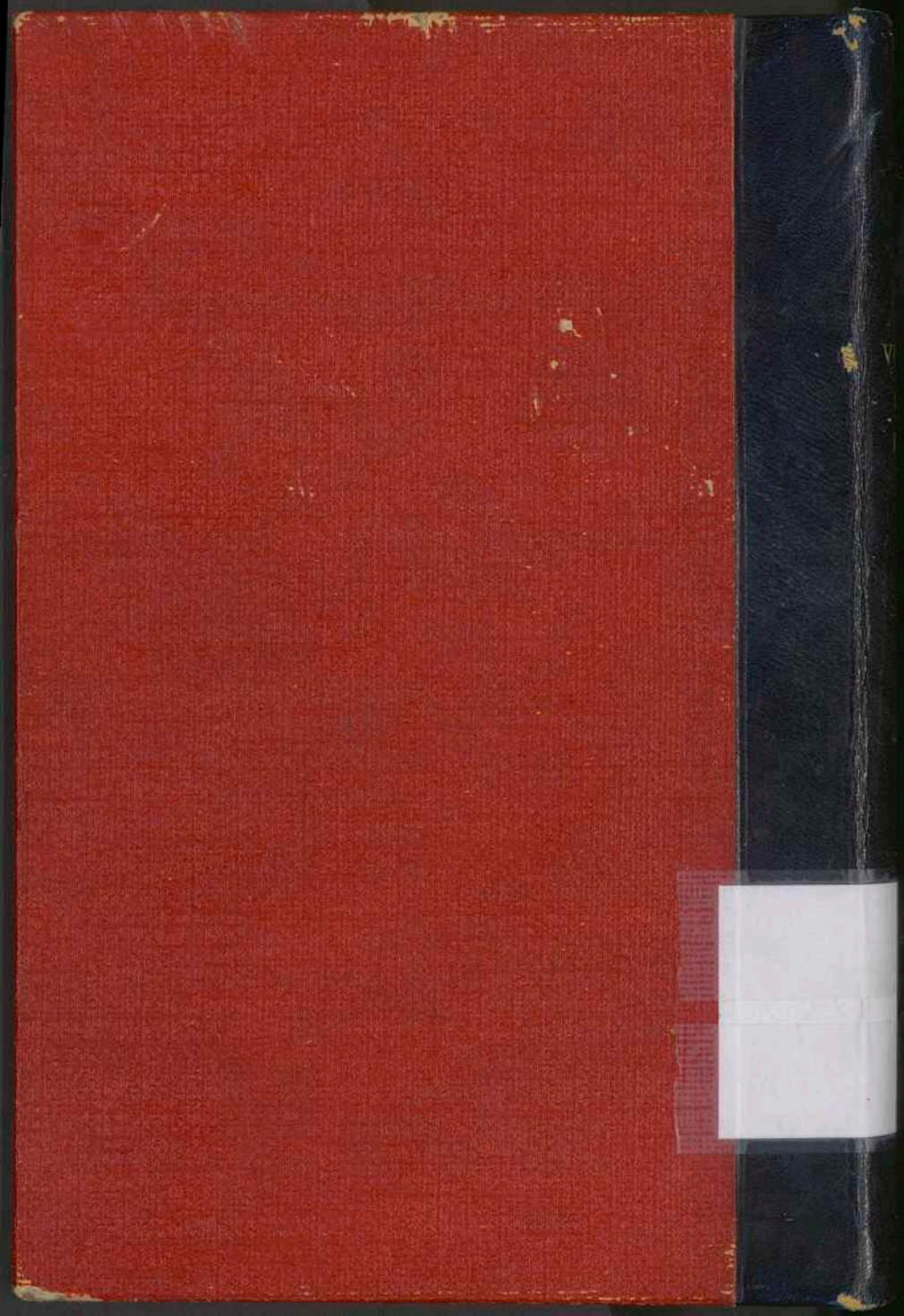
22. El Valle de los Hornos (Zamora, 1933)

23. El Valle de los Hornos (Zamora, 1934)









IBO
—
LA
VIRGEN
DE LA
LLANA

398
ALF
IIa